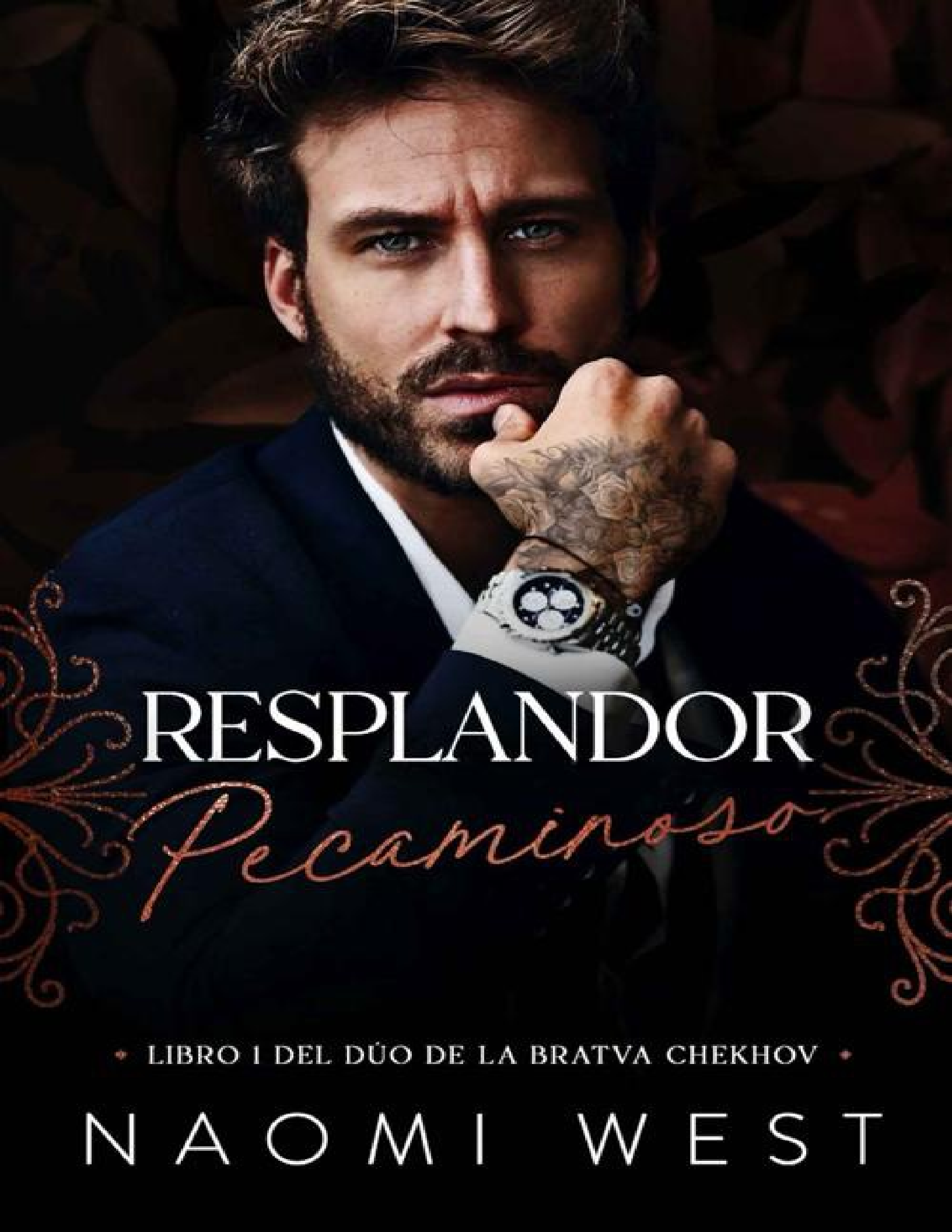


RESPLANDOR *Pecaminoso*

LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA CHEKHOV

NAOMI WEST

RESPLANDOR PECAMINOSO

LA BRATVA CHEKHOV

LIBRO 1

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Resplandor Pecaminoso

1. Daphne
2. Pasha
3. Pasha
4. Daphne
5. Pasha
6. Daphne
7. Pasha
8. Pasha
9. Pasha
10. Daphne
11. Pasha
12. Pasha
13. Daphne
14. Pasha
15. Daphne
16. Daphne
17. Pasha
18. Pasha
19. Daphne
20. Daphne
21. Daphne
22. Pasha
23. Pasha
24. Daphne
25. Pasha
26. Pasha
27. Pasha
28. Daphne
29. Daphne
30. Daphne
31. Daphne
32. Pasha
33. Pasha
34. Daphne
35. Pasha
36. Daphne
37. Daphne
38. Daphne
39. Daphne
40. Daphne

41. Pasha
42. Pasha
43. Daphne
44. Pasha
45. Daphne
46. Pasha
47. Pasha
48. Daphne
49. Daphne
50. Pasha
51. Daphne
52. Pasha
53. Daphne
54. Daphne
55. Pasha
56. Daphne
57. Daphne
58. Pasha
59. Pasha
60. Pasha
61. Daphne
62. Pasha
63. Daphne
64. Pasha
65. Pasha
66. Daphne
67. Daphne
68. Pasha
69. Pasha
70. Daphne
71. Pasha
72. Daphne
73. Pasha
74. Daphne

Copyright © 2025 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Kulikov

Pecados del Crepúsculo

Lágrimas del Crepúsculo

La Bratva Zakharov

Diablo de diamantes

Ángel de diamantes

La Bratva Zaitsev

Malicia Rubí

Misericordia Rubí

La Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

La Bratva Aminoff

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

RESPLANDOR PECAMINOSO

LIBRO 1 DEL DUETO DE LA BRATVA CHEKHOV

¿Qué es peor que pillar a tu novio engañándote?

Llegar al trabajo al día siguiente y verlo con la otra mujer.

Me gano la vida comisariando arte.

Se suponía que esta gran exposición pagaría mis cuentas de todo un año.

Ah, ¿y mencioné que el artista estrella es mi ex infiel?

Así que trato de poner buena cara… después de todo, la clientela vale miles de millones.

Pero mi ex está haciendo todo lo posible para restregármelo en la cara.

Abraza demasiado fuerte a su nueva chica.

Se acerca demasiado a mí.

Lo que hice a continuación fue un poco impulsivo:

Conseguí el hombre más cercano que pude para vengarme…

Que resultó ser el multimillonario que había dejado cinco millones en la subasta.

Besarlo fue malo.

La noche que siguió fue peor (en el mejor sentido posible).

Pero, después de eso, parecía que realmente podría conseguir mi final feliz…

Hasta que él se entere de que estoy embarazada de su bebé.

LLAMAS PECADORAS es el primer libro del dueto de la Bratva Chekhov. La historia de Pasha y Daphne continúa en el segundo y último libro, NOVIA PECADORA.

DAPHNE

Hoy es el espectáculo más desastroso de mi vida.

Estoy agotada, cansada hasta los huesos en cada parte de mi cuerpo. Necesito maquillaje como el Papa necesita a Jesús. Necesito cafeína inyectada directamente en mi lóbulo frontal. Necesito un nuevo comienzo y un ciclo REM. Necesito un Xanax y, en algún lugar, de alguna manera, un rayo de esperanza.

Nada de eso está por llegar.

Y todo es culpa de Conrad.

Eso es porque, hace ocho horas, mi ahora ex novio decidió echarme a la calle para que su amante pudiera mudarse y disfrutar de lo que solía ser mi hogar.

Ni siquiera pude defenderme. ¿Por qué? Porque el deber llama. El deber laboral, específicamente. Soy curadora de los Hermanos Bloom, una galería en ascenso en el Lado Superior Oeste de Manhattan, y esta noche es uno de los eventos más importantes de mi vida.

Tengo que curar la muestra de arte… *en la que mi ex infiel es el artista estrella.*

—¡Conrad! ¡Lo has hecho de nuevo! —una mujer parada en medio de la galería grita con un acento elegante que debe ser falso. Agarra a su esposo por el codo de tweed de su traje—. ¡Ay, cariño, mira esto! ¡*Tenemos* que agregarlo a nuestra colección!

Ojalá me permitieran beber en el trabajo. Sin embargo, probablemente sea mejor que no me lo permitan, porque estoy bastante segura de que vaciaría el bar solo por tener que escuchar a los clientes de la exposición arrojar mierda interminable sobre Conrad.

Lo gracioso… y no “gracioso” en el sentido de “ja, ja”, sino gracioso en el sentido de “avísame si ves un puente cerca para que pueda saltar de él”… es que yo solía ser una de ellos. Solía desmayarme con cada pieza que creaba la mente brillante de Conrad; suspiraba y adulaba y exclamaba con admiración.

Especialmente, la pieza central de la exhibición de esta noche. Esa es su *pièce de résistance*, su obra maestra, la culminación de las ambiciones de su vida plasmadas minuciosamente en el lienzo con todo el amor y la adoración de un hombre que rinde culto a su diosa personal.

Solía pensar que la diosa del cuadro era yo.

Pero las dos pequeñas pecas en su seno izquierdo, expuesto para que el mundo lo vea, revelan el secreto.

Yo no tengo pecas ahí. ¿Brittany, sin embargo? ¿La mujer en el brazo de Conrad que ahora se sonroja y saluda a sus nuevos admiradores? ¿La amante que me robó la cama, mi hombre, mi vida?

Ella tiene esas pecas.

En ese mismo. Lugar. Exacto.

Así es mi día, en pocas palabras. Mi novio me engañó, me echó de nuestra casa, luego me obligó a ser curadora de su exhibición de arte, que presenta de manera prominente una pintura desnuda de la amante por la que me dejó.

Debo haber cabreado a algún ser celestial.

Conrad ha estado fingiendo no notar mi presencia desde que comenzó el evento. Incluso ahora, mientras lo miro y me pregunto cómo diablos encontré su trasero viscoso remotamente atractivo, actúa como si no estuviera parada a dos pies de distancia.

Eso es, hasta que los admiradores se disipan y nos quedamos solos por primera vez desde que llegó con su nueva novia.

—¿De verdad vamos a hacer esto? ¿Aquí? —murmura en voz baja con una sonrisa forzada, como si yo fuera responsable de todo lo que ha pasado.

—¿Hacer qué? —inclino la cabeza hacia un lado.

—Esto. *Tú* —su mirada se vuelve fría mientras me examina de arriba abajo—. ¿Ni siquiera te molestaste en vestirte elegante para esta noche? ¿Lucir algo profesional?

Vaya. Vale. Vamos a ir por ahí, ¿por qué no? Pero, en lugar de soltar una respuesta ingeniosa, algo mordaz que le queme el alma durante los próximos milenios, simplemente… me congelo.

No, peor… me ahogo.

Siento que las lágrimas que me niego a derramar se alojan como fragmentos de vidrio en mi garganta, y no importa cuánto intente convencerme de tomar represalias, no me sale.

Tú puedes, Daph. Eres una perra ruda que no necesita la validación de un hombre.

Él te hizo un favor.

Ella *te hizo un favor*.

Casi lo creo. Luego, la pesadilla de mi existencia se materializa en una nube de azufre, acaricia su mano izquierda sobre su pecho y se inclina hacia él. —No dejes que te moleste, cariño. Probablemente sea todo lo que le queda después de haber tenido que irse con tanta prisa esta mañana —la sonrisa de Brittany Cleary rezuma veneno—. ¡Ah! Eso me recuerda, NeNe, ¿aún quieres esos pendientes Cartier? ¿O los dejaste para mí?

Me estremezco. Conrad me dio esos pendientes como regalo de aniversario. Cinco años juntos. *Cinco putos años enteros*, quemados y descartados como ceniza radiactiva.

—Considéralos un regalo —grazno con una garganta dolorosamente apretada—. Irán a juego con tu personalidad.

Es decir, un trozo de nada abultado que quiero exprimir hasta que salga algo que valga la pena.

—¡Gracias! —se pavonea—. De todos modos, se verán mejor en mí. Apenas podrías verlos detrás de todo ese cabello oscuro tuyo.

Ay, que te jodan de lado con una llave de tubo.

Que se joda él también.

Que se joda todo esto y todos ellos y todos los que dejaron que pasara sin pestañear. Todos los que no me dijeron lo obvio: *Te está engañando. No te ama. Nunca lo hará.*

Me aclaro la garganta. —Si me disculpan…

—Ayyy, no seas así —Brittany ronronea y acaricia el hombro de Conrad—. No puedes culpar a Conny por querer algo mejor para sí mismo.

Mi visión se pone roja. —¿Disculpa?

Brittany suspira y pone los ojos en blanco dramáticamente. —Hemos hablado de esto, NeNe. ¿Recuerdas? ¿En la escuela preparatoria? Tienes que poner más esfuerzo. Hacerlo mejor; ser mejor. *Vestirte* mejor, como mínimo —mira mi ropa arrugada y arruga la nariz al mismo tiempo —. Mírate. No me extraña que no pudieras mantener interesado a tu hombre.

Una vez más, me recuerdo a mí misma que es bueno que no me permitan beber en el trabajo.

O el vidrio de una copa rota de champán estaría alojado en su garganta ahora mismo.

En cambio, siento una mano cálida que me agarra el codo y me aparta de otras fantasías de homicidio violento. —Tranquila, chica —me susurra al oído mi mejor amiga, Hazel—. Solo unas horas más y estarás a salvo.

Bendita sea por venir. Es su noche libre y realmente no tenía por qué aparecer. Pero Hazey es una de las mejores amigas que puede haber; nunca me dejaría sola en las trincheras.

De hecho, cuando la llamé esta mañana y le conté lo que había hecho Conrad, su primera sugerencia fue que tomáramos un bisturí para cada uno de sus trabajos en progreso, orináramos en sus sofás y robáramos las baterías de todos los controles remotos de la casa.

Hazel jura que tiene sangre vikinga en sus venas. Cada día que pasa lo dudo menos.

—¡Ay, mira la hora! —dice por encima de Brittany y Conrad mientras me lleva hacia la única dirección que he estado evitando todo este tiempo: el bar—. Es hora de beber.

Trato de mantenerme firme. —Haze, no puedo. Estoy trabajando.

—Puedes, y lo harás, y si alguien quiere discutir, puede besarme entre las nalgas. Reto a Los Bobos a que lo intenten, porque *no* estoy de humor para su tipo de estupideces.

Los Bobos es como Haze y yo llamamos a nuestros jefes gemelos, Todd y Keith Bloom, que

dirigen la galería como un campo de prisioneros. Una mirada rápida los ubica en la esquina, charlando con una rica heredera de Long Island.

Suspiro y mis hombros se desploman. —Vale. Gracias.

—Excelente —Hazel se vuelve hacia el barman—. Necesito dos dosis dobles de absenta, por favor.

Mis ojos casi se me salen de las órbitas. —¡Em, absolutamente no! ¡Tengo que trabajar!

—¡Ah, cierto! Porque es mejor lidiar con las tonterías de Conrad y su mujerzuela sobria —pone los ojos en blanco con sarcasmo y me entrega los dos tragos—. Tómatelos de un trago. No dejes ni una gota. Hazte un favor y vive un poco… y luego haznos un favor a todos y considéralos tranquilizantes para evitar tu alboroto asesino. No es que no esté aquí para eso, créeme, lo estoy, solo necesito ganarme toda mi comisión *antes* de que se produzca el baño de sangre.

No puedo evitar reírme. De alguna manera, ella sabe exactamente qué decir y cuándo necesito escucharlo. —Vale. Tú ganas. Pero no me haré responsable de lo que pase después de consumir estos.

Hace un gesto con la mano para apresurarme. —Habla menos. Bebe más.

Bueno, está bien. *Hasta el fondo*. Bebo el primer trago, luego el segundo. Maldita sea, ese licor pega fuerte. La absenta no es una bebida con la que se pueda jugar.

Sin embargo, se extiende un calor encantador por mi cuerpo dolorido. Puede que Hazel tenga razón. Puede que esto sea exactamente lo que necesito para pasar el resto de la velada.

De repente, Hazel ve algo por encima de mi hombro. Me doy vuelta para ver a uno de los Bobos viniendo hacia nosotras. —Quédate aquí —murmura—. Me encargaré de él.

Antes de que pueda protestar, se ha ido en una nube de perfume de Jo Malone.

Cierro los ojos y aprieto el puente de mi nariz durante unos segundos de felicidad. La galería está llena del bullicioso ruido blanco de los clientes circulando y charlando entre ellos, y por un momento, me pierdo en él.

Todo va a estar bien, Daph, me digo. *Todo va a estar bien.*

Entonces, el micrófono chirría como si suplicara no estar de acuerdo.

Oigo unos cuantos golpecitos, una ráfaga de retroalimentación, un hombre que se aclara la garganta. Luego—: ¿Todos? ¡Disculpen! Si me pueden prestar su atención, por favor… —miro hacia el escenario. Conrad levanta el brazo y les dedica a sus admiradores esa sonrisa encantadora que me cautivó como tonta hace años.

Contengo la respiración. Esto es. Va a retractarse y emitir una disculpa pública. Va a desentrañar esta pesadilla. Va a…

—¿Nena?

Doy un paso automático e irreflexivo hacia adelante…

Y luego me quedo paralizada cuando Brittany emerge de la multitud antes que yo.

Se echa el cabello por encima del hombro, le sonríe y toma su mano extendida. Conrad besa el dorso de sus dedos. —Sé que esto es una especie de torbellino, pero ¿qué puedo decir? Soy un artista. Aunque, aparentemente, no soy de los que colorea dentro de las líneas.

Todo el salón se ríe. Tengo que obligarme a no poner los ojos en blanco con disgusto. No puedo creer que se lo estén creyendo.

No puedo creer que mi sueldo *dependa* de que se lo crean.

—Brittany, bebé… eres mi musa. La inspiración detrás de cada pieza. No puedo imaginar la vida sin ti, llenando constantemente mi oscuridad con tu luz radiante.

Definitivamente escuché eso antes. Fingiré que no me duele tanto como me duele.

Conrad cae sobre una rodilla.

Mi mandíbula cae junto con él.

No. No. Esto no puede estar pasando…

Pero sí está pasando.

—¿Quieres casarte conmigo?

Los gritos que llenan el aire no son míos, aunque sí que no me importaría unirme a ellos, por razones muy diferentes. Brittany salta arriba y abajo y chilla de puro placer. Si no se calma, terminará mostrándole a la multitud reunida algo más que el lado de su seno en esa excusa diminuta de vestido.

Veo a Conrad deslizar un anillo de diamantes gigantesco en su dedo. *Exactamente el mismo que elegí solo unos meses atrás, cuando me hizo creer que era para mí.*

No.

No no no *no*.

Me doy vuelta sobre mis talones y regreso directo al bar. —Absenta. Más. Ahora.

El barman levanta una ceja. —¿Cuántos tragos?

Lo pienso durante cero coma cinco segundos antes de responder. —Toda la botella.

—¿…Perdón?

Antes de que pueda responder, extiendo la mano y la agarro. No me molesto en darme vuelta, incluso cuando el barman protesta detrás de mí.

Me abro paso entre la multitud, dirigiéndome hacia la salida del callejón trasero. La botella se siente pesada en mi mano, pero mi corazón se siente aún más pesado. Tal vez ahogar una con la otra equilibrará las cosas.

O tal vez me dejará inconsciente.

Cualquiera de las dos está bien.

El barman grita de nuevo y me doy vuelta para explicarle que es el peor día de mi vida y que tiene que dejarme en paz.

Pero, cuando me doy vuelta, choco con algo sólido.

Corrección: choco con al*guien*.

Y mi absenta salpica el cuello de la botella y la parte delantera de su camisa muy fina y muy cara.

—Ay, Dios mío —casi dejo caer la botella por la sorpresa. En cambio, la dejo en una mesa cercana, agarro algunas servilletas y retrocedo a mi mejor forma de humillarme—. ¡Lo siento *tanto*! ¿Estás bien?

El hombre me mira con una tormenta indescifrable en su rostro. —Mejor que tú, al parecer.

Me detengo y lo miro. ¿Está… se está burlando de mí?

Su boca carnosa se curva hacia arriba en lo que parece una sonrisa reprimida. El cabello oscuro y rizado cuelga frente a sus ojos, pero, incluso a través de eso, puedo ver sus brillantes ojos verdes brillando de alegría. Lo único que puedo encontrar remotamente gracioso por aquí soy… bueno, yo.

—Estoy…

—¡NeNe! ¡Ahí estás!

Me pongo rígida. Él se da cuenta. La alegría abandona sus ojos al instante y es reemplazada por una máscara gélida. Se abrocha la chaqueta del traje alrededor de las manchas de salpicaduras en su cintura y le hace un gesto cortés a mis peores enemigos.

Cuando me mira de nuevo, hago algo completamente fuera de lo común.

Articulo la palabra: *"Ayúdame"*.

Él me mira.

Mira por encima de mi hombro hacia la pesadilla que se aproxima. En un abrir y cerrar de ojos, puedo ver cómo procesa todo.

Y luego, hace algo completamente, absolutamente inesperado, improvisado. Increíble, en realidad.

Toma mi rostro en su mano y me besa como si fuera lo último que haría en su vida.

PASHA

Casi me alejé.

Tal vez debí haberlo hecho.

No soy un caballero de brillante armadura, y definitivamente no soy el hombre al que la gente recurre para ayudarlos con sus insignificantes problemas personales.

Incluso cuando esta hermosa criatura de aspecto angustiado se me abalanzó y derramó su automedicación por todo el frente de mi camisa, me dije a mí mismo: *No te involucres.*

Suceden cosas malas cuando los hombres como yo se involucran con damiselas como ella.

Pero no pude evitarlo.

Es algo en la forma en que ese insufrible *mudak*… Conrad Ewing, el artista… la forma en que la miró, luego a mí. Vi el destello instantáneo de celos y posesión que lo invadió. La miró como si fuera su *dueño*. Me miró como si pensara que podía intimidarme para que me alejara.

Eso selló el trato.

No me alejaría de una maldita cosa.

La belleza con la botella de absenta murmura una palabra. Una pequeña palabra que hace que sus deliciosos labios se frunzan. Y, llámame loco, pero si entrecierro los ojos e inclino la cabeza un poco, *ayúdame* se parece mucho a *bésame*.

Vale.

Si insiste.

Por un momento, olvido el resto. Mi razón para estar aquí, en este maldito montaje. (*Comprar arte para sobornar a un senador de los Estados Unidos* …qué puta broma). Olvido quién soy, de lo que soy capaz. Olvido la sangre en mis manos y a los hombres que esperan afuera a que les dé sus órdenes.

Por un momento, mientras mis labios se sellan contra los suyos, dejo de pensar, de planear y de conquistar.

Solo la beso.

Termina antes de lo que me gustaría, aunque más tarde de lo que debí haber permitido. Tengo que apartarme, aunque sea para no tirarla sobre la mesa y follarla hasta dejarla sin sentido delante de Dios y de todos los que me miran.

No es que no lo disfrutaría… ver la expresión de Conrad compensaría con creces el dramatismo… pero no vine a causar problemas.

Al menos, no esta noche.

El artista me mira de arriba abajo. —Bueno, Daphne, sí que lo has superado rápido —le refunfuña a mi nueva pequeña cómplice.

—Mira quién habla —la chica, Daphne, se alisa el vestido y levanta la cabeza—. Al menos esperé hasta *después* de la ruptura.

Me gusta ella.

Lo detesto a él.

La perra de su amante… que, según tengo entendido, ha sido recientemente ascendida a "perra *prometida*"…pegada a su costado aspira y hace un espectáculo de acariciar a su hombre de maneras diseñadas para hacer alarde de la llamativa piedra que lleva en el dedo. —NeNe, por favor. No hagamos esto aquí. Es una vileza de tu parte.

Me mira fijamente y me ofrece una sonrisa tímida.

Reprimo un escalofrío al ver lo visceralmente que hace que la odie.

—He oído que hay que felicitarlos —digo arrastrando las palabras—. A la feliz pareja y al talentoso artista.

Es gracioso… le he mentido a la policía, a los agentes especiales, a los enemigos que me apuntan literalmente con pistolas a la cabeza. De alguna manera, se necesita un gran esfuerzo para mentirle a este idiota en particular.

Siento que Daphne se pone rígida a mi lado. Cuando empieza a alejarse de Ewing y su amante, la atraigo hacia mí en su lugar, con una mano alrededor de su cintura.

Relájate, dice mi tacto. *Yo me encargo.*

—Sí, bueno —espeta—, estoy seguro de que no estás aquí solo para beber vino gratis y seducir al personal. ¿Tienes el ojo puesto en algo en particular?

—De hecho, sí —respondo con frialdad.

Mi sonrisa es lobuna mientras mantengo a Daphne cerca de mí y señalo el cuadro más cercano. Con el rabillo del ojo, veo que la cara de Daphne se endurece. Supongo que esta obra es el peor pecado de Conrad de todos.

Me inclino a estar de acuerdo. Es atroz. Una pintura enorme y llamativa de una mujer con dos pecas en el seno y una mirada altiva en los ojos que exige: *Adórame.*

Una mirada a la mujer de Ewing llena los espacios en blanco. El vestido que lleva puesto no deja mucho a la imaginación, por lo que es fácil ver dos pequeñas pecas en el costado de su seno,

combinando con la pintura.

Ah, sí. Eso tiene sentido.

—¿Cuánto tiempo te llevó esto? —le pregunto a Ewing. Mientras lo hago, siento que la mujer a mi lado se estremece.

Una vez más, no soy un héroe. Definitivamente, no soy el tío bueno.

Pero tampoco soy un maldito cobarde infiel. Y tengo cero tolerancia con aquellos que no pueden reunir una mínima cantidad de lealtad.

—Ay, literalmente años —Ewing se ríe entre dientes y atrae a su mujer hacia sí—. Empecé en una dirección, pero nunca pude conseguir la iluminación perfecta. Necesitaba a mi hermosa musa aquí para que fuera perfecta.

Miro hacia mi costado. La mujer con la absenta tiene todo el cabello oscuro y la piel dorada con curvas suaves y deliciosas que se amoldan tan perfectamente a mí…

Pero esos *ojos*. Brillantes y azules y prácticamente resplandecientes… eso es lo que me mantiene aquí.

Casi me río a carcajadas mientras miro a su amante, luego a Daphne. ¿Él la dejó a *ella*? ¿Por… *eso*?

Es como quemar la Mona Lisa y colgar una Playboy empapada en la pared en su lugar.

—Supongo que no sobre gustos no hay nada escrito —reflexiono en voz alta.

La prometida de Ewing reacciona como si le hubiera dado una bofetada en la cara. El propio Ewing parece querer derribarme al suelo.

Y, con eso, alejo a Daphne del repugnante dúo y la llevo a un lugar más tranquilo. Un lugar donde realmente podamos respirar.

—Gracias —susurra—. De verdad, gracias. No tenías que hacer eso por mí.

—Un poco también fue por mí —meto mis manos en mis bolsillos para no hacer algo estúpido, como atraerla hacia mí y rasgar ese vestido en pedazos—. Me sorprende que alguna vez hayas salido con esa maldita rata.

Un rubor colorea sus mejillas. —Sí, bueno. Las relaciones arregladas no son nada, ¿verdad? —intenta restarle importancia con una risa casual—. Intentamos decirnos a nosotros mismos que allí hay algo que simplemente no existe.

—¿“Arreglada”?

Daphne se encoge de hombros. —Mis padres querían que funcionara. Y, honestamente, yo quería que él me amara tanto como yo lo amaba a él. A pesar de todas las señales de alerta.

Algo dentro de mí se retuerce. No le gusta oírla mencionar que ama a otra persona.

Ridículo. No tengo ningún interés en esta telenovela. Solo me estoy divirtiendo.

Daphne me sonríe. Es la primera y única sonrisa genuina que vi en su rostro en toda la noche.

—Pero, ¿sabes qué? Me alegro. Me alegro de que me engañara, me dejara y me echara de nuestro apartamento horas antes de su exhibición. Me *alegro*. Porque ahora soy libre. Es una mierda saber cuánto tiempo me mantuvo en la oscuridad.

Aprieto los dientes. Ni siquiera conozco a esta mujer, y quiero volver allí para golpearlo hasta dejarlo ensangrentado por ella.

Sin embargo, no tengo mi oportunidad. Los dos dueños idiotas de esta galería han decidido que ahora es el mejor momento para interrumpirnos.

—¡Daphne! Cariño, ven con nosotros. Alguien tiene una pregunta sobre el último trabajo de Conrad —ambos me miran con sospecha, pero no tanto como para faltarme al respeto. Saben que tengo dinero y saben que vine a pujar una buena parte por un *S.C. Ewing Original.*

Daphne me toca el brazo. —Lo siento. Volveré más tarde, ¿vale?

Asiento. No sé por qué; no es como si necesitara saber que estaré aquí esperándola.

Y, sin embargo, cuando se va, no puedo evitar verla alejarse. Tiene la cabeza alta, camina con paso firme y despreocupado, y cualquiera que no la conozca nunca adivinaría cómo debe estar desmoronándose por dentro. Es fuerte. Desafiante, incluso.

Me pregunto qué tan fuerte sería sin nadie para quien actuar. Sin sus empleadores o su ex o cualquier otra persona observando cada uno de sus movimientos, esperando que cometa un desliz para poder menospreciarla un poco más.

¿Cómo sería conmigo? ¿Sin nada entre nosotros?

Sin expectativas.

Sin traumas.

Sin una prenda de vestir.

Observo. Medito. Daphne se gira hacia un lado para responder las preguntas de un invitado, lo que me da la vista perfecta de su figura.

Agrega “ceguera” a la lista de los pecados y fallas interminables de Ewing. ¿Quién no tropezaría consigo mismo por la oportunidad de consumirla? ¿Probarla y hacer que ese delicioso cuerpo se mueva, se retuerza y se contorsione debajo de uno?

Yo no voy a tropezarme.

Pero *sí* voy a tomar lo que anhelo en el momento en que vea que la oportunidad abre la puerta.

PASHA

Todos toman asiento para que pueda comenzar la subasta de la noche. El subastador sube al podio, se aclara la garganta y abre la puja con un pequeño paisaje de un artista menor. Una especie de forma de romper el hielo.

Me quedo sentado y me dejo llevar por mis pensamientos mientras se enumera un lote tras otro. Vine aquí esta noche con un único propósito: encontrar el S.C. Ewing más caro que pudiera conseguir y entregárselo a cierto político amoral que ha sido un verdadero dolor de cabeza para mí.

Durante meses, el senador Scott Brennan ha vacilado mientras discutíamos los detalles de nuestro acuerdo. Lo he colmado de regalos que no se merece, lo he felicitado en cenas en las que criminales como yo no deberían estar.

Esta es la gota que colma el vaso. El último intento de soborno. Si no funciona, y si no aprueba el acuerdo de importación de armas militares que le he puesto sobre la mesa una y otra vez, entonces cambiaremos de táctica.

Le dará un latigazo cervical por lo rápido que se cambia la zanahoria por el palo.

Por mí está bien. Prefiero mucho más este último.

Cuando escucho un carraspeo, vuelvo a centrarme en el procedimiento. El artículo de esta noche, el llamado “trabajo de toda la vida” de Conrad, es el último que se subastará. El equipo de subastas lo lleva al escenario y quita el telón, y la gente se entusiasma con los malditos garabatos.

Miro a través de la sala a tiempo de ver a Daphne poner los ojos en blanco. Ha estado tranquila y sumisa en las piezas anteriores, ¿pero esta? Esta sigue arrastrándose debajo de su piel.

Tengo planes para ella.

—Vamos a abrir la oferta en cincuenta mil dólares —dice el subastador—. ¿Oigo cincuenta y cinco?

Un crítico de arte con bufanda en la parte de atrás levanta su tarjeta.

Yo también levanto la mía. —Setenta.

El subastador parpadea, sorprendido por la rápida escalada. —Setenta mil del caballero de

adelante. ¿Oigo setenta y cinco?

Otra clienta, una mujer presumida con una boa de plumas, levanta su tarjeta.

—Noventa —respondo.

Daphne se remueve incómoda en su asiento. Me concentro en la puja.

Las ofertas siguen subiendo y me niego a dar marcha atrás. Se suman más mientras otros se alejan. Ninguno de ellos me disuade.

El subastador parece positivamente mareado de felicidad mientras los números crecen y crecen. —¿Oigo novecientos mil?

La Dama Boa alza su tarjeta. No tengo idea de qué diablos quiere con un sueño febril misógino cubierto de pintura al estilo de Jackson Pollock.

Sé que no lo conseguirá.

—Dos millones.

El subastador farfulla ante mi respuesta. —¡Dos… dos millones! ¿Oigo…?

—¡Dos y medio!

Pongo los ojos en blanco. ¿*Ahora* el *mudak* de los anteojos de botella de Coca-Cola quiere participar y ser un maldito héroe? Levanto mi tarjeta de nuevo y le lanzo una mirada peligrosa. —Tres.

La Dama Boa se retira con un murmullo y una mueca.

El crítico resopla. —Tres y medio.

Ya terminé de jugar. —Cinco millones.

Un silencio cae sobre la multitud. Todos excepto Daphne, que deja escapar un suave gemido.

El subastador me mira como si hubiera perdido la cabeza. —¡Cinco… millones! Cinco millones del caballero de adelante. ¿Oigo cinco y medio?

Nadie levanta sus cartas.

—¿Alguien?

Los reto a que lo intenten, joder.

—Cinco millones… a la una… a las dos… ¡vendido! Al caballero del frente.

El mazo golpea el podio. La monstruosidad me pertenece. A un costado, Ewing sonríe con orgullo.

La multitud se pone de pie arrastrando los pies con jadeos de asombro en mi dirección. Me levanto y cruzo la sala a grandes zancadas hacia Daphne, que parece como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—¿Sucede algo? —pregunto.

Suspira y sacude la cabeza. —Lo siento. Está… está bien. Debí haberlo imaginado. Y oye —añade con una sonrisa forzada—, me ayudaste a quedar bien ante mis jefes. Así que, ya sabes, gracias.

—No me agradezcas todavía —tomo su mano en la mía y la arrastro detrás de mí—. Vamos.

—¿Qué? ¿A dónde vamos?

No respondo. La llevo conmigo a la mesa donde se finalizan las ventas para poder firmar en la línea de puntos y liberar los fondos. Ella sigue mirando nerviosamente por encima del hombro, donde sus jefes están apiñados y susurrando en un rincón oscuro.

Firmo los papeles, espero a que finalice la transferencia y asiento solemnemente cuando el agente me da el visto bueno.

—Espera aquí —le ordeno al oído a Daphne. La llevo al final de la primera fila, le aprieto la mano una vez más, y luego camino a grandes zancadas hacia el frente del escenario.

—¡Señor! —me espeta el subastador en estado de shock—. ¡Señor! ¡No puede estar aquí arriba! ¡Debo pedirle que baje!

—Respire hondo, joder, amigo mío. Esto no llevará mucho tiempo —veo el cuadro que acabo de comprar y lo arranco de la pared. Es casi tan ancho como mi altura, y mil veces más feo de cerca.

—¿Qué está…? *¡SEÑOR!*

Se oyen jadeos en la sala cuando arrojo el cuadro desde el escenario al suelo. Una parte del marco de madera se agrieta. *Música para mis oídos.*

Ewing se pone de pie de un salto. —¡¿Qué diablos, tío?!

Salto del escenario justo cuando Daphne se acerca corriendo. —¿Qué estás haciendo? ¡Acabas de comprarlo!

—Lo sé —le sonrío con lo que sé que debe ser un brillo salvaje en mis ojos—. Y ahora quiero disfrutarlo —tomo un trago de vodka de la mano flácida de alguien y lo arrojo sobre el lienzo.

—¿Qué estás…? *¡Dios mío!* ¡Basta!

Joder. No es tanto licor como quería, pero tendrá que alcanzar. Robo otro vaso y lo derramo alrededor del cuadro lo mejor que puedo.

Daphne agarra mi muñeca, con los ojos muy abiertos por el pánico. —¡Estás arruinando cinco millones de dólares de arte!

Uso mi otra mano para meter la mano en mi bolsillo trasero y sacar mi encendedor. Aún más jadeos horrorizados llenan el aire, incluido un grito del propio Ewing.

El clic de la tapa de metal acompaña un satisfactorio parpadeo de llama. Baila frente a mí, candente y hermosa.

—¿Él arruinó cuántos años de tu vida? —le pregunto a Daphne suavemente—. ¿Cuántas

esperanzas? ¿Cuántos sueños?

Está ahí. La tentación está ahí. La veo en su rostro, en el temblor atónito de su labio.

Pero Daphne duda. Luego, niega con la cabeza. —¡No! ¡No puedo dejarte hacerlo!

—Yo no quiero hacerlo —cierro el encendedor y luego lo presiono contra su palma—. *Tú* sí.

Ella quiere. Ambos lo sabemos. Ese fuego en su alma coincide con la llama que brilla en la punta de su pulgar. Definitivamente está pensando en eso.

Pero luego lo cierra de golpe. —No. Perderé mi trabajo.

Fijo mi mirada en sus dos empleadores, que están rojos como remolachas por la furia ansiosa, apiñándose cada vez más, como si pensaran que tienen alguna esperanza de impedirme hacer lo que me dé la gana.

Pero, cuando me miran, se dan cuenta de lo equivocados que están. No soy un hombre con el que se pueda joder.

—Si pierdes tu trabajo —digo, lo suficientemente alto para que me escuchen—, perderán a su cliente mejor pagado. La mejor manera de conservar mi negocio y mi dinero es hacer lo que yo quiero.

Daphne traga saliva. Y, sin embargo, al igual que antes, sus dedos no delatan un solo temblor. —¿Qué quieres? —me pregunta.

Es una pregunta capciosa. Principalmente, porque la respuesta ha cambiado drásticamente desde que llegué a este maldito asunto.

—Quiero verte sonreír.

No tengo idea de dónde salió eso. Pero es verdad. Probablemente, una de las cosas más verdaderas que he dicho en toda la noche.

Daphne estudia mi rostro.

Ve que hablo en serio.

Y luego arroja el encendedor abierto sobre el cuadro.

El alcohol derramado ayuda a que las llamas crezcan rápido y caliente. En segundos, es un infierno de lienzo crepitante y aceite ardiendo. El rostro de Daphne se ilumina desde abajo, las sombras se desplazan por los planos de sus mejillas.

Entonces, comienza a sonreír. Es suave. Vacilante. Es la sonrisa de alguien que no sabía que podía sentirse tan bien ganar en lugar de perder una y otra y otra vez.

No creo en el amor a primera vista.

No creo en el *amor*, punto.

Pero, mientras estoy aquí, mirando a esta mujer deleitarse con la destrucción de la posesión más valiosa de sus enemigos, siento una euforia repentina.

¿Así es como se sentiría el amor?

Entonces, se gira hacia mí, me rodea el cuello con los brazos y me atrae para darme un beso con la boca abierta, casi tan ardiente como su venganza.

—Gracias —susurra.

En algún lugar entre los gritos y el pánico, Ewing solloza y los dos idiotas que dirigen este lugar de mierda le gritan a Daphne que se vaya.

Ella solo sonríe. Absorbe la energía del caos.

La deseo.

Ahora.

La agarro por la cintura y la arrastro hacia un costado mientras el caos se despliega por todos lados. —Ven conmigo —murmuro en su oído mientras el olor a ceniza nos cubre a ambos—. Te mostraré algo más para encender tu mundo en llamas.

DAPHNE

Debería estar mortificada por lo que acaba de pasar.

Debería estar aterrorizada por perder mi trabajo.

En cambio, me río y me río y corro por el pasillo de la mano de este hombre loco que acabo de conocer. Tiene la botella de absenta en la otra mano, aunque solo el infierno sabe cuándo encontró tiempo para recuperarla, y seguimos pasándola entre nosotros para tomar tragos largos.

Me la da y señala con la cabeza hacia una puerta. —¿Qué es esto?

Me encojo de hombros. —Algún armario de almacenamiento. Solo lo usamos para el excedente.

Prueba el pomo de la puerta. Se abre. Me da una sonrisa maliciosa y me guiña el ojo. —Eso servirá.

Luego, me empuja hacia adentro.

Lo sigo adentro y la puerta se cierra detrás de nosotros. No sé por qué, pero estar sola con este hombre de repente me hace sentir cálida y cohibida. Me envuelvo con mis brazos y piso el suelo de cemento.

La risa se desvanece. El hombre más loco con el que me he cruzado me da la espalda y empieza a hojear los lienzos apilados contra la pared.

Su rostro se arruga al ver uno de ellos. —¿Qué demonios se supone que es esto?

Me apoyo en su brazo y miro el cuadro en cuestión. —*Leda y el Cisne*. Una reinvención del mito griego.

—Que era tan jodido como esto… Supongo que podría llamarlo una “pintura”, pero parece exagerado llamarlo “arte”.

Me río. —Sabes, no me pareces del tipo académico.

Suspira y vuelve a colocar el cuadro en su lugar. —No lo soy.

—Pero parece que sabes mucho sobre arte. Mitología. Cosas clásicas.

—He leído libros en alguna ocasión, lo creas o no.

Al principio, creo que he cruzado la línea. Pero entonces me lanza una sonrisa encantadora y se acerca lentamente a mí contoneándose hasta que me arrincona contra una mesa plegable instalada como escritorio improvisado.

—Entonces, *moya plamya*… —bebe un trago de la botella de absenta, pero no aparta la mirada de mí en ningún momento—. ¿Qué se siente vandalizar la propiedad muy, *muy* cara de alguien?

No puedo contener la sonrisa traviesa. Le arrebato la botella de las manos y la inclino hacia atrás para tomar mi propio sorbo profundo. Pero, justo cuando estoy a punto de tragar, me sujeta la barbilla, me atrae hacia él y me besa.

No sé si alguna vez he experimentado algo tan erótico como esto.

Su lengua se desliza entre mis labios; está bebiendo el licor de mi boca. E incluso cuando no queda nada, lo hace una y otra vez… acariciando mi lengua con la suya, arrancando suaves gemidos de mi garganta.

Cuando se aparta, me quedo sin aliento.

—Así —jadeo—. Se siente *así*.

Él sonríe. Deja la botella.

Y luego, lo siguiente que sé, es que estoy sentada en el borde de la mesa y él está encajado entre mis piernas. Sus manos frotan mis muslos, suben mi vestido hasta la cintura.

—¡Espera! —jadeo—. Ni siquiera sé tu nombre.

Se ríe contra mi garganta y me da un cálido beso en la piel. —Pasha.

—Pasha.

—Ajá.

—¿Ruso?

—¿Qué lo delató?

—Probablemente la parte en la que empezaste a hablar ruso —es patético, lo sé. Pero la forma en que me toca, dejando rastros de fuego a lo largo de mi piel y enviando escalofríos de placer directamente a mi núcleo… Estoy luchando por mantener algo de control sobre mi cordura. La ocurrencia no está entre mis principales habilidades en este momento.

Pasha se estira para acunar mi rostro entre sus manos. Nunca antes un hombre me había *sostenido* de esa manera. Venerado. Adorado, en realidad, esa es la única palabra para describirlo. Hace que mi corazón se acelere de maneras que no debería.

—Eres tan jodidamente hermosa. ¿Lo sabías?

En un nivel lógico, sé que no soy el patito más feo. Tengo la mayoría de mis rasgos en los lugares correctos, más o menos. Dos ojos, una nariz, una boca, todas esas cosas buenas.

¿Conrad se tomó el tiempo de decírmelo alguna vez?

…No tanto.

Al recordar todo lo demás que pasó hoy, mis mejillas arden de vergüenza. Intento mirar hacia otro lado, pero Pasha sigue sujetándome en mi lugar. Intento bajar la mirada, pero él besa mis párpados y mi corazón duele instantáneamente.

Lo deseo.

Quiero que él me desee.

Pero…

—No puedo. Hacer esto, quiero decir —apoyo mis manos contra su pecho. Su pecho muy sólido, muy cálido, muy *tallado*—. No puedo fraternizar con un cliente.

Pasha me mira por un momento. —Puede que no lo recuerdes, pero acabas de quemar el único puente entre ser cliente y no serlo. Oficialmente, no soy dueño de nada de lo que se compró aquí.

Huele increíble. A cuero y madera y sexo. Combinado con el sonido de su voz profunda, es embriagador.

—Así que eso ya no importa —continúa—. Nada importa. Nada más que tú y yo. Aquí mismo. Ahora mismo. Así que… —su pulgar frota mi labio inferior—. ¿Qué vas a hacer, *moya plamya*?

La parte de mí decidida a ser una buena chica me regaña por siquiera estar en esta trastienda con él.

El resto de mí le dice a esa parte que se calle y lo bese de una vez.

Nuestros labios chocan. El pecho de Pasha retumba con un gruñido de satisfacción. Empiezo a abrir botones para poder sentir su piel desnuda bajo mis dedos. Es una pared literal de músculos y calor, y siento su corazón acelerado bajo mi palma.

Quiero probarlo.

Cada. Centímetro. Suyo.

Sus manos me envuelven mientras acaricia mi cuerpo, tan abajo de mi vestido que tengo la mitad de ganas de arrancar la maldita cosa. Siento que sus dedos acarician mi cintura y mi espalda… y luego mi sujetador se abre.

Mis ojos se abren de par en par con sorpresa. Eso fue *suave*.

Pasha se separa de nuestro beso para mirarme.

—¿Está cerrada la puerta? —jadeo.

Él asiente. Pero luego, esa sonrisa se ensancha mientras me quita el vestido por la cabeza. —¿Importaría si no lo estuviera?

—¿Qué quieres decir? Por supuesto que importaría…

Otro beso. Otro abrazo. Cuando nos separamos, estoy prácticamente desnuda en sus brazos, mis pezones endurecidos rozan su pecho desnudo mientras él chupa mi lengua y comienza a deslizar

mis bragas por mis piernas.

Y luego me empuja hacia abajo. Su boca deja un rastro de besos calientes por mi mandíbula y cuello hasta el valle entre mis pechos mientras me recuesta sobre la mesa.

—Ahora, *esto* —gruñe cuando me ve estirada como un festín ante él—, es una obra de arte.

Me sonrojo. Jadeo también, cuando se inclina sobre mí y devora un pezón. Sus manos continúan masajeando cada tramo de mi cuerpo, y no sé si me estoy derritiendo o volando o un poco de ambas cosas.

—Voy a… puedo ser silenciosa —le aseguro. Puedo… nunca he sido del sexo ruidoso. Nadie me ha arrancado ese tipo de reacción.

Pasha levanta la cabeza de donde está besando mi estómago. —¿Por qué?

Frunzo el ceño. —¿Por qué qué?

—¿Por qué ser silenciosa? —su lengua pasa por el pliegue de mi cadera y me estremezco.

—Porque van a… a… —no puedo pensar. Sus labios presionan sobre la piel sensible justo encima de mi montículo y coloca mis piernas sobre sus hombros. ¿Está haciendo lo que creo que está haciendo? —Me escucharán. A nosotros.

—Bien. Déjalos.

Mi espalda se arquea con el primer deslizamiento de su lengua entre mis pliegues. Su agarre en mis muslos se aprieta, luego alisa mis piernas hasta mi cintura, donde me presiona hacia abajo. *Ay, Dios mío*, no sé qué agarrar, pero necesito agarrar algo o voy a caer de esta mesa tan fuerte que será como un cohete despegando al espacio.

Entonces, cierro mis manos en su cabello y tiro al mismo tiempo que él muerde y chupa y tira y luego mete su lengua aún más profundamente.

No he…

Yo no…

¿Cuándo fue la última vez que Conrad me besó ahí abajo?

¿Hay *alguien* que me haya hecho esto antes?

No puedo recordarlo. No puedo *pensar*, joder. Pasha está en algún punto entre besarme la raja y follarme con su lengua… y luego se mueve un poco hacia arriba.

Su boca perversa se aferra a mi clítoris. Sus manos me mantienen anclada en el lugar, pero nada detiene el fuerte grito de placer que sale de mí.

De un lado a otro, su lengua se mueve, se arremolina y acaricia ese pequeño manojo de nervios que hace que mis dedos de los pies se enrosquen y mis caderas se froten contra su rostro.

Y luego, una de sus manos deja mi cintura, y creo que va a pasar a otra cosa…

Grito de nuevo. Me está llenando con sus dedos… primero uno, luego dos… y al instante busca

el punto profundo dentro de mí que nadie, especialmente Conrad, ha intentado alcanzar.

—Canta para mí, *moya plamya* —Pasha suspira sobre mi coño. Aprieta, sus dedos se curvan y siento la repentina oleada de placer cuando encuentra ese punto dulce dentro de mí.

Me retuerzo como loca, mis gemidos se intensifican mientras el placer crece y crece y crece en lo profundo…

Y luego estalla.

Veo estrellas.

No sé cuánto tiempo estaré así de alto. No sé si alguna vez quiero volver a bajar.

Pasha me abraza, murmura sus palabras de aliento para que simplemente "me deje llevar, lo deje salir, que ellos escuchen, que *todos ellos escuchen, joder*".

—Tan jodidamente hermosa —susurra contra mi piel mientras besa la parte interna de mis muslos. Luego, de repente, se levanta sobre mí, arrastrándome más cerca del borde de la mesa hasta que mi trasero cuelga sobre el espacio abierto. Sus manos son lo único que me impide desmoronarme en el suelo.

Me besa y, *joder*, puedo sentir mi propio sabor en sus labios y su lengua. Es tan sucio. Tan… tan perverso.

Me encanta.

Gime cuando lo lamo para limpiarlo, y yo gimo de vuelta cuando siento su longitud caliente y dura deslizarse sobre mi centro y acariciar mi clítoris. Nos separamos lo suficiente para mirarnos a los ojos… y es casi como si me estuviera pidiendo permiso.

Me muerdo el labio. Y asiento.

Esta vez, se traga mi grito de placer y me alegro, porque juro que este hombre me hará *gritar*. Me abre, me empuja hacia una plenitud nueva que nunca había sentido. Su polla está surgiendo y pulsando y empujando… empujando… *ay, Dios*…

—Eso es, *moya plamya*, mi pequeña llama —gruñe en mi oído—. Déjame escucharte cantar. Deja que todo el maldito mundo te escuche cantar.

Pasha me envuelve con sus brazos y me levanta. Arriba, arriba, hasta que nuestros pechos se frotan y se deslizan uno contra el otro y la gravedad lo ayuda a tocar fondo dentro de mí con cada. Sólida. Embestida.

No puedo…

No estoy…

Es demasiado…

Quiero mucho más.

No sé si alguna vez he estado tan completamente llena. Tan estirada hasta mis límites absolutos.

Tan completa y absolutamente *follada*.

La mesa cruje y gime debajo de nosotros, golpeando contra la pared del fondo al ritmo de sus embestidas. Sus manos agarran mi trasero y me clavan en él una y otra vez.

Los gemidos se convierten en gruñidos, y los gruñidos en gritos de profundo placer. Los gritos se convierten en sollozos mientras esa dulce liberación aumenta y aumenta hasta que creo que no puedo contenerme más.

—Córrete para mí —ordena Pasha entre besos en mi hombro—. Quiero sentir que te corres.

Eso es todo lo que necesito.

Se envaina dentro de mí justo cuando esa segunda burbuja se rompe y estoy volando, haciéndome pedazos, *gritando* su nombre una y otra vez. Mis caderas quieren montarlo y empujarlo, pero él me mantiene allí, llenándome con él, y eso me hace frotarme aún más fuerte contra su cuerpo.

Pasha gime. Está jadeando tan fuerte como yo.

Pero, ¿el momento en que me calmo de ese orgasmo que me hizo doblar los dedos de los pies?

Él se retira, me da la vuelta y me da palmadas en el trasero.

—Todavía no he terminado contigo, *moya plamya*.

Ay, joder… Estoy bastante segura de que acabo de correrme un poco otra vez.

Lo oigo reír y sí, lo hice. Puedo sentir la evidencia goteando por mis muslos. Pasha frota sus manos entre mis piernas y acaricia mis muslos para abrirlos más. Se toma su tiempo amasando mi trasero como si me estuviera inspeccionando. No sé si estoy lista para que él vaya *allí* todavía, pero tampoco sé si lo rechazaría.

Siento que se alinea de nuevo justo donde quiero que esté; suspiro aliviada. Se ríe y me da un apretón amoroso en el trasero.

—No te preocupes, hermosa —Pasha se traga un gruñido cuando comienza a empujar dentro de mí—. Te daré mucha preparación antes de tomarte aquí.

Mete su pulgar allí cuando lo dice. No fuerte, no profundo, más bien una caricia justo fuera del borde. Es suficiente para hacerme chillar de placer y sentirlo deslizarse dentro de mí aún más.

—Joder, bebé… —se inclina sobre mí y besa un camino ardiente por mi columna—. Te sientes tan jodidamente bien…

Él acaricia mi ego casi tanto como su miembro acaricia mis paredes internas. Me apoyo sobre los codos y arqueo más las caderas. No me quedaré aquí tumbada recibiéndolo… le daré exactamente lo que quiere.

Lo que *ambos* queremos.

Pasha me da otra palmada en el trasero, esta vez con un profundo gruñido de agradecimiento. Me estimula y lo monto, me muevo contra él, echo las caderas hacia atrás para tomarlo más profundo con cada embestida sólida de su polla gruesa. Ahora, él gruñe mi nombre tanto como yo grito el

suyo.

—Daphne…

Me estremezco. Me inclino hacia él.

Estoy tan jodidamente cerca.

Una mano aprieta mi seno. La otra mano se desliza por mi cuerpo para presionar justo sobre mi útero.

Algo en eso hace que cada fibra de mis sentidos se active.

Lo siento derramando calor en mi interior al mismo tiempo que me estremezco aún más fuerte, sollozo aún más fuerte, canto su nombre como un mantra en mis labios temblorosos. Pasha me abraza fuerte y gruñe una y otra vez, hundiéndose en mí cada vez más profundamente con embestidas lentas, sólidas, puntuadas, que llevan ese calor líquido exactamente donde él quiere que vaya.

No puedo sentir mis piernas.

Ni mis dedos.

Ni mis dedos de los pies.

Todo lo que puedo sentir son sus besos revoloteando a lo largo de mis hombros. Sus brazos envolviéndome, sujetándome contra él, evitando que caiga al suelo.

Todo lo que puedo escuchar es mi nombre susurrado a través de sus propios jadeos, acompañado de susurros en ruso que no puedo interpretar pero que se sienten como algo cercano a una oración.

PASHA

Debí haberme alejado antes de besarla.

No lo hice.

Debí haberme alejado antes de que prendiéramos fuego el cuadro.

No lo hice.

Debí haberme alejado antes de follarla, o durante, o después, o en cualquier momento de los momentos que siguieron.

Pero no lo hice. No puedo obligarme.

Incluso ahora, mientras Daphne mastica una papa frita y mira pensativamente por la ventana del restaurante, me encuentro demorándome, aunque las horas siguen pasando como si alguien me estuviera jugando una mala pasada con las manecillas del reloj.

—Entonces, háblame de ese cuadro —digo, aunque solo sea para detener los pensamientos imprudentes de salirse de control.

Daphne resopla. —¿Te refieres a la obra maestra de cinco millones de dólares que acabamos de quemar?

—Es a la que me refería, sí.

Suspira y revuelve su té helado de frambuesa por un momento. —El boceto original era mío. De mí, quiero decir. Yo era su modelo, su musa, su *grande belle*. Había empezado a poner las primeras capas cuando…

—Cuando ellos empezaron a follar.

Daphne lanza una mirada de pánico alrededor del restaurante. —¡Shhh! ¡Sí!

Me río. —Es prácticamente medianoche. Todos aquí están demasiado cansados para oírnos, o demasiado borrachos para preocuparse.

—Igual.

Tengo que confesar en secreto que admiro su sentido del decoro. Incluso después de haber probado su coño y hacerla gritar mi nombre… *verdadera* música para mis oídos… se comporta

con gracia y dignidad.

—¿Eso fue lo que te hizo sospechar de la aventura?

Se retuerce en su asiento. Sé que me estoy invitando a entrar en su vida privada, pero tengo curiosidad por saber exactamente en qué me metí. Fui a la exposición de la galería por un cuadro, por el amor de Dios. Y, en lugar de irme con uno, quemé cinco millones de dólares en cenizas y luego le di mi liberación a la ex del artista.

Que ahora me mira como si esperara que le dé un revés para que se siente en el asiento de la cabina si dice una sola sílaba fuera de lugar.

¿Qué clase de mierda le hizo Ewing?

—No —Daphne toma un sorbo de té con cautela—. Al principio noté algunas alteraciones, pero… artistas, ¿sabes? Especialmente los abstractos. No, fue la… eh… *foto* que ella le envió, que apareció mientras él se estaba duchando.

Algo feo hierve dentro de mí ante la imagen mental de Daphne, desnuda y en la cama de Ewing, mientras él está en la ducha lavando cualquier patético intento de sexo que acaba de hacerle a su cuerpo.

Me sacudo eso de encima. No es mi circo, no son mis monos.

No es mi mujer.

Inmediatamente, cada fibra de mi instinto desafía ese último pensamiento con un rotundo, *Sí, joder que lo es.*

—Foto —me obligo a mantener la voz tranquila. No es culpa suya que sienta una sensación de posesividad muy fuera de lugar sobre ella.

—Sí. Una que tomó mientras estaban… Ah, supongo que "haciéndolo" es el término técnico.

Me río con un resoplido. No puedo evitarlo. Idiotas estereotipados jugando juegos estereotipados idiotas.

Pero, cuando veo la expresión abatida en su rostro, me arrepiento. —¿Saben lo estúpidos que son en realidad?

—No, para nada.

—Pero tú eres inteligente.

Daphne me lanza sus magnéticos ojos azules. —¿Lo soy? Porque esto sí que no parece inteligente.

—¿Qué no lo parece? —ladeo la cabeza—. Lo dejaste. Dejaste que ambos quemaran su mundo juntos. Les mostraste, a *ambos*, lo que le pasa a la gente que te jode. Y luego, tomaste al hombre más hermoso del evento y lo montaste hasta acabar con él. Eso me suena muy inteligente.

Me mira como si hubiera perdido la cabeza. ¿Qué demonios sé yo? Tal vez lo hice.

Lo que sí sé es que, por alguna razón inexplicable, necesito verla sonreír… y, cuando se le dibuja

una sonrisa en la cara y se ríe, es casi tan bueno como sentir sus dedos clavándose en mi espalda.

—Vaya —Daphne sacude la cabeza e intenta reprimir la risa—. Cuando lo dices así… no estoy *tan* mal.

—Sí, bueno, estás en buena compañía.

Me mira fijamente. Afortunadamente, la sonrisa permanece donde está—. ¿Y qué hay de ti?

—¿Qué hay de mí?

—¿Qué te tiene tan mal? Quiero decir, ningún hombre cuerdo se gasta literalmente cinco millones. Debes tener algunos esqueletos en el armario.

Si supiera. Es lindo que piense que no tiene nada que ver con mi locura. Para ser justos, hay más que suficiente para responder esa pregunta mucho antes de conocerla esta noche.

Solo no tengo libertad para hablar de nada de eso.

Encojo los hombros a medias. —La familia, mayormente. Crecer con expectativas que nadie puede cumplir, sin importar lo perfectos que sean.

Daphne se burla. —Dímelo a mí.

—¿Una niñez difícil?

—Ah, no. No intentes darlo vuelta. Ahora se trata de ti.

Finjo sorpresa y señalo mi pecho; ella sonríe y asiente. En un gesto de rendición, suspiro y me dejo caer en el asiento. —Lo juro, no soy tan interesante.

—Lo dice el hombre que tiene cinco millones para quemar, *literalmente*.

—Chico de fondos fiduciarios.

—Patrañas.

Maldita sea. *Realmente* me gusta. Me mira a los ojos y no me adula como cualquier otra mujer que ve mi tarjeta American Express negra y al instante quiere convertirse en una mantenida.

—Inversiones —sonrío ante su mirada incrédula—. Esa es la respuesta honesta. Observo las tendencias, busco oportunidades. De vez en cuando, veo algo nuevo y prometedor, que resulta ser la próxima gran cosa.

Arquea una ceja oscura. —¿Como Conrad?

—Joder, no —compartimos una risa y, Dios mío, podría ahogarme en su voz—. Su “arte”, si es que se le puede llamar así, es una plaga para la humanidad. Me siento honrado de haber sido el que erradicó personalmente al peor infractor.

—Ahí vas de nuevo —Daphne sorbe su bebida mientras me estudia—. Un minuto, eres este tío relajado y algo crudo. El siguiente es como si acabaras de dar una conferencia sobre estética cultural en Yale.

—No mentía cuando dije que soy culto. Leo mucho.

—Supongo que biografías de generales de guerra y revistas pornográficas.

Me río. —Entre otras cosas.

—No me digas que lees libros de texto de historia del arte en tu tiempo libre —responde—. Yo diría que pareces el que debería estar en exposición, no el que lo estudia.

—Acepto el cumplido.

—Tampoco actúes como si fuera la primera en decirte que eres atractivo —me acusa. Luego, enderezándose—: Entonces, ¿a qué universidad fuiste?

Suspiro. Esa es una parte de mi vida que trato de fingir que nunca sucedió. Aunque sucedió y fueron algunos de los años más preciosos de mi existencia. Estaba muy jodidamente lejos de mi familia, de esas responsabilidades, del interminable caos que implica estar en una Familia con "F" mayúscula.

—Yale.

Daphne espeta. —Estás bromeando. Estaba bromeando cuando dije eso, ¿sabes?

—Yo no. Pasé tres años allí. Pero nunca llegué a graduarme.

—¿Por qué no?

—Mi padre murió. Tuve que regresar y ayudar a cuidar de la familia.

Asiente como si supiera exactamente a qué me refiero. Es justo, aunque incorrecto. No estoy precisamente diciendo por megáfono que estoy a cargo de una familia de la mafia rusa y que mi padre, el ex *pakhan*, fue asesinado por gente a la que jodió.

La miro de nuevo. Su rostro en las luces fluorescentes del restaurante, medio en sombras, medio resplandeciente. La curva de su mandíbula. Los reflejos que brillan en su cabello desde el letrero de neón rojo sobre la puerta.

Es tentador llevarla de vuelta a mi casa. Una parte de mí quiere protegerla del mundo y darle santuario en mi casa, en mi cama… pero tengo que sacudírmelo de encima. Me recuerdo a mí mismo lo que soy… y, más importante, lo que no soy.

No soy su gracia salvadora ni su príncipe valiente, que llega para salvar el día.

Por lo que sabe, solo soy un tío que la folló hasta dejarla sin sentido y la alimentó.

En unos momentos, seré el tío que la lleve a casa y luego desaparezca para nunca más ser visto.

Es mejor así.

Así que, mientras pagamos y nos vamos, aprovecho el viaje en auto para memorizar esta sensación. Me quedo donde no debería. Unos minutos más para oler su perfume de vainilla llenando mi auto. Una respiración innecesaria, solo para escucharla suspirar de satisfacción mientras se acomoda en el asiento de cuero del pasajero como si estuviera destinada a estar aquí, a mi lado, todo el tiempo.

Por unos escasos minutos, podemos fingir que hay más de lo que realmente hay. Todo terminará

pronto. Bien podríamos disfrutarlo mientras dure.

—Aquí es —dice Daphne al fin. Señala a través de la ventana un edificio de apartamentos próximo. Un bloque alto y sombrío en la noche.

Asiento y aparco. Apago el motor. El silencio parece una tercera persona en el auto con nosotros.

Daphne mira hacia afuera, con los dedos en la manija, aunque todavía no abre la puerta. Se da vuelta y me mira. —Gracias.

—¿Vas a estar bien?

La pregunta sale volando de mi boca antes de que tenga la oportunidad de pensarlo. *¿Qué me importa?*

Esa estúpida sensación molesta en mi pecho dice: *Jodidamente mucho*.

Suspira. —Sí. Hazel es buena gente. Estoy a salvo aquí.

Puedo notar que no quiere irse. Yo tampoco quiero que se vaya. Ambos sabemos que tiene que suceder. Ambos sabemos que, una vez que la puerta del auto se cierre detrás de ella, se acabó. Para siempre.

No significa que me tenga que gustar.

Daphne saca su teléfono y revisa sus mensajes. —Uf. Probablemente se esté preguntando qué diablos me pasó… ¡Oye! ¿Qué diablos?

Algo me posee y, antes de que cualquiera de los dos pueda parpadear, tengo su teléfono en mi mano. Marco mi número de teléfono, me envío un mensaje de texto y luego se lo devuelvo. —Ten.

—¿Qué es esto?

—Mi número. Y ahora tengo el tuyo.

—Sí, pero… ¿por qué?

Una vez más, algo ajeno a mi naturaleza me posee. La atraigo hacia mí y me tomo el momento más largo y dulce para saborear sus labios, acariciar su lengua, solo *sentirla*.

Porque, incluso con ese salvavidas arrojado, no estoy seguro de volver a verla.

Si elijo lo que es mejor para ambos, no lo haré.

—Buenas noches, *moya plamya*.

Daphne se sonroja. Se muerde el labio inferior. Si no se detiene, si no se va, estoy peligrosamente cerca de alejarla y mostrarle lo grande que es mi cama y cuánto tiempo podemos pasar en ella.

Al final, toma la decisión correcta.

—Buenas noches, Pasha.

Luego, se va.

DAPHNE

Cuatro Meses Después

—La verdad es que no sé por qué me molesto hoy en día.

Me abstengo de poner los ojos en blanco. *¿Hoy en día?* ¿Desde cuándo siquiera se ha molestado en absoluto?

Ophelia Hamish, una socialité de toda la vida, esposa del ex presidente de Chekhov Internacional y madre de dos hermosas hijas que preferirían no tener nada que ver con ella, suspira dramáticamente y deja su cuchara de plata literal sobre el platillo a juego, todavía más delicado. —En serio. Todo esto es completamente ridículo.

—Me lo dices tú —intento ocultar mi murmullo detrás de la pequeña taza de té con borde dorado llena de lo que creo que podría ser manzanilla.

Pero, para mi mala suerte, me escucha.

—Tienes que disculparte.

Casi escupo el té a mi madre. —¿Joder, *disculpa*?

—¡Daphne Elizabeth! ¡Por favor! —Madre mira a su alrededor y me lanza su mejor mirada de regaño—. Sé que es difícil para ti actuar como una dama, pero debo insistir en que mantengas *algo* de decoro. No sufriré más deshonra pública de la que ya me han hecho tú y tu hermana.

Me estremezco. Por mucho que me diga a mí misma que no me importa, eso me duele un poco.

—En cualquier caso —continúa—, he tenido muchas conversaciones con los Ewing, y me aseguraron que la boda sigue en pie. Considerando que puedas tragarte tu orgullo.

Ahora, es mi turno de lanzarle una mirada mordaz.

Bajo ninguna circunstancia, en absoluto, voy a “disculparme” con Sidney Conrad Ewing. ¿Por qué? ¿Por no ser lo suficientemente sórdida? —Te das cuenta, Madre, ¿de que él fue quien me dejó? —mantengo mi voz empalagosa, solo para su beneficio—. No puede mantenerlo en sus pantalones aunque de eso dependiera su vida. Eso no es algo por lo que *yo* deba disculparme.

Ella resopla. —Bueno, no te haría daño poner un poco más de esfuerzo. Arreglarte un poco más.

Ponerte esos pendientes de diamantes que te regaló para tu aniversario. Mostrarle que…

—¿Cómo puedo usarlos si están en las orejas de su *prometida*? —pincho mi ensalada con saña con mi tenedor—. ¿O también te olvidaste de eso?

Mi madre se lanza a otro de sus discursos preparados sobre el deber de una mujer de "mantener a su hombre interesado", y cómo estoy deshonrando a la familia al no arrojarme a sus pies y rogarle que me acepte de vuelta.

¿Para ser honesta? No creo que él lo haga.

No ahora, de todos modos.

Las cosas han cambiado.

Empujo la bolsa de cuero a mis pies solo para asegurarme de que todavía está allí. En mis peores pesadillas, dejo caer la bolsa y lo que está adentro se desliza por el piso para aterrizar a los pies de la última persona que quiero que sepa sobre mi secreto no-tan-pequeño.

Quién es esa persona, todavía no estoy segura.

¿Conrad?

¿Brittany?

¿Madre?

De repente, me viene a la mente una cara en particular. Es la misma cara con la que he estado soñando durante cuatro meses, desde aquella noche salvaje en la galería.

—Bueno, ¿qué piensas?

Salgo de mi ensueño y parpadeo hacia Madre. Ella me mira expectante, lo que significa que me ha hecho una pregunta para la que definitivamente no tengo la respuesta. —Yo, em… seguro. Suena bien —doy otro bocado a mi ensalada insípida, solo como excusa para no poder hablar.

Madre pone los ojos en blanco una vez más. —Es inútil. Todo es inútil. ¡Tú tampoco ayudas! Te pido una cosa simple y es como si pensaras que quiero que te saques tus propios dientes tú misma.

Hacerte favores suele sentirse así. —Lo siento, Mamá. Me hiciste pensar en Conrad y me quedé dormida.

Odio humillarme ante ella, pero odio aún más cuando hace una escena y luego me echa la culpa.

Por eso, cuando suspira y su expresión dura se suaviza, no puedo evitar soltar un suspiro de alivio.

Un desastre menos por el que pasar.

Ojalá.

Tal vez.

Mi alivio dura poco, porque mi teléfono empieza a vibrar sobre la mesa. Madre espera que al

menos lo compruebe para ver si es Conrad; ahora no es la excepción. Una mirada súper rápida lo confirma… el mismísimo diablo está intentando llamarme por enésima vez hoy.

Tal como me ha estado llamando todos los días, prácticamente sin parar, durante diecinueve semanas y contando.

Por lo general, sus llamadas van acompañadas de mensajes de texto simultáneos de Brittany advirtiéndome que "me aleje de su hombre" y "me quede en mi carril" y cualquier otra cosa que se le ocurra para marcar su supuesto territorio.

A este ritmo, me sorprende que no haya orinado alrededor de su casa.

O tal vez sí lo ha hecho. No me sorprendería.

—¿Vas a responderle?

Mierda. Vio la pantalla.

Intento no hacer una mueca mientras apago la vibración y meto el teléfono en mi bolso. —No quiero ser grosera. Estoy almorzando con mi madre y él debe respetar eso.

Esto la ayuda a acicalarse las plumas, por así decirlo. Madre se sienta un poco más erguida y me ofrece una sonrisa pacífica. —Bueno, aun así. Sus padres siguen diciendo lo abatido que está desde la ruptura. Podrías hacerle un favor al pobre hombre.

Me encanta que todos hayan convertido la infidelidad y el egoísmo de Conrad en mi problema. Como si *yo* fuera la que lo engañó con su rival de toda la vida, lo echó a patadas y luego lo hizo adorar el suelo que pisa por el bien de su trabajo.

Ah, espera… fue él quien me hizo todo eso a mí.

Y, honestamente, cada vez que pienso en todo lo que pasó después, no es ni remotamente culpa mía. No es mi culpa que me haya dejado llevar por un millonario ruso sexy que parecía pecado y sabía a caos.

Eso fue todo… *ejem*… ¿qué estaba diciendo?

Concéntrate, Daph.

—La verdad, Mamá, no creo que Conrad quiera volver conmigo. En absoluto. Jamás.

Frunce el ceño. Principalmente, porque odia que la llamen "Mamá", especialmente en público (porque es muy grosero para nuestro "escalón social" o alguna tontería por el estilo). Pero también porque no puede imaginar un mundo en el que sus planes cuidadosamente manipulados no funcionen a su favor.

Como Sidney Conrad Ewing queriendo que yo sea su esposa.

—¿Por qué no? Vienes de buena familia, de un estatus alto, de una educación excepcional. Claro, tuvieron una pequeña pelea. Todos los amantes la tienen. Él…

—Estoy embarazada.

Madre se congela a medio sorbo. Decido que el rábano en el borde de mi plato es fascinante, y

opto por mirarlo en lugar de ver sus venas literalmente congelarse.

—Qué. Acabas. De. ¿Decir?

Me aclaro la garganta e intento demorarme con un sorbo de mi propio té. Otra tos. Una oración silenciosa para que la camarera que pasa caminando con una bandeja de vasos de agua de cristal los derrame encima de mí.

Cualquier cosa para distraer a Madre de su diatriba inminente.

—Daphne.

—¿Hm? —pregunto inocentemente.

—¿Qué acabas de decir?

Frunzo los labios. Empujo la bolsa a mis pies una vez más. Me debato agitar el palito de orina envuelto frente a mí como si fuera un sable de esgrima para defenderme de lo que sea que esté por venir.

Al final, sin embargo, el daño ya está hecho. —Estoy embarazada.

Madre me mira fijamente. Luego, sin perder el ritmo, vuelve a su comida. —Bueno, entonces eso es todo. Obviamente, *tienes* que volver a Conrad, y…

—No es suyo.

Si la primera bomba no lo hizo, la segunda sí.

Creo que lo veo, sí, ahí está. La furia gélida que ha pasado décadas perfeccionando hasta convertirla en su arma más poderosa. El Especial de Ophelia Hamish. Comienza en la quietud de las yemas de sus dedos mientras agarran los cubiertos y lentamente se extiende por sus brazos, su pecho y luego el resto de su cuerpo hasta que su rostro se convierte en esta máscara congelada e ilegible.

Honestamente, es impresionante.

Al menos, lo sería, si no estuviera dirigido a mí en este momento.

—¿A quién diablos más podría pertenecer?

Su voz dulce y azucarada es una promesa abundante de que el infierno mismo está a punto de abrirse de par en par y tragarme por completo. Mierda, ella misma está a punto de arrastrarme allí abajo.

No sé cómo responderle. No solo por mi propia supervivencia, sino… literalmente. No sé cómo contarle sobre el completo extraño que vino a mi rescate en el último momento y no solo fingió ser mi cita, sino que literalmente, *literalmente*, quemó millones de dólares para vengarse por mí.

Y luego me enseñó cómo se sienten realmente los orgasmos intensos y estridentes.

Me dio su nombre y su número de teléfono. Eso debió haber sido suficiente para encontrarlo y simplemente… hacer un seguimiento. Ver si realmente hay algo allí, o si fue algo mutuo de una sola vez.

No es que *no* pueda ser algo de una sola vez.

Solo… la idea de volver a un pez mediocre y flácido que se agita entre mis piernas es suficiente para hacerme llorar.

Creo que he mirado esa conversación de texto abierta todas las mañanas, tardes y noches desde que nos separamos.

Me despierto, me pregunto si hoy es el día en que finalmente probaré las aguas y le enviaré un simple ***Hola***, luego me recuerdo las mil razones por las que es una terrible idea.

Por la noche, me pregunto si sus sábanas están tan frías y vacías como las mías. Tal vez podría venir a mi nuevo apartamento y ayudarme a bautizar mi nueva cama… y baño… y sofá… y cocina…

Pero los hombres como él viven existencias completamente diferentes a las de las mujeres como yo. Probablemente esté haciendo que una nueva mujer grite su nombre cada noche. Varias a la vez, incluso. No me sorprendería si tuviera más una situación de harén que una pequeña libreta negra de conquistas.

Ahora, llevo la tercera cosa que me dio esa noche.

Y el hecho de que prefiera confesarle a mi madre Medusa autoritaria, hipercontroladora y narcisista antes de enviarle un mensaje de texto al padre de mi hijo no nacido debería ser evidencia suficiente de lo cobarde que soy en realidad.

—Preferiría no decirlo.

La ceja de mi madre se alza de nuevo. —¿"Preferirías no decirlo"? ¿O en realidad no lo sabes?

Odio cómo me suena el comentario. No debería afectarme en absoluto, pero lo hace. —¿Cuál es tu puto problema? —siseo.

—¡Cuida tu lenguaje, señorita! —mira alrededor de la habitación por centésima vez solo para asegurarse de que nadie que conozca esté escuchando a escondidas—. Para tu información, *tú* eres mi problema. Tú y tu hermana. No puedo…

Ay. Ay, Dios santo.

Está *llorando*.

Mamá derrite su fachada gélida lo suficiente como para desplomarse en su silla como si alguien acabara de sacarle la ira del cuerpo a bofetadas. Ahora, todo lo que queda es autocompasión y una dramática sensación de injusticia.

—¡No puedo creer lo bajo que ha caído nuestra familia! —su voz es aguda, pero logra permanecer tranquila—. Tu abuela se revolvería en su tumba si lo supiera.

Ahora no es el momento de poner los ojos en blanco.

Ahora no es el momento de poner los ojos en blanco.

Ahora no es el momento de recordarle que a mi abuela no le importaba nada ni nadie si no tenía que ver con el juego de canasta.

Me muerdo el interior de la mejilla para reprimir la sonrisa que tanto deseo mostrar en recuerdo de mi abuela. Era una mujer encantadora. Amable, desinteresada, y una excelente panadera.

No tengo ni idea de cómo se las arregló para dar a luz a la bruja que ahora llora frente a mí.

—¡Sé que las crié mejor que esto! Melanie, por supuesto que sí… ¿y cómo me paga por todo? Ahora, ni siquiera podemos mostrar nuestras caras en el country club, y eso sería bastante malo, pero… ¿Daphne? ¿Me estás escuchando?

—Sí. Lo siento.

Ni siquiera un poco.

Melanie, mi hermana menor, es la afortunada. Es gracioso decirlo, porque la arrastraron por el barro, la masticaron, la escupieron y luego la convirtieron en sushi social cuando se corrió la voz de que tenía un ingreso serio… y seriamente sexy… como chica webcam durante la universidad.

No estoy segura de qué fue peor a los ojos de mi madre: el hecho de que usara lencería escasa para que miles de espectadores la miraran con lujuria, o que ganara *tanto dinero* con esa actividad. Estoy bastante segura de que, si hubiera hecho solo algunas cosas y solo hubiera tenido unos pocos seguidores, todo el asunto habría sido barrido debajo de la alfombra.

Pero Mel nunca hace las cosas a medias. Ganaba mucho dinero, vivía bien, vivía libre.

Hasta que un idiota decidió exponerla. A nuestros padres, nada menos.

Esa es la parte más complicada de toda la situación. Nadie sabe realmente por qué el tío se esforzó por arruinar por completo la reputación de mi familia. No importó que Melanie nunca se acostara con nadie, o que dejó esa afición mucho antes de casarse, o que ahora estuviera casada con un hombre que lo supo desde el principio y no le importó.

Lo que importaba eran las palabras que la gente le lanzaba.

Puta.

Zorra.

Perra.

Imperdonable.

Desagradable.

Indigna.

Asquerosa. Asquerosa. Asquerosa.

Fue la peor pesadilla de mi madre. Y también de mi padre. Todo ese dinero y prestigio, y aun así el Sr. y la Sra. Hamish no pudieron costearse criar a hijas perfectamente castas para casarlas en la alta sociedad. Y así la conclusión inevitable…

También debe haber algo malo con ellos.

Quien expuso a Melanie lo hizo por una razón. Sigo pensando que tuvo menos que ver con mi

hermana y más con mis padres. ¿Por qué perder tiempo y energía con tus enemigos cuando un simple rumor basado en hechos puede destruirlos mientras duermes?

—Entonces, debo preguntarte de nuevo, Daphne Elizabeth Ha…

—Covington —entrecierro los ojos en señal de advertencia—. Ahora mi apellido es Covington.

—No me lo recuerdes. Fue idea de tu hermana, estoy segura.

Equivocada de nuevo. Fui yo quien eligió un nuevo nombre. Un nuevo comienzo.

Madre se mueve en su asiento, se endereza y hace todo lo posible por recuperar el control de esta conversación que se ha descontrolado por completo. —Debo preguntarte —repite con firmeza—, ¿sabes o no quién es el padre?

Suspiro. Bien podría ceder un poco aquí. —Sé quién es.

—¿Cómo se llama?

Me limito a negar con la cabeza.

—¡Daphne! ¡Dios mío! —suspira Madre con exasperación y una dosis no pequeña de frustración —. No puedes sentarte aquí y decirme que planeas criar a este niño sola. Sin ninguna ayuda, financiera o de otro tipo, del padre. ¿Qué pensará la gente?

—¿Que soy una mujer fuerte e independiente que no necesita un hombre?

Pone los ojos en blanco. —Por favor. Eso es lo que piensa la gente fea y pobre. Tú…

—No *puedo* creer que hayas dicho eso —tomo la servilleta de mi regazo y la dejo caer sobre la mesa, porque al diablo con el decoro—. Necesito usar el baño. Disculpa.

—Daph…

Evito mirarla mientras empujo mi asiento hacia atrás. Necesito un momento para recomponerme antes de arremeter contra ella y causar una verdadera escena. Pero, cuando respiro profundamente otra vez y miro hacia arriba para intentar calmar las cosas con una pequeña sonrisa, me detengo.

Madre está mirando por encima de mi hombro, con los ojos muy abiertos y pálida.

Como si estuviera viendo un fantasma sentado detrás de mí.

—¿Qué está haciendo *él* aquí? —susurra en voz baja.

—¿Quién? —me doy vuelta para verlo por mí misma.

Mi estómago se revuelve.

Mis pulmones olvidan cómo funcionar.

—El hombre que nos arruinó. Que arruinó nuestras vidas. *El hombre que expuso a tu hermana.*

PASHA

—Todavía no puedo creer que hayas *quemado* esa maldita cosa.

Me encojo de hombros y tomo otro sorbo de mi agua con limón. —Se sintió fantástico. Deberías probarlo alguna vez.

El senador Brennan se ríe entre dientes. —Eso sería un sueño hecho realidad. Nunca entenderé qué ve mi esposa en ese artista… ¿cómo se llama…?

—Ewing.

—Ewing —arrastra las palabras con una expresión torcida en el rostro, como si el nombre tuviera un sabor horrible. Para ser justos, a mí tampoco me gusta—. Conrad Ewing, es cierto. Te lo juro, veo su trabajo en todas partes estos días. El senador Gerhardt incluso tiene uno en su oficina; ¿puedes creerlo?

Por mucho que lo odie, puedo creerlo. El nepotismo es un recurso increíble para los aficionados sin talento como Ewing.

Sidney Conrad Ewing es un graduado de tercera categoría del programa de arte de Yale, que ni siquiera habría sido admitido si no fuera por una generosa donación otorgada a la universidad por los adinerados Sr. y Sra. Ewing.

Sé más sobre el bastardo de lo que quisiera. No fue difícil sacar los registros y seguir el rastro de papel.

Lo único que no he podido averiguar es cómo diablos terminó con una mujer como Daphne.

Moya plamya. Mi pequeña llama.

Y mi distracción interminable. En el segundo en que su rostro aparece en mi mente, la sacudo antes de perder el hilo de la conversación.

—¿Cómo está Cora estos días? —no me importa la esposa del senador a nivel personal; solo es bueno saber cómo están las cosas.

Especialmente, cuando la información sucia que tengo sobre el senador Brennan es tan poderosa como su obediencia a su esposa hinchapelotas. Hay una broma recurrente, que no es tan broma, sobre quién es el senador “real”.

Él nunca lo diría, pero me pregunto si parte del poder que tiene sobre él tiene algo que ver con cómo es ella entre las sábanas.

Los recuerdos de Daphne inundan mis sentidos. Su piel suave bajo las yemas de mis dedos, sus labios acariciando los míos… sus gemidos jadeantes en mi oído… la forma en que se estremecía a mi alrededor…

Brennan se limpia la boca con la servilleta de tela. —Ella está bien. Todavía está bastante molesta por la pérdida de ese maldito cuadro. Nunca dejaré de escucharlo.

—Estoy seguro de que habrá uno nuevo. Uno mejor —*uno peor sería casi imposible*, pienso para mí—. En cualquier caso, dime qué piensas sobre el nuevo contrato.

Me obligo a concentrarme en el motivo por el que estoy aquí para empezar. Quiero acabar con todo de una vez. Este lugar… tazas de té con bordes dorados, camareros con esmoquin y labios rígidos… no es mi entorno de trabajo preferido.

Para empezar, los manteles blancos dejan ver la sangre con demasiada facilidad.

Brennan asiente y se recuesta en su silla con un profundo suspiro. —Me gusta. Así como me gusta asegurar que nuestras tropas estén armadas con lo mejor de lo mejor.

No me gusta la vacilación en su tono. —¿Pero…?

—Pero hay algunas preocupaciones. Sobre tus fuentes de abastecimiento.

—Eso no es un problema, senador. Estoy seguro de que podemos encontrar una solución —señalo con la cabeza al camarero, que rápidamente me vuelve a llenar el vaso de agua helada—. Dame unos días para reunir los registros para ti.

Brennan asiente y se zampa su salmón sin decir otra palabra. Yo picoteo las alcaparras de mi propio plato. No tengo mucho apetito.

Mis hermanos, Makari y Sofiya, me han estado presionando para que busque a la mujer de la galería. Los rechacé en todo momento. Es mejor dejar el pasado en el pasado. Disfrutar de lo que Daphne y yo tuvimos y dejarlo ir. Soy lo suficientemente decente para reconocer una mala idea por lo que es.

Puede que sea un bastardo violento. Pero no soy egoísta.

Y ella no es apta para mi mundo.

—En realidad, pensándolo bien… —dejo el tenedor y me relajo en mi propio asiento. Es hora de quitarle las riendas a este idiota—. No te daré esas verificaciones.

Brennan arquea una ceja. —Ah, ¿no?

—Al igual que no le daré a Cora el último lote de cintas de vigilancia de tu reciente… ¿Cómo lo llamaste de nuevo? ¿“Viaje de negocios”?

Tose sobre su comida y busca frenéticamente su agua.

Me encojo de hombros. —No es mucho, lo admito. Pero incluso esos escasos diez minutos que logramos conseguir te muestran con tus… digamos, “asociados”.

—Vamos, Pasha…

—Es interesante cómo casi siempre estás fuera por “negocios”, y sin embargo, la única vez que necesito hablar con tu esposa directamente, ¿ella está ocupada? ¿Y puedes intervenir en su nombre? —sonrío y me inclino hacia delante, bajando la voz hasta convertirla en un susurro conspirador—. Esto no tendrá nada que ver con tu dulce nueva secretaria, ¿verdad? ¿La que te acompañó en ese viaje?

La cara de Brennan se pone roja como un tomate.

Eso pensé. O, al menos, tenía mis sospechas. Todo el mundo sabe que Cora Brennan tiene a su esposo bajo control; para conseguir que el senador esté de acuerdo, es mejor discutir acuerdos y contratos con ella.

De hecho, originalmente programé este almuerzo con ella. El senador Brennan intervino en el último minuto para informarme que Cora tenía un “conflicto de horario” y que él se ocuparía de los detalles.

Todo lo que tuve que hacer era comprobar las imágenes de vigilancia que robamos para averiguar por qué.

—¿No puede un hombre mantener su privacidad? —gruñe Brennan, sus ojos recorren la habitación. No lo culpo. Si alguien escucha, es probable que empiece a mover los labios.

—¿Cuando está engañando a su esposa? No.

Entrecierra los ojos y me mira. —Como si tuvieras algo de terreno en el que apoyarte. Estoy seguro de que tienes esqueletos en el armario a montones.

—No soy como usted, senador —respondo con frialdad—. Y gracias a Dios por eso.

Empujo mi silla hacia afuera y me levanto. Ya terminé de hablar con esta excusa incompetente de hombre. Terminaré el trato con su esposa.

O lo delataré y reduciré mis pérdidas.

Cualquiera de las dos opciones sirve.

Me alejo para caminar de un lado a otro en el salón lateral con arcos de vidrio y hacer una llamada telefónica. —Mak. Soy yo.

—¿Cómo te fue?

—Tan bien como se puede esperar de ese idiota.

—¿Cora no estaba allí?

—No —suspiro y me froto el puente de la nariz—. Pero le recordé la información sucia que tenemos, así que igual está a bordo. Quiere verificación de las fuentes y le dije que se fuera a la mierda.

—Tal vez no sea una mala idea —Mak suelta una bocanada de aire—. Teniendo en cuenta la longevidad que queremos con el contrato, ¿quieres que construya algunas empresas fantasma y

oculte el rastro de papeleo?

—Sí, hazlo. Cubre nuestras bases. Hablando de eso, ¿cómo fueron las revisiones?

Mak suelta una risa nerviosa que me pone a mí nervioso.

—Mak…

—¡Todo está bien! ¡Bien! Lo tengo todo cargado y canalizado. Todos los números contabilizados.

—¿Pero?

Respira hondo. —Pero… los *vors* siguieron mencionándote a ti. Y a tus herederos. Más aún la falta de ellos.

Me trago un gruñido de impaciencia. —Diles que se mantengan metidos en sus propios malditos asuntos.

—Ah, lo hice. Pero tienes que admitir que la preocupación es legítima. La gente quiere saber que sus inversiones continuarán con el legado y no solo morirán contigo.

—Entonces, tranquilízalos y diles que te ocuparás de eso tú mismo. Más temprano que tarde.

Mak suspira. —Sí, sí. De todos modos, nos preocupamos por ti.

—No lo hagas.

—Dice el hermano mayor sobreprotector.

Él no puede verlo, pero me las arreglo para sonreír. —Deja que me preocupe. Tú y Sofi encuentren esposos, cásense y tengan muchos bebés. Elegiré un heredero de entre todos, y entonces ninguno de nosotros tendrá que preocuparse por otra repetición.

La línea se queda en silencio. No quise desenterrar viejos y oscuros recuerdos, pero aquí estamos.

—Las cosas son diferentes ahora, Pasha —Mak suspira después de una larga pausa—. Tú eres diferente.

—Y quiero que siga siendo así.

No necesito justificar mis decisiones personales ante nadie, y menos ante algunos entrometidos del inframundo corporativo. Para eso está Mak: para casarse y tener hijos para no tener que hacerlo yo.

Un vistazo por la esquina confirma que Brennan está terminando su almuerzo y coqueteando con la camarera, lo que significa que podré irme sin interrupciones en aproximadamente un minuto. Podría irme ahora, pero, conociéndolo, seguirá rogando que mantenga la boca cerrada hasta que acepte solo para que deje de hablar.

No puede permitir que su esposa se entere de sus aventuras amorosas. Ella lo dejaría en la ruina y más.

Sospecho que ella ya lo sabe. La mujer es mucho más inteligente de lo que Brennan cree.

—También eres *pakhan* —dice Mak en mi oído—. Tienes responsabilidades en el ámbito familiar tanto como en el ámbito empresarial.

Rechino los dientes. Tiene buenas intenciones; lo sé. Simplemente no me gusta que me presionen para hacer algo que ya he rechazado.

—Asegúrate de que los envíos lleguen —le espeto—. Paga a quien sea que necesites. No me importa cuánto jodidamente cueste, solo asegúrate de que estemos asegurados para el próximo mes.

La llamada termina abruptamente. Miro a través del cristal y compruebo al senador una vez más. Por fin se ha ido para hacer lo que sea que hacen los pálidos canallas que ocupan cargos públicos, dándome suficiente espacio para escabullirme.

A un lado, oigo voces femeninas que se alzan en una discusión. Histéricas, en realidad. No miro. Lo último que quiero es verme envuelto en un drama familiar pretencioso. Este lugar está lleno hasta los topes de madres exageradas y sus hijas igualmente desesperadas que buscan cualquier excusa para hundir sus garras en el próximo soltero desprevenido y tal vez elegible…

Hago una pausa.

Conozco esa voz.

Una cascada de cabello familiar cae sobre su espalda muy tensa, balanceándose mientras empuja bruscamente su silla hacia atrás y se levanta. Parece que la mujer que está con ella, sin duda su madre, está a punto de destrozarla.

Pero entonces, la madre se detiene.

Y mira por encima del hombro de su hija…

A mí.

La luz en sus ojos y las cejas pintadas que se elevan hacia su frente dicen que me reconoce. Y me condenarán, pero podría jurar que la reconozco a ella también. ¿De dónde, sin embargo…?

No escucho lo que se dicen. Estoy demasiado distraído por la presencia real y tangible de la mujer que ha estado atormentando mis sueños durante cuatro meses enteros.

Daphne se da vuelta para ver qué ha captado la atención de su madre.

Al igual que su madre, me ve.

Al igual que su madre, sus cejas se elevan y su mandíbula se abre.

Sin embargo, a *diferencia* de su madre…

Inmediatamente se da vuelta y corre hacia la salida.

PASHA

Puedo contar con cero dedos las veces que he perseguido a una mujer en mi vida.

Supongo que hay una primera vez para todo.

Tal vez por eso siento una descarga de adrenalina en lugar de irritación mientras corro tras Daphne, sin importarme con quién me topo o a quién ofendo en mi camino.

Finalmente la atrapo del codo a través de las puertas dobles. —Detente.

Se da vuelta, nerviosa y sin aliento. —¡T-tengo q-que irme, lo siento! Tengo que… —su voz se apaga cuando intenta soltarse de mi agarre y su bolso se le resbala del hombro y se cae. Ambos lo alcanzamos al mismo tiempo y el empujón hace que caiga un bolso más pequeño.

—Ven, déjame coger eso…

—¡No!

Me agacho para recoger la bolsita, con la intención de devolvérsela. Pero, cuando veo lo que contiene, me congelo.

La miro.

A ella.

A la bolsita.

A ella.

Di algo. Tienes que decir algo.

Pero ¿qué coño se supone que debo decir?

¿"Felicitaciones"?

¿"Quién es el padre"?

¿"Tendremos un niño o una niña"?

Ay, maldita sea.

El valet detiene mi auto justo detrás de donde está Daphne, mirándome con absoluto terror en sus

ojos. Eso me molesta. No debería temerme. ¿Qué clase de hombre cree que soy?

La clase que se queda mirándola sin decir una sola palabra mientras sostiene su palito de orina como un maldito pervertido, esa es la clase de hombre que cree que soy.

Pero no hay palabras para esta situación. Ninguna que se me ocurra ahora mismo, al menos. Así que hago lo siguiente más racional…

Y la empujo hacia mi auto.

Sorprendentemente, ella no emite ni una sola protesta. Espero que me grite o incluso me chille para que la deje ir, pero en cambio, simplemente se sienta allí y espera a que tome mis llaves del valet y me deslice al asiento del conductor. No me mira, pero tampoco intenta salir.

Debería decir algo. En cambio, nos saco del estacionamiento y empiezo a conducir.

¿A dónde? Joder si lo sé.

—¿Comiste? —pregunto al fin.

Daphne mira el tablero. —Comí una ensalada.

—Entonces, no.

Ahora me mira. —¿Qué?

—Una comida de verdad aporta calorías, proteínas, *nutrientes*. Lo que sirven en ese sitio son dos lechugas y una zanahoria que ni un conejo tocaría.

Se ríe entre dientes. Lo tomo como una victoria.

Luego, la llevo a un sitio donde podemos hablar. Un lugar donde romper el hielo, ponernos al día, responder a algunas preguntas urgentes como: "¿Qué demonios?".

Daphne abre los ojos de par en par cuando entramos en el aparcamiento de VitaSmooth, un bar de batidos con el que Sofiya está obsesionada. Mi hermana jura que va a conquistar el mundo.

Yo no lo sabría y no me importa en lo más mínimo. Pero sí sé que las vitaminas y los nutrientes son importantes para el embarazo, y no hay forma de que Chez Delacourte le haya servido a Daphne suficiente cantidad de cualquiera de los dos para alimentar a nuestro bebé.

Su bebé, me corrijo mentalmente. Todavía no sabemos nada con certeza.

Le abro la puerta del auto y ella sale escabulléndose. Cuando entramos en la tienda de batidos, nos invade un espeso olor a hierba de trigo y jengibre. Señalo con la barbilla el menú que cuelga sobre nosotros. —Elige lo que quieras.

—Yo, eh… vale. Vale —Daphne se sonroja y se gira hacia la cajera—. Tomaré uno pequeño…

—Grande —la interrumpo.

Ella me mira de reojo. *Ahí* está ese fuego. Los primeros destellos que he visto en mucho tiempo. —Mediano…

—*Grande.*

Ella suspira. —Una Avalancha de Açai-cado *grande*.

—Con un VitaPack —le pido a la cajera—. Agrega también la mezcla prenatal.

Daphne inhala profundamente. Estoy presionando sus botones. *Bien*. Prefiero eso al silencio aturdido y aterrorizado en el que se ha quedado atrapada.

La cajera nos mira con curiosidad, pero por lo demás no dice nada. Cogemos nuestras bebidas y volvemos al auto. No creo que ninguno de los dos quiera tener la conversación tan necesaria en público. O en absoluto. Así que nos deslizamos en el Charger, nos acomodamos en los asientos de cuero y meditamos en silencio.

—Gracias —Daphne vuelve a envolver sus labios en la pajita y, ahora que la veo hacerlo, me distraigo pensando en esos mismos labios haciendo lo mismo con… algo más.

—No hay problema.

—Odio que las pastillas prenatales saben a malditas pastillas para caballos. Me dan arcadas cada vez que intento tomarlas. Sigo escuchando que estos batidos son buenos para la salud, pero quiero decir, ¿doce dólares al día? ¿Solo por unas estúpidas vitaminas?

—Vale cada centavo si significa mantener a tu bebé seguro y saludable.

Daphne se sonroja y mira hacia otro lado. Frunzo el ceño. No se librará tan fácil.

—¿Alguna vez me lo ibas a decir?

Suspira. —No lo sé. Quiero decir, quería hacerlo.

—Pero…

—Pero yo misma lo acabo de descubrir. Todavía estoy… —mueve los dedos en el aire, formando un pequeño círculo—. Supongo que todavía estoy intentando asimilarlo. Todavía no parece real.

—¿Cuánto tiempo llevas de embarazo?

Mira la tapa de su taza. —Cuatro meses —murmura.

Hago una mueca. Me froto la mandíbula. Intento encontrar las palabras adecuadas que no sean *¿Cómo COÑO pensaste que podías ocultármelo?*

—Pero tenías una prueba en tu bolso.

—Sí —susurra—. La tenía.

—¿Cómo es posible pasar tanto tiempo sin saberlo?

Se encoge y se marchita, como si quisiera poder desaparecer de mi vista. —A veces, el estrés puede hacer que desaparezca un período, como el embarazo. Después de la ruptura y todo lo de la galería, y mis jefes, y la mudanza…

—¿Te mudaste?

—Sí. Hace como un mes. Tuve que hacer malabares entre el trabajo y mi familia, y yo solo…

estaba bajo un montón de estrés. Me ha pasado muchas veces antes. Así que nunca se me ocurrió.

—¿Qué te hizo sospechar?

—*Quién* —corrige. Toma otro sorbo largo—. Hazel es la que ató cabos. No había estado usando las toallas sanitarias en el baño, pero también había estado luchando mucho con las náuseas. Cuando me quejé la semana pasada de que necesitaba comprar un nuevo sujetador, ella vino a casa con una caja de pruebas de embarazo.

Daphne me ofrece una sonrisa tímida y arrepentida. —Lamento darte la noticia así. Realmente no planeé encontrarme contigo.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

Ahora, ella realmente sonríe. Algo en mi pecho hierve incómodamente.

El momento pasa. Se pone seria de nuevo y sorbe su pajita. —Me haré una prueba de paternidad, si quieres. Solo para asegurarme de que todo esté súper claro. Quiero decir, es, eh… —se coloca un mechón de cabello detrás de la oreja—. Definitivamente es tuyo, para ser honesta. No he estado con nadie desde que nos conocimos, y no me había acostado con nadie durante al menos dos meses antes.

Frunzo el ceño. —¿Qué hay de Ewing?

—¿Conrad? Claro —Daphne pone los ojos en blanco—. Demasiado ocupado bailando el mambo horizontal con su amante.

Tiene sentido.

No hace nada para calmar mi corazón acelerado.

Salgo del estacionamiento de VitaSmooth. Nuestra siguiente parada no está lejos.

Daphne suspira. La mirada de derrota en su rostro mientras mira el nuevo edificio frente a nosotros no es la que esperaba. A mí tampoco me gusta.

—Lo entiendo. Realmente. No puedo esperar que me creas.

—No es eso —hago mi mejor esfuerzo para ignorar el letrero brillante de la clínica pública de fertilidad que anuncia servicios de aborto. —Sí te creo.

Su boca se tuerce en una sonrisa irónica. —¿No crees que me acuesto con la mitad de la ciudad?

—Joder no. ¿Quién…?

—Mi madre.

Ah. Claro. El drama familiar que provocó la repentina ola de mirones en el club restaurante. —El hecho de que sea tu madre no significa que tenga derecho a decir eso.

Daphne solloza. Mierda, ¿está llorando? Pero en lugar de estallar en lágrimas, solo asiente. —Gracias.

Me froto la mandíbula de nuevo. —Mira, no es para mí. Te creo. Pero la, eh… la empresa para la que trabajo… necesita los papeles que demuestren que es mío. Además de la herencia, el nombramiento de mi heredero, etcétera…

—¿Qué, eres un CEO estrella o algo así? —Daphne se ríe entre dientes.

La miro. El pesado silencio habla por sí solo.

Después de que se vuelve demasiado incómodo, sale del auto arrastrando los pies. La sigo adentro.

Se pone rígida cuando me pongo detrás de ella en el mostrador. No interrumpo su conversación con la recepcionista. Solo la sigo y espero.

Así es como escucho que da un nombre falso. —Sara Harcourt.

—¿Y el suyo? —pregunta la recepcionista, mirándome de reojo.

—Jacob Harcourt —digo.

Ella asiente y lo anota. Ambos nos hacemos a un lado y nos sentamos en un rincón vacío de la sala de espera.

Daphne me mira con una ceja levantada. Me encojo de hombros como respuesta. —Estamos felizmente casados.

Se ríe miserablemente, luego toma una revista y comienza a hojear las páginas. No creo que esté leyendo nada en realidad, porque me pregunta sin levantar la vista—: Así que… ¿eso fue un sí al "CEO estrella"?

—Algo así.

—¿Adinerado antiguo o nuevo rico?

—Adinerado antiguo del Viejo Mundo.

—Ah, cierto. ¿Rusia pre o post soviética?

Parpadeo mirándola. —¿Acaso importa?

Es el turno de Daphne de encogerse de hombros. —Solo tengo curiosidad. Si este es realmente tu bebé, entonces me gustaría poder contarle todo sobre su herencia. Además, no tienes acento.

Asiento, impresionado a regañadientes. —Mis antepasados eran amigos de la clase de personas de las que nos convenía ser amigos. Cuando dejó de ser conveniente, nos mudamos a Estados Unidos y empezamos de cero.

Daphne se queda callada, pero asiente pensativamente y sigue hojeando la revista. Aparentemente, esa es toda la información que quería de mí.

Estoy a punto de lanzar mi propia inquisición cuando la enfermera entra en la habitación y llama suavemente a "los Harcourt". Daphne suelta la revista, se levanta y sigue a la enfermera sin dudarlo.

Me impresiona su compostura. Es tan desafiante aquí como lo fue en un exclusivo restaurante-country club donde cobran cincuenta dólares por una maldita ensalada. Supongo que su Querida Mami pagaba la cuenta.

Lo que significa que Daphne tiene una historia.

No es que dude de ella. Lo dije en serio: esta prueba de paternidad es menos para mí y mucho más para mi empresa… y la Bratva.

Han estado ansiosos por casarme y dar herederos para mantener la línea familiar. Mi plan original era casar a Mak con alguna belleza que le gustara de verdad y luego nombrar a uno de sus hijos como mi heredero.

¿Pero ahora? ¿Ahora que podría tener un hijo propio?

Las cosas están a punto de complicarse jodidamente muchísimo.

Y por eso es un alivio ver que la madre de mi hijo potencial puede mantenerse firme y algo más.

Ambos damos sangre a una enfermera con el trato de un maldito sepulturero. Ella habla a toda velocidad sobre los resultados que se enviarán por correo en una semana, sobre las citas de seguimiento, bla, bla, bla. No le presto atención a nada.

Cuando termina, Daphne intenta escabullirse delante de mí. Suspiro, cuento hasta diez y luego corro tras ella.

En el estacionamiento, recreamos el baile de esta tarde.

—Detente —la aprieto contra el costado del auto para que no pueda alejarse—. Mírame.

No lo hace. Así que levanto su rostro con un dedo metido debajo de su barbilla.

Mientras lo hago, no puedo evitar suspirar. Quiero escupirle fuego y azufre en la cara, mostrarle que se ha metido en aguas profundas y que soy el único que puede sacarla. Quiero asustarla para que se someta, porque eso es lo que hago mejor. Lo que *siempre* he hecho mejor.

Pero algo en sus ojos me detiene.

No es que parezca asustada, aunque sí. No es que parezca frágil y al borde de romperse, aunque apostaría cada centavo que he ganado a que eso es exactamente lo que siente.

Es que parece que *espera* mi furia. Se encoge antes de que le dé cualquier tipo de golpe.

Así que, en lugar de derramar toda mi furia…

Solo exhalo.

—Solo… relájate. Tómate un tiempo para procesar esto. Y cuando lleguen los resultados de la prueba… —mis dedos rozan instintivamente la curva de su mandíbula y ya quiero más. Mucho más—. No harás esto sola. Si este bebé es mío, no voy a huir. Voy a estar aquí, a tu lado, en todo momento. No voy a permitir que lo críes sola.

Los ojos de Daphne brillan con lágrimas contenidas.

Y entonces, para mi sorpresa, me abraza. Fuertemente. Su rostro se hunde en mi pecho y me abruma su aroma, su tacto, la forma en que se siente presionada contra mí incluso en este momento de cruda vulnerabilidad.

Entonces, de mala gana, se aparta. Se frota los ojos con las palmas de las manos para ocultar las lágrimas, se endereza y vuelve a colocarse la máscara.

—Gracias, Pasha —dice secamente, con la voz espesa e ilegible.

Asiento y nos quedamos mirándonos un momento más. Luego, la ayudo a sentarse en el asiento del pasajero, cierro la puerta y agarro mi teléfono para enviar un mensaje de texto al hilo del grupo familiar.

PASHA: ***Puede que tengamos un problema.***

PASHA

Blyat'.

Necesito otro trago.

La botella de vodka no se ha separado de mí durante casi una hora, que es el tiempo que he estado mirando la pantalla de la laptop. Tratando de procesar este correo.

Tratando de procesar el hecho de que yo, Pasha Mikhail Anatoly Chekhov, estoy a punto de convertirme en padre.

La voz cantarina de Sofiya resuena en mis oídos. —*¿Es eso un problema…? ¿O una bendición?*

Bebo más vodka y rezo para que la pantalla comience a moverse lo suficiente para que toda la información se desdibuje hasta que tenga sentido.

Porque, tal como está ahora, *nada* de esto tiene sentido.

Tenía todo meticulosamente planeado. Se suponía que Makari sería el continuador de la familia. Debió haber sido él quien fuera a la galería y coqueteara con los asistentes y…

No. No puedo pensar en ese "qué hubiera pasado si…". Aunque es mi hermano menor, la imagen mental de él siendo quien levante a Daphne y la lleve a ese armario de almacenamiento me revuelve el estómago.

¿Significa esto que no tengo arrepentimientos?

Tal vez uno: haber dejado a Daphne fuera de mi vista una vez que escuché lo hermosa que sonaba gimiendo en mi oído. Si la hubiera poseído como quería, nunca se habría esfumado y sufrido esto sola. Podría haberla saboreado de nuevo. Al menos, nos habríamos dado cuenta de esto antes.

Y habría tenido más tiempo para asimilar la nueva realidad.

Yo.

Padre.

Joder.

Le escribo un mensaje a mi asistente y vuelvo a la pantalla. Necesito averiguar de dónde

reconozco a su madre. Algo me dice que eso va a ser una maldita pesadilla inminente.

La puerta de mi oficina se abre. Paris, mi asistente, entra en la habitación con mis dos hermanos detrás. No la miro; no tengo que hacerlo para ver cómo está vestida provocativamente.

Paris todavía no ha recibido el mensaje: hemos terminado. Se acabó. Ninguna vestimenta "profesional" que deje al descubierto el vientre me va a tentar a inclinarla sobre mi escritorio nunca más.

El hecho de que nuestro pequeño y conveniente arreglo terminara el día después de la subasta de la galería es mera coincidencia.

—¿Necesita algo más, señor? —ronronea Paris.

—Sí —hago un gesto para que mis hermanos se sienten y se relajen. Sigo sin mirarla—. Necesito que te abroches la maldita camisa y recuerdes ser profesional.

Ella jadea suavemente y toca la tela abierta. —¿Esto? Pero recuerdo que a ti…

—Lárgate, *ty shlyukha* —ladra Sofiya. Mi hermana menor mira a mi asistente con una especie de amenaza de muerte silenciosa hasta que la puerta se cierra detrás de su trasero en minifalda.

Solía pensar que ella era lo mejor que se podía conseguir…

Hasta que conocí a Daphne.

Ahora, me pregunto qué vi en ella.

La actitud de Sofi cambia por completo en el momento en que estamos solos. —¿Entonces? —junta sus manos y rebota en el sofá de dos asientos donde se ha puesto cómoda—. ¿Tenía razón? ¿Voy a ser una tía? ¿Una *tetya*?

Miro a Mak, que me sonríe desde el sillón mullido y espera escuchar si está a punto de convertirse en un *dyadya*. Y, estoy seguro, ansioso por saber si su vida amorosa está oficialmente fuera de peligro.

Mi puño se aprieta alrededor de la botella de vodka. —Sí —murmuro—. Soy el padre.

La habitación se llena con los chillidos de Sofi y la risa estruendosa de Mak. Ambos están saltando en sus asientos como niños, y yo estoy sentado aquí preguntándome cómo es posible tener resaca antes de estar borracho de verdad.

—¡Tío! —Mak se ríe y sacude la cabeza hacia mí—. Cuando dije que deberías intentarlo, me refería a algo un poco más oficial que tener sexo con una extraña en un armario.

—Ay, cállate, Mak —Sofi le da un golpe en el brazo—. Estoy feliz por ti, Pash. De verdad. Vas a ser un gran padre.

—¿Lo seré?

—¡Por supuesto que lo serás! ¿Por qué demonios no lo serías?

—Ay, vaya, no lo sé —agito la botella frente a mí, que me arrebata de las manos y se la devuelve a Mak. Él, por supuesto, decide beber de mi reserva privada sin dudarlo. Lo miro con los ojos

entrecerrados, pero incluso eso requiere un esfuerzo por encima de mi energía—. No soy precisamente conocido por mis contribuciones caritativas a la sociedad.

Sofi lo descarta con un gesto de la mano. —Pshh. Eres un hombre de familia, ante todo. Todo lo que haces es por el bien de nuestra familia.

—Los bebés necesitan dulzura. Compasión. Delicadeza. Todas las cosas que definitivamente no tengo.

—Claro. Eres tan duro. Demasiado duro e indiferente para cuidar de Mamá cuando estaba enferma y necesitaba de toda esa compasión y delicadeza.

Respiro profundamente. Sé a qué se refiere Sofi, aunque no quiero admitirlo. Cuando nuestra madre se hundió en una profunda depresión y casi se muere de hambre, me quedé a su lado y la cuidé hasta que recuperó la salud.

Y no lo hice ladrando órdenes.

Aun así… —Voy a destrozar al niño. Recuerdas cómo era Otets. ¿Qué me impide convertirme en algo como él?

—Eso —responde bruscamente y me señala—. Justo ahí. Recuerdas lo que *no* debes hacer.

Mak asiente. —Amén, hermana.

—¿La única preocupación que tengo, Pash? Que hayas dejado embarazada a una civil —Sofi frunce el ceño con preocupación—. Estoy segura de que es una mujer encantadora, pero… tienes muchos enemigos. Mucha gente que no dudará en hacerte daño lastimando a tu nueva familia.

Sé que tiene razón. Es la razón exacta por la que no quería tener una familia propia en primer lugar. Solo estamos hablando de hipótesis, y ya siento la abrumadora rabia de ir a la guerra por Daphne y nuestro hijo.

—Pueden intentarlo, joder. Acabaré con ellos antes de que le pongan un dedo encima a ella o a mi bebé.

—Nosotros también —Sofi mira a Mak, quien asiente de nuevo—. Estamos contigo en esto, Pash. No vas a estar solo criando a este niño. Y él o ella va a ser el niño más amado, más protegido y más mimado del mundo entero. ¿Vale?

Suspiro de nuevo. No estoy solo. Daphne tampoco.

Nuestro hijo tampoco estará solo jamás.

—Tenemos trabajo que hacer —cierro la laptop y me levanto—. Daphne y nuestro bebé están bajo mi protección. *Nuestra* protección. Le guste a ella o no.

DAPHNE

Debería estar preparándome. Debería estar haciendo algo *más*, al menos. Más maquillaje, o más joyas, o más… no sé. Mejor peinado, tal vez.

En cambio, estoy acostada en mi cama y mirando al techo como si fuera a escupir todas las respuestas a mis preguntas candentes.

¿Cómo se supone que funcionará esto?

¿Cómo se supone que voy a criar a un bebé con un hombre como Pasha?

¿*Debería* criar a mi bebé con él?

¿Y si piensa que soy una cazafortunas?

No *necesito* la ayuda de Pasha. Incluso si mis padres han caído en desgracia, mi trabajo en la galería paga lo suficiente para mantener un techo sobre mi cabeza. Tengo lo suficiente para pagar el alquiler, las facturas y asegurarme de que mi bebé tenga todo lo que necesita.

Pero quiero la ayuda de Pasha… no su ayuda, sino más bien… ¿su participación? Sí, eso es. Solo quiero que se *involucre*, que sea parte de todo este proceso de aprender a convertirnos en padres decentes en un mundo menos que decente.

Él no sabe cuánto significa para mí su promesa. Que estará aquí, a mi lado, criando a nuestro hijo conmigo.

Porque es básicamente la única persona en mi vida que me hizo una promesa así.

Madre sigue sin hablarme. Padre está… bueno, sorprendentemente no está tan furioso como esperaba. Es más como si estuviera sumido en el dolor por la caída de la Casa Hamish. Sus dos hijas son una maldición sobre su nombre y ha estado rezando para obtener respuestas sobre qué hizo para merecer todo esto. Hasta ahora, Dios se ha negado a atender sus llamadas.

Al menos, Melanie está emocionada de ser tía. Prometió estar pendiente de mí con frecuencia y estar presente durante el nacimiento, así que eso es algo. Pero tiene sus propios problemas con los que lidiar, así que no puedo pedirle exactamente que me tome de la mano en todo.

Así que realmente todo vuelve a Pasha. Pasha, hermoso, sexy y demasiado seguro de sí mismo. ¿Nuestro bebé tendrá sus ojos? ¿Su mandíbula áspera? ¿Su encanto diabólico?

Una imagen de Pasha acunando a nuestro bebé en sus brazos, con el pecho desnudo y arrullando en medio de la noche, envía una oleada de calor directo a mi núcleo.

Joder, lo deseo. Quiero eso. Lo quiero a él y eso y mucho más.

La alarma de mi teléfono suena antes de que mis esperanzas se conviertan en fantasías obscenas.

Ay.

Hora del espectáculo.

Agarro mi bolso y las llaves y me dirijo a la puerta, deteniéndome solo para ponerme los tacones que combinan con mi pequeño vestido negro. Bien podría disfrutarlos ahora antes de que mis tobillos y pies se hinchen demasiado.

Y luego, casi tropiezo con un jarrón pesado en el pasillo.

—¿Qué diablos? —murmuro para mí misma mientras me agacho para atrapar el enorme ramo de flores antes de que se caigan y derramen agua por toda la alfombra.

Rosas. Interesante. Color champán con puntas rosadas y hay al menos dos docenas…

Ah, mierda.

Son de Conrad.

Hay una nota garabateada dentro de la tarjeta, pero lo único que realmente leo es su firma grosera al final. Es suficiente para hacerme querer tirar la nota a la basura y el ramo por la ventana.

Pero *son* rosas. Y hermosas, además. Odiaría desperdiciarlas.

Sobrevivirán en mi auto hasta que descubra a dónde pertenecen.



CUANDO VEO a Pasha esperándome afuera del restaurante, casi gimo.

No por nada malo.

Solo se ve tan malditamente *bien*.

Su cabello espeso está juguetonamente despeinado y, sin embargo, de alguna manera hace que su gris carbón se vea aún más profesional. La barba de media tarde le cubre la mandíbula y de repente siento el deseo de descubrir qué se siente entre mis muslos.

Concéntrate, chica. Estás aquí para hablar de negocios.

Al menos no me arreglé demasiado para la ocasión. Pasha eligió el restaurante y pensé que un vestido negro corto sería la apuesta más segura sin importar dónde termináramos.

Para mi sorpresa y deleite, es una pizzería de base gruesa.

—Te ves hermosa —murmura en mi oído mientras me ayuda a quitarme el abrigo. No hace

particularmente frío afuera, pero es mejor estar segura ahora que llevo a nuestro pequeño dentro de mí.

Y ahora, oficialmente estoy acalorada.

Pasha le entrega mi abrigo al valet del interior y asiente cuando el anfitrión nos lleva a nuestra mesa. Su mano nunca deja la parte baja de mi espalda. Él retira mi silla y espera a que me siente cómodamente antes de acomodarse.

Nunca antes me había sentido tan protegida.

No estoy segura de cómo me siento al respecto, exactamente.

—Esto es agradable —comento torpemente mientras miro alrededor del lugar. *Es* una pizzería, pero uno de esos lugares de clase alta donde igual te atienden y el agua se sirve con rodajas decorativas de limón y hojas de menta—. Sin embargo, hay muchos hombres aquí.

—Son míos —Pasha hojea el menú casualmente y lo dice como si se supusiera que eso me explicara algo.

—¿Tuyos? Como…

—Seguridad.

Claro. Porque eso tiene sentido. Al menos, pretendo que sí lo tiene, y miro el menú. —Hm. ¿Dónde están las ensaladas?

—No comeremos ensalada.

—Bueno, quiero decir, *tú* no tienes que comer ensalada. Pero yo sí, y…

Pasha cierra el menú y le hace un gesto al camarero. —No vas a comer ensalada.

—¿Disculpa?

Pero, antes de que pueda regañarlo por dictar mis elecciones de comida, el camarero aparece con una amplia sonrisa y nos da la bienvenida a esta noche mágica. Y, cuando nos pregunta si sabemos con qué queremos empezar, Pasha pide uno de cada plato del menú de aperitivos.

—Te avisaremos cuando estemos listos para la pizza —añade.

Parpadeo hasta que el camarero se va. Luego—: ¿Estás loco? ¡No podemos comer toda esa comida!

Pasha simplemente se encoge de hombros. —Nos llevaremos lo que quede. No se desperdiciará. Además, te mereces tener lo que quieres.

—Quiero una ensalada.

—No, quieres hacer feliz a tu madre y mantener una idea demente de cómo se supone que debe lucir tu figura.

—Yo… no tengo una refutación para eso.

Me sonríe y me acerca la cesta de palitos de pan con mantequilla. —Come. Vive un poco. Que se

joda tu figura. Yo la follé, y ahora no tienes que preocuparte por eso.

—No voy a morder *ese* anzuelo, señor —lo miro con los ojos entrecerrados—. También soy perfectamente capaz de decidir qué debo y qué no debo comer.

—Estoy seguro de que lo eres. Pero ¿eres capaz de acallar todas las voces molestas en tu cabeza y permitirte hacer lo que te dé la gana?

—¿Y a ti qué te importa? —odio que parezca saber más sobre mí de lo que he dejado ver. Odio que tenga razón… estoy constantemente mirando las cosas buenas mientras me obligo a disfrutar de las ensaladas porque prefiero no tener que lidiar con las quejas de Madre sobre mi peso—. ¿Por qué importa?

—Porque estás embarazada. De *mi* bebé —Pasha desenrolla sus cubiertos y coloca la servilleta de tela en su regazo con movimientos expertos—. Te prometí que te cuidaría. Al parecer, eso empieza por asegurarme de que no mueras de hambre, ni tú ni nuestro hijo.

El camarero vuelve con bandeja tras bandeja de aperitivos que, de hecho, me hacen la boca agua. Raviolis fritos, bruschetta, salsa de espinacas, champiñones rellenos… Lo quiero todo.

Hasta ahora, nunca he podido probar nada de eso.

Miro a Pasha, que asiente para que me sirva. Así que, en contra de todo lo que me han enseñado desde la infancia, lo hago. Empiezo con los ravioles fritos y los palitos de mozzarella porque, maldita sea, soy adicta al queso.

En un momento dado, en algún lugar entre la salsa de espinacas y la llegada de nuestra suprema pizza de base gruesa, Pasha frunce el ceño ante algo por encima de mi hombro. Luego grita algo, en ruso, creo, antes de volver a su propio plato.

—¿Qué fue eso?

Se encoge de hombros. —Solo tuve que recordarles a mis hombres que mantengan sus ojos en ellos mismos.

Muevo una ceja juguetonamente. —Ah. ¿Están coqueteando con la camarera?

—No. No les pago para que te miren con lascivia.

Eso me hace dejar el tenedor y mirarlo fijamente. —¿Qué? ¿Qué significa eso?

Pasha no se molesta en absoluto por lo molesta que estoy. —Significa que *sí* les pago para que te muestren respeto como madre de mi hijo.

—Y entonces… ¿no se les permite mirarme?

—No así —se zampa su bruschetta como si fuera una conversación totalmente normal—. No a lo que es mío.

—¿*Disculpa*?

Pasha sigue comiendo. Y mirándome. Lo cual, aparentemente, tiene permitido hacer porque es él quien me folló un bebé.

No puedo evitarlo… realmente me río. —Vaya. Vale. ¿Qué eres, una especie de jefe de la mafia?

Al principio, no responde. El tintineo de los cubiertos y el silbido del aire acondicionado es todo lo que puedo escuchar durante un largo, largo minuto.

Finalmente, Pasha dice—: Me gustaría hablar contigo sobre la logística de contratar guardaespaldas. Solo para el trabajo, para ir de compras, básicamente cada vez que sales de tu apartamento.

Me sale otro ataque de risa. —No puedes hablar en serio.

Una mirada a su rostro dice que sí.

—Quiero decir, no hay manera de que mis jefes lo permitan. Ni nuestros clientes. —me seco la boca con la servilleta solo para sentir que estoy borrando la sonrisa burlona porque, *mierda*, este hombre está siendo más que un poco intenso—. Esperan un cierto nivel de anonimato y privacidad, y nos enorgullecemos de darlo.

—Me parece justo —asiente—. Entonces, puedes venir a vivir conmigo.

Casi le escupo el sorbo de agua que acabo de tomar.

Pasha deja el tenedor y se recuesta en su silla con un suspiro. —Iré directo al grano. Especialmente, porque ya casi has descubierto las cosas. Me preguntaste si era un CEO o algo así…

—O sea, solo lo adiviné por el dinero que literalmente quemaste —murmuro.

—Claro. Bueno, para responder a tu pregunta, soy ambas cosas. Soy el CEO de una empresa de contratos de defensa multimillonaria. Y… soy algo más —él mira hacia una mesa llena de hombres de aspecto serio que disfrutan tranquilamente de su lasaña cerca de nosotros.

Sigo su mirada. Entonces, noto el tatuaje descolorido debajo de su oreja.

Y todo encaja en su lugar.

Es ruso.

Es increíblemente rico.

Es todo tipo de posesivo y sobreprotector.

Está rodeado de hombres que parecen disfrutar de un buen asesinato de pandillas tanto como de una buena bruschetta.

—Mierda —me recuesto en mi propia silla—. Mierda… *mierda*. Eres totalmente un jefe de la mafia.

Pasha tiene el descaro de sonreír. Esa es toda la respuesta que necesito.

Presiono una mano sobre mi estómago. —Mierda. Mierda, mierda, mierda. *Mierdaaaa*… Este es tu bebé. Estoy embarazada de *tu* bebé.

—Entonces, ahora entiendes porque necesito mantenerte a salvo. A ti y a nuestro bebé. Por

mucho que me esfuerce por hacerme amigo del gobierno, tengo muchos más enemigos que no perderían el sueño por hacerte daño a ti solo para lastimarme a mí.

Sus palabras suenan confusas en mis oídos. Estoy intentando solo tomar aire, exhalar y repetir.

Estoy embarazada. Del bebé de un jefe de la mafia rusa.

Me follé un jefe de la mafia. Un criminal.

Un criminal increíblemente *sexy*, pero no es momento de hilar fino.

—Acabo de… ¡*acabo* de conseguir mi nuevo apartamento!

No quiero gritar y espero que no suene como un grito. Lo último que necesitamos es que todos los ojos del restaurante estén puestos en Don Corleone o como sea la versión rusa.

Pero estoy entrando en pánico. Estoy entrando en pánico y luchando por mantener el control de la mínima pizca de control que me queda sobre mi vida. —¡Pagué un depósito y todo! ¿Sabes lo despiadada que es la industria inmobiliaria en esta ciudad?

Ay, Dios mío, en realidad se está riendo de mí.

Este hombre tiene las *bolas* de reírse de mí.

Pasha me hace señas para que me siente de nuevo cuando me muevo para ponerme de pie y largarme de aquí. No obedezco porque quiera… obedezco porque estoy rodeada de, como, más de veinte hombres armados que reciben sus órdenes de marcha.

Mierda.

Joder.

Mi bebé. Mi bebé va a ser un jefe de la mafia algún día.

Mejor eso que una debutante, ¿no?

Y ese pensamiento momentáneo es lo que me hace resoplar y toser de repente sobre mi té dulce de frambuesa. Ahora, Pasha es el que está siendo mandado a sentarse porque no, no necesito su ayuda; solo necesito un momento.

Ahora que lo pienso, no *quiero* su ayuda.

—Gracias, Pasha, de verdad —le ofrezco mi sonrisa más magnánima para que sepa que no hay resentimientos—. Por todo. Has sido maravilloso y tienes toda la razón… esta comida es demasiado increíble como para saltearla por una ensalada. Así que, de nuevo, gracias.

Enarca una ceja casualmente. —¿Pero…?

—Pero no necesito tu ayuda. Ni tu dinero. Ni tu protección.

La otra ceja se une a la línea del cabello. —Ah, ¿en serio?

¿Por qué tengo la sensación de que no me toma en serio? —Sí, en serio. Soy una niña grande. Puedo atarme los zapatos y todo. Tengo un gran trabajo con grandes empleadores y un sueldo sólido…

—Yo mantendré a mi hijo. Y a ti.

El tono de su voz no admite discusión. No está levantando la voz ni expresando ningún enojo, pero el músculo de su mandíbula está palpitando y creo… *creo*… que en realidad estoy empezando a irritarlo.

—Con todo respeto —le ofrezco—, te agradezco tu generosidad. Y tu voluntad de ser parte de la vida de mi bebé. Sin embargo…

—*Nuestro* bebé.

—Sí. Bueno. No tengo ningún deseo de convertirme en una mujer mantenida. Sí que no tengo ningún deseo de inclinarme ante una noción arcaica y misógina de estar descalza y embarazada mientras el padre de mis hijos sale y hace… lo que sea que hagas.

—Tráfico de armas, principalmente.

—Tráfico de armas. Fantástico. De lo que realmente están hechos los modelos a seguir —toco la mesa con el dedo al mismo tiempo que me empieza a temblar la pierna; es un tic nervioso que desarrollé después de que ocurriera cierto evento traumático que me hizo odiar las armas con cada fibra de mi ser—. Así que dime, Pasha, ¿cuáles son exactamente tus planes para *nuestro* hijo? ¿Criarlo para que sea tu… ¿qué? ¿Heredero? ¿Príncipe en espera? ¿Que se haga cargo del negocio familiar algún día?

Su mirada no se aparta de la mía mientras asiente. —Esa es la idea general.

—Genial. Excelente. No, gracias —esta vez, empujo mi silla hacia atrás con fuerza. He terminado. Me voy de aquí.

—Siéntate.

—Vete a la mierda.

Me doy vuelta para marchar directamente de aquí, pero me lo impide el lento ascenso de tres de sus hombres. Solo me miran para sugerirme en silencio que escuche al jefe y me porte bien, pero por lo demás, esperan respetuosamente sus órdenes.

—Me doy cuenta de que esto es difícil de entender —la voz de Pasha se mueve con él mientras se levanta y se coloca detrás de mí. Una vez que sus manos descansan sobre mis brazos, sus hombres dan un paso atrás y nos dan mucho espacio—. Así que aquí están las notas: sí, soy un jefe de la mafia. Estos son mis hombres, de mi Bratva, y yo soy su *pakhan*. Hacen lo que yo digo. Todos en mi casa hacen lo que yo digo. Y como tú, *moya plamya*, estás embarazada de mi hijo, ahora eres parte de mi casa. Lo que significa que, de hecho, tienes que hacer lo que yo digo.

Lágrimas me escuecen en los ojos. No quiero mirarlo. No quiero que me vea llorar.

Solo quiero ir a casa y esconderme bajo las sábanas hasta que todo esto pase. Hasta que se olvide de mí. Hasta que ya no le importe.

Pero ¿qué pasará entonces? ¿Se llevará a mi bebé?

—Debiste habérmelo dicho —es lo único que puedo decir a pesar del nudo en mi garganta.

Pasha me da la vuelta y me seca la lágrima caída con su pulgar. —Tienes razón, debí haberlo hecho. Pero me preocupé demasiado. No quería arruinar tu vida con la mía.

¿Él… se preocupa por mí?

No. No hagas eso. No dejes que te bombardee con amor y destruya todo lo que tanto te ha costado conseguir.

Es la misma mierda que hizo Conrad.

—Yo… simplemente no necesito el estrés. No ahora. Es malo para el bebé.

Parece que realmente lo tiene en cuenta. —Por supuesto. Hablando de eso: iré a tu próxima cita.

—No… —mis mejillas se calientan—. Todavía no tengo una cita programada.

Inhala profundamente, lo que parece el límite de su paciencia. —Haré los arreglos para…

—No, gracias. Puedo arreglármelas.

Su rostro cambia como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para no aplastarme para que haga lo que sea que él quiera. —Entonces, me avisarás cuándo y dónde estar.

Asiento mientras trago saliva para superar el enorme nudo que tengo en la garganta. —Te enviaré un mensaje de texto.

—Asegúrate de hacerlo. Y Daphne… —el rostro de Pasha se endurece—. No soy cruel. Pero soy un hombre que no tiene otra opción cuando se trata de proteger a los suyos. A partir de ahora, eso te incluye.

No reconozco sus palabras con las mías. Ni siquiera asiento. Tengo demasiado miedo de que, si lo hago, estaré entrando en algún pacto fáustico del que nunca podré escapar sin arrastrarme a sus pies en busca de migajas.

—Solo quiero ir a casa, por favor.

Lo escucho suspirar de nuevo. Pero asiente, les hace una señal a sus hombres para que nos dejen pasar, y ellos se separan sin dudarlo.

En contra de todos mis instintos de autoconservación, disfruto de su brazo alrededor de mí mientras nos dirigimos hacia la salida. La forma en que me ayuda a esquivar una silla aquí, una esquina de la mesa allá. No está muy contento, pero aun así muestra mucho cuidado y consideración por mí.

Mi corazón se encoge.

Sé que no debo querer más de él. Es demasiado peligroso, demasiado impredecible.

Eso no impide que mi corazón lo desee.

Pasha me acompaña hasta mi auto. Sus hombres me siguen a una distancia respetuosa. Cuando ve las rosas color champán asomándose por la ventanilla del pasajero, se detiene y su rostro se oscurece de inmediato. —No sabía que salías con alguien.

—No salgo con nadie. Por lo que sabes, podrían ser del trabajo.

Cuando abro la puerta para arrojar mi bolso, él arrebata la tarjeta del jarrón y entrecierra los ojos. —*Conrad* —su mirada sofocada se dirige hacia mí—. ¿Vas a volver con él?

—Joder, no —le arrebato la tarjeta de los dedos y la rompo en pequeños pedazos—. Él quisiera.

—Entonces, explícame por qué no están en la basura.

Pongo los ojos en blanco. —Porque *ellas* no hicieron nada malo. Y resulta que son de mis tipos de flores favoritas. Así que discúlpame por querer disfrutar un poco de belleza en mi vida… ¡oye!

Pasha toma el jarrón de mi auto sin preguntar.

—¡Devuélvemelas! —grito—. ¡No quiero tirarlas!

—Las cuidaré bien —escupe—. Puedes venir a verlas cuando quieras.

—Pasha…

—No —vuelve a fijar su mirada en mí, pero en lugar de enojo o impaciencia, es una posesividad muy específica que golpea directamente mi núcleo—. Si quieres flores, dímelo. Te enviaré flores. Las entregaré yo mismo. Pero de ninguna manera otro hombre llenará tu casa con un intento patético de alejarte de mí.

Debería darle una bofetada.

Debería correr.

No debería sentirme como me siento de repente, toda… caliente y nerviosa, queriendo treparlo como un árbol y rogarle que me convierta en su chica buena.

Enmascaro el movimiento de cabeza con un resoplo. —Vale. Lo que sea. Gilipollas. —busco torpemente las llaves en mi bolso, las saco de un tirón y me dirijo a toda prisa hacia el asiento del conductor. Con suerte, él interpretará el temblor de mis dedos como ira, frustración, dolor. Algo más que una dolorosa excitación.

No nos despedimos. Sorprendentemente, Pasha ni siquiera intenta abrirse paso a empujones hasta mi auto. Sinceramente, medio espero que lo haga, ya sea para quitarme el volante de las manos o… ejem… “luchar” conmigo en el asiento trasero.

En cambio, simplemente se queda a un lado y me observa alejarme. Sin saludar, sin gritar que cambió de opinión.

Pero creo que, a la tenue luz de la lámpara de seguridad, lo veo sonreír.

PASHA

—Su café, Sr. Chekhov.

Las palabras son un ronroneo, pero para mí suenan como uñas que se arrastran en una pizarra. Solo miro a Paris para quitarle la taza de las manos. Ella parece malinterpretar eso como una invitación a acercarse sigilosamente a mi escritorio, mucho más cerca de mí de lo que debería atreverse.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted, Sr. Chekhov?

Puedes irte a la mierda, escupe la voz en mi cabeza.

—Recuerde lo que significa la palabra "profesionalismo" y luego demuéstreme que entiende la definición —dejo la taza a un lado y vuelvo a mirar los papeles que tengo frente a mí.

El escote de Paris rebota con la fuerza de su risa. —¿Debería usar el diccionario o *tu* definición?

Odio que tenga razón. Hace varios meses, mi propia versión de "profesionalismo" habría tenido mi cara enterrada en ese mismo escote y su minifalda levantada sobre su trasero.

Desafortunadamente, parece que creé un monstruo. Una súcuba hambrienta de lo que no puedo y no quiero darle, ahora que mi hijo está creciendo dentro del vientre de otra persona.

El hielo corre por mis venas por un milisegundo. *¿Qué habría pasado si hubiera dejado embarazada a* Paris*?*

No soy un hombre religioso. Pero, ahora mismo, estoy rezando las gracias a cualquier dios que me escuche porque el peor escenario posible nunca se hizo realidad.

—Lo que te ayude a conservar tu trabajo —digo arrastrando las palabras.

Paris se ríe de nuevo y sale de mi oficina, sus caderas redondeadas se balancean de un lado a otro con cada paso de esos tacones de aguja altísimos. La única razón por la que me doy cuenta es porque quiero asegurarme de que, de hecho, se vaya de mi presencia.

Lo que significa que también logro atrapar a mi hermano sonriéndome con una ceja levantada.

—¿Qué?

Mak se encoge de hombros no tan inocentemente. —Solo estaba pensando. Vete a cagar o

quítate del inodoro, hombre.

—¿Qué diablos?

—O la follas o la despides. Pero escoge una.

Gruño cada palabrota en ruso que se me ocurre en voz baja, lo que solo hace reír a mi hermano menor.

—¿La quieres? —le espeto—. Adelante. Quítamela de encima.

—*Joder*, no —Mak hace una mueca y se acomoda en su sillón favorito—. Prefiero que mi mujer tenga más sustancia entre las orejas.

Podría defender a Paris. Después de todo, es una asistente bastante competente. No la habría contratado de otra manera. Pero también es una válvula de escape que me resultó conveniente cuando necesitaba algo… o más bien, al*guien*… para quemar mi lujuria.

Ahora, apenas la soporto.

Estoy bastante seguro de que es principalmente culpa mía.

La puerta se abre de nuevo y estoy a punto de regañar a Paris cuando veo la sonrisa familiar de mi hermana asomarse. —Tengo una pregunta rápida para ti.

—Vale.

Sofi se desliza por la puerta y la cierra detrás de ella. Pero, antes de que pueda expresar su pregunta, mi teléfono vibra y lo tomo del escritorio. —Espera un momento —ordeno mientras respondo.

—Pensé que deberías saber sobre un cambio de horario —informa Viktor, el *vor* que asigné para seguir a Daphne—. Ha sido constante todos los días, pero salió de repente esta mañana. La estamos siguiendo ahora.

—¿No para ir a trabajar? —me digo a mí mismo que me calme de una puta vez antes de empezar a sacar conclusiones precipitadas.

—Hoy no trabaja. Lev llamó como posible cliente y le dijeron que volvería mañana. Cuando presionó para obtener más información, solo dijeron que tenía una emergencia personal.

Mi corazón se me sale por la garganta. —¿Está bien? ¿Está herida?

—Parece estar bien —puedo oír el encogimiento de hombros en su voz—. Pero pensé que deberías saberlo.

—Bien. Síguela y cuéntame qué pasa.

—Lo haré, *pak*… espera. Estamos girando aquí.

Contengo la respiración. Sofi y Mak me miran expectantes.

Viktor se aclara la garganta y reajusta el teléfono. —Estamos al otro lado de la calle de una clínica ambulatoria. Parece una ginecóloga obstetra. Está saliendo de su auto ahora.

—Quédate donde estás. Llámame cuando se vaya.

—Entendido, señor.

Cuelgo y vuelvo a dejar el teléfono en el escritorio. Mi corazón ha vuelto, un poco, a mi pecho, pero no late más fácilmente. ¿Daphne está en el médico? ¿No prometió que me avisaría de sus citas?

—Oye —la suave voz de Sofi llega desde el pequeño sofá—. ¿Cómo estás?

—Bien. Todo está bien.

—Entonces, ¿por qué luces como si te hubieran dado un puñetazo en el estómago?

Me ha pillado ahí. Me *siento* como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Daphne pidió una cita con el obstetra y no me lo dijo.

Quiero estar allí para ella. Quiero estar allí para nuestro bebé.

No quiero perderme nada.

Miro a mis dos hermanos menores y suspiro. Tal vez tengan un poco de culpa de esto, pero no intencionalmente. Con toda la mierda con la que tuvieron que lidiar nuestros padres… Mamá más que Otets… yo era el que servía el cereal, ayudaba con la escuela, dividía las tareas de la casa, básicamente los criaba.

La familia lo es todo. Y si Makari y Sofiya son algo que demostrar, yo podría en realidad criar a un niño decente y feliz.

Si me dan la oportunidad.

—La cena no salió exactamente como estaba planeado —explico vacilante.

—¿Qué hiciste? —Sofi dice inexpresiva.

La miro con los ojos entrecerrados. —Eso suponiendo que haya hecho algo.

Ella me mira fijamente, sin pestañear.

Suspiro. —Vale. Puede que haya sido un poco intenso.

—¿“Un poco”?

Si no fuera mi hermana menor, le lanzaría una mirada de advertencia por cuestionarme. Tal como están las cosas, es una de las pocas personas que se atreve a cuestionarme. —Puede que hayas tenido razón. Es una civil y yo soy responsable de su seguridad. Se lo dije y ella… no se lo tomó bien.

—¿Qué le dijiste exactamente? ¿Con qué tipo de palabras?

De nuevo, suspiro. —Que somos una Bratva. Y yo soy el jefe. Y… que ella es parte de mi casa…

—Y eso significa que tiene que hacer lo que tú dices.

El hecho de que mis dos hermanos completen la respuesta al unísono no inspira confianza.

Sofi pone los ojos en blanco y se frota el puente de la nariz, mientras Mak se ríe y sacude la cabeza. —Buen trabajo —comenta entre risas—. Compartiendo demasiado en la primera cita. A las chicas *les encanta* esa mierda.

Tengo permitido golpearlo. Es mi hermano.

Sofi me detiene levantando una mano antes de que pueda balancearme hacia adelante en mi silla para lanzar un golpe a la enorme cabeza de Mak. —¿Qué sabemos sobre Daphne?

—No mucho —admito mientras me acomodo—. Trabaja para un comerciante de arte y probablemente esté usando un alias, porque los registros no se remontan tanto como deberían.

—Vale… —aspira aire a través de sus dientes y asiente—. Entonces, ¿cuál es el plan?

—No tengo un plan.

Ambos me miran con incredulidad.

—Pero tú *siempre* tienes un plan.

—Sí, bueno, también me las arreglo "siempre" para no dejar embarazadas a completas desconocidas. —Reordeno los papeles en mi escritorio solo para tener algo con qué mantener mis manos ocupadas—. Esto es nuevo. Todo esto es jodidamente *nuevo*. Sí que no estaba planeando convertirme en padre pronto. O jamás. Así que no, no tengo un plan… porque *nada está saliendo como lo había planeado.*

Intercambian una mirada. Si no lo supiera mejor, juraría que estos dos son mellizos por la forma en que siempre sincronizan sus pensamientos.

—¿Sabes qué *no* es nuevo? —Sofi se apoya contra el respaldo del sofá—. Tú. Tú eres el *pakhan*. Se lo dijiste, ¿verdad?

La miro de reojo, sospechando a dónde quiere llegar con esto. —Sí.

—Entonces, actúa como el *pakhan*. Tú mandas. Tú das las órdenes. Dices la palabra y sucede. ¿Quieres que Daphne esté más cerca? Haz que suceda.

Miro a Mak, que se encoge de hombros. —Sofi tiene razón —coincide—. Además, Daphne probablemente no sepa lo que significa ser la madre de tu hijo. Sí, podrías decírselo. Pero ¿por qué no mostrárselo?

Ambos tienen puntos de vista sólidos. En contra de mis mejores instintos, me propuse en la cena darle la noticia de la nueva realidad de Daphne con la mayor delicadeza posible.

Pero ella también tiene que saber que no soy un pusilánime.

Y definitivamente no soy alguien que acepte promesas vacías.

Daphne está a punto de aprender esa lección de la manera difícil.

PASHA

—¿Señor? ¡Señor! ¡No puede solo entrar allá atrás!

—Sala cinco, ¿no? —al ver los ojos abiertos de la enfermera, sé que he adivinado. —Gracias.

No es mi culpa que hayan dejado la computadora desatendida.

Me impresiona aún menos la condición del pasillo mientras corro hacia la sala de exámenes. Este lugar no ha sido actualizado en, ¿qué? ¿treinta años? Eso, combinado con la seguridad de mierda y lo jodidamente fácil que fue leer los registros médicos de Daphne esparcidos sobre el escritorio…

Bueno, no estoy de humor para negociar.

—¡¿Qué demonios?!

Cierro la puerta detrás de mí tan rápido como la abrí, completamente listo para esquivar cualquier recipiente volador, o lo que sea que Daphne me lance. —Tú…

—¡¿Qué diablos?! —ella se apresura a tirar de la manta raída sobre su cuerpo con un brazo mientras me hace señas con el otro para que me vaya—. ¡Sal de aquí!

Ella mira a la enfermera perpleja, sus rasgos cambian de la sorpresa a la rabia y luego a la vergüenza. —Lo siento mucho… no pensé que él irrumpiera así como así.

De nuevo, me ataca. —¡¿Estás jodidamente loco?!

Por un breve momento, estoy un poco distraído. La vista de Daphne reclinada en la mesa médica, con la blusa desabrochada y la manta cubriendo sus curvas, logra desviar un poco el flujo sanguíneo de mi cabeza a mi… otra cabeza.

Al igual que la vista de su estómago desnudo, ligeramente hinchado de una manera que no había notado antes.

Me trago mis emociones más básicas y me recuerdo a mí mismo que soy *pakhan* y que estoy aquí para establecer algunas reglas básicas. Regla Número Uno: nadie me excluye de mi propia familia.

—Este también es mi bebé —le gruño a la enfermera tanto como a Daphne—. Me prometiste que me avisarías cuándo sería tu próxima cita, y yo prometí estar a tu lado en cada segundo.

¿Adivina quién de los dos mintió?

Daphne aparta la mirada, un rubor se extiende por sus mejillas. Tiene la decencia de parecer avergonzada, al menos.

El *pakhan* en mí está decidido a enseñarle a esta mujer un par de cosas sobre la lealtad.

El hombre en mí está decidido a mostrarle lo que significa ser protegida.

—Llego tarde a esta —reconozco mientras me acerco a ella a grandes zancadas—, pero estoy aquí. Y no me voy a ir a ninguna parte.

Cualquier enojo que Daphne pueda haber sentido por mi intrusión se desvanece. En su lugar, hay incredulidad.

¿Quién eres? me pregunto. *¿Qué te han hecho?*

La enfermera revisa su portapapeles por octogésima vez y se encoge de hombros. —Me parece bien. ¿Echamos un vistazo?

Me hago a un lado lo suficiente para darle suficiente espacio para rociar la gelatina en el estómago de Daphne, pero le pongo una mano en los hombros para que sepa que hablo en serio. Se pone rígida, pero no dice nada, aunque me lanza unas cuantas miradas inseguras cada vez que piensa que no la estoy mirando.

¿Cómo podría no mirarla? Es hermosa. Y lleva a mi hijo.

—Aquí vamos.

Un sonido llena la habitación. Al principio bajo, luego cada vez más fuerte, mientras la enfermera mueve una paleta sobre el estómago de Daphne cubierto de gelatina. La pantalla frente a nosotros brilla con un tono verde azulado mientras los píxeles luchan por encajar.

Hasta que encajan.

Y luego hacen formas. Una cabeza. Una cara. Dedos.

—¿Eso es…? —no puedo formar más palabras. Tengo la boca demasiado seca. Mis pulmones han dejado de funcionar por completo.

—Lo que oyen es el latido del corazón de su bebé —explica la enfermera—. ¿Y esto, en la pantalla? Este es su bebé.

Mi bebé.

Nuestro bebé.

He visto muchas cosas en mi vida. He experimentado mucho más de lo que la mayoría de la gente experimenta cuando llega a los treinta. He perdido a familiares y amigos, he visto morir a hombres buenos y a hombres peores reírse de sus cadáveres.

Pero nada me ha hecho caer de rodillas.

Nada como esto.

Mi bebé.

—¿Vas a… decir… algo?

La voz murmurada de Daphne me hace retroceder y me recuerda que se supone que soy un hombre con todo bajo control. Asiento. —Se ve bien —grazno.

Daphne le sonríe tensamente a la enfermera. —¿Podemos imprimirlo en color?

La enfermera esboza una sonrisa tensa y sacude la cabeza. —Lo siento. Esa tecnología aún no está en nuestro presupuesto. Puedo conseguirte una en blanco y negro, por supuesto.

—Lo aceptaremos —dice Daphne. Me lanza una mirada de advertencia, como si yo estuviera a punto de decir algo que la avergonzaría.

Lo iba a hacer. Este lugar es deplorable. Estamos en el siglo XXI, ¿y no pueden permitirse una impresora a color? ¿O un trabajo de pintura decente? La pared se está desconchando en una esquina y estoy bastante seguro de que es moho negro en las baldosas del techo.

Daphne se merece un mejor médico.

Necesita un mejor médico.

—La próxima vez —le gruño al oído cuando la enfermera se mueve a la habitación contigua—, iremos a ver a *mi* médico.

—Es lindo que pienses que habrá una “próxima vez” —responde Daphne entre dientes.

La miro. Se me hiela la sangre. —Explícate.

—Tuviste suerte de descubrir dónde estaba —se acomoda en la mesa y se aparta de mi toque—. No te lo dije porque no te quería aquí.

Me pongo erguido y la miro con el ceño fruncido. —Actúas como si no tuviera permitido estar en la vida de mi hijo. En la vida de *nuestro* hijo.

—Y tú actúas como si estuviera bien criar a mi bebé en tu mundo jodido de *Todo Lo Que Tú Digas Va* —se arropa más con la manta—. Eso no es así.

Ah. Así que de eso se trata.

Me inclino para que mi rostro ocupe su campo de visión. —Si crees por un segundo que podrás hacer algo con respecto a este niño sin mi permiso explícito, te sugiero que lo pienses de nuevo, *moya plamya*. Es una parte de mí dentro de ti. Yo decidiré su destino.

Daphne abre la boca para decir algo más, pero la enfermera regresa con una amplia sonrisa y una copia de la ecografía para cada los dos. —Entonces —gorjea—, ¿quieren saber qué van a tener?

Ambos nos quedamos quietos.

Para mi sorpresa, Daphne me mira. —¿Qué piensas? ¿Deberíamos?

La enfermera espera nuestro asentimiento unificado antes de sonreír. —Por todo lo que podemos ver, es una niña sana.

Una niña.

Vamos a tener una niña.

Voy a tener una hija.

Una hija que se parece a su madre. O a Mamá, o a Sofiya. Tal vez una pequeña mezcla de ambas. Sea cual sea su aspecto, sé que será hermosa.

Sin pensar, presiono mi mano sobre el vientre hinchado de Daphne. No es tan grande… solo lo suficiente para ver y sentir la plenitud de la vida creciendo allí. Nuestra hija. *Mi* hija.

Algo revolotea debajo de mi palma.

—¿Sentiste eso? —me pregunta Daphne. Respira hondo y se sienta un poco más erguida, frotando su mano junto a la mía.

De nuevo, otro revoloteo.

—¿Es eso…?

Los ojos de Daphne se llenan de lágrimas de felicidad—. Es la primera vez que puedo sentirla.

No sé qué me invade. Lo único que sé es que es embriagador y debilitante, y solo mi mano sobre su estómago y mi brazo alrededor de ella me impiden caer de rodillas, en el sentido más literal.

En algún momento, nuestros dedos se entrelazan. Todavía esperamos los aleteos y las patadas, pero con las manos unidas que parecen calmar de alguna manera a nuestra pequeña. Pronto, se queda quieta, lo que la enfermera nos informa que puede suceder cuando se siente segura y se queda dormida.

Dejo que mi mano permanezca allí un momento más de lo que debería. No conozco a esta mujer tan bien como necesito, o como debería.

Pero sé que moveré cielo y tierra por ella.

Y por nuestra hija.

DAPHNE

Alguien toca a la puerta. Hazel entra con una sonrisa burlona. —Vas a querer despejar más espacio de tu escritorio.

—Basta. ¿En serio? —miro mi pequeño escritorio, que ya está cubierto con varios jarrones llenos de rosas color champán, tarjetas firmadas por Pasha y algunos vasos de batido vacíos. —¿Hablas en serio?

—¡No tan en serio como el Chico Enamorado! —se hace a un lado. Justo a tiempo, varios hombres y mujeres en uniforme entran con jarrones llenos de rosas color sangre, una gran caja atada con una cinta de terciopelo y otro batido prenatal con una etiqueta detallada de cada ingrediente pegada en el costado.

Vale. Puede que esté disfrutando *un poco* de la atención.

Solo un poquito, un poquito.

—¿Cuántas rosas esta vez? —Hazel suelta un silbido bajo mientras hace un recuento rápido—. Cuatro docenas. Y del tipo *caro*. ¿No duran un año entero?

Dejo escapar un suspiro melancólico y asiento. —Como las que me envió ayer. Y anteayer.

Todos los días desde nuestra primera cita de ultrasonido, en realidad.

Haze da vuelta la tarjeta más cercana y suspira soñadoramente. —Escucha, sabes que no soy de las que toleran los rebotes justo después de una mala ruptura…

—Haze…

—Pero ¿podemos decir, "Mejora"? Quiero decir, ¡¿mejora *grande*?! Este hombre está locamente enamorado de ti, obviamente es rico como el infierno, y si no lo supiera, está enfrascado en una seria competencia de meadas contra Conrad.

Resoplo. No se equivoca… nunca volví a ver las flores de Conrad que Pasha arrebató de mi auto como un novio celoso. Pero, al mirar la oficina convertida en invernadero, es como si Pasha viera el patético intento de Conrad de cortejarme y decidiera que todo lo que *él* envíe será más grande y mejor.

Pero, honestamente, ¿lo que me hace encoger el corazón y sentir mariposas en el estómago un poco más que mi niñita?

Los batidos.

Es estúpido, lo sé. El hombre debe estar gastando cientos de dólares por cada envío de flores, y ayer incluso había una pequeña caja de terciopelo con una pulsera de tenis Cartier adentro. Pero lo único que demuestra que realmente está pensando en lo que quiero y necesito son los pequeños ridículos batidos.

Recordó que le dije que odio atragantarme con pastillas de caballos.

Recordó qué sabores murmuré cuando me llevó el día que se enteró de que estoy embarazada.

Recordó el tamaño, la cantidad de hielo, incluso el hecho de que distraídamente mencioné que siempre me encanta agarrar "las pajitas verdes" del contenedor.

Todos los batidos que me envió tienen una pajita verde gruesa.

Hielo adicional.

Refuerzos prenatales.

Y un pequeño corazón junto a mi nombre. Puede que sea el barista o como se llamen los que hacen los batidos, pero la romántica desesperada que llevo dentro quiere imaginar a Pasha garabateando alguna pequeña obra de arte en el lateral de una taza mientras hace lo que sea que hacen los jefes de la mafia para trabajar.

—Firme aquí, por favor —el repartidor principal me ofrece un portapapeles digital y un lápiz.

Justo cuando estoy garabateando mi nombre, mi teléfono vibra en mi escritorio. Está enterrado en algún lugar debajo del bosque de rosas y estoy a punto de dejar que vaya al buzón de voz… probablemente sean mis padres o Conrad… pero logro ver la pantalla brillante a través de un dosel de pétalos de champán.

Es el portero de mi apartamento. Qué raro.

—Hola, Sr. Marquette, ¿qué puedo hacer por usted?

—En realidad, Daph, se trata de lo que yo necesito hacer por ti —su voz grave suena a disculpa, lo que no me hace sentir precisamente a gusto—. Tuvimos que hacer una comprobación de último momento de las instalaciones después de que otro inquilino se mudara. Resulta que el lugar está infestado de chinches y lo que parece ser el comienzo de un clan de cucarachas.

Casi escupo mi batido en la pajita. —¡Ay! ¿Hablas en serio?

—Me temo que sí. Pero no te preocupes, me aseguré de que estuvieras bien antes de hacer la llamada. Dada tu condición y todo eso, mi esposa y yo no nos sentiríamos bien manteniéndote cerca de todos los vapores tóxicos mientras fumigamos.

No te asustes. El pánico no es bueno para el bebé. —Realmente, eh, lo aprecio.

—Tenemos un ático en un edificio contiguo, de tres habitaciones, completamente amueblado y listo para mudarse. Solo un vecino, pero casi nunca está en casa. Normalmente, el alquiler sería más alto, pero, dadas las circunstancias, el dueño del edificio preferiría mantener las tarifas y darte un estipendio para que puedas conseguir lo que necesites reemplazar. Ropa, comida, ya

sabes.

—Disculpa —me hundo en la silla de mi escritorio. Tengo que dejar el batido en el escritorio antes de tirarlo al suelo—. ¿Un *estipendio*?

Hazel me mira de golpe. Ella articula su pregunta para obtener más detalles, pero le hago una señal para que espere mientras escucho esto.

El Sr. Marquette resopla una risa. —No lo haría público, eso es seguro. Pero sí, tengo un cheque con tu nombre y te enviaré un correo electrónico con todos los códigos de bloqueo. Además, espero que no te importe, pero mi esposa entró para guardar algunas cosas que podrías necesitar de la fumigación. Dijo que las pondrá en tu nuevo lugar.

—¡No! Quiero decir, no, no me importa, realmente lo aprecio. En serio —respiro hondo para poder sonar al menos un poco más tranquila—. Veré si puedo pasar un poco antes.

—No hay prisa. Solo avísame cuando estés en camino y nos encontraremos afuera.

Dejo mi teléfono y me tomo un momento. Con el rabillo del ojo, veo a Hazel esperando impaciente las actualizaciones. —Bueno… he tenido una mejora —miro las flores a mi alrededor con un suave resoplido—. Otra vez. A un ático. Tres habitaciones. Con un estipendio.

—Mierda.

Algo suena en mi teléfono; es un correo electrónico del Sr. Marquette. Los códigos de bloqueo, como lo prometieron, y una nota del monto depositado directamente en mi cuenta.

Casi me caigo de la silla.

Hazel lee la pantalla por encima de mi hombro cuando me ve desplomarme en estado de shock. Ella también está completamente incrédula. —Dios mío… ¿Quién diablos es tu casero? ¿Y tiene alguna habitación libre?

—No lo sé y no lo sé y ahora mismo, no sé si me importa. Digo, solo…

Me tapo la boca con una risa. ¿Está sucediendo esto ahora mismo? ¿*Realmente* está sucediendo esto ahora mismo?

Estoy rodeada de docenas y docenas de rosas caras y lujosas. Estoy bebiendo un indicador personalizado de cuán de cerca Pasha presta atención a mis deseos y necesidades. Soy varios miles de dólares más rica y estoy a punto de instalarme en un *ático*.

Y pensar: hace apenas unos meses, yo lloraba mientras me apresuraba a recoger las cenizas destrozadas de una vida que creía que quería.

—Tengo que volver al trabajo —suspira Hazel. Echa una última mirada alrededor de la oficina y se ríe—. Avísame si llega en paracaídas. O en un carruaje de calabaza. A esta altura, no me sorprendería que te llevara a un palacio mágico y te hiciera sexo oral durante cinco horas seguidas.

Espero hasta que la puerta se cierra detrás de ella antes de soltar un pequeño suspiro de ensueño. Todo esto es tan abrumador que ni siquiera sé qué hacer. Debería enviarle un mensaje de texto a Pasha, en algún momento, pero no lo bombardearé con preguntas. Solo le agradeceré por las

hermosas flores, los deliciosos batidos.

Eventualmente.

Creo.

—No me juzgues —le digo a mi barriguita de embarazada mientras me acomodo para intentar hacer algo de trabajo—. No puedo evitar ser una gran cobarde —froto suavemente la hinchazón con la mano y siento que esbozo una sonrisa—. Pero no te preocupes, voy a ser la mejor mami del mundo. Te voy a amar y te voy a colmar de abrazos y besos y…

Miro a mi alrededor, a las docenas de cajas de rosas. Todavía hay tanta incertidumbre que me corroe, pero es difícil ignorar la evidencia que se acumula cada vez más en mi línea de visión.

—…y apuesto a que Papi también lo hará.

PASHA

Tengo que recordarme a mí mismo que matar a un senador es una mala idea.

Brennan es en su mayoría ajeno a mi lucha interna. Vacila y titubea mientras busca a tientas en los cajones de su escritorio en un intento de evitar el contacto visual.

No está permitido matar al senador…

No importa lo bien que se sienta.

—Explícame de nuevo qué te impide firmar el contrato —arrastro las palabras.

Se ajusta la chaqueta del traje y se aclara la garganta. —No soy solo yo; tengo que preocuparme por todo el Departamento de Justicia. Limitaciones presupuestarias. Medidas de verificación. La gente va a querer saber a dónde van sus dólares de impuestos y tengo que poder dar respuestas.

Tamborileo con algunos dedos en el brazo de la silla para no apretarlos y darle un puñetazo en la cara a Brennan.

No importa lo jodidamente bien que se sienta.

—Es interesante para mí cómo todas estas preocupaciones surgen recién ahora —mantengo mi voz tranquila—. Si no lo supiera, casi pensaría que estás haciendo tiempo.

Su rostro comienza a enrojecerse ante la implicación. Pero, ¿será capaz de decirme que estoy equivocado?

Ni una maldita posibilidad.

—Piensa lo que quieras, Chekhov, pero la respuesta sigue siendo la misma. Necesitamos tiempo.

—¿Tiempo para qué?

Brennan sorbe y hurga un poco más en el cajón superior de su escritorio, lo que realmente está empezando a cabrearme. —Roma no se construyó en un día, ya sabes. Y lo que estás proponiendo afecta en gran medida a la infraestructura nacional…

—¿Qué piensa Cora?

Como era de esperar, la mención de su esposa lo detiene en seco. *Por supuesto*. Apuesto a que ni siquiera le ha dado los detalles de mi oferta. Es una hinchapelotas, pero no es idiota. Cora

Brennan sabe reconocer un buen negocio cuando lo ve y, si le hubieran mostrado este, no tendría que sentarme aquí y bailar tango con su patéticamente nervioso esposo.

Lo miro con los ojos entrecerrados. —No se lo has mostrado. Apuesto a que ni siquiera has hablado con ella sobre esto, ¿verdad?

Se sorbe la nariz de nuevo y extiende las manos. —Mira esto. Esta es *mi* oficina. Mi nombre está en la maldita puerta, no el de ella. No tengo que mostrarle ni una maldita palabra si no quiero.

—Ah, entiendo —me inclino hacia delante, mi sonrisa no es nada cálida—. Lo que plantea la pregunta: ¿por qué no quieres?

Brennan no tiene respuesta para eso.

—Tú y yo sabemos que este es el trato del siglo. Para ti, para tu carrera… diablos, para nuestras tropas en el extranjero. Te conseguiré armas de última generación a una fracción del costo en comparación con lo que tu departamento está pagando actualmente. ¿Quieres hablar del dinero de los contribuyentes? Intenta decirles que prefieres desperdiciarlo en artillería barata y de mala calidad, que se atasca justo cuando sus muchachos más la necesitan.

La verdad sea dicha, el dinero es la menor de mis preocupaciones. Estoy en esto para tener cobertura. Para que mis otras empresas puedan ser desmentidas. Ahí es donde se encuentran las verdaderas riquezas: en las sombras.

Y ahí, la Bratva Chekhov tiene miles de millones que ganar.

Si tan solo este gilipollas dejara de andarse con rodeos y firmara en la puta línea punteada.

Respiro hondo y pienso cuidadosamente mis próximas palabras. Por mucho que me encantaría tratarlo de la misma manera que trato a cualquier otro bastardo que no cumple con su palabra, no puedo. No si quiero mantenerme fuera de prisión y mantener las cosas funcionando sin problemas para la Bratva.

Para mi familia.

—Esta es tu oficina, sí. Y tú y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, negociamos muchos otros acuerdos aquí mismo —dejo caer un dedo sobre su escritorio—. En. Esta. Oficina.

El senador Brennan me mira con recelo. —Así que entiendes…

—Así que creo que *tú* debes entender —me levanto—. Me prometiste este trato. Me diste tu palabra como senador de esta oficina. Espero que cumplas tu palabra… o vamos a tener serios problemas.

—¡No puedes amenazarme!

—No lo hago —me enderezo, me acomodo la chaqueta del traje y lo miro fijamente por última vez—. Te lo prometo. Y créeme cuando te digo que, a diferencia de ti, yo sé cómo cumplir mis promesas.



ESTOY de mal humor después de dejar al senador acurrucado en su oficina. Necesito recordatorios viscerales de que alguien en este mundo sabe cómo salir adelante, así que le envío un mensaje de texto a mi hermana y arreglo una reunión con ella en uno de nuestros hangares privados.

Sofi me avisó esta mañana que iba a llegar un nuevo envío de munición especializada después de una larga demora. Insistió en supervisar ella misma el procesamiento de entrada para evitar más problemas.

Mientras estaciono mi auto en el hangar, puedo verla gritando órdenes a todos los hombres que se apresuran a obedecerla rápidamente. No detiene su paso ni siquiera cuando me oye cerrar de golpe la puerta del conductor.

—Llama a Vlaski por teléfono y dile que es hoy o nunca —le ordena a uno de nuestros *vors* de menor rango—. Si hace alguna tontería, cancelaremos el pedido. Asegúrate de que lo sepa.

Ver a mi hermana menor mantener a todos a raya ya está calmando mi temperamento. Es una imagen reflejada de nuestra madre, con su cabello largo y oscuro y su complexión delgada, pero tiene el mismo fuego y tenacidad en el alma que necesitaría de cualquier hombre que fuera mi segundo.

Lo cual me recordó la única vez que le sugerí que buscara un hombre, se casara y tuviera algunos hijos propios.

Todavía me zumban los oídos por lo fuerte que me gritó en la cara aquel día.

Arqueo una ceja al ver cómo cargan las cajas en uno de nuestros camiones camuflados. —Me gusta ganar dinero. No puedo hacerlo si tú cancelas el pedido.

—Sí, bueno, no me gusta que me regañe un *mudak* que no puede esperar ni un minuto más por sus malditas armas —Sofi apoya las manos en las caderas mientras vigila atentamente todo el proceso—. ¿Sabías que en realidad me hizo una proposición? ¡A mí! “Como compensación por la demora”.

Resoplo. —¿Qué le dijiste?

—Que puede irse a follarse el culo con sus preciosas armas. Cargadas y con el seguro quitado, preferiblemente.

Eso me hace sonreír. Debería patear el culo a Vlaski por sugerir que es lo suficientemente bueno como para tocar a mi hermana, pero Sofi lo tomaría como un insulto. Ella es muy capaz de manejar su propia mierda, especialmente cuando se trata de hombres que sobrepasan sus límites.

—Debería decirle eso al senador —reflexiono.

Sofi desvía su mirada aguda hacia mí y se suaviza. —Ah. Me preguntaba qué se te metió en el culo y murió. ¿La reunión no salió tan bien?

—Salió como se esperaba, pero no como yo quería. Brennan se está acobardando.

—El trato no es muy diferente al de antes.

—Exactamente. Eso es lo que me molesta.

Se toma un momento para considerar nuestras opciones. —Bueno, si ayuda, tengo algunas buenas noticias potenciales que podrían encender un pequeño fuego bajo su trasero.

—Dímelo.

—¿Recuerdas ese análisis de sangre que hice que mis fuentes hicieran al principio del año escolar? —Sofi saca su teléfono y hojea las fotos hasta que encuentra lo que quiere mostrarme—. Tenía razón. Es el hijo de Brennan.

Mi nariz se curva con disgusto. Ya es bastante malo que el hombre se acueste con acompañantes y becarias a espaldas de su mujer, pero ¿tener un *hijo* con una de ellas?

—¿Él lo sabe?

—Si lo sabe, sí que no le importa. No ha habido contacto entre ellos desde su última cita con ella.

Me resisto a poner los ojos en blanco. Las personas como Brennan son la escoria de la sociedad. No tienen sentido del honor, la lealtad ni la dignidad ni para sí mismos ni para las personas que juraron amar y proteger.

—Si se está poniendo tan difícil —continúa Sofi—, tal vez valga la pena darle un pequeño empujón de "felicitaciones". Él sabe tan bien como nosotros que eso hará que su esposa se vuelva loca.

—Lo haría. Pero no sé si deberíamos volvernos tan locos aún —hago una mueca mientras sopeso mis opciones. Odio tratar a personas como él con tanto cuidado. Sí que no se lo merece. Pero es un funcionario del gobierno y lo último que cualquiera de nosotros necesita es que de repente se ponga valiente y nos dé la vuelta a la situación—. No pierdas de vista al niño, por si acaso. Guardaremos esto en nuestro bolsillo trasero para una emergencia.

—Hecho. Hablando de niños… —de repente, una sonrisa se extiende por su rostro y mi mueca se profundiza—. ¿Cómo está Daphne?

—No me ha devuelto ninguna de mis flores, ni las ha tirado, así que eso es algo.

—¿Has intentado hablar con ella? Ya sabes, ¿en persona? —me mira de reojo—. ¿Como un ser humano *normal*?

Pongo los ojos en blanco. —Actuar como un ser humano "normal" es lo que nos metió en este lío —abro la boca para decir algo más, pero mi teléfono vibra en mi bolsillo y me salva de tener la sincera charla obligatoria que preferiría evitar.

—Chekhov.

—Está hecho. Se ha mudado lo más que pudo, y tendrá el resto después del trabajo.

—Perfecto. Asegúrate de que los códigos de su antiguo edificio se cambien antes de que llegue. Avísame si hay algún problema —cuelgo al portero de Daphne y trato de evitar la mirada escrutadora de mi ahora muy interesada hermana.

—¿Te gustaría compartir? —ronronea.

En realidad, no. —Seguí tu consejo. Compré el edificio de Daphne…

—¡¿Cuándo dije *eso*?!

—Cuando dijiste que la trajera conmigo. Que actuara como un *pakhan* e hiciera que las cosas sucedieran.

Sofi me mira como si me hubieran crecido tres cabezas nuevas y luego se echa a reír. —Buena suerte con eso, acosador. Le *encantará* cuando se entere.

—Tal vez no se entere —murmuro, más para mí mismo.

—Claro. Tal vez sea ciega y sorda y no tenga sentido del olfato. Literalmente no hay forma de que alguna vez se dé cuenta de que estás detrás de su mudanza a… Espera, ¿adónde exactamente la mudaste?

—A un ático cercano.

Esa ceja se levanta de nuevo hasta la línea del cabello. —¿*Tu* ático?

¿Qué hay con las mujeres en mi vida desafiando cada pequeña cosa que hago? Qué jodidamente irritante. —Está… cerca.

—Ajá. ¿Exactamente qué tan "cerca"?

—Daphne necesita entender lo que significa co-paternar. No más dejarme fuera de cosas como ecografías. O andar a escondidas como si fuera una persona horrible.

—¿Te refieres a un jefe criminal?

—Cállate.

Sofi me da un codazo y me ofrece una pequeña sonrisa. —Oye, lo entiendo. Todo lo que digo es que hay una delgada línea entre "perseguir" y "acorralar". ¿Y cualquier mujer que se quede con tu trasero loco? Definitivamente vale la pena conocerla —esa sonrisa se extiende de nuevo a su mueca traviesa—. ¡No puedo esperar!

Alguien deja caer torpemente una caja de armas desde la parte trasera de un camión, interrumpiendo nuestra reunión familiar improvisada y haciendo que Sofi vuelva a concentrarse en sus deberes. Ella lanza una serie de groserías en ruso y marcha hacia el desorden, dejándome pensando en la Fase Dos de "acorralar" a la madre de mi hija.

Daphne y Sofi pueden llamarlo como quieran. Estamos juntos en esto y me condenarán si dejo que algo se interponga entre mi familia y yo.

DAPHNE

—¡Por nuevos comienzos!

Hazel y yo chocamos nuestros tragos, pero cuando ella se toma el suyo de un solo trago, yo arrojo el mío en secreto en mi vaso de agua helada.

Ella chasquea los labios y agrega nuestros vasos vacíos a la pila cada vez mayor en nuestra mesa. —¡Sí! —se estremece de alegría y se ríe.

Sí. Intento fingir entusiasmo por el tequila que no bebí porque, bueno, estamos aquí para celebrar. Después de ver el inmenso… e inmensamente *hermoso*… ático al que ahora llamo "hogar", el estipendio quemando un agujero en mi cuenta bancaria y una comisión considerable por una importante venta de arte que apareció de la nada poco antes de la hora de cierre…

Bueno, tengo mucho que celebrar.

Quería ir a un restaurante de carnes y comer un filet mignon, pero Hazel quería comenzar el fin de semana "de manera apropiada". Así que he estado tirando tragos de licor y pidiendo discretamente versiones sin alcohol de los cócteles que ella elige del menú. Me lo estoy pasando genial; solo es difícil igualar su energía cuando no estoy igualando su embriaguez.

—Entonces, ¿ya les dijiste? —Hazel se mueve en su asiento al ritmo de la música, bebiendo su té helado Long Island.

—¿Si le dije qué a quién?

—A los Bobos. Que estás embarazada.

Casi inhalo mi té helado por la nariz. —Perdón, ¿qué?

Hazel pone los ojos en blanco. —Ay, vamos. No estás siendo tan sutil como podrías pensar. Y te he visto devorar hamburguesas dobles con queso sin subir ni un solo kilo, así que sé que esa pequeña y dulce barriguita que tienes no es un bebé de comida.

Mierda. Si ella lo puede notar, ¿alguien más puede?

—Oye —apoya su mano sobre la mía, cambiando a preocupación. Otra señal de que llevo demasiados secretos en la cara—. No te preocupes. No voy a decírselos. Y, honestamente, creo que tienes razón en no decírselos también.

—¿En serio? —dejo escapar un profundo suspiro de alivio. Saber que Hazel me respalda me ayuda a aliviar un poco el estrés. Me siento aún mejor al saber que está de acuerdo con mi paranoia en lo que respecta a Keith y Todd—. Solo que… no quiero añadir más leña al fuego, ¿sabes? Todavía están enojados por lo que hice con el cuadro de Conrad.

—¡Lo cual fue *glorioso*! —Hazel se ríe e imita el infierno con los dedos—. ¡La expresión de su rostro! ¡La expresión del rostro de *ella*! ¡Dios mío! Cada vez que necesito un pequeño estímulo, solo pienso en ese momento. Perfección.

—Sí, bueno, Brittany me persigue. Ha llamado a la galería al menos tres o cuatro veces, exigiendo que me despidan.

—Después de cuatro, ¿qué, cinco meses? Uno pensaría que captaría la indirecta.

—Pero es de ella de quien estamos hablando.

—Cierto —Hazel asiente con la cabeza sabiamente y sorbe el último trago de su cóctel—. La perra es bruta como la mierda. ¿Y honestamente? Nunca he visto a los Bobos demostrar una gran inteligencia tampoco. Así que deberías estar bien.

No estoy tan segura. Toco el hielo en mi vaso con la pajita. —Sí, pero estoy llegando a mi quinto mes de embarazo. No se me nota mucho ahora, pero dale unas semanas y me inflaré como una ballena.

Me mira fijamente. Silenciosa. Por una eternidad. Luego—: Es el chico ruso sexy, ¿no? ¿El que te ayudó a quemar el cuadro?

Siento que mis mejillas se calientan de repente. Sus ojos se abren de par en par y sé que me ha descubierto.

—*No*. ¡No puede ser!

—Fue algo de una sola vez —protesto.

—Em, no. No, no lo fue —Hazel le hace una señal al camarero para que traiga otro Long Island y me da su sonrisa más grande—. Quiero decir, sabía que un tío rico estaba detrás de tus bragas con todas esas flores y batidos y esas cosas, pero *maldita sea*. Él está detrás de ti de la mejor manera. ¡Asegura esa mierda!

—¡Apenas lo conozco! Solo estamos tratando de entender todo esto. Paso a paso.

—Me parece que él lo ha entendido muy bien. ¿Qué te detiene? —de nuevo, sus ojos se agrandan, pero por una razón completamente diferente—. Ay, mierda. ¿Qué piensa Conrad de todo esto?

Mi sangre se drena de mi rostro. —No sabe nada.

—Tiene que saber *algo*. También estuvo allí esa noche.

—Incluso si sabe algo, no está captando la puta indirecta —y, como si estuviera en algún lugar con auriculares enfocados en nuestra conversación, mi teléfono se ilumina con el nombre de Conrad. Lo señalo—. ¿Ves? Es patético. No quiero tener nada que ver con él y no deja de explotar mi teléfono.

—Obviamente. Quiere lo que no puede tener. Y claramente vio tu gran mejora—. mueve las cejas y se sumerge en su nueva bebida—. Habla de un puñetazo en la polla para su ego.

—Sí, bueno, como dije, fue algo de una sola vez. No consideraría a Pasha como una mejora, porque en realidad no estamos juntos.

—Tampoco lo *des*cartaría. Tú y yo sabemos que Conrad no te colmaría de regalos y atención si los papeles estuvieran invertidos. Y él realmente te conoce. Entonces, ¿qué dice eso sobre este supuesto extraño que está poniendo todo el esfuerzo?

Realmente no quiero pensar en la respuesta. Porque, cada vez que lo hago, mi cabeza comienza a dar vueltas y mi corazón comienza a tener cada vez más esperanzas en una realidad que simplemente no existe.

Al menos, no creo que exista.

Quiero decir… tengo un verdadero invernadero de rosas en mi oficina.

Batidos saludables como el infierno que valen diez mil calorías en mi sistema.

Y ese momento que compartimos en el ginecobstetra…

Nada de eso pasaba con Conrad. Siempre me trató como si fuera una obligación. En ese momento, estaba tan hambrienta de afecto y atención que saboreaba cualquier sobra que me arrojara.

Me di cuenta de que había superado a Conrad mucho antes de descubrir que me había estado engañando. ¿Me dolió la traición? Por supuesto. Pero con ella llegó una sensación de alivio, una que no habría existido si todavía hubiera estado perdidamente enamorada de él.

A veces, se necesita una rápida patada en el trasero para hacer lo correcto. Aparentemente, yo necesitaba que me echaran de mi propia casa para dejar una relación que debería haber abandonado hace años.

Y ahora tengo a Pasha. No es que lo *tenga*, pero está… cerca. Me está tratando con una cantidad considerable de respeto en comparación con Conrad.

Y sí, es bastante atractivo.

No puedo solo contarlo como un “chico nuevo” cuando ni siquiera sé cuánto durará su dedicación a todo esto del bebé.

—No le cuentes a Conrad lo del bebé, ¿vale?

—Claro, porque él y yo pasamos mucho tiempo juntos —dice Haze con sarcasmo—. ¡Por supuesto que no se lo voy a decir, Daph! Apenas soporto respirar el mismo oxígeno que él. Pero recuerda, si tus padres lo saben…

Mierda. —No crees que mi madre se lo diría, ¿verdad?

—No me sorprendería. Pero, si ella cree que eso lo ahuyentaría, entonces probablemente no.

Hazel tiene razón. Mi madre ha sido tan inflexible para que este arreglo matrimonial con Conrad funcione, que se pegaría un tiro en el pie antes de decirle que estoy embarazada del bebé de otro

hombre.

—Pero, de nuevo —continúa—, Con y yo tenemos una cita para almorzar mañana, seguida de una buena ronda de paintball y luego un masaje en pareja. No hay forma de saber *qué* podría decir cuando mi mejor amigo Conny y yo empecemos a hablar.

Riendo, le tiro el envoltorio de paja arrugado. Hazel se ríe, levanta su copa hacia mí y saludamos juntas nuestro pacto de silencio.

Ella siempre me ha apoyado y es un peso que me saqué de encima saber que estará aquí, ayudándome a afrontar el drama de Conrad y mi familia, en el futuro que viene.

Sea lo que sea que ese futuro pueda deparar.

DAPHNE

No estoy borracha. No hay manera. He absorbido exactamente cero por ciento de alcohol en toda la noche.

Entonces, ¿por qué mi puerta está borrosa?

Maldita sea, chica. Estás cansada.

Me toma unos momentos mirar fijamente la puerta de mi nuevo ático para procesar el hecho de que no está borrosa en absoluto: está cubierta con una lámina de plástico.

Y también está cerrada.

¿Qué diablos?

—Hola, Sr. Marquette —estoy muy contenta de haberlo puesto en el marcado rápido para cosas como esta. Es mucho más tarde de lo que pretendía salir con Hazel, y estar demasiado cansada es bastante parecido a estar borracha—. Perdón por molestar tan tarde. ¿Qué pasa, eh… qué pasa con mi puerta?

—¡Ay, Dios mío! ¡Mis disculpas! —el Sr. Marquette suena como si estuviera saliendo de la cama mientras se despierta más para hablar conmigo—. Olvidé por completo llamarte. Me siento terrible, de verdad.

—Está totalmente bien —fuerzo la sonrisa en mi voz. A diferencia de mi madre, no me vuelvo una perra furiosa cuando las cosas me molestan—. Solo estoy intentando entrar y mi llave no funciona.

—Cierto, cierto. Hoy tuvimos una enorme fuga de agua, casi explotó y atravesó todo el techo. Tuve que cambiar las cerraduras y poner láminas de plástico por todas partes para minimizar el daño. Y, ya sabes, robos y todo eso.

Qué extraño. Y un poco frustrante. Pero me niego a desquitarme con él. No es como si hubiera cortado mi nuevo techo y perforado un agujero en las tuberías solo para fastidiarme. —¡Ay, no! Quiero decir, gracias por actuar tan rápido. Solo… ¿Cómo hago…? ¿A dónde se supone que debo ir?

—De hecho, cambié las cerraduras del ático de al lado. Eres libre de entrar y usar ese lugar a partir de ahora.

Frunzo el ceño. —Pensé que ya había alguien viviendo allí.

—¡Sí, lo había! —vacila y suspira—. Lo había. Cierto. Se acabó mudando ayer. Sincronización perfecta, ¿no?

—Sí, sí —añado con lo que espero que suene a risa. Estoy muy cansada y un poco harta de todos estos problemas repentinos—. Así que, eh…

—Haré que recuperen tus cosas y las trasladen mañana a primera hora. Y hablaré con el nuevo propietario para que te suba el estipendio y te compensen por las molestias.

—No es necesario, en realidad. Gracias —pero, si insiste, no lo detendré. Esta no es una casa de mala muerte; pagué mucho dinero por una casa bonita y segura para empezar a criar a mi bebé. El hecho de que se esté infestando de bichos y ahora explote con agua me hace preguntarme si elegí el edificio correcto.

O tal vez esta sea mi vida ahora. Acontecimientos de mierda que allanan el camino para grandes mejoras.

Justo como Hazel describió a Pasha.…

Sacudo la cabeza y de repente recuerdo que todavía estoy hablando por teléfono con mi supervisor. —Oye, debería estar bien. Perdón por llamar tan tarde.

—¡Para nada! Es mi trabajo. Avísame si necesitas algo.

—¿Conoces un buen lugar de hamburguesas que aún esté abierto? —bromeo mientras atravieso el pasillo hacia la única puerta que hay a la vista.

La sonrisa de Marquette es audible. —De hecho, ¡sí! ¿Doble o individual? Yo invito.

Estoy a punto de rechazar su oferta cuando me doy cuenta de que no, esto es una victoria. *Acepta la maldita victoria, Daph*. —¿No me juzgarás si digo doble? Con queso. Y todos los aderezos.

—Estás embarazada. Recuerdo cómo fue mi esposa con los tres niños. ¿Papas fritas?

—Dios, sí. Gracias.

Cuelga justo cuando empiezo a manipular la nueva puerta; se abre al primer intento. Bien. No sé por qué no me dio unas llaves nuevas, pero no importa. Estoy cansada, tengo hambre y estoy un poco malhumorada porque no puedo beber nada hasta que nazca el bebé. Las tuberías reventadas son un problema de alcohol fuerte.

Llámame loca, pero este lugar parece incluso más grande que el anterior. Todas las luces están empotradas y emiten un suave resplandor a través de un gran vestíbulo y hacia una enorme sala de estar frontal decorada con maderas color chocolate y detalles dorados.

Un sofá envolvente de gamuza me llama. Tengo la tentación de responder, pero sé que, en cuanto me siente, no me levantaré.

Hago una mueca de dolor mientras me quito los zapatos. El orgullo me dijo: “Ponte tacones de aguja”, pero el embarazo me dice: “Jaja, perra estúpida”. Me encanta la retención de líquidos. Mis pies aún no están al nivel de una muñeca de cabeza grande, pero esa es la palabra clave:

“aún”.

Todo va a empezar a cambiar muy pronto.



DESPUÉS DE UNA deliciosa hamburguesa doble con queso, por fin puedo llegar al dormitorio principal. Como en todas partes de este ático, todo es madera oscura y herrajes dorados suavizados con terciopelos pastel. ¿Quién sea que solía vivir aquí, si todo esto solía ser suyo…? Maldita sea.

Tal como lo prometió Marquette, muchas de mis cosas nuevas se han transferido aquí, principalmente mi ropa nueva, que acabo de comprar después del último fiasco.

Hay algunas prendas que no recuerdo haber comprado, pero no importa. Estoy demasiado cansada para preocuparme. Las etiquetas todavía están puestas, así que las comprobaré más tarde. Mucho más tarde. Cuando sea que mis pies no se sientan como pesos de plomo que prefiero cortar.

Barro la ropa de la cama con toda la intención de colgarla en el vestidor… pero luego no lo hago. Demasiado cansada. La cama me llama. En cambio, la dejo caer sin contemplaciones en una pila en la silla lateral y caigo de cara sobre la cama súper suave, cálida y lujosa.

Huele tan bien. Conozco ese aroma de algún lado, pero no puedo identificarlo. Es cálido, un poco picante, pero con esta mezcla reconfortante de cuero y madera y algo más que yo simplemente… *Uf*, quiero nadar en él. Ya lo estoy en cierto modo, por la forma en que me retuerzo el culo cansado sobre el colchón.

De alguna manera, me las arreglo para quitarme la mayor parte de mi ropa, salvo mi camiseta sin mangas y mis bragas. Tiro mi sujetador al otro lado de la habitación y me comprometo a limpiar antes de ir a trabajar por la mañana. Ahora mismo, solo necesito dormir.

Incluso las almohadas huelen bien. Más picantes. Más cálidas. Como si hubiera llegado a casa con un chico hermoso del bar y pudiera enterrar mi cara en su pecho y respirar esto. Hago exactamente eso, abrazando la almohada más grande contra mí y hundiéndome en el mejor sueño que he tenido en semanas.

Abro los ojos de golpe.

Alguien está en la puerta.

Al principio, creo que estoy soñando. Es demasiado tarde en la noche para que pase el Sr. Marquette, y ya tuve mi hamburguesa y papas fritas. ¿Quién diablos vendría ahora?

Una llave se desliza en la cerradura.

Mierda. ¡Mierda, mierda, mierda!

Todavía no puedo pensar en quién podría estar razonablemente aquí. Tal vez no sea una llave; tal vez hayan infiltrado en la cerradura y estén irrumpiendo.

No sé qué hacer. Tal vez sea Marquette, después de todo, que ha vuelto para decirme que hay un oso mordisqueando el cableado… porque, a esta altura, ¿qué otra cosa podría salir mal?

Pero los pasos son incorrectos. Más pesados. Más lentos.

Y el intruso no llama como lo haría el Sr. Marquette.

Mi corazón martilla en mis oídos mientras busco a tientas, tan silenciosamente como puedo, algo pesado. No me preocupo tanto por mí misma como por mi disposición a proteger a mi bebé, y maldita sea, caeré arrancándole los ojos al bastardo si es necesario.

Mis dedos se enroscan alrededor de la pesada lámpara de mi mesita de noche y la arranco de la pared.

Las luces siguen apagadas. Tal vez quien sea simplemente tome mi billetera de la mesa de café y se vaya.

No lo hace. Se acerca al dormitorio.

Doy un paso en silencio hacia el otro lado de la puerta, obligándome a respirar lenta y silenciosamente.

La puerta se abre…

Y balanceo la lámpara.

¡Hoy no, cabrón!

PASHA

Me agacho justo a tiempo para evitar que una lámpara decorativa me golpee en la cabeza. Sin embargo, la hija de puta igual me da en el hombro.

—¡Joder!

Tengo la sensación de que sé quién es el responsable.

Mi brazo ileso se extiende para encender las luces, y mi suposición es correcta: Daphne está de pie frente a mí, con los ojos muy abiertos y agarrando la lámpara de la mesilla de noche como un hacha de guerra.

—Dame eso —gruño, arrebatándole la lámpara de las manos antes de que se las arregle para darme una conmoción cerebral.

—¡Tú! —Daphne suspira con algo casi parecido a alivio. Luego, se congela, endereza la espalda y me mira fijamente—. ¡Quiero decir, *tú*! ¿Qué demonios? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Vivo aquí.

Espero a que procese la noticia. Mientras lo hago, tengo que ser honesto… no odio la visión ante mí. Su cabello es una maraña de seda sexy, su camiseta sin mangas apenas cubre sus pechos, y definitivamente no lleva pantalones.

El dolor en mi hombro se desvanece bastante rápido. El flujo de sangre tiene mejores lugares donde estar.

—¡Demonios que lo haces! —Daphne señala la habitación—. Este es *mi* hogar. La conseguí hoy después de que el último tío se mudara…

Su voz se tambalea y se apaga mientras me mira y todo cobra sentido para ella.

—Tú eres él. *Tú* eres el vecino.

Asiento.

—Pero ¿por qué…?

—Porque estás embarazada de mi hija.

—No, quiero decir, ¿por qué Marquette…? —hace una pausa de nuevo—. Espera, *¿qué?* ¿Qué

coño me acabas de decir?

Suspiro y me quito la chaqueta de los hombros. Ha sido un día largo, y tengo la sensación de que la noche está a punto de alargarse mucho más. —Soy dueño del edificio. Le pagué a Marquette para que te cuidara y se asegurara de que estuvieras en lo mejor que tenemos para ofrecer.

—Tu hogar. *Tu* ático.

—Ahora sí que lo entiendes.

Daphne cruza los brazos sobre el pecho. Ha crecido al menos una talla de copa desde nuestro primer encuentro. Su pequeña y valiente postura solo consigue profundizar su escote, y ahora estoy mucho más distraído que intimidado.

—No puedes hacer esto. No puedes estar aquí —mueve una mano en el aire y luego se pellizca el puente de la nariz—. Me estás estresando. No es bueno para la bebé.

—Tampoco lo es estar lejos de su padre.

Abre la boca, luego la cierra. Luego, con más virulencia en su voz—: Me voy. Ahora mismo.

—Adelante —incluso me hago a un lado para despejar la puerta—. Solo te seguiré.

—Eso *no* fue una invitación.

—Lo sé —con calma, empiezo a desabrocharme la camisa como si fuera otra conversación entre marido y mujer—. No necesito una.

Daphne es toda fuego y furia mientras da pisotones con el pie y gruñe su frustración hacia mí. Capto la forma en que sus ojos se posan en mi pecho, luego en mi estómago, y no hay duda de la excitación que hay allí.

Bien. Ya somos dos, plamya.

—¡Esto es cruzar seriamente la línea! —sisea, pero igual no aparta la mirada de mi pecho mientras me quito la camisa de un tirón—. ¡Estás… estás yendo mucho más allá de lo apropiado!

—Entonces, ilumíname: ¿qué *es* lo apropiado? —me río con ironía y tiro la camiseta a un lado —. ¿Follar en una trastienda? ¿Tener un bebé juntos? Por favor, dímelo, porque estoy empezando a confundirme.

Al principio, supongo que su silencio significa que la tengo… lo que habría sido mucho más fácil de lo que esperaba.

Pero luego veo cómo está pálida. Tiene los ojos muy abiertos y pegados a un punto en mi cadera.

Miro hacia abajo, pero todo lo que veo es mi pistola enfundada en el cinturón.

Daphne hipa. Luego resuella. Luego…

Mierda.

Me apresuro a levantarla en mis brazos antes de que se caiga, pero eso solo hace que se deshaga en gritos y chillidos mientras me empuja frenéticamente. Cada vez que intento consolarla, me da

una bofetada y se apresura a alejarse de mí lo más posible.

Pero su mirada está fija en mi cinturón. En mi pistola.

Levanto las manos en señal de rendición y me alejo lentamente. Cuando llego a la puerta del dormitorio, ella está al otro lado de la habitación y respira un poco mejor, aunque no mucho. Sus ojos siguen desorbitados y sus extremidades tiemblan, pero al menos no está hiperventilando.

Desabrocho la funda y la coloco sobre la manija de la puerta. Va en contra de cada fibra de mi instinto… nunca duermo sin un arma a mi alcance… pero en este punto, prefiero correr el riesgo de cruzar la habitación corriendo que amenazar su salud, o la salud de nuestro bebé, con esta respuesta de miedo.

—Está bien —digo. Mis manos todavía están en alto para que pueda ver que están vacías, abiertas, desarmadas mientras me acerco a ella con cautela—. Está bien. No voy a hacerte daño.

Daphne hipa otro sollozo y mira entre mí y el arma que ahora está a varios metros de mí. —¿Por qué tienes eso?

—Para protegerte. A ti y a nuestra bebé.

Niega con la cabeza. No sé qué más decirle. *Por cierto, ¿me gano la vida fabricándolas?*

Por fin, puedo envolverla en mis brazos y ponerla en mi regazo. Nos acurruco a los dos contra la pila de almohadas de la cama y acuno su cabeza contra mi pecho.

—Te tengo —murmuro en su cabello—. Nadie te va a hacer daño. Ni yo, y no mientras esté cerca —*y siempre estaré cerca.*

Para mi sorpresa, ella realmente se acurruca contra mí en lugar de intentar alejarse. Hago mi mejor esfuerzo para ignorar lo perfecta que se siente así. Lo perfectamente que encaja en mi regazo y contra mi pecho desnudo.

Su aliento suave se extiende por mi piel mientras se calma gradualmente, y me encuentro a mí mismo acariciando inconscientemente el cabello detrás de su oreja.

No tengo idea de qué diablos acaba de pasar. Claramente, ella tampoco está de humor para explicarlo. Entonces, decido preguntarlo en otro momento. Preferiblemente cuando no esté a punto de sacarme los ojos.

—Protejo a mi familia —paso una mano por su brazo para consolarla, para mostrarle que no soy el malo, no alguien a quien ella deba temer. *No como mi padre*—. Ahora eres mi familia. Siempre te protegeré. ¿Por qué crees que estoy tan decidido a estar cerca de ti?

No hay respuesta.

¿Está… está babeando?

Me acomodo lo suficiente para confirmar que sí, Daphne se ha quedado dormida contra mi pecho. Debería estar sorprendido de lo rápido que durmió… pero, por otra parte, está embarazada y es tarde y prácticamente se asustó tanto que se desmayó.

Tal vez esto fue un error. No tengo más opción que mantenerla cerca y mantenerla a salvo, pero

estoy empezando a tener dudas sobre si esto es realmente una decisión sabia.

Entonces Daphne deja escapar un suave gemido y se acurruca más profundamente en mi pecho.

Me congelo.

Yo… maldita sea, no sé qué hacer con esto. No soy del tipo que se acurruca. No lo he hecho desde que era niño y mis hermanos corrían a mi habitación cuando las tormentas los asustaban (o cuando lo hacía nuestro padre).

Tal vez esto no sea tan diferente. Algo asustó muchísimo a Daphne y ella me dejó consolarla.

Es lo que hago, aparentemente.

Elijo, al menos por esta noche, no cuestionarlo.

PASHA

Quitarme a Daphne de encima me costó más fuerza de voluntad de la que esperaba.

Mi polla quiere que vaya mucho más allá de abrazarla tranquilamente mientras sueña. Pero eso es bastante fácil de domar. Fue mucho más difícil, sorprendentemente, lo bien que se sentía el *resto* de mi cuerpo.

Ella encaja tan perfectamente. Naturalmente.

Como si estuviera donde pertenece.

Me trago lo que sean estos sentimientos y me concentro en arreglar la situación en cuestión. Una vez que estoy seguro de que está profundamente dormida, salgo de puntillas del dormitorio y me dirijo a la sala de estar principal.

—¿Qué podrías necesitar? —Mak bosteza en su teléfono—. No estás haciendo reconocimiento, ¿verdad?

—Tengo un problema —me dejo caer en el sofá de gamuza con un profundo suspiro.

—Entonces tómate una pastilla. O uno de esos jarabes para la tos nocturnos. No me importa, siempre y cuando pueda dormir.

Ignoro sus quejas y voy al grano. —Ella me tiene miedo, *brat*. ¿Cómo demonios se supone que funciona esto?

Mak suspira. —Déjame adivinar: entraste sin siquiera enviar un mensaje de texto.

—Es mi ático.

No puede verme hacerlo, pero estoy mirando fijamente el teléfono mientras se ríe a carcajadas. Pasa un minuto entero antes de que se calme lo suficiente para que pueda decir algo.

—Por favor, dime que te dio un buen golpe. Apuesto a que te golpeó *tan* jodidamente fuerte —se ríe entre dientes.

Mi hombro todavía me duele de cuando me golpeó con la lámpara, pero no estoy dispuesto a admitir nada. —Eres un inútil.

—Y tú un despistado.

—Cuidado.

—No, no, no puedes hacer esta mierda de jefe de mafia a las tres de la mañana. No cuando estamos fuera de servicio. Me llamaste como mi hermano, así que recibes mis respuestas como tu hermano. Eres un idiota.

Chasqueo la lengua contra mis dientes. —¿Necesito llamar a Sofi en su lugar?

—Ella te asesinará si la despiertas. Soy tu mejor y única opción. Y te digo ahora mismo que le estás pidiendo la luna a esta mujer y te preguntas por qué tu nave espacial sigue estrellándose.

—¿De qué coño estás hablando?

Mak suspira, gruñe y suena como si se sienta erguido en su cama. —Hombre, no sé nada sobre mujeres embarazadas. Pero veo muchos programas de naturaleza, así que, o sea… toma lo que quieras. Cada vez que algo sabe que está a punto de tener bebés, comienza a anidar, ¿no? Construir un hogar, preparar todo, crear un espacio seguro.

—Vale.

—Claro. Un espacio agradable, cálido y seguro para el bebé —respira hondo—. ¿Qué has estado haciendo últimamente, eh?

Frunzo el ceño. —Le di un espacio seguro. El mío. Es seguro, conmigo, y tiene mucho espacio.

—Ajá. ¿Y cuántas veces la manipulaste para que se mudara para poder darle este pequeño nido de amor tuyo?

—No es un nido de amor.

—¿Tiene su propia habitación?

Miro hacia la única otra puerta del dormitorio al final del pasillo. —…No.

—¿Convertiste el segundo dormitorio en una habitación infantil completamente amueblada para tu bebé, con la esperanza de que vea lo minucioso que eres?

—¿Has estado revisando mis cuentas de nuevo?

Puedo escuchar la sonrisa de Mak a través del teléfono. —Déjame adivinar: si ella entrara en esa cocina ahora mismo, la encontraría completamente equipada con los mejores alimentos prenatales que has encontrado en tu búsqueda de Google. Todos orgánicos, además.

—Es importante estar preparado —realmente me está empezando a molestar.

—Literalmente creaste un nido de amor. “Mírame, soy la mejor pareja, ¡te hice un nido con comida y piedras brillantes!”. Los pingüinos se aparean con más sutileza que tú.

—Ve al grano, hombre.

—Hiciste tu mejor y más grande nido de amor para mostrarle a tu futura pareja lo ideal que eres en todos los términos lógicos. Pero nunca consideraste que ella ha estado haciendo su *propio* nido, en sus *propios* términos, para el bebé que *ella* está cargando. En lugar de tomar el sentimentalismo en cuenta, destrozaste todo su nido y le gritaste en la cara hasta que no tuvo más

opción que acurrucarse en el tuyo. Así que sí, felicitaciones, la tienes justo donde la quieres. Pero no la tienes donde *ella* quiere estar.

Desprecio que pueda tener razón.

—Vale —sé cuándo aceptar la derrota, por temporal que sea—. Pero, ¿qué diablos hago con esto ahora?

—Tú no haces nada; el tiempo lo hace. Pero, mientras esperas a que el reloj marque a tu favor, ¿quizás deberías hacer lo posible para que se sienta más a gusto? Y eso puede significar tragarte tu orgullo y dejar que ella ponga algo de esa mierda rosa floreada que les gusta a las chicas. Esconde tus armas. Haz que la vida de la Bratva se sienta más como una vida normal.

Me siento erguido. —¿Esconder las armas? ¿Estás…?

—Anidando, hermano. Estás anidando. Por favor, explícame cómo dejar las armas a la vista crea un espacio seguro para un bebé. ¿Quieres que tu heredero use una escopeta de mordillo?

Una vez más, me molesta que tenga razón… y que yo haya pasado por alto cosas que deberían ser obvias para mí. Llámalo nervios, llámalo estar distraído por la sirena que está durmiendo en mi cama… sea lo que sea, me está afectando de maneras que no me gustan para nada.

Dejo escapar una bocanada de aire y miro al techo. —Te mantendré informado.

Podría volver allí dentro. Acurrucarme a su lado, abrazarla fuerte. Hacerle sentir lo segura que está conmigo.

Pero Mak podría tener razón. Como mínimo, no estaría mal darle algo de espacio y ahorrarme la molestia de más moretones gracias a la decoración esgrimida como arma.

Así que busco algunas almohadas, una manta, me estiro en el sofá y pongo una alarma para la mañana.



ME ENCUENTRO con Daphne en el dormitorio en el momento en que la oigo empezar a moverse. Puede que lo interprete como algo autoritario, pero me lo agradecerá cuando salga con algo menos… revelador.

No es que me importe. Especialmente cuando se estira con un bostezo y sus pezones se tensan contra la tela de su camiseta sin mangas.

—*Dobroye utro* —la saludo desde la silla junto a la ventana.

—¡Mierda! —grita Daphne. Luego, se lleva una mano a los ojos y se los frota—. ¿Dormiste ahí toda la noche?

—No —no malinterpretaré su pregunta como preocupación—. ¿Dormiste bien?

—Sí, de hecho.

El hecho de que suene confundida al respecto me preocupa. ¿No está durmiendo bien? La

privación no es buena para ella ni para nuestra hija. Guardo esas preocupaciones para el médico y me vuelvo a concentrar. —¿Tienes hambre? Nos preparé el desayuno.

Me mira con los ojos entrecerrados, completamente confundida. —Em, sí. Eso suena increíble.

Me río entre dientes—. Ni siquiera sabes lo que hice. O si cocino bien.

—Podrías darme un burrito de pepinillos y mantequilla de maní y me lo devoraría —Daphne patea las sábanas y se pone de pie—. Estúpidas hormonas del embarazo.

La forma en que se arrastra por la cama medio despierta me hace cosas en el pecho. Y luego empiezo a preguntarme cómo se verá caminando con una barriga de bebé considerable… la que *yo* le di… y tengo que cambiar de tema antes de perderme en una fantasía. —También te compré algo. Algo para ponerte.

Daphne me pone los ojos en blanco. —¿Es lencería con tanga? ¿Una camisa de fuerza? ¿Un disfraz de mucama francesa?

Todavía no, pero esa es una idea. —Ninguna de las anteriores. Solo algo cómodo para estar en casa.

Me acerco al sillón mullido y hurgo en la pila de ropa nueva hasta encontrar lo que estoy buscando: un conjunto de estar en casa suave como la seda, completo con pantalones deportivos con cordón, una camiseta sin mangas y una bata abierta sin botones. Se lo tiendo en la percha. —Es de maternidad, así que puedes ajustarlo a medida que crezcas.

—Ah. Yo, eh… gracias —murmura tímidamente. Toma la percha de mi mano y se mete al baño.

Cuando vuelve a aparecer, me pongo rígido al verla. Daphne lleva ropa que elegí para ella, envuelta en telas que imaginé que llevaría puesta, su vientre hinchado es el recordatorio constante de cómo reclamé su cuerpo hace solo unos pocos meses.

Meses que parecieron eones en los que no pensé que la volvería a ver.

Meses que ahora parecen meros parpadeos, ahora que ella está aquí.

En mi casa.

Envuelta en mí.

Por dentro *y* por fuera.

—Vamos —empujo la puerta para abrirla y la invito a pasar.

Daphne empieza a decir algo sobre lo delicioso que huele la cocina cuando se detiene en seco.

—Quería presentarte a mi equipo —explico—. Bueno, a tu equipo. Mayormente.

—¿"*Mi* equipo"? —Daphne grazna mientras mira con total confusión a los cuatro hombres que están bien cómodos en el comedor.

—Seguridad. Bratva específicamente, para que sepas —la acomodo en un asiento en la isla de la cocina—. Pensé que sería mejor hacer las presentaciones para que sepas quiénes son en lugar de preguntarte quién te está siguiendo por todos lados.

Daphne se da vuelta en el taburete para fijarme una mirada dura y desconcertada. —¿Estás haciendo que me *sigan*?

Me concentro en servirle un plato de huevos revueltos, tocino crocante y fresas frescas, que coloco frente a ella en la isla. Ella aún intenta exigirme respuestas, pero el batido que saco de la nevera la calla antes de que pueda lanzarse a una inquisición en toda regla.

Preparo mi propio plato y me siento a su lado.

Daphne parece relajarse en el momento en que me siento a su lado. No sé si tiene más que ver con su proximidad, o el mero hecho de que estoy ocultando su vista de los guardias y las armas atadas a sus costados.

—Lo siento mucho —dice de repente. Estoy listo para preguntarle por qué, qué puedo arreglar, cuando se inclina a mi alrededor y les sonríe—. No quise ser grosera. Soy Daphne.

—Lo sabemos —retumba el hombre más cercano.

Se desinfla un poco y regresa a su plato. *Chertovy idioty*… Me giro en mi taburete para lanzarles una mirada fulminante, lo que hace que se enderecen e intenten algo parecido a un saludo amistoso.

—Soy Boris —ofrece el que está sentado más cerca de nosotros—. Mis disculpas, señorita. Es solo que se supone que debemos saber quién es usted de antemano. Fuerza de costumbre, y todo eso.

Daphne le sonríe y asiente con la cabeza en agradecimiento. Su boca está demasiado llena de huevos revueltos para responder con palabras. El resto de la mesa dice sus nombres… Anton, Ilya, Dem.

Por su parte, Daphne sigue mirando las armas atadas a sus caderas, pero no dice nada. Todavía no tengo idea de qué diablos pasó anoche, pero algo en el aire se siente como si esto fuera un cambio significativo para ella.

Desayunamos en silencio. La observo de cerca para asegurarme de que devore cada bocado. La forma en que Daphne envuelve sus labios alrededor de la pajita para beber su batido hace que mi mente divague en otro lugar, hasta el punto en que casi me arrepiento de tener a los guardias allí mismo como público.

Se levanta de un salto para llevar nuestros platos vacíos al fregadero, pero, cuando voy a quitárselos… “Ven, déjamelo a mí”… se resiste y se retuerce y de alguna manera termino con mi palma aplastada contra su vientre en lugar de agarrar los platos.

Ambos nos congelamos.

Idiota. Demasiado lejos. Demasiado lejos, maldita sea.

Pero, justo cuando estoy a punto de retirar mi mano, siento algo. Un aleteo. Un tic. *Vida*.

Y entonces, dejo mi mano justo donde está.

No puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi rostro. Sé que parezco un maldito idiota, pero no hay ninguna posibilidad de que pueda enterrar estos sentimientos en el mismo lugar oscuro

donde van el resto de mis emociones. Esta mierda es demasiado fuerte, demasiado *grande*, demasiado informe y transformadora como para estar sellada en esa cueva en mi pecho.

Tengo una hija. Justo ahí, a centímetros de mi toque, está mi *hija*.

Mis ojos flotan hacia arriba para encontrarse con los de Daphne. No ha respirado mucho más que yo desde que terminamos pegados juntos de esta manera. Y, al igual que yo, no parece querer que el momento termine.

No sé qué estoy haciendo aquí, pero es más que obvio que ella tampoco.

Mis dedos lentamente suben el dobladillo de su camisa hasta que siento su piel cálida y desnuda ahora presionada contra mi palma. Se necesita una gran cantidad de control para no gruñir mi aprobación. Pero, *maldita sea*, algo así como calor se extiende por el simple contacto. Quiero mucho más.

Otro aleteo atrae mi atención hacia donde debería estar. Como si nuestra hija me estuviera regañando por desviarme.

Levanto la vista para comprobar la hora… y ahí es que veo a los guardias viéndonos demasiado de cerca. No hay nada de malo en estar atentos a la situación, pero estamos en mi propia maldita cocina, por el amor de Dios… obviamente, este es un lugar seguro y no hay razón para que ocho ojos estén tan completamente fijados en mi mujer.

Mi agarre en su pancita se hace más fuerte. No lo suficiente como para hacerles daño a ninguna de las dos, pero lo suficiente para mostrarles a estos *idioty* dónde está trazada la línea territorial.

Mi mujer. *Mi* hija.

—*Derzhi svoi chertovy glaza pri sebe* —mantengo mi voz tranquila por el bien de Daphne, pero el mensaje es claro para cada uno de los guardias que miran hacia otro lado.

Mantengan sus malditos ojos para ustedes mismos.

—¿Hm? —me pregunta Daphne.

—Deberías prepararte para ir a trabajar —miento—. No querrás llegar tarde.

Puede que sea mi imaginación, pero parece casi reacia a escabullirse. No me quejaría ni un poco si decidiera llamar al trabajo y quedarse aquí, pegada a mí, durante el resto del día. Joder, *debería* hacerlo. Me sentiría mucho mejor sabiendo exactamente dónde está y qué está haciendo de primera mano.

Desafortunadamente, los dos tenemos cosas que hacer.

Y mis obligaciones empiezan en cuanto ella está fuera del alcance auditivo.

Cuando se va, gruño—: Mantengan sus armas cubiertas en todo momento, especialmente cerca de ella.

Boris es el primero en resistirse. —¿En *todo* momento? Esta es una Bratva, señor. Vamos a llevar armas. Todo el mundo lo sabe.

—Por si tus ojos errantes no se han dado cuenta, ese es mi bebé creciendo dentro de mi mujer —

mi voz se vuelve más baja y se convierte en un gruñido peligroso. No me gusta que me desafíen, y sí que no voy a soportar esas tonterías de subordinados como estos—. Las armas la estresan. El estrés las daña a ambas. Esto no debería ser tan jodidamente difícil de entender para ti.

—Lo entendemos —interviene Dem. Se abrocha el abrigo alrededor de la cintura y su arma desaparece de la vista—. No hay problema, *pakhan*.

Eso lo resuelve. Pero hay algo que me molesta en el fondo de la mente. Boris tiene razón en algo: esto es una Bratva. Nuestro negocio son las armas, la munición, las herramientas de la muerte. Estamos orgullosos de esto. Prosperamos con esto.

Y, sin embargo, aquí estoy, poniendo las necesidades de una mujer al frente de todo, incluida la forma en que operamos.

¿Qué diablos me está pasando?

DAPHNE

Las cosas han ido muy bien.

Debí haber sabido que no duraría.

Giro la llave en el encendido una vez más. Y, una vez más, el auto gime y se estremece, pero se niega a arrancar.

Las cosas realmente han ido muy bien hasta este momento. En realidad, me encanta mi nuevo lugar, a pesar de la situación inesperada de compañero de cuarto. Es enorme, cómodo y he podido agregar todos los toques de decoración y familiaridad que quería en mi antiguo lugar.

Mi compañero de cuarto también es bastante genial. En su mayor parte. Quiero decir, tendría que estar loca para no apreciar el placer visual cada mañana en el desayuno. Y él ha sido respetuoso, durmiendo en el sofá para que yo pueda tener la cama.

No sé por qué, para ser honesta. El ático es bastante grande, y estoy bastante segura de que podría haberme puesto en otra habitación. Pero la única vez que intenté preguntarle al respecto, Pasha solo dijo que tenía más sentido darme la habitación más grande con un baño contiguo para poder llegar a lo que necesito más rápido.

Ha sido tan amable que parece exagerado cargarlo con mis repentinos problemas con el auto. No es que me haya hecho sentir demasiado necesitada o pegajosa o una molestia, pero ya ha hecho tanto para asegurarse de que lo tenga todo.

Y quiero decir, *todo*.

Incluso escondió sus armas. Lo cual… y no sé mucho sobre su mundo… parece importante.

Pruebo el encendido una vez más. *Solo una vez más, por favor. Que esto funcione.*

Maldita sea. Se me acabó la buena suerte.

Suponiendo que alguna vez la tuve, para empezar.

Suspiro y saco las llaves del encendido, luego me dejo caer en el asiento. Quería irme temprano para poder comprar una caja de donas para que Hazel y yo las disfrutemos más tarde, así que no es que esté en una situación de escasez de tiempo. Simplemente me he quedado sin energía para lidiar con esta mierda.

El embarazo agota mi batería antes de que pueda usarla.

Gimo y me levanto del auto. ¿Cuánto más difícil será cuando sea cincuenta veces más grande? Ya estoy notando que mi estómago toca mis muslos superiores a veces, y no puedo inclinarme hacia adelante tan profundamente como de costumbre.

Suspirando, salgo y tomo el ascensor de regreso al ático. Vuelvo adentro, planeando poner los pies en alto mientras espero un transporte. Hace demasiado frío afuera para esperar junto al auto.

Hurgo en el bolsillo de mi suéter en busca de una liga para el cabello, pero no puedo encontrar ninguna. Tampoco hay ninguna en mi bolso. Sé que tengo algo en el baño, así que miro la hora y decido que tengo suficiente para ir a buscar una liga decente.

A mitad de camino, me detengo. *¿Pasha sigue aquí?* La ducha del baño principal está abierta.

Seré rápida. Ni siquiera notará que entré.

La puerta no hace ningún ruido cuando la abro un poco. El vapor me baña en calor y me toma un segundo parpadear a través de la neblina. Veo mi pequeño paquete de ligas para el cabello en la encimera junto a mi cepillo y me deslizo por la puerta solo para alcanzarlo.

Pasha gime.

¿Qué…?

No debería mirar. No debería mirar hacia la puerta de vidrio de la ducha, que no oculta precisamente la visión de quien esté adentro. El vidrio se ondula lo suficiente para deformar la imagen, pero es fácil ver a Pasha de pie bajo el fuerte chorro de agua, con una mano apoyada contra la pared.

La otra mano está…

Ah.

Ay… Dios.

En realidad no veo nada con claridad, pero no hace falta para saber exactamente qué hace su otra mano entre sus piernas. A juzgar por la forma en que mueve su brazo, está gestionando una situación desastrosa en el piso de abajo.

Debería irme. Debería retirarme.

Simplemente… no puedo apartar la mirada.

Quiero decir, Dios mío. Tan solo su espalda es… ¿cómo lo diría él? "*Una obra de arte*". Todo músculo ondulante y piel brillante y…

—Daphne.

Mierda. Él sabe. Me vio y sabe que estoy aquí y observando como la pervertida más grande del mundo y estoy a punto de graznar una respuesta… cuando lo veo inclinar la cabeza hacia atrás y jadear.

—Joder, *Daphne*…

Ay.

Dios.

Mío.

Está fantaseando.

Sobre *mí.*

El calor florece instantáneamente en lo más profundo de mi núcleo. Es todo lo que puedo hacer para no jadear audiblemente.

La cabeza de Pasha se inclina hacia adelante una vez más, y el ritmo de su mano alrededor de su polla se acelera. No tengo idea de lo que imagina que estamos haciendo. Pero me siento bastante excluida.

—Joder, bebé… Eso es…

No sé qué le está haciendo la Yo de Fantasía, pero la estoy animando. Sea lo que sea, está disfrutando cada segundo y me gustaría poder tomar notas.

Ya sabes. Por si acaso.

La espalda de Pasha se tensa. Su respiración sale en jadeos cortos y pesados, seguidos de una serie de gruñidos que resuenan en su pecho.

Joder. Quiero sentirlo retumbar contra mis labios. Quiero saborearlo cuando se deshaga así.

Yo…

No debería pensar en él de esa manera.

O estar parada en la puerta, mirándolo como el Mirón Embarazado.

Cierro la puerta tan silenciosamente como puedo y regreso al dormitorio… y justo a tiempo, porque Pasha cierra el agua un milisegundo después.

Y entonces, suena la alarma de notificación en mi teléfono.

¡Mierda! ¡Mierda, mierda, mierda, mierda!

No puedo lanzarme por el pasillo. No hay tiempo suficiente y sería demasiado obvio que estoy nerviosa.

Miro alrededor del dormitorio y decido cubrir mis huellas hurgando en los cajones de mi tocador. Reordeno mi maquillaje en el tocador. *Algo*.

Ah, espera. Debería revisar mi teléfono.

El servicio de transporte está aquí. Perfecto. Solo…

—Daphne.

El sonido de sorpresa que sale de mí es probablemente la peor señal. Me aclaro la garganta, me

aliso el cabello y me doy vuelta para sonreírle. —Holaaa…

Pasha me mira desde la puerta del baño, con el ceño fruncido. —Pensé que te habías ido.

Probablemente no lo dice con la intención de acusarme, como parece. A menos que…

Doble mierda. ¿Él sabe? ¿Que yo sé? ¿Que yo… vi?

—El auto se averió —intento explicar con una risa relajada y tranquila—. O sea, no arranca, así que al menos sigue en el garaje. Mi transporte está aquí, así que debería…

—Espera.

—Pero…

De repente me quedo sin palabras. La vista de sus músculos… y *Dios* como tiene músculos… ondulando mientras aún brillan por la ducha me hace literalmente agua la boca. Y cuando se acerca a su tocador, de espaldas a mí, la toalla que rodea su cintura cae al suelo.

Aparto la mirada.

Al menos, lo intento.

Tal vez me lleve unos segundos darme cuenta de que estoy mirando.

Tal vez me lleve unos segundos preguntarme por qué demonios no estamos ahora en posición horizontal y jadeando.

Porque fue una relación de una sola vez, borracha y estúpida. Una aventura de una sola noche, con énfasis en "una". Si te deseara tanto, ya te lo habría hecho saber.

—Ven.

Me saca de mis pensamientos la voz profunda de Pasha justo frente a mí. Está completamente vestido, rociado con colonia y me mira expectante.

¿Qué estábamos haciendo? Ah, cierto. Quiere acompañarme hasta mi auto. Probablemente quiere asegurarse de que no sea un asesino en serie y todo eso.

Cuando las puertas del ascensor se abren en la planta baja, Pasha me sigue hasta el vestíbulo. Me imagino que aquí es donde echará un vistazo a mi auto, se asegurará de que uno de sus compinches me siga y se irá tranquilamente a donde sea que vaya hoy.

Pero me sigue a través de la puerta principal.

Y hacia lo que aparentemente es mi transporte, estacionado junto a la acera.

—Buenos días —saluda casualmente al conductor en la ventanilla bajada del pasajero—. Disculpe la confusión. Estamos bien.

El conductor comienza a preguntarme qué está pasando cuando Pasha saca algunos billetes de su bolsillo y se los entrega.

—Por la molestia.

Y así es como me quedo estupefacta mientras mi transporte se aleja.

Pasha se da vuelta con calma, me rodea con su brazo y me dirige hacia el camino del garaje. No levanta la vista de su teléfono hasta que el Charger se detiene junto a nosotros y uno de sus guardias, Boris, creo, se desliza fuera del asiento del conductor.

—Todo suyo, jefe.

Intercambian llaves, Pasha abre el lado del pasajero y me depositan en el asiento como una niña descarriada.

—Lo siento —digo sin rodeos una vez que él también entra—, pero ¿qué diablos acaba de pasar?

—Te llevo al trabajo —ajusta el asiento y algunos espejos, sin mirarme ni una vez—. Abróchate el cinturón.

Frunzo el ceño. —Pero tenía un transporte.

—Todavía lo tienes. Ahora, abróchate el cinturón.

Resoplo y ajusto el cinturón de seguridad mientras él sale a la calle, todavía sintiendo que me está tratando como a una niña. —Soy perfectamente capaz de encontrar mi propio camino al trabajo —le recuerdo.

—¿Con un completo extraño? —resopla—. No lo creo, joder.

—No te pregunté qué piensas.

Aprieta la mandíbula un segundo. —Deberías. Nos ahorraríamos mucho tiempo.

El verdadero descaro de este hombre... —Tengo mi propio auto.

—¿Te refieres a esa trampa mortal? —resopla—. Es hora de un auto nuevo.

—¡Oye! Esa es *mi* trampa mortal. Y resulta que me gusta.

—Sí, bueno, ese es *mi* bebé dentro de ti.

La mirada de Pasha está clavada en la carretera. La mía, sin embargo, estudia su rostro para ver si lo dice en serio. Sé que nuestro bebé es importante para él y todo eso, pero esto me parece demasiado.

—No puedo costearme un auto nuevo —admito al fin, hundiéndome en mi asiento.

Se queda callado. Supongo que ahí termina todo, cuando rompe su silencio con un—: Boris te llevará al trabajo hasta que te consigamos uno nuevo.

No sé qué decir. No debería mirarle los dientes a un caballo regalado, pero tampoco debería dejar que este hombre me colme de tantos regalos. Él paga mi comida, sospecho que ha pagado toda mi ropa nueva y me ha alojado en su ático… el cual estoy bastante segura de que también está pagando. Cuando lo cubre todo, ¿qué le impide que empiece a pedirme que, ya sabes… me *descubra*?

Como si te quejaras. Ese aleteo en el estómago no se produjo por arte de magia.

—Me gusta mucho mi auto tal como está.

De nuevo, la vena de su mandíbula se tensa durante un segundo o dos. Pero entonces estamos en el servicio por ventanilla de la tienda de batidos y se relaja por el bien del barista, que lo llama por su nombre y le entrega un pedido con una sonrisa radiante. *¿Ha pedido por adelantado?*

—Bien. Lo arreglaremos también —me entrega el batido—. Pero solo lo conducirás después de que lo revisen a fondo, y solo cuando haya alguien disponible para seguirte.

—¿Por qué dejar que alguien me siga? Nunca voy a ningún lado más que al trabajo y a casa.

—Porque el resto del mundo es impredecible. Y tú llevas al futuro líder de la Bratva de nuestra familia. Cualquiera de mis soldados te seguirá al maldito Tíbet si es necesario.

Bebo un sorbo del batido para ocultar mi puchero. No me gusta exactamente estar bajo tanta vigilancia constante, o ser valorada por lo que está creciendo dentro de mí. Me hace sentir como una mula.

—He oído que el Tíbet es hermoso —me quejo entre sorbos.

Definitivamente no espero la risa a mi lado.

O la palma de la mano sobre mi muslo.

Aprovecho el siguiente sorbo para tapar el jadeo acalorado que casi dejo escapar. No es que esté de humor para este hombre imposible, pero… bueno, demándame por recordar lo que vi esta mañana en el baño. Lo que escuché.

Pasha no dice nada más. Simplemente me lleva al trabajo, me acaricia el muslo con el pulgar y no da ninguna señal de conocer mi pequeño secreto.

Me lo imagino. Pero a mí me parece bien.

Es mejor para los dos que las paredes entre nosotros se queden donde están.

DAPHNE

El extraño y turbulento viaje en auto con Pasha me deja nerviosa durante la mayor parte de la mañana. Finalmente estoy redescubriendo mi capacidad de ser productiva en el trabajo cuando suena mi teléfono.

Es Papá. Qué extraño.

—Necesito que hagas algo por mí —suelta Stewart Hamish en el segundo en que respondo.

—Y un hola para ti también.

—Averigua todo lo que puedas sobre ese Pasha que estás viendo. Pasha Chekhov.

Mi estómago se revuelve, y no es mi bebé el que da las volteretas. *Madre*. Había esperado estúpidamente que se guardara algo de información para sí misma, o tal vez ni siquiera le prestara atención a la segunda mitad de mi ecuación de embarazo, pero claramente ese no es el caso. ¿Por qué *no* nos seguiría y uniría dos y dos? Es dolorosamente característico de ella hacer mi vida exponencialmente más difícil.

Pero no he hablado con ella desde nuestro desastroso almuerzo en el club, así que asumí erróneamente que no le importaba… o no se daría cuenta… que me había dejado llevar por el mismo hombre que… ¿Qué fue lo que hizo, otra vez?

—¿Daphne? ¿Me escuchaste?

Parpadeo y vuelvo a la realidad. —¿Y por qué haría eso?

—¡Porque nos arruinó! ¡Nos debe *todo*!

Me quito el teléfono de la oreja. Dios mío, este hombre necesita calmarse.

Madre había dicho sin aliento que Pasha era el hombre que delató a Melanie y arruinó a nuestra familia. En ese momento, estaba tan nerviosa que apenas registré la conexión entre Pasha, el hombre que más o menos conozco, y Pasha, el tío que nos jodió.

Bueno, sería correcto decir que los jodió a ellos y luego, ya sabes… me folló a *mí*.

Me apoyo una mano en la barriguita y suspiro en el teléfono. —No soy tu espía personal, Papá. Tengo una vida propia.

—¡Una vida que estás peligrosamente cerca de desperdiciar si insistes en viajar por el mundo con este monstruo! Nos debes esto, Daphne. Averigua todo lo que puedas para ayudar a nuestra familia.

Me alegro de que no pueda verme poner los ojos en blanco, porque probablemente me daría un buen castigo por ello. —¿Ayudar a nuestra familia a hacer *qué*? ¿Invitarlo a una fiesta de cóctel?

La voz de Papá suena un poco furiosa—. Guárdate tus juegos petulantes para tu novio.

—Él no es mi nov…

—¡Ah! ¡Genial! —escupe sarcásticamente—. Eso lo hace mucho mejor. Una hija se abre las piernas como una puta ante la cámara y la otra se abre las piernas para el enemigo. ¿No tienes vergüenza? ¡Tu madre y yo te criamos mucho mejor que esto!

No sé si las lágrimas que brotan de mis ojos son de dolor o de ira. Tal vez un poco de ambas. Estoy acostumbrada a que mis padres sean autoritarios e irrazonables, pero esto es un sabor particular de crueldad.

—Me trata bien —odio tanto lo tímida que sueno—. Es un buen hombre —no es mentira. Un buen hombre cuida de su familia. Un buen hombre se asegura de que sus seres queridos estén seguros y felices. Todo lo que Pasha ha hecho hasta ahora realmente demuestra que es un buen hombre.

Creo.

¿Mi padre, sin embargo? Estoy haciendo mi mejor esfuerzo para ignorar la respuesta que susurra en el fondo de mi mente.

—Por supuesto que te trata bien —papá suspira como si fuera una niña estúpida que no sabe nada mejor—. Te está *usando*, cariño. Te está usando para llegar a *mí*. Y él sabe, como yo, lo fácil que es hacer que le creas. Sé que no es tu culpa no ver esto. Solo confía en tu papi… sé de lo que hablo.

Hay un billón de cosas que podría decir al respecto, y ninguna de ellas es apropiada para todo público. Pero tomo el camino correcto, que también es convenientemente la manera más rápida de salir de esta conversación.

—Está bien.

Estoy bastante segura de que cualquier señal de sumisión hará que Papá se retracte. Y, momentos después, se demuestra que tengo razón.

—Piénsalo, ¿vale, muffin? No quiero verte lastimada. Y con la forma en que ese hombre vende armas, bueno… sabemos cómo eres con esas cosas. Ten cuidado y llámame en cuanto tengas algo.

Inhalo profundamente. Simplemente *tenía* que sacar a relucir las armas. Es como el Bingo de los Manipuladores. Es predecible, por supuesto, pero desearía que no fuera tan efectivo al mismo tiempo.

—Está bien —gruño de nuevo.

En el momento en que cuelgo y guardo mi teléfono, siento una presencia pesada llenar la puerta de la oficina.

Todd está allí de pie, con las manos metidas en los bolsillos. Mira su reloj en su muñeca y suelta un profundo suspiro. —Llegas media hora tarde, ¿y ahora atiendes llamadas personales?

—Mi auto…

—Además de varios otros casos de priorizar lo que sea que creas que tiene prioridad sobre esta galería y nuestros clientes —mete su mano de nuevo en su bolsillo. Está claro que está tratando de estar tranquilo al respecto, pero está cabreado—. Me gustas, Daph. Keith y yo te queremos. Has hecho un trabajo sólido desde que llegaste aquí y nuestros clientes… bueno, la mayoría de ellos… han estado muy contentos contigo. Así que por favor entiende nuestra inmensa decepción cuando vemos que tus prioridades ya no están con la galería.

Me froto el puente de la nariz. Siento que me viene un dolor de cabeza, y ya sea por el embarazo o por todo este estrés, va a ser un dolor de cabeza terrible. —No es eso en absoluto, Todd. Solo han surgido algunas emergencias en casa de las que tengo que ocuparme. Como que mis tuberías de agua explotaron —añado. Fue cierto durante el tiempo que pensé que lo era, ¿no?

—Sea como sea, estamos retrasados y tenemos nuevos clientes que compiten por nuestra atención. Trabajarás durante la hora del almuerzo para compensar esto, ¿no?

—Eh, sí. Claro. Suena bien.

De todas formas, me olvidé de preparar mi almuerzo.

Solo pasa una hora antes de que sea, de hecho, la hora del almuerzo y todavía estoy aquí, respondiendo correos electrónicos, reequilibrando el calendario de eventos y haciendo todo lo posible para pasar desapercibida para los Bobos. Puede que Hazel piense que son tontos como piedras, pero no son tan tontos como para no encontrar una buena razón para despedirme.

Como humillar a uno de sus mejores clientes. Y quemar su cuadro. Delante de todos.

Y luego follar con el que compró el arte en un armario de almacenamiento. En el local.

Ahora que lo pienso, es un milagro que todavía tenga trabajo.

—No me arrepiento —le susurro a mi hija, que revolotea dentro de su cálido capullo dentro de mí. Mi estómago ruge, pero tengo que seguir adelante—. Tomaré un refrigerio más tarde.

Como si fuera una señal, mi teléfono vibra una vez. Miro la pantalla y veo que es un mensaje de texto de Pasha.

PASHA: ***¿Almuerzo?***

¿Me está invitando a salir? ¿O me está preguntando si tengo planes? ¿O solo busca una definición de la palabra? El hombre no es un escritor de mensajes elocuente, eso es seguro.

DAPHNE: ***No puedo. Estoy trabajando.***

Guardo mi teléfono dentro del cajón del escritorio para que no me distraiga. Pero, cuando vuelvo al calendario en mi pantalla, la alerta de texto aparece frente al navegador.

PASHA: ***Tienes que comer.***

Suspiro. Sé que está preocupado, pero no soy una niña. Puedo cuidarme sola perfectamente.

DAPHNE: ***Comeré. Solo tengo que esperar hasta más tarde. De todos modos, olvidé preparar el almuerzo.***

PASHA: ***Pediré algo para ti. ¿Qué quieres?***

DAPHNE: ***Quiero volver al trabajo. El jefe no está contento. Lo siento.***

Pasha no responde después de eso. Salgo de la ventana de mensajes en mi escritorio e intento concentrarme en el calendario, dejando de lado el hambre que me corroe.

Antes del embarazo, podía aguantar ocho horas tomando un batido o un helado y fantaseando con la cena. ¿Ahora? Mi pequeña calabacita no sabe la diferencia entre una buena comida y un buen sueldo. Quiere comida y la quiere *ahora*.

Simplemente tendrá que esperar.

Media hora después, he logrado ponerme al día con el trabajo de la mañana. Una voz en la puerta me llama la atención.

—¡Hola!

Levanto la vista de la pantalla y luego vuelvo a mirar. —¿Sofiya?

—¡Y Mak! —asoma la cabeza por la puerta y la empuja para que pase—. Estamos aquí para secuestrarte.

Sofiya pone los ojos en blanco y lo empuja a un lado. Es increíble lo mucho que los hermanos de Pasha se parecen a él. Pero cada uno también tiene su propio tipo de no-sé-qué. Con Mak, es la alegría, el aura de cachorrito, algo de lo que carece el gruñón de Pasha. Para Sofiya, hay una forma en que sus ojos brillan constantemente que desearía que Pasha permitiera aparecer en los suyos propios durante más de dos segundos a la vez.

—¿Ya has comido? —se acerca sigilosamente a mi escritorio y apoya la cadera contra él—. Estábamos pensando en sacarte un rato. Conocernos mejor.

Mi corazón se aprieta al mismo tiempo que mi estómago… y mi bebé… se voltea. —Lo siento mucho, chicos. No puedo. Tengo mucho trabajo para ponerme al día.

Sofiya frunce el ceño y mira mi computadora. —¿Estás segura? Te traeremos de vuelta enseguida.

—Lo sé. Es solo que… —suspiro y apoyo mi frente en mi mano—. Son los Bo… digo, mis jefes. Mi auto se averió esta mañana y Pasha me trajo, pero llegué tarde, y luego mi padre llamó y me vieron hablando con él, y todo esto después de "El Incidente…".

Sé que estoy compartiendo demasiado con gente que apenas conozco. Pero el estrés, el hambre, hacen que todo salga en un gruñido. —Lo siento —agrego.

Mak no parece molesto. Está enviando mensajes de texto en su teléfono, mientras que el ceño fruncido de Sofi cambia a preocupación y toca mi mano. —¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. Fantástico. Solo intento conservar mi trabajo.

—No me preocuparía por eso —Mak me lanza otra sonrisa mientras guarda el teléfono en su bolsillo—. Entonces, ¿a dónde queremos ir?

Estoy a punto de explicar, de nuevo, por qué no puedo levantarme e irme cuando me interrumpe un fuerte alboroto en el pasillo. Tanto Todd como Keith salen de la sala de conferencias y corren por el pasillo, sin siquiera molestarse en mirarme por las ventanas. Unos segundos más de fuertes pasos resonando en el vestíbulo principal, y luego las puertas principales se abren y se cierran de golpe.

Sofi arquea una ceja e intenta ocultar una sonrisa burlona. Mak solo me sonríe.

—¿De qué tienes hambre? ¡Nosotros invitamos!

DAPHNE

Estoy demasiado nerviosa por dejar la galería sin el permiso expreso de mis jefes para ir a un restaurante, así que decidimos ir a una hamburguesería gourmet cercana que Mak jura que tiene "las mejores hamburguesas dobles con queso de toda la ciudad".

—Estás bien —me asegura cuando me pillan mirando mi teléfono por centésima vez. Se mete una papa frita en la boca y me lanza una sonrisa maliciosa—. Tienes tiempo.

—Simplemente no quiero que regresen y me encuentren desaparecida y enloquezcan y… —suspiro—. Me despidan.

—No lo harán. Van a estar unas horas en el veterinario.

Tanto Sofiya como yo lo miramos con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? ¡Ah! ¡No! —Mak levanta las manos para calmarnos—. ¡Lo juro, nada *así*! Solo están esperando a que se complete la cirugía de emergencia de un perro que puede o no ser suyo. Giro de la trama: no es de ellos, y un pobre atropellado que encontraron en la calle está a punto de ir a un nuevo y lindo hogar para siempre.

Sofi resopla. Yo estoy… confundida. —Pero ¿qué pasa con su perro?

—Sano y salvo. Probablemente esté comprando una de esas tazas para cachorros en el café ahora mismo. Realmente necesitan pagarle más a su paseador de perros. Hace que sea menos fácil ser sobornado, ¿sabes?

La audacia.

El genio malvado de todo esto.

El mero hecho de que tal manipulación ni siquiera perturbe a este hombre, o a esta familia, un poco.

No estoy segura de si estoy ofendida, preocupada o *impresionada*.

—Entonces, Daph, ¡cuéntanos más sobre tu familia! —Sofi me da un codazo juguetón en el brazo—. ¿Dijiste que tu papá llamó antes?

—Sí, el drama familiar habitual —intento reírme, por poco convincente que parezca—. Pero él está bien. Todos están bien.

—¿Están emocionados por el bebé?

No se me ocurre esa respuesta tan rápido. Estoy bastante segura de que estoy haciendo una mueca extraña cuando digo—: Sí, ¿un poco? Más bien mi hermana. Está súper emocionada por ser tía.

—¡Yo también! —chilla Sofi y aplaude con las yemas de los dedos—. ¡Dios mío, *tenemos* que ir de compras!

—Estoy segura de que le encantaría eso. —Y justo así, me aterroriza un poco lo que podría pasar con Sofi y Mel corriendo por un centro comercial con tarjetas de crédito ilimitadas. Es hora de redirigirme—. ¿Y qué hay de ustedes? ¿Son solo ustedes tres? ¿No hay hermanas?

—Una es suficiente —dice Mak con voz arrastrada—. Pero sí, en lo que respecta a los hermanos, Pash es el mayor y hemos estado caminando detrás de él desde que nació.

—Felizmente, debo añadir —Sofi sonríe—. No hay nada que nuestro hermano mayor no haga por nosotros. Y no hay nada que no hagamos por él.

—Entonces, ¿eso significa que todos ustedes…? —hago círculos en el aire con una papa frita mientras trato de pensar en cómo preguntar—. ¿Trabajan juntos?

Se miran. —¿Cuánto te ha contado nuestro hermano? ¿Sobre su trabajo?

Me ocupo de mi bebida. —Solo que él es el jefe. Con J mayúscula, si sabes a qué me refiero. Pero nada de trajes ni sombreros de fieltro, por lo que tengo entendido.

Mak resopla. —Pensé que ya habría mencionado algo. Con ustedes dos viviendo juntos…

—No es tan literal como parece —intervengo. No sé por qué importa, considerando que literalmente estoy embarazada de su hija, pero… no lo sé. Supongo que no quiero que su familia piense que soy solo una zorra suelta que calienta su cama y se aprovecha de su generosidad. —Lo siento. Quiero decir, somos más bien algo así como compañeros de cuarto.

—Claro —Sofi echa un vistazo a mi vientre hinchado, pero su sonrisa nunca flaquea—. ¿*Él* sabe eso?

Tartamudeo buscando una buena respuesta. ¿Cómo puedo responder en su nombre? ¿Especialmente después de la ducha?

—De todos modos, soy su segunda al mando. Mak hace mucho del mismo trabajo que yo, pero… —le guiña el ojo—. Él es más prescindible.

Él pone los ojos en blanco. —Quiere decir que soy material para el matrimonio. Puedo dar un paso al costado para concentrarme en tener mi propia familia si es necesario.

—¿Quieres hacer eso?

Los hermanos intercambian miradas una vez más, y siento que hay más en esto de lo que están compartiendo. Pero Mak se encoge de hombros y se come unas cuantas papas fritas más, bañadas en salsa. —Buena pregunta. Ahora que tengo la opción, tal vez quiera hacerlo. Ya veremos.

—Las cosas cambiaron cuando llegaste —Sofi intenta ofrecer como explicación—. Algunas cosas que Pash intentó pasarnos a nosotros, y más que todo a Mak, ahora son su responsabilidad.

—Ah —miro mi hamburguesa con queso a medio comer—. Lo siento.

—¡Es algo bueno! De verdad. Y estamos muy felices de tenerte en nuestra familia ahora —su mirada se detiene con nostalgia en mi barriguita—. Tú y esta preciosa pequeña. Pero te advierto: va a estar muy sobreprotegida.

Eso me hace reír. —No me digas. No sé cómo voy a explicarle a la guardería lo de sus guardias.

—Ah. Así que eres consciente de que te están siguiendo.

Me hundo. —Boris y Dem están en la ventana. Cambiarán de turno con Anton e Ilya en unas horas, y luego volverán para el turno de medianoche afuera del ático. Aunque estoy bastante segura de que los cuatro tienen acceso a un apartamento en algún lugar dentro de mi edificio. Puedo decir con seguridad que estoy muy consciente.

Mak le devuelve el guiño a su hermana con uno propio. —Me gusta. ¿Qué opinas?

Sofi sonríe. —A mí también me gusta.

—¿Crees que le gustará a Mamá?

Se me cae la mandíbula. *Madre Chekhov*. No había pensado tan a largo plazo. —¿Tu mamá? —pregunto con un horror que va cobrando forma—. ¿Es… dura?

Cuando vuelvo a mirarlos, los dos se están riendo. —Ay, solo espera. La conocerás muy pronto.

PASHA

—¿La reunión fue bien?

—La reunión fue perfecta. Aprobamos.

Entrecierro los ojos mientras las poleas del campo de tiro acercan los papeles de los objetivos, cada uno salpicado de marcas de bala. Necesito saber quién es el mejor tirador y quién necesita más entrenamiento antes de ponerlos cerca de mi familia.

—Apruebo de todo corazón, de verdad. Definitivamente veo el atractivo —me da un codazo mientras caminamos hacia uno de nuestros mejores *vors* que eligió el día de hoy para su prueba de armas de fuego—. Y puedo entender totalmente por qué te has vuelto tan oso desde que empezó a vivir contigo. ¿Mak dijo que *todavía* estás en el sofá? Deberías estar…

—¡Valerii, hombre! —interrumpo a mi entrometida hermana con un saludo poco formal a uno de mis *vors* heredados. Sirvió a mi padre, pero no derramó lágrimas cuando el hombre murió. Ahora, es alguien en quien confío mi vida, lo cual es bastante raro para mí. —¿Cómo te trata el nuevo modelo?

Valerii sopesa la automática en sus manos. —Llámame anticuado, pero me gusta un poco más de peso que esto. Demasiado ligero, demasiado fácil de sacar en el peor momento. Pero, en la práctica, no está tan mal.

—Esta es una de las versiones impresas en 3D que hemos estado probando —tomo el arma de sus manos extendidas y hago algunas comprobaciones por mi cuenta—. ¿Qué tal el retroceso?

—Inexistente —Valerii señala la mira—. La mira es buena, pero me pregunto si es *demasiado* buena. Si está hecha con esa mierda de plástico de impresoras, esa pieza se romperá fácilmente. ¿Has visto la puntería de estos *novichki*? —sacude la cabeza—. Es una lástima.

—Es bueno saberlo. ¡Mak! Asegúrate de que revisemos nuestros primeros envíos de estos una vez que sean entregados —le digo a mi hermano por encima del hombro—. No queremos que los clientes descontentos vengan a nosotros por mierda plástica.

—Entendido —saluda Mak desde donde está arreglando algunos cables en la cabina de control. No sé qué encontró desordenado, pero es suficiente para que maldiga en voz baja.

Pulya, este campo de tiro es uno de los negocios personales de Makari. Él quería algo más original que un club nocturno o un restaurante.

Y tengo que admitir que estaba en lo cierto. No solo es un campo de tiro que construyó desde cero… legalmente, nada menos… sino que ha servido a nuestra familia como el mejor lugar para que se realicen realmente transacciones de armas.

Guardamos los artículos buenos en vitrinas relucientes en la parte delantera para que el público los examine.

Guardamos la mierda aterradora en la parte de atrás para los clientes que estoy tratando de conseguir a través del senador Brennan.

—Hablando de reuniones… —Sofi abre el calendario en su teléfono—. ¿Programamos otra con el senador?

—Consígueme una con su esposa y mi respuesta será sí.

Arquea una ceja. —¿Estás seguro? Ya sabes cómo es ella con… —me mira de reojo—. Bueno, ya sabes.

Sí. Soy consciente. No necesito que me lo recuerden.

—¿Senador? —Valerii se ríe entre dientes, atrayendo la atención de los otros *vors* que están a mi alcance—. ¿Algo que debamos saber?

Miro de reojo a mi hermana, que de repente encuentra algo mejor que hacer en su teléfono. *Ay, a la mierda*. Mejor podría avisarles ahora, en caso de que las cosas salgan mal y nos hagan una redada. O algo peor.

—He estado en conversaciones con el senador Brennan sobre un contrato lucrativo con el ejército —explico—. Estamos ultimando los detalles, pero el objetivo es convertir a Industrias Chekhov en un proveedor principal de armas y municiones para las fuerzas armadas.

Casi todo el mundo parece entusiasmado con esta noticia. Solo un tío, que no tiene un rango lo suficientemente alto como para estar en esta conversación, se pronuncia en desacuerdo. —¿Qué? ¿Ahora nos volvemos patrióticos?

—¿Y tú eres…? —le espeto.

Todas las miradas se vuelven hacia el chico. No puede tener más de veinte años.

Es todo bravuconería mezclada con la timidez que conlleva darse cuenta de que debería haber permanecido callado… pero es demasiado tarde para dar marcha atrás.

Camino hacia él, tranquilo y sereno, pero los otros hombres saben que no es así. Se apartan para dejarme pasar sin hacer preguntas.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Tyler, señor.

Uno de mis otros *vors* interviene en su nombre. —Mi sobrino. Es nuevo.

—Claramente.

Tyler me hace una mueca, como si esperara que lo enfrente. Obtendrá lo que quiere… pero no de

la forma que espera.

—Como eres nuevo aquí, Tyler, te doy un curso intensivo sobre cómo funciona este negocio —le paso un brazo por los hombros y lo guío para que mire el campo de tiro verde conmigo—. ¿Qué ves ahí fuera?

Se encoge de hombros. —Objetivos. Hierba. Casquillos de bala y esas cosas.

—Claro. Pero puedes verlo, ¿no?

—Em, sí. Todo el mundo puede verlo.

En algún lugar a lo lejos, oigo a Sofi quejarse por la idiotez de este chico. Ella sabe lo que viene. También lo saben los *vors*, que han dado varios pasos hacia atrás.

—Todo el mundo puede verlo —repito—. Bien. Así que no estás tan jodidamente ciego como pensaba.

Tyler se pone rígido. *Bien*.

—Si tú puedes ver eso, y todo el mundo aquí puede verlo, *también lo puede hacer el maldito gobierno* —aprieto mi mano en su cabello y tiro con fuerza para que no tenga adónde ir, adónde mirar, salvo donde yo le permito. Saco mi propia pistola de la funda y él empieza a temblar—. No sé si eras demasiado sordo, estúpido o estabas drogado durante tu orientación inicial, así que permíteme recordarte lo que es una "fachada". Es exactamente lo que todos pueden ver porque *queremos* que lo vean. Queremos que lo usen, lo compren y lo disfruten. *Queremos* testigos. Porque cuando necesitamos hacer cosas que es mejor hacerlas fuera de la vista…

Presiono el cañón de la pistola contra sus costillas.

—…Nadie se dará cuenta hasta que sea demasiado tarde.

Su tío se mueve en mi visión periférica, pero no se mueve para detenerme. Él sabe mejor. Sabe que este niño está jodido.

Niño. Esa palabra resuena en mi cabeza.

Es un niño.

Es el hijo de alguien.

Yo también tengo una hija.

Me trago la bilis y luego enfundo mi arma. —¿Entendido?

Tyler no puede asentir lo suficientemente rápido. —E-en-te-tendido, s-señor.

Lo dejo ir con un fuerte empujón hacia su tío. —Habla con tu sobrino. Asegúrate de que esté hecho para esta vida antes de darle un maldito arma y dejarlo suelto.

Me alejo de los dos; no me importa a dónde, siempre que esté lejos de ellos.

Y lejos de ese inquietante cambio de perspectiva.

Yo no soy así. No soy así. Debería estar recargando mi arma humeante ahora mismo. Mis

hombres deberían estar arrastrando su cuerpo fuera de mi vista. Nadie me desafía y vive para contarlo.

Pero es tan joven. Probablemente tiene una madre en casa, preguntándose dónde está, qué está haciendo, si está bien.

No podría… No *puedo*… quitarle un niño a su madre.

Mierda.

Apoyo mis manos en la encimera. Mak aparece y me entrega un vaso lleno de quién sabe qué. Me lo trago de un solo golpe y él vuelve a llenar el vaso tan pronto como lo vuelvo a dejar caer sobre la encimera.

Maldita sea. No estoy seguro de qué esperaba con el aterrizaje forzoso de Daphne en mi vida, pero no era nada parecido a esta *blandura*, esta *debilidad* que me carcome por dentro como veneno.

No después de pasar años renunciando a las relaciones.

No después de mi padre.

No después de lo que le hizo a mi madre.

Sé que no soy él. Soy mi propio hombre, capaz de tomar mis propias decisiones y trazar mi propio camino en la vida.

Pero, a veces, me miro al espejo o me escucho hablar y es como si él estuviera *aquí*. En *mi* ropa. Dentro de *mi* piel. Poseyéndome, atormentándome, amenazando con destruir todo y a todos los que amo.

No puedo tener eso. Necesito purgarlo de mi sistema.

Antes de que sea demasiado tarde.

PASHA

Esperaba poder terminar la cena con mi madre sin tener que hablar de Daphne o del embarazo.

Los aperitivos ni siquiera han llegado a la mesa cuando ese plan se va al carajo.

—¡Pasha va a tener un bebé! —espeta Mak.

Muchas gracias, gilipollas. Muchas gracias, joder.

Mamá se queda con la boca abierta. —¿Pasha? ¿*Eto pravda*?

Le lanzo una mirada feroz a mi hermano parlanchín antes de sonreírle. —Es cierto.

Mamá me mira expectante. No sé qué más quiere que diga.

—¿Y bien? —me incita cuando no hablo—. ¿Eres un milagro médico y estás dando a luz a este niño tú mismo?

Sofi y Mak se ríen en sus respectivas bebidas, pero ninguno ofrece ayuda. Por supuesto.

Suspiro y bajo el tenedor. —Se llama Daphne. Te gustará.

Lo quieras o no.

—¡*Bozhe moy*! Un momento, me estás peleando con uñas y dientes por siquiera pensar en tener una familia. ¡Y ahora! —agita su servilleta en el aire como un látigo.

—Para ser justos, Mamá —interviene Sofi—, Pash no estaba exactamente pensando cuando él… ¿deberíamos decir, "la conoció"?

—¿A alguno de ustedes le gustaría dar marcha atrás con ese autobús? ¿Quizás arrojarme debajo de él un poco más fuerte? —les espeto a mis hermanos.

Mamá me da un golpe en el brazo y me pasa las papas. —Sé amable. Ahora, cuéntame más sobre mi futura nuera.

Casi me ahogo con mi propia agua. —No es tan serio.

—¡¿"No tan serio"?!

—Para nada —Sofi sonríe y clava su tenedor en la carne asada—. Simplemente la emborrachó, la dejó embarazada y decidió vivir con ella.

Mamá se gira hacia mí. —¿Vive contigo? ¿Y no le has propuesto matrimonio? ¿No tienes decencia?

—Apenas la conozco, Mamá…

Toda la mesa estalla en una cacofonía de ruso e inglés, ambos idiomas criticando mis decisiones de vida y burlando a mi "típico cerebro de hombre". El único otro "cerebro de hombre" en esta habitación piensa que todo esto es jodidamente gracioso y se suma solo para enterrarme aún más.

Amo a mi familia.

Pero, joder, odio esto.

—Basta —alzo una mano y, por mucho que me desafíen de manera habitual, las mujeres de mi familia la respetan lo suficiente como para quedarse calladas. Al final del día, sigo siendo el *pakhan*. Sigo siendo el que lleva la corona—. Sé que tienes preguntas. Estoy pidiendo… no exigiendo, sino *pidiendo*… tiempo para resolverlo todo.

Mamá extiende sus manos con un encogimiento de hombros incrédulo. —¿Qué hay que resolver? Eres un *pakhan* y estás a punto de convertirte en padre. ¿Vas a sentarte aquí y le dirás a tu propia madre que preferirías que un hijo bastardo se hiciera cargo del negocio familiar?

Blyat'. No tengo una respuesta para eso y ella lo sabe.

Eso no impide que ella y mis hermanos me miren como si estuviera a punto de darles una.

—No quiero estresarla. Daphne ha pasado por mucho y…

—¡Psssht! Excusas, excusas —mamá hace un gesto con la mano ante mis patrañas y vuelve a su comida—. Si puede vivir *contigo*, está manejando su estrés muy bien.

Mis hermanos intercambian miradas, los dos demasiado presumidos para mi gusto. Fuera de esta casa, soy su hermano, pero también su jefe. Nadie me cuestiona. Nadie se atreve.

Pero ¿dentro de esta casa?

Todo vale. Esta es la casa de Mamá, y aquí, Mamá está a cargo.

Pero ella debe ver algo en mí, porque cede. Siempre entendió lo que significaba liderar la Bratva. Lo que se necesita. Incluso cuando Otets tomó, y tomó, y tomó de ella hasta que apenas fue una cáscara de lo que era.

No siempre fue capaz de ocultar los moretones. Tampoco podía ocultar la desesperanza vacía en sus ojos, y las lágrimas a menudo caían libremente cuando él traía a casa otra amante más para acariciar y follar en su cama matrimonial.

Hasta el día en que se folló a la amante equivocada.

Estoy seguro de que le hubiera encantado atribuirse el mérito de hacerme quien y lo que soy hoy. Pero eso sería una mentira… todo el mérito es de mi madre. No porque ella gobernara con mano de hierro o mantuviera a nuestros hombres a raya con una mirada dura como lo hacía él.

Sino porque me mostró cómo salir del infierno.

—¿Qué pensamos de esta Daphne? —le pregunta a Mak y Sofi entre bocados de caviar de remolacha—. ¿Nos gusta? ¿Anticipamos problemas?

—Es genial —responde Mak con una sonrisa genuina—. Yo diría que Pash podría hacerlo peor, pero no creo que pueda hacerlo mejor. Tiene una buena cabeza sobre los hombros y puede defenderse en una pelea.

De nuevo, la cabeza de Mamá gira hacia mí. —¿Ha estado en una pelea? ¡¿Ya?!

Sofi se acerca para calmarla. —Creo que lo que quiere decir, Mamá, es que Daphne es dura. Tiene fuego. Y sí, como dijiste, se las arregló para defenderse con *este* tío, así que eso debe contar para algo.

Miro con el ceño fruncido a mi familia. —Todos hablan como si yo fuera alguien tan terrible con quien vivir.

—No terrible. Solo… testarudo.

—Gruñón.

—Exigente.

—Terco.

—Arrogante.

—Testarudo.

—De mal genio.

—Un verdadero dolor de cabeza, la mayoría de las veces.

—Por el amor de Dios —interrumpo mientras todos se ríen a carcajadas—, ya lo entiendo. Ya basta.

Los ojos de Mamá brillan mientras apoya una mano suave sobre mi codo. —El punto es que *nosotros* te conocemos. Pero esta Daphne… tienes que dejar que ella también te conozca.

—He estado…

—El *verdadero* tú, Pasha. No el *pakhan*. No el hombre que siempre está al mando y que se sale con la suya sin cuestionarlo. Muéstrale al Pasha dulce. El Pasha de alma artística. *Mi* Pasha.

Me dejo caer en mi asiento. Lo que está diciendo es una locura. Si comenzara a hacer alguna de esas mierdas, perdería el respeto de la mitad de mis *vors* y Dios sabe quién más en nuestro inframundo.

Pero… maldita sea, ni siquiera sé qué. Solo sé que nada de esto suena tan loco como debería. *Deja que ella te conozca*. Eso es una locura.

Y sin embargo… no lo siento así.

Joder si sé lo que eso significa.

DAPHNE

La llamada entra cuando estoy a medio cortar verduras y casi me corto un dedo. Maldiciendo a todo pulmón, me enjuago las manos en el fregadero y contesto en la tableta.

Casi espero que sea Pasha, pero me sorprende gratamente ver que, de hecho, es mi querida hermana. —¡Mel! Ay, Dios mío, ¡hola!

—¡Así que sí *estás* viva! —exclama Melanie—. Por un momento, pensé que estabas muerta. Ya que te perdiste nuestras *últimas. Ocho. Llamadas.*

Hago una mueca de dolor ante la cámara mientras coloco la tableta en su soporte. —Lo siento. He estado distraída.

—¡No me digas! Mamá no ha dejado de hablar de eso desde que se enteró. Y aquí estoy pensando: "Oye, Daph obviamente me va a llamar y me dará todos los detalles". Pero nooooo…

Mi hermana tiene todo el derecho a criticarme. Hemos mantenido un horario constante de FaceTime todas las semanas durante los últimos ocho años, y no recuerdo si alguna vez nos hemos saltado una sola. ¿Así que para mí olvidarme por completo durante tanto tiempo? No es bueno.

—Te juro que realmente iba a llamarte.

Melanie hace pucheros mientras finge pensarlo antes de reír y desestimarlo. —Está bien. Me lo deberás. Y, a juzgar por ese impresionante telón de fondo de la cocina, ¡ahora puedes costeártelo!

Me sonrojo y tiro las espinacas a la olla de agua hirviendo. —Es solo temporal.

—¿Temporal en el sentido de que te mudaste o no con el papi de tu bebé?

—Más bien… ¿es un vecino? De al lado. Más o menos —*del otro lado de la pared del dormitorio.*

Lo suficientemente cerca para oírme gemir si me dejo llevar demasiado con una actividad previa a la cama, digamos.

No sé por qué dudo en compartir los detalles con Mel. Sé que ella no me traicionará con nuestros padres, y ha tomado con calma todo lo que le ha pasado.

Aun así, estoy… inquieta. Me siento mejor manteniendo mi vida personal compartimentada.

Al más puro estilo de Melanie, su mente vuela directamente al peor escenario posible. Me mira con el ceño fruncido y se acerca más a su cámara. —¿Él tiene algo malo? ¿Estás a salvo? Parpadea dos veces si estás en peligro.

Antes de que pueda responder, la pantalla se vuelve borrosa y se sacude hasta que se vuelve a enfocar, y la cara de mi cuñado llena el marco.

—¿Daph? ¿Estás bien? —Jameson intenta mirar alrededor de la cocina detrás de mí—. ¿Está él ahí? Déjame hablar con él.

—No, está en una cena —dejo caer el paquete de ramen en la olla y pongo la tapa sobre el vapor. Me da tiempo suficiente para asegurarme de parecer lo más cómoda posible, comenzando con una sonrisa feliz—. Estoy bien, de verdad. Lo prometo. ¿Cómo estás tú?

—Estaría mejor si vinieras a vivir aquí con nosotros. Ambos lo estaríamos. Mel ha estado muy preocupada por ti.

—Lo siento. Es que he estado muy ocupada con todo. Cabeza de embarazada, ¿no? —me río.

Jameson no parece convencido, pero Melanie le quita el teléfono. —En serio, Daph, solo dilo y vendremos a buscarte. ¿Vale?

—Los aprecio. A los dos.

De verdad lo hago. Melanie y yo fuimos mejores amigas desde el día en que nació. Mi compañera de aventuras en cada situación complicada en la que nuestra familia se metió de cabeza. Y, cuando Jameson se enamoró perdidamente de ella, también se convirtió en el hermano que nunca supe que quería o necesitaba.

Realmente son una pareja perfecta hecha en el cielo, si es que existe tal lugar o cosa. Nada de lo que Melanie pudiera hacer o haya hecho alejaría a Jameson de su lado. Cuando salió a luz su trabajo secundario como chica webcam, él solo se molestó porque ella no se lo dijo primero. Eso fue todo. Todo el mundo de la alta sociedad de Hamish implosionó a su alrededor y nuestros propios padres la rechazaron por vergüenza…

Pero ¿a Jameson? A él no le importaba. Simplemente la abrazó fuerte, la besó para que se le secaran las lágrimas y juró ser su nueva familia.

Tomen nota, hombres del mundo.

Desde entonces, él ha sido su roca y mi escudo en cada oportunidad que tiene. Sé que nuestros padres dicen que es el “comportamiento despreciable” de Mel lo que los “empujó” a “repudiarla” y “llamarla ‘puta sucia’”, pero siempre he sospechado que le tienen un poco de miedo a Jameson. Él no dudaría en ponerlos en su lugar, al diablo con la audiencia de sus pares.

Yo solía soñar despierta con tener un matrimonio como el de ellos. Feliz, lleno de amor, preparándose juntos contra cada tormenta que se atreviera a ponerlos a prueba. Mi esposo sería el hermano protector que Mel siempre quiso y necesitó.

Ahora, tengo… ¿qué? ¿Un embarazo inesperado y no planeado de una aventura de una noche

con un chico que apenas conozco ahora, al que sí que no conocía entonces, y que es oficialmente un señor del crimen confirmado?

Fallaste un poco, Daph.

—Pero ¿cómo estás? —Melanie se relaja en su sofá con un suspiro—. En serio. ¿Cómo estás?

Miro el temporizador en la estufa. Tengo unos minutos para sumergirme en las cosas feas, así que suspiro y me apoyo en la isla de la cocina. —¿Para ser honesta? Probablemente estaría mucho mejor si Mamá y Papá no fueran tan jodidamente dramáticos con todo.

—Te lo sigo diciendo, Daph: deshazte de ellos. Corta las ataduras. No tengas contacto si puedes hacerlo. No necesitas el estrés, y tu bebé tampoco.

—¿Te refieres a tu sobrina?

El alegre chillido de Mel amenaza con romper el altavoz de mi tableta. En algún lugar a su distancia, Jameson exige saber qué acaba de pasar. Ella chilla—: ¡Es una niña! —y él lanza un grito de victoria.

La distracción dura poco. Mel me da su característica mirada de *buen intento* y se acomoda en su cómodo sofá. —Como decía, tienes que cortar lazos. Diles que se vayan a la mierda en otra dirección y luego mantén esa distancia.

—Pero… no puedo —suena más como un quejido que como una respuesta real—. Estamos hablando de Mamá y Papá.

—Ay, lo sé. Las mismas personas que ni siquiera pestañearon cuando me repudiaron. Lo cual, da igual, no me importa una mierda. Pero ese es mi problema, ¿no? Nunca me importó lo que piensen de mí.

—Y a mí me importa *demasiado* —dejo escapar un suspiro de frustración—. ¿Por qué me importa tanto? ¿Por qué soy tan complaciente con la gente?

—¿*Eres* complaciente con la gente? ¿O solo intentas evitar conflictos y las confrontaciones?

—Ambas —el temporizador de la olla se apaga, así que me doy la vuelta para apartarla del fuego y añadir el paquete de salsa y el huevo. También me ayuda a evitar su mirada escrutadora.

—Deberías probar la apatía. Es maravilloso. Liberador. Y probablemente mejor para mi pequeña, preciosa y dulce sobrinita bebé.

Vuelvo a poner la tapa a la olla para dejar que el huevo se cocine y limpio el vapor de mis manos a los costados. —Es más fácil decirlo que hacerlo. Tanto Mamá como Papá han estado explotando mi teléfono, tratando de hacer que espíe a Pasha y regrese con Conrad…

—¿Qué? ¡Qué asco! —Mel arruga toda su cara con disgusto—. Por favor, dime que no lo harás.

—Ni en un millón de años. Ninguna de las dos cosas.

Eso hace que Mel se quede en silencio. Estoy preocupada, por un momento, porque sé que es lo suficientemente inteligente como para unir las piezas. Pasha no es solo el “papi de mi bebé” con el que me encontré por casualidad.

Él es la *razón* por la que a ella la repudiaron.

—¿Sabes de qué me acabo de dar cuenta? —me doy vuelta de nuevo para verter el ramen en un bol, con cuidado de no salpicarme con el caldo. Como una idea de último momento, agrego un puñado de queso mozzarella y espero a que se derrita mientras me siento en un taburete en la isla —. Me preguntaste cómo me siento. Pero no hemos hablado de cómo te sientes *tú*.

—Daph…

—En serio, Mel. Sé que sabes quién es. Para ti, quiero decir —miro mi tenedor y toco las pinzas con timidez—. No sabía quién era en ese momento, pero… eso no cambia nada. Igual te arruinó.

—Daphne, mírame.

Hago lo que dice. Me sorprende verla… ¿sonriéndome?

—¿Parezco arruinada? Es una pregunta retórica… ¡Joder que no! Pasha no me "arruinó". Me *liberó*. Debería enviarle al hombre una maldita canasta de frutas.

—Pero…

—Cállate. No. Me estaba *asfixiando* en ese mundo. Mamá no dejaba de criticarme y Papá siempre estaba tratando de encontrar una manera de casarme como si fuera una transacción comercial. ¿Por qué crees que abrí un OnlyFans para empezar? Quería mi libertad. Mi propio dinero, mis propias condiciones y, por una vez, fue agradable que la gente apreciara mi apariencia en vez de señalar cada defecto microscópico.

Mi tenedor se siente pesado mientras revuelvo lentamente el ramen. —Maldita sea. Lo siento.

—Deja de hacer eso. No lo sientas. Lo único que lamento es no haberlo hecho yo misma. Simplemente no tuve las agallas para decirles que me iba… y, honestamente, estaba convencida de que me perseguirían y me arrastrarían de regreso. Así que, cuando el Sr. Chekhov "expuso" mi pequeño trabajo secundario… —suspira con nostalgia y apoya la cabeza en su mano—. Podría haberlo besado justo en sus arrogantes labios.

—¡Oye! —llama la voz de Jameson desde su cocina.

—¡No lo voy a hacer! —le responde con una risa—. De todos modos, el punto es que, en realidad, estoy muy feliz de que estés con él. ¡Es tan… tan… tan poético!

—Bueno, digo, no estamos "*juntos*" juntos…

—No, solo van a tener un bebé juntos. Concepción inmaculada, ¿verdad? —Mel me saca la lengua mientras yo le saco la lengua a ella y se ríe—. En serio, *vivo* para el drama que debe estar desarrollándose en la finca Hamish. ¿Y qué piensa Pasha de toda esta locura shakespeariana?

Me ocupo de los fideos y lo uso como excusa para no responder de inmediato. —Yo, em… no creo que él sepa. Nuestra conexión, quiero decir. Que eres mi hermana.

—Ah —Mel parpadea, confundida—. ¿En serio?

—Quizás haya cambiado mi apellido y simplemente… ¿no se lo dije?

Mel resopla. —No te culpo. Por el cambio de nombre, quiero decir. Pero en serio, deberías

decírselo más temprano que tarde. No quieres que todo ese lío explote con un bebé de por medio.

—Lo haré. Pronto —suspiro—. Tal vez.

—Bueno, si lo haces y no sale bien, ya sabes dónde estamos. Siempre tienes una habitación aquí con tu nombre. Pero te advierto: voy a malcriar a mi sobrina de manera asquerosa…

Compartimos una risa y estoy a punto de comenzar a hablar de los detalles más finos del diseño de la habitación del bebé cuando escucho que se abre la puerta principal. Los pasos pesados y familiares de Pasha se abren paso a través de la sala de estar; puedo oírlo dirigirse a la cocina.

—Tengo que irme. ¡Te quiero! ¡Adiós! —cuelgo.

—¿Quién es? —pregunta Pasha cuando entra en la cocina, con el ceño fruncido y un recipiente redondo con algo en la mano. Mira la tableta con sospecha.

—Mi hermana. Te manda saludos.

—Hm —se encoge de hombros y deja el recipiente en la encimera de la isla—. ¿Cómo está la cena?

Le muestro mi tazón de ramen a medio comer. —Delicioso, como prometí. Estoy llena.

Sorprendentemente, una pequeña sonrisa tira de las comisuras de su boca. —¿Guardando lugar para el postre? —cuando asiento, esa sonrisa se hace un poco más grande—. Bien. Porque mi madre… —levanta la tapa con un gesto elegante—. Hizo esto para ti.

—Ay. Dios. Mio —casi dejo caer mi tenedor al ver este dulce de múltiples capas y polvoriento —. ¡Esta cosa es *enorme*! ¿Qué es?

—Pastel de miel —Pasha hurga en los cajones y armarios en busca de algunos platos y cubiertos pequeños—. Dijo que era especialmente para ti, pero puedes compartirlo, si quieres.

Puedo captar una indirecta cuando la oigo. Le sonrío juguetonamente mientras me atiborro de fideos caldosos. —Supongo que puedo compartir.

Me pasa un tenedor y comemos juntos. El primer bocado es orgásmico, el segundo doblemente. —Cuéntame más sobre tu madre —murmuro con la boca llena de azúcar—. Está claro que cocina.

—Hornea, cocina y me vuelve loco —pero Pasha se ríe cuando lo dice. Coloca una rebanada gruesa de pastel de miel en un plato y la desliza por la encimera hacia mí—. Quiere conocerte —añade.

—¿En serio? —intento no atragantarme con las espinacas—. ¿Por qué?

—Porque eres la madre de su primer nieta. Los niños son importantes para ella.

Lo veo servirse otra rebanada para sí mismo. Se sienta en el otro taburete y parece estar esperando a que termine mi ramen. Por la forma en que se muestra tan tranquilo, informal y relajado, me pregunto… —¿Solo ella?

Pasha frunce el ceño. —¿Qué significa eso?

La voz de Melanie todavía resuena en mis oídos. *¿O solo intentas evitar el conflicto y la confrontación?* Deslizo el tazón de fideos a un lado y empujo el plato de pastel de miel en su lugar. —No sé. Creo que me estoy preguntando, como… hasta dónde llega esto. Para ti. Digo, entiendo que es importante para ti tener un heredero —toco el pastel con mi tenedor, evitando su mirada—. ¿Pero eso es todo?

No me responde de inmediato. No sé si se siente insultado, o si lo he cabreado, o qué. No me sorprendería si la respuesta fuera "todo lo anterior". Y, cuando se desliza de su asiento, estoy bastante segura de que está demasiado disgustado conmigo como para quedarse aquí.

Pero luego está justo detrás de mí.

Sus manos se extienden sobre mi vientre y me envuelven con sus brazos. *Dios*, huele tan bien. Siento la sólida pared de su pecho presionando contra mi espalda y, cuando habla, de repente me doy cuenta de lo cerca que está su boca de mi oído.

¿Es consciente de lo que me hace?

—Estoy aquí, Daphne. Y voy a estar aquí, contigo, en todo. En cada cita con el médico, en cada primera palabra y primer paso, en cada pañal sucio. Estaré aquí para los partidos de fútbol y las reuniones de padres y maestros. No me voy a perder ni un solo recital ni una obra de teatro escolar ni una feria de ciencias ni una clase de manejo.

Sus labios bajan hasta el pulso justo detrás de mi oreja.

—Puede que esté ocupado. Puede que sea brutal. Pero nada me importa más que mi familia. Nuestra hija es mi familia. *Tú* eres mi familia.

Descanso mis manos sobre las suyas para que podamos sentir a nuestra bebé revolotear y patear juntos. Cuando sus dedos se entrelazan con los míos, puedo sentir que me hundo más profundamente en su calor.

—Estás atrapada conmigo, *moya plamya* —dice con voz áspera—. No me voy a ir a ninguna parte. Y tú tampoco.

Giro la cara para mirarlo. *Joder*, está tan cerca. Podría… si quisiera…

Pero no lo hago. No sé dónde se cruzan esos límites.

No es que hayamos tenido límites al principio.

Es bueno que no haya hecho ningún movimiento, porque él parpadea, se aleja de mí y sale de la habitación.

Su pastel de miel ni siquiera está a medio terminar.

PASHA

Eso estuvo demasiado cerca.

En un momento, tengo el control. Tranquilo. Fresco. Jodidamente *sereno*.

Y al momento siguiente, ella está en mis brazos y me mira con esos ojos grandes, hermosos e inocentes.

Habría sido tan fácil.

Tan jodidamente fácil.

Pero nunca he tomado la calle fácil. Siempre conduce a una trampa. Así que la dejé ir y me largué de allí antes de que la bestia en mí se aprovechara de su vulnerabilidad.

Ella está hormonal. Ha pasado por mucho. Puede que quiera algo ahora, pero ¿querrá las mismas cosas por la mañana?

Agarro mis llaves y me dirijo al piso principal del edificio para revisar el correo. Al menos, esa es la excusa que invento en mi cabeza para dejar el ático sin realmente salir.

Como era de esperar, el buzón está vacío. ¿Y por qué no lo estaría? Tengo gente que trabaja para mí que hace esta mierda. Los hombres como yo no revisan sus propios buzones de correo.

Hago una mueca y busco algo que hacer, pero cuando asiento y saludo al guardia que atiende la recepción, se pone rígido como si acabara de amenazarlo de muerte.

Supongo que los hombres como yo tampoco charlamos del tiempo.

Suspiro y vuelvo arriba. El viaje en ascensor es más rápido y más silencioso de lo que me hubiera gustado. Es demasiado fácil escuchar mis propios pensamientos. No hay tiempo suficiente para ordenarlos.

Pero, cuando llego a la puerta, me he calmado lo suficiente como para pensar con claridad. Estoy listo. Podré controlarme.

Puedo oír la ducha mientras camino de regreso al dormitorio. Su ropa está esparcida sobre la cama; resisto la tentación de tocar su sujetador de seda solo para sentir su calor aún empapado en él.

Muchas otras cosas también serían fáciles. Como abrir un poco la puerta del baño y mirarla, exactamente como ella me miró a mí.

Porque, joder, claro que sabía que ella estaba allí. El hecho de que me estuviera mirando hizo que mi fantasía sobre ella fuera mucho mejor.

Pero puedo controlarme. Puedo alejarme de la tentación, sin importar lo seductora que sea. Así que hago exactamente eso. Salgo del baño y hurgo en los cajones de mi tocador en busca de un par de pantalones deportivos limpios para dormir, agarro una manta y almohadas del armario y me doy vuelta hacia el sofá.

Pero me detengo a mitad de camino. Podría dormir en la cama. ¿Qué va a hacer? ¿Detenerme? Es *mi* cama.

La verdadera amenaza, sin embargo, es ¿qué pasaría si *no* me detuviera? ¿Qué pasaría si se derritiera en mis brazos y gimiera por más?

Me sacudo ese pensamiento y salgo corriendo al sofá de la sala de estar. Aparte de la noche en que comenzó toda esta mierda, no tiro la precaución por la ventana, ni bajo la guardia tan fácilmente.

Los hombres como yo no podemos permitirnos eso.

PASHA

Debo haberme quedado dormido. No hay sonido proveniente del dormitorio y la mayoría de las luces están apagadas. Miro mi reloj y reprimo un gemido.

Ahí van horas de mi vida que nunca recuperaré.

Me arrastro hasta la cocina para buscar un vaso de agua. Y mierda, tal vez un trago de algo, no lo sé. Necesito mantener mi cabeza despejada. Al mismo tiempo, necesito hacer algo para distraer mis pensamientos de Daphne.

Buena suerte, joder, me susurran.

Estoy de camino de regreso a la sala de estar cuando escucho un sonido que viene del dormitorio principal. Podría no ser nada; probablemente esté profundamente dormida.

Pero luego lo escucho de nuevo.

No hay nadie más aquí. No *debería* haber nadie más aquí. ¿Se despertó?

Me acerco de puntillas a la puerta del dormitorio y me congelo. No hay forma de confundir ese sonido.

Es un gemido.

Su gemido.

Ay, diablos, no.

Abro la puerta de un empujón con fuerza y me preparo para una pelea. No sé con quién, pero quienquiera que se haya metido es hombre muerto.

Excepto que… no hay nadie aquí. Nadie más que Daphne, todavía en la cama.

—¿Daphne? —llamo en un susurro fuerte. Ella no responde. Oigo movimientos que hacen crujir las sábanas, así que lo intento de nuevo—. ¿Daphne?

La luz que se filtra a través de la puerta es suficiente para iluminar parte de la cama. Lo suficiente para ver el suave ascenso de su cuerpo debajo de las sábanas. No se mueve, salvo un suspiro y un movimiento de sus piernas debajo de las sábanas.

¿Qué diablos escuché antes?

Ahí está otra vez. El gemido de Daphne. Luego, el suspiro de Daphne. Luego otro movimiento de las piernas de Daphne.

—Pasha… —murmura.

El calor en mi sangre se dispara. Me arrastro hacia el dormitorio, cada vez más cerca de la cama, usando la poca luz que hay para intentar distinguir las expresiones de su rostro dormido.

Desde este ángulo, puedo ver las sábanas amontonadas alrededor de su cintura y su mano entre sus piernas.

—Daphne…

Sus ojos permanecen cerrados, pero gime y se estremece al oír su nombre en mis labios. Su mano trabaja ese punto dulce más, pero solo lo suficiente para hacerla succionar otro jadeo tembloroso.

Ay. Joder, sí.

No iré a ninguna parte.

No tengo idea de qué pasará si se despierta. Pero ahora no me importa una mierda, porque quiero saber con exquisito detalle qué la tiene tan caliente y excitada… y luego quiero hacer que eso cobre vida.

Me inclino hacia ella. —Dime lo que quieres, bebé —susurro en su oído.

Su frente se frunce y necesito cada gramo de autocontrol para no besar el ceño fruncido.

—Quiero… —murmura Daphne en sueños—. Necesito… —gime, más fuerte esta vez, y esos dedos trabajan sobre su clítoris aún más.

Una sonrisa maliciosa tira de las comisuras de mi boca. —A mí, ¿no? ¿Me deseas? —ante su inclinación de cabeza y su movimiento de cadera, sigo adelante—. Eso es, bebé. Tómalo. Sé mi buena chica y toma cada maldito centímetro.

Sus piernas patean las sábanas hacia abajo más. Puedo ver sus dedos sumergiéndose y masajeando debajo de sus bragas. Quiero arrastrar esa tela húmeda hacia abajo, empujar su mano a un lado y despertarla deslizándome directamente en su dulzura.

Hago una pausa y espero. Mi respiración se queda atrapada en mi garganta, pero las ondas de Daphne salen de ella en breves ráfagas de gemidos como relámpagos de calor crepitantes. Su mano sigue moviéndose, pero sus ojos permanecen cerrados.

—Pasha…

—Estoy aquí, bebé —mi mano se cierne sobre su rostro, luego sobre su seno. La urgencia por tocarla es abrumadora. Pero me resisto.

Por ahora.

Vuelve la cabeza hacia un lado y Dios mío, podría besarla tan fácilmente. Aquí mismo, ahora mismo, sin moverme ni un centímetro.

Pero una parte de mí todavía se contiene. Una parte de mí exige mantener el control.

No sé qué está pasando en sus sueños, pero sus dedos están metiéndose dentro de sus bragas. Si está funcionando a mi favor, está soñando que la tomo en todas las posiciones posibles hasta que sus dedos de los pies se curvan y todo en lo que puede pensar es en lo increíble que se siente. En lo increíble que me siento *yo*, a su alrededor y dentro de ella.

El diablo sabe que yo sueño con cómo se siente ella casi todas las noches.

Su frente se frunce más profundamente y sus gemidos se convierten en quejidos frustrados. Podría hacer que todo fuera mejor para ella, *mejor* que mejor, pero, aun así, me contengo y grazno un elogio hueco en la noche.

—Córrete para mí, *moya plamya*. Suéltalo todo…

Me agacho y presiono mi mano sobre la suya. En lugar de despertar o incluso detenerse, se mueve ante la resistencia y se frota contra su propia mano sin dudar ni dar señales de saberlo. ¿Puede sentirme? ¿Puede sentir que la sostengo en su lugar mientras cae al borde?

El cuerpo de Daphne se estremece de pies a cabeza, las olas de su orgasmo la recorren. Dos de sus dedos se introducen en su raja y la llevan a nuevas alturas mientras su torso gira y casi muerde la almohada.

Estoy listo para estallar. La forma en que sus senos se tensan contra la tela de su camisón, sus pezones endurecidos pidiendo atención… La forma en que sus labios se fruncen y tiemblan cuanto más necesitada está, y la forma en que su respiración se tambalea cuando llega al borde de la liberación…

Sobre todo, la forma en que susurra mi nombre en una súplica por más.

Eso es lo que me lleva al borde.

No le diré que estuve aquí. Igual que ella no me dirá que estuvo en el baño, viéndome acariciarme mientras fantaseaba con ella. Pero tal vez necesitemos tener otro tipo de conversación en algún momento, si sus sueños son un eco de su realidad.

Lentamente, saco la mano flácida de su raja y la llevo a mi boca.

Sabe tan jodidamente dulce. No puedo tener suficiente; tengo que chupar cada dedo para asegurarme de que nada se desperdicie.

Puede que nos hayamos mantenido a distancia, y podríamos continuar este baile por la mañana. Pero el hecho de que ambos nos estemos ocultando el mismo secreto confirma lo que las partes más enfermas de mi cerebro han estado esperando.

Que esta historia aún no ha terminado.

Mi erección está furiosa dentro de mis pantalones de chándal. *Joder*, lo que daría por poder aliviar esto entre sus muslos cremosos y escucharla gemir por mí mientras está completamente despierta y dispuesta.

Pero, en lugar de eso, me dirijo silenciosamente al baño y espero hasta que la puerta esté cerrada para encender la luz. Todavía puedo saborearla en mi lengua; todavía puedo sentir mi cuerpo

tenso y listo para desenrollarse en el maldito segundo que me lo permita.

No tengo idea de cómo me acercaré a ella en la mañana.

Pero ¿por ahora? Por ahora, me correré tan fuerte como nunca antes, luego caeré en un sueño profundo y sin sueños, con el sonido de Daphne gimiendo mi nombre todavía resonando en mis oídos.

PASHA

Uno pensaría que estaría de mucho mejor humor.

Debería. Daphne se sonrojó mucho cuando me vio en el desayuno. Como si supiera que yo lo sabía, aunque no hay forma de que eso sea verdad. No tiene por qué preocuparse; su secreto está a salvo conmigo. Por ahora.

Lo que acabó con mi buen humor es el hecho de que el senador Brennan ahora ignora descaradamente mis llamadas, mensajes de texto, correos electrónicos de mi oficina corporativa, todo. Como si pudiera esquivarme a *mí*, el mismo hombre que puede hacer estallar su matrimonio y su carrera con un chasquido de mis dedos.

—Estaré fuera casi todo el día —le advierto a Daphne mientras recojo mis cosas para irme—. Llámame si necesitas algo.

Intento hacer todo lo posible por ignorar la forma en que su rostro se ensombrece mientras me pongo el abrigo y agarro mis llaves. ¿Qué más quiere? Tengo cosas que hacer. Vidas por arruinar.

Pero, que me jodan, no puedo irme. Llego a la puerta principal y me encuentro incapaz de salir del ático con esta persistente sensación de que de alguna manera he decepcionado a la madre de mi hija sin nacer.

El camino de regreso a la cocina vale la pena por el grito de sorpresa que me da cuando la rodeo con un brazo por la cintura desde atrás. Con un gruñido bajo y sin palabras, la agarro y le doy un beso salvaje en el cuello expuesto.

—¿Para qué fue eso? —susurra mareada.

—Porque quería hacerlo, joder.

Esta vez, cuando regreso a la puerta principal, salir se siente mucho, mucho más fácil.

~

—Necesito ver al senador Brennan. Ahora.

El asistente del senador, un hombrecillo tímido llamado Barney Fitz, me mira con los ojos muy

abiertos y temerosos y la boca abierta. Frunce el ceño como un pez antes de que finalmente se las arregle para chillar—: ¿T-tienes una cita?

—He estado intentando hacer una. Como ha estado tan ocupado, pensé que le ahorraría tiempo.

—Ah. Claro —Fitz revuelve algunos papeles en el escritorio mientras ordena sus pensamientos —. Lo s-siento, pero el senador no está disponible hoy.

Maldita sea. —¿Cuándo volverá?

—Lo siento, señor, pero… —Fitz mira la pantalla de la computadora, a mí y de nuevo a los papeles con los que sigue jugueteando—. El senador tiene varios compromisos previos a los que no puede faltar. Le haré saber que pasó por aquí.

Mi mirada se estrecha.

Tengo algunas opciones aquí, y solo me gustan una o dos de ellas. *Podría* agarrar a esta pobre excusa de asistente por el cuello de la camisa y hacer que se arrepienta de haberse interpuesto entre mí y la puerta de la oficina.

Me gusta esa.

Podría empujar a ese enano flacucho a un lado y derribar la puerta de la oficina de Brennan. Si está ahí, *podría* darle una paliza a ese cabrón hasta que firme el contrato delante de mí. Si no está ahí, *podría* destrozar su oficina hasta que aparezcan los papeles correctos y falsificar su maldita firma yo mismo.

Me gusta aún más esa opción.

Pero hay una tercera opción que implica diplomacia y no implica que me arresten: tragarme mi frustración, lidiar con mi impaciencia y fingir ser un CEO corporativo razonable que juega según el juego de los políticos.

Desprecio esa opción.

Y sin embargo es mi única opción real.

—Es imperativo que el senador Brennan se comunique conmigo tan pronto como sea humanamente posible —meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saco una tarjeta de presentación de Industrias Chekhov con la información de mi oficina. Tomo uno de los bolígrafos del escritorio de Fitz y anoto mi número de teléfono celular personal en el reverso—. Aquí está mi número personal. Parece que puede haberlo perdido.

Fitz acepta la tarjeta de mi mano con dedos temblorosos. La forma en que este hombre suda bajo el cuello, es como si estuviera apuntando una pistola a su cabeza.

No es que la tentación no haya surgido en el fondo de mi mente. Una de las muchas opciones empapadas de sangre que consideré.

—Lo haré… digo, me aseguraré de pasarle el mensaje al senador —Fitz esconde la tarjeta debajo de la esquina del teléfono de escritorio y se encoge de nuevo en su silla de oficina barata. Nada de esto inspira confianza en que hará lo que le he ordenado.

Pero soy el jefe de un sindicato del crimen organizado, actualmente de pie dentro de una oficina del gobierno.

A veces, es mejor simplemente seguir con el juego.

Con lo mínimo cumplido, me doy vuelta para salir de esta oficina y regresar a la mía. Hago una nota mental para ver si Mak tendrá suerte presionando a Fitz… ese hombre está tan tenso, que un simple empujón probablemente lo haría estallar de par en par con información y datos de inteligencia.

Pero, antes de que pueda llegar a la salida, la puerta de la oficina de Brennan se abre y el hombre en persona aparece…

…riéndose y charlando con el último cabrón de la Tierra al que quería ver.

El puto Jeffrey Alisher.

Una parte de mí no puede evitar admirar a Alisher. Dirige una empresa naviera que me ha causado un sinfín de dolores de cabeza durante la última década. Adondequiera que voy, ahí están, haciéndome pujas más caras, socavándome a cada paso.

Sin embargo, la parte mucho más grande de mí quiere saltar a la cuerda con sus malditas entrañas. Pero tiene una puntuación con el público tan alta como mi recuento de cadáveres. El público lo adora por razones que nunca entenderé. Su cara sonriente está pegada en casi la mitad de los anuncios de Industrias Alisher.

Sin embargo, la pregunta del momento: ¿qué coño está haciendo aquí, hablándole al senador?

—¡Chekhov! ¡No puede ser! —Alisher sonríe mientras grita mi nombre con la mano extendida —. ¡Justo estábamos hablando de ti!

Una mirada al senador confirma que, de hecho, estaban hablando de mí. Y Brennan realmente no quería que yo supiera eso.

Interesante.

Estrecho la mano de Alisher y le devuelvo su encantadora sonrisa con la mía. —Disculpen el tema de conversación tan aburrido.

—¡Para nada! Sabes, tengo que admitir que estoy algo celoso. Has sido el líder en fabricación de armas durante… mierda, ¿cuántos años? Y eso requiere una increíble cantidad de desarrollo para siquiera lograr que las actualizaciones despeguen, y mucho menos nuevas innovaciones para nuestras fuerzas armadas.

Una vez más, lanzo una mirada a Brennan. ¿Se atrevieron a hablar de mí y de mi negocio? ¿A *mis* espaldas?

—Bueno, se trata de lanzar dardos a la pared y ver qué se pega. No podemos tenerlo todo, no importa cuánto lo intentemos.

Alisher me da una palmada en el hombro al pasar. —Pero lo intentamos, ¿no es así?

Maldita serpiente. Está tramando algo. Prácticamente puedo olerlo en el aire.

—Gracias por todo, senador —añade cuando llega a la puerta del vestíbulo—. ¡Estaremos en contacto!

En cuanto la puerta se cierra detrás de Alisher, me doy vuelta para mirar a Brennan con enojo. —¿Qué…?

—Es una política estándar, Sr. Chekhov —me interrumpe con una mano tranquilizadora—, solicitar múltiples ofertas de múltiples empresas.

Mis dientes rechinan mientras resisto el impulso de estrangularlo contra la pared. —Conozco las políticas, senador.

—Entonces, entiendes…

—No, en realidad no lo entiendo —respiro hondo y una vez más me recuerdo a mí mismo que no puedo plantarle el puño en la cara, al menos no aquí y ahora, por mucho que lo desee—. Hemos estado negociando este acuerdo durante más de seis meses. Seis. Malditos. Meses. ¿Y *ahora* quieres cubrir tus ofertas? ¿Con Alisher?

Brennan se arregla la corbata, como si fuera él el que está a cargo de lo que está sucediendo aquí. —Lo que hago y cómo lo hago es asunto *mío*, Sr. Chekhov. No suyo.

Tengo muchas ganas de mencionar sus últimas travesuras en un hotel fuera de la ciudad como un ejemplo de "qué" y "cómo" hace "las cosas". Sin embargo, una mirada a su asistente me hace morderme la lengua. No se sabe quién sabe cuánto en esta oficina, y menos siempre es mejor. Si se blande un arma con demasiada frecuencia, la gente aprende a no tenerle miedo.

—Estaré en contacto —gruño en cambio.

No hay nada en mi interior que se crea la mierda que está soltando. Me molesta de camino al ascensor y durante todo el camino hasta el piso del estacionamiento.

Seis meses de navegación tranquila.

¿Qué ha cambiado?

Tomo mi teléfono y marco. —Sofi, sigue a Brennan todas las putas horas del día. Quiero que lo vigilen las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana —salgo a empujones por las puertas del ascensor y me dirijo directamente a mi auto—. Algo está pasando.

—Ah, ¿sí? —la voz de mi hermana suena al otro lado de la línea—. ¿Algo especial que deba buscar?

—Necesito saber todo sobre cada una de las personas con las que habla. El personal de limpieza, el vagabundo de la calle, no me importa una mierda. No pases por alto a ninguno. Ningún soborno es demasiado alto tampoco. Averigua todo lo que puedas sobre su comportamiento reciente.

—Sospechas algo.

—Sospecho de muchas cosas. Solo tengo que averiguar cuántas de ellas podrían hacernos daño.

DAPHNE

—Señora, por favor. Sabe que tengo órdenes.

—Lo sé —tomo otro sorbo de mi termo y le ofrezco al chofer de Pasha una sonrisa dulce—. Pero, como ya le he dicho antes, prefiero conducir yo misma.

Lev suspira y mantiene su mano extendida como si fuera a rendirme y finalmente devolverle las llaves del auto. —Lo entiendo, créame. Pero lo que dice el jefe, se hace.

—Me aseguraré de decirle al jefe que no es su culpa.

¿Soy una persona que provoca problemas? No por lo general. Soy más del tipo que mantiene la cabeza gacha, se mueve en las sombras, no llama la atención, etcétera. No me gusta causar problemas.

¿Qué *sí* me gusta?

Las reacciones de Pasha a mi terquedad, por ejemplo.

Hemos establecido un ritmo agradable y tranquilo en casa, que debería hacerme sentir cómoda y relajada. Viene a casa a cenar. Nos deslizamos hacia una charla casual y hacemos lo posible por evitar compartir detalles sobre nuestros respectivos días.

Lo que pasa después de acostarse es lo que me mantiene nerviosa.

Y no es necesariamente su culpa.

Soy *yo* la que tiene sueños sexuales depravados con él.

No debería. Quiero decir, sí, él es el padre de mi hija, y sí, eso sucedió en un momento de pasión muy apasionado del que ninguno de los dos puede arrepentirse.

(Al menos, no creo que se arrepienta. Si lo hace, nunca lo ha dejado ver.)

Pero lo más importante de las cosas que nunca hace es tocarme.

Estoy literalmente aquí, bajo el mismo techo, durmiendo en su cama, y él no me toca. Y, cuanto más sueño con nosotros enredados juntos, con su voz rica susurrando todo tipo de cosas traviesas en mi oído… más lo deseo. Desesperadamente.

Solo soy demasiado cobarde para decírselo.

Así que mi siguiente mejor plan es antagonizarlo *juuuusto* lo suficiente para que se enoje y me obligue a hacer lo que él quiere. Como, con los platos después de la cena, me dice que me siente mientras él limpia la mesa. Si me levanto e insisto en hacerlo yo misma, envuelve sus fuertes manos alrededor de mi cintura, se acerca mucho y me empuja de regreso a mi silla.

Por lo general, puedo esperar a que se aleje antes de permitirme un escalofrío de placer.

Esta mañana, realmente quiero conducir yo misma. No soy fanática de esta tontería del chofer, en la que me lleva por la ciudad alguien que ni siquiera conozco, todo porque un hombre con el que en realidad no tengo una relación dijo que así tiene que ser.

También quiero ver cómo responde Pasha. Tal vez ni siquiera se dé cuenta. Tal vez no le importe.

Pero tal vez, solo tal vez, tome el asunto en sus propias manos.

Soy yo. Soy el “asunto”.

—Señora, por favor —suplica Lev de nuevo—. Llegará tarde al trabajo.

—Llegaré justo a tiempo, si se aparta de la puerta.

Lev cruza los brazos sobre el pecho y arquea una ceja. No dice nada más, pero la expresión de su rostro es clara: *¿Realmente quiere hacer esto?*

De hecho, sí quiero. Vamos.

Cuando ve que no me voy a echar atrás, suspira y saca su teléfono para enviarle un mensaje de texto a no sé quién, todo mientras sigue apoyado en la puerta del lado del conductor de la camioneta.

Pasan unos minutos en este enfrentamiento. Lev simplemente me sonríe, ya no me ruega que me suba al asiento trasero. Le devuelvo la sonrisa, con las llaves del auto en la mano y peso sobre los dedos de mis pies, lista para irme en cuanto se mueva.

Su mirada se desplaza por encima de mi hombro. Su sonrisa se ensancha un poco. —Señor —asiente.

¿Señor? Ay n… —¡Oyequédiablosestáshaciendobájame!

Pasha gruñe mientras me levanta en sus brazos, levantándome de mis pies sin siquiera un mísero saludo. Doy patadas en el aire en protesta, pero él simplemente me abraza más fuerte y camina alrededor de la camioneta hacia el otro lado, donde Lev lo recibe y le abre la puerta trasera del pasajero.

Me deja caer directamente en el asiento. La mano de Pasha agarra mi muslo para inmovilizarme mientras bruscamente alcanza el cinturón de seguridad, me abrocha el cinturón y me arrebata las llaves de mi mano floja, todo en un movimiento rápido.

Pero está cerca. Me está tocando. Y en este ángulo, justo cuando se estira sobre mí para abrocharme el cinturón, puedo oler la colonia en su cuello.

Afuera, estoy fingiendo hacer pucheros.

Adentro, estoy ronroneando.

Está a punto de alejarse cuando se detiene. Me mira. Luego se inclina más cerca y huele *mi* cuello. Una pequeña sonrisa tira de las comisuras de su boca mientras gruñe—: Me gusta tu perfume.

Se dio cuenta. Bajo mis pestañas mientras me sonrojo. —Deberías. Es tuyo.

Porque no pude encontrar ninguno de mis propios perfumes que juro que desempaqué y guardé en el armario. Todo lo que pude encontrar fue una botella de su colonia. ¿Se mezclaron nuestras cosas? ¿O es este un juego extraño suyo?

Cualquiera sea el caso, con gusto le seguiré el juego si eso hace que me mire de la manera en que me está mirando ahora.

Con calor en sus ojos y una posesividad hambrienta que lo hace inclinarse aún más cerca.

—Puedo conseguirte uno diferente, si no te gusta —retumba, su mirada va de mis labios a mi cuello.

—Me encanta, en realidad —vaya. *No* quise que sonara tan sensual como lo hizo.

El calor se enciende y, por un momento sobrecogedor, estoy segura de que va a acortar la distancia y me va a dejar probarlo por fin. ¿Cómo podría no hacerlo?

Pero no lo hace. En cambio, Pasha levanta la mano para colocarme el cabello detrás de la oreja y deja que las yemas de sus dedos recorran mi pómulo.

Me está tocando. Seguro que eso es una victoria, ¿no?

—Que tengas un buen día —murmura. Y, con un ligero golpecito con el dedo en la punta de mi nariz, añade—: Intenta comportarte.

Quiero reír.

Quiero llorar.

Sobre todo, quiero controlar este torbellino de emociones e impulsos antes de hacer algo realmente, realmente estúpido.

DAPHNE

Otro día, otro camino por el lodo de un trabajo que antes amaba. Cada vez me pregunto más si alguna vez lo amé de verdad, o si solo amaba la libertad de estar lejos de Conrad y mis padres y sus intentos interminables de controlar cada aspecto de mi vida.

Cuando termina el día, mi guardia de la tarde me lleva a casa. Esta vez no me molesto en hacer un escándalo sobre quién conduce.

—Espera —espeta Viktor cuando llegamos a la puerta del ático. Me empuja hacia atrás y se coloca frente a mí, sacando su arma en el mismo movimiento. No sé qué lo tiene nervioso de repente, pero cuando trato de preguntar qué sucede, me hace un gesto para que permanezca callada.

El corazón se me sale por la garganta.

Lenta y silenciosamente, abre la puerta y entra sigilosamente.

Alguien está en la cocina. Eso debe haber sido lo que lo alertó: alguien que hace ruidos metálicos con nuestros platos. Pasha no llegará a casa hasta dentro de una o dos horas, y normalmente no tenemos un guardia interno que se quede todo el día.

Viktor mantiene su arma lista y preparada. Da un paso más cerca y…

—Como no entras apresurada, supongo que tienes un guardia contigo.

¿Qué demonios? ¿Una mujer?

Una mujer cuya voz con un marcado acento Viktor reconoce automáticamente, porque se relaja y vuelve a meter la pistola en la funda. —*Bozhe moy* —grita—. ¿Damien te dejó entrar?

A través del pasillo que sale de la cocina aparece una mujer increíblemente hermosa, aunque mayor, con el mismo cabello oscuro y los mismos ojos brillantes que Pasha y sus hermanos. Su sonrisa es cálida y acogedora cuando me ve.

—¡*Docha*! ¡Es maravilloso conocerte finalmente! ¡*Pshk*! —me mira de arriba abajo con atención —. Pasha dijo que eras hermosa, ¡pero ciertamente se estaba conteniendo! Y no —chasquea la lengua mientras se gira hacia Viktor—, tengo mi propia llave. Para emergencias.

Viktor asiente y se da vuelta para irse. Me lanza una pequeña sonrisa de disculpa y se apresura a salir de allí.

La mujer envuelve sus manos alrededor de mis brazos y continúa sonriéndome como si hubiera colgado la luna en el cielo yo sola. —Mírate —canturrea—. ¡Solo mírate! Toda brillante y radiante y demasiado buena para mi malhumorado hijo.

Las piezas encajan en su lugar. —Eres la madre de Pasha.

—Asya —confirma con un guiño—. Discúlpame por ponerme cómoda; sabía que pasarían años antes de que Pasha realmente nos presentara si dependía de él.

—¿Por qué? —pregunto con todo el cuidado que puedo.

Me mira de cerca, casi con escepticismo. —Supongo que te ha hablado de nuestra familia…

Asiento. —La Bratva, sí. Y de que él está al mando. El Jefe con J mayúscula.

—Correcto. Bueno, ¿qué crees que le pasa al gran malvado jefe de Bratva cuando su madre aparece? —me guiña el ojo de nuevo, me suelta los brazos y se gira para ir de nuevo hacia la cocina—. ¡Dios no permita que te deje ver su lado humano!

No puedo evitar reírme. Al mismo tiempo, me doy cuenta de que no estoy en condiciones de recibir o entretener invitados. —Yo, eh… lo siento, pero no esperaba compañía…

—¡Ve a ponerte cómoda! —grita por encima del hombro—. Estaré en la cocina cuando estés lista.

Eeestá bieeen. Me dirijo al dormitorio, sintiéndome de repente muy cohibida por mi apariencia, mi hogar, mi… todo. ¿La madre de Pasha? ¿Aquí, sin anunciarse y sin ser invitada? ¿Esto será algo habitual?

Ella tiene una llave del lugar. Podría aparecer cuando le dé la gana. ¿Pasha quiere esto? ¿Está bien con esto?

¿Estoy *yo* bien con esto?

Me pongo un chándal de terciopelo sedoso, cada vez más consciente de mi creciente barriguita. ¿Qué piensa de mí? ¿Soy solo una puta cazafortunas a sus ojos y toda la amabilidad es una fachada? ¿Sabe que todo esto fue completamente involuntario?

Las preguntas siguen llegando. Cuando llego a la cocina, estoy hecha un manojo de nervios. —Asya…

Mis palabras se apagan cuando veo lo que me espera.

Hay un pastel de miel recién hecho con una porción ya servida en un plato de postre, junto con un bol de fresas, un bol de crema a juego y un plato de cristal lleno de chocolate oscuro, todo perfectamente dispuesto en la isla de la cocina.

—¡Ven! Siéntate —me insta Asya con una cálida presión de su mano en mi espalda—. Estás haciendo crecer un bebé. Mereces que te mimen con dulces y golosinas.

Pensándolo mejor, creo que esta mujer podría ser un ángel.

Siento que mis mejillas se calientan mientras me hace sentar. —Yo, eh… gracias.

—Hice té —deja una taza de té en un platillo frente a mí y vierte con gracia el té de una tetera que ni siquiera sabía que teníamos—. Es bueno para ti y para el bebé.

—G-gracias —balbuceo de nuevo. Mientras espero a que se enfríe, la veo deslizar la rebanada de pastel de miel hacia mí antes de cortar la suya—. Entonces, eh… ¿qué te ha estado contando Pasha sobre mí?

Asya me sonríe con complicidad. —¿Te preocupa lo que debo pensar de ti? ¿Una jovencita al azar que quedó embarazada del bebé de mi hijo y ahora vive en su casa?

Me sonrojo más, pero ella prácticamente ha dado en el clavo, así que asiento de mala gana.

—Debería ser yo quien te agradezca, *docha*.

Es seguro decir que eso no es para nada lo que esperaba. —¿Disculpa?

Asya se ríe. —He estado muy preocupada por ese chico. Todo trabajo y nada de diversión convierte a cualquiera en un ogro absoluto. Quiero mucho a mi Pasha, pero se estaba volviendo insoportable —me da una sonrisa de lado llena de calidez y picardía—. Hasta que te conoció. Así que sí, te estoy muy agradecida a ti y por ti.

Esta definitivamente no es la interacción que esperaba tener con su madre. Quiero decir, no estoy segura de qué esperaba realmente, pero ¿esta calidez, amabilidad y afecto en general? Ni un poco.

Tal vez sea porque los padres de Conrad son mucho más parecidos a los míos. Controladores, obsesivos con los detalles más raros y peores, microgestionando la vida de su hijo como si sus relaciones fueran transacciones en lugar de una conexión humana. Yo no era una futura nuera para ellos, era una compra pendiente. Una yegua de cría. En su mundo perfecto, una esposa trofeo.

—Entonces, cuéntame todo sobre ti —a Asya ni siquiera parece importarle que su boca todavía esté llena de pastel. En lugar de asqueroso, lo encuentro entrañable. Parece más… *real* de esa manera. Todavía angelical, pero menos sobrenatural—. Y empieza desde el principio. ¡No escatimes en detalles!

¿Qué digo? ¿Por dónde empiezo? También estoy tratando de mantener una cierta cantidad de anonimato, especialmente ahora que los puntos se han conectado oficialmente entre Pasha y la exposición de mi hermana, y la posterior caída familiar. Él no sabe que soy una Hamish. Y, si él no lo sabe, su madre definitivamente no lo sabe.

—Soy coordinadora de eventos en una galería de arte. ¿Los Hermanos Bloom? ¿Quizás hayas oído hablar de ella?

Asya asiente entre bocados de su pastel. —Pasha lo mencionó, cuando planeaba ir a esa subasta. ¿Algún artista moderno, creo? Eché un vistazo al folleto y simplemente no es lo mío.

Resoplo en mi propia taza de té. —Sí. Ese sería mi ex.

—¡Ajá! No te culpo por dejarlo. Sé que el arte es subjetivo, pero eso era simplemente atroz.

Dios, creo que amo a esta mujer. —Sin duda es un gusto… adquirido. Y yo nunca lo adquirí. —

No quiero seguir hablando de mi ex prometido con… bueno, sea lo que sea Pasha para mí, sea como sea que se pueda etiquetar este arreglo, ella sigue siendo su madre—. ¿Qué tipo de arte te gusta?

—Ay, yo soy una dama clásica —Asya me sonríe como si acabara de compartir un secreto jugoso—. Da Vinci, Miguel Ángel, Caravaggio, Rembrandt… Levitan es uno de mis favoritos, por supuesto.

Es una conversación que puedo tener a cualquier hora del día. Me alegro y le dedico una sonrisa. —Me encanta su *Día de Otoño, Sokolniki*. Es casi como una fotografía, pero los colores son tan hermosos.

Asya me mira durante un largo momento en silencio, con esa sonrisa inquebrantable en su rostro incluso mientras sigue comiendo su pastel y bebiendo su té.

¿Dije algo mal? Mierda… ¿pronuncié mal "Sokolniki"? Su acento me hace pensar que es bilingüe; lo último que quiero hacer es insultarla masacrando su idioma.

—¿Qué te gusta cocinar? —pregunta de repente. Aparentemente, terminamos de hablar de arte.

Y ahora estamos en un tema del que estoy un poco más avergonzada. —Yo, eh… realmente no sé cocinar.

—¿No? Pasha me ha contado todo sobre las comidas que has preparado para él.

—YouTube es una bendición —confieso. Siento que me arden las mejillas; estoy segura de que estoy roja como un tomate—. Estoy tratando de aprender más. Solo que, em… este… no aprendí. De niña —la miro y me sorprende ver un interés genuino en sus ojos. Sin juicio ni lástima—. Mi madre no cocina. No sé si sabe siquiera cómo utilizar un microondas, y eso no es ni siquiera una broma, en realidad. Tenemos… *teníamos*… cocineros, y a mí nunca se me permitía entrar en la cocina. Así que cuando me fui a la universidad, simplemente… comía mucho fuera de casa, o encontraba cosas que pudiera calentar en el horno o cosas así. Pero, ahora que voy a tener una bebé, quiero poder hacer más. Quiero poder prepararle galletas caseras y sus comidas favoritas y simplemente pasar más tiempo con ella. Enseñarle, ¿sabes? Y, mientras estoy en eso, quiero que Pasha piense que soy una cocinera medio decente que no envenenará a nuestra hija.

No me doy cuenta de que he estado parloteando hasta que se instala el silencio. Asya parpadea hacia mí, todavía sonriendo, con su plato ahora vacío.

Y luego salta del taburete, retira nuestros platos sucios y me ayuda a ponerme de pie. Antes de que pueda decir otra palabra, me ata un delantal alrededor de la cintura y me entrega un cuenco.

—Ven, *docha*. ¿Quieres aprender a cocinar? Te enseñaré. Y créeme —añade con un codazo juguetón—, si mi hijo no se arrodilla ante ti después de probar un bocado, no te merece.

DAPHNE

Una hora después, Asya y yo nos partimos de risa mientras yo fallo estrepitosamente en rellenar la masa para pierogis de carne. O la estoy rellenando demasiado o la estoy estirando demasiado fina, porque la membrana se sigue rompiendo sin importar cuán delicadamente la manipule.

—¡Lo haces mucho mejor que yo cuando aprendí por primera vez! —exclama Asya mientras me observa luchar para unir las costuras de mi segundo intento—. El truco es poder medir una balanza con los ojos. Y mejor una masa espesa que una rota, ¿no?

—Entonces, ¿qué hago con este… este… lo que sea que sea esto? —me río mientras sostengo mi triste intento de cocina internacional.

Ella lo toma de mi mano y lo coloca sobre la encimera. —Desmóntalo y vuelve a intentarlo. Carne más pequeña, masa más espesa.

—Pero ¿y si se ve mal? ¿O es demasiado pequeña en comparación con las demás?

—Entonces, lo comemos para probar. Siempre prueba tu cocina antes de servir, *moya docha*. Mejor un chef gordo que un esposo flaco.

Casi me ahogo con mi propia saliva cuando dice eso. *¡¿Esposo?!* Pero tal vez lo haya dicho como un dicho que escuchó en alguna parte. Una declaración general. Nada que ver específicamente con Pasha y yo.

Sí. Eso es lo que quiso decir.

Estiro la masa de nuevo e intento que quede un poco más espesa esta vez, mirando a Asya en busca de su aprobación. Sonríe y asiente, pero ha estado sonriendo y asintiendo incluso cuando jodo por completo el proceso y hago un desastre, así que le creo la mitad.

—¡Vaya! —levanto mis pierogis sellados, aunque un poco grumosos y deformes, en señal de triunfo—. ¡Lo hice!

—¡Maravilloso! —Asya desliza los cuencos de masa y carne frente a mí—. Ahora, lo hacemos diez veces más. Tú, tal vez quince o veinte. La práctica hace al maestro, ¿no?

—Tienes razón —arranco una bola de masa fresca para estirarla y agarro el palo de amasar—. Entonces, ¿dijiste que estos son los favoritos de Pasha? —ella asiente y se va al otro lado de la isla para trabajar en picar verduras para una ensalada crujiente—. Es una comida reconfortante,

allá en Rusia. Solía preparárselos cuando tenía un mal día, aunque nunca me lo diría, si ese era el caso.

—Eso suena muy propio de él.

—Pero una madre siempre se da cuenta. Aprenderás eso muy pronto con tu propia pequeña. Así que le hacía pensar que no lo sabía y preparaba pierogis para la cena para animarlo.

—¿Funcionaba?

Asya me sonríe. —Siempre. La forma más rápida de llegar al corazón de un hombre es a través de su estómago, y los dos de Pasha son enormes.

Me muerdo la lengua antes de expresar mis preocupaciones sobre cuán cierto es eso. Ella parece percibir mi vacilación, porque apoya su mano sobre la mía y me da un suave apretón. —Es un hombre testarudo, pero bueno. Ten paciencia con él.

—Tiendo a pensar que soy yo la que necesita toda la paciencia —bromeo sin mucho entusiasmo.

—*Pshk*. Mantenlo alerta. Haz que se gane tu amor. Los hombres como él están acostumbrados a obtener exactamente lo que quieren, cuando lo quieren, así que le estarás haciendo un favor. Tiene a la Bratva para satisfacer sus demandas. Necesita a su familia para mantenerlo humilde y humano.

De una manera extraña, creo que sé lo que quiere decir. —Parece que Mak y Sofi tienen eso bajo control.

Asya se ríe y asiente. —Mis pequeños problemáticos. Los tres, en realidad, y Pasha siempre fue el peor infractor. Así que ten cuidado —advierte mientras agita su cuchara hacia mi barriguita—. Eso bien podría ser genético.

—¿Pasha? ¿Un problemático? —me río ante la sola idea de que un pequeño Pasha ande por ahí armando alboroto—. ¿Por qué creo eso?

—¡Deberías! Era mi pequeño bromista, siempre engañaba a los demás para reírse un poco. Una vez atrapó a Makari en su cama con film transparente.

Ay, Dios mío. Literalmente resoplo cuando me río y tengo que alejarme de los pierogis crudos. —¿En serio?

—Esperó a que se quedara dormido antes de ponerse a trabajar. Solo envolvió y envolvió a su hermano menor en su cama. Lo suficientemente fuerte como para que tuviéramos que cortarlo para soltarlo.

—¿Pasha se metió en problemas?

—¡Por supuesto! —frunce el ceño como si solo recordar el momento le hiciera aflorar algo de ira residual—. Tenía que asegurarme de que fuera amable con su hermano menor. Pero, entre tú y yo, fue una de sus bromas más divertidas. Tuve que botar toda la risa en el baño antes de repartir justicia maternal —su voz se torna una imitación de lo que deben haber sido el Pequeño Pasha y el Pequeño Mak—. *¡Me robó mi Walkman! ¡Se llevó mi bicicleta! ¡No quiere jugar conmigo! ¡No me deja en paz! Bozhe moy*, ¡cómo peleaban! Pero, cuando las cosas se pusieron oscuras,

Pasha estuvo allí para sus hermanos. Y para mí.

Noto cómo se le humedecen los ojos y se le suaviza la voz. No me corresponde entrometerme, así que no le pregunto qué quiere decir con "oscuras". Solo puedo imaginar que una vida apoyada por el crimen organizado tiene su cuota justa de sombras.

—Muy bien, *docha*, parece que estás lista para el siguiente paso —Asya se limpia las manos y rodea la isla de la cocina para acompañarme hasta la estufa. Agarra una olla, me pide que saque una barra de mantequilla del refrigerador y me explica el proceso de cocción—. Vas a derretir la mantequilla… la salada siempre es más sabrosa. Y una vez que esté bien caliente, *¡plop!*

Hace un pierogi con lo que queda en los tazones mientras miro cómo se derrite la mantequilla. Si alguna vez dudé de sus habilidades como chef, su impecable capacidad para hacer las cosas a su ritmo disipa todas esas dudas. Sin dudarlo, pasa de la isla de cocina a la estufa, deja caer los pierogis en la olla y me muestra cómo darles la vuelta con una cuchara de madera.

—¿Ves? *¡Plop!* Dales la vuelta unas cuantas veces hasta que estén dorados y luego sírvelos.

Le acerco una bandeja para servir los pierogis, pensando que freirá el resto. Pero ella sacude la cabeza con esa sonrisa característica y me entrega la cuchara.

—*Nyet*, tienes que hacer esto. Puedo decirte cómo, pero no aprenderás hasta que lo hagas tú misma.

—¿Conoces algún buen sitio de comida rusa para llevar? —bromeo mientras acepto la cuchara. Ella me da juguetonamente en el trasero con un paño de cocina y vuelve a armar la ensalada.

Tengo que admitir que estoy disfrutando mucho de esto. Todo esto. Cocinar, aprender a cocinar de verdad, pero sobre todo… a Asya. Es el ejemplo perfecto de todo lo que nunca tuve con mi propia madre: amorosa, compasiva, con un gran sentido del humor y la paciencia de una santa.

¿Y la forma en que me trata? No puedo pensar demasiado en eso sin sentir que mis ojos comienzan a arder con lágrimas contenidas. Siempre supe que me faltaba algo en mi relación con mi madre; solo que nunca tuve una buena base de comparación para identificar *qué*.

Ahora sí la tengo.

Y, por más lindo que sea sentirlo ahora, es desgarrador pensar en años tras años en los que lo necesité tanto y no lo conseguí.

Ambas escuchamos que se abre la puerta principal. Asya me sonríe con complicidad mientras yo empiezo a entrar en pánico.

—Sigue así, *moya docha* —me murmura mientras se dirige a los cajones—. Yo pondré la mesa.

Pasa un momento más largo de lo que esperaba antes de que Pasha aparezca en el arco de la cocina. Olfatea el aire con una sonrisa creciente y mi estómago da un pequeño vuelco.

¿Le gustará? ¿Perdonará mi interpretación irregular y deforme de su comida favorita?

En el momento en que ve a su madre en el comedor, se congela. —¿Mamá? ¿Qué estás haciendo aquí?

Asya no se inmuta en absoluto. —¡Tenía que venir a ver a la hermosa madre de mi nieta! Y darle algunos consejos para la cena —me guiña el ojo mientras termina de arreglar los cubiertos.

Noto que solo tomó lo suficiente para dos cubiertos. —¿No te unes a nosotros?

—Gracias, *docha*, pero tengo mis propios planes —se acerca a mí y me besa la mejilla—. Además, querrás tu tiempo a solas.

Por primera vez desde que lo conocí, Pasha parece completamente desconcertado.

—Sé bueno y… —le da una palmada en el pecho a su hijo—. Sé bueno con *ella*. Ha hecho un trabajo maravilloso al prepararte una comida caliente. Lo mínimo que puedes hacer es ser mucho más preciso cuando alardees de ella la próxima vez.

—Madr…

—¡Disfrútalo, *moi deti*! Llámame si necesitas algo, ¿sí?

Y, justo así, Asya Chekhov sale del ático y nos deja solos.

Pasha observa la puerta cerrada por un rato, respirando suavemente, antes de que su mirada se desvíe hacia mí. No dice nada, solo se acerca y se ve y huele mucho más embriagador de lo que es justo, en mi opinión.

Mira la sartén. —¿Eso es…?

—Pierogis. Hay una ensalada lista en la mesa; solo necesito sacar el aderezo del refrigerador.

Asiente y se da vuelta para ir a buscarlo, luego cambia de opinión. —¿Cómo exactamente contactaste a mi madre?

—No lo hice. Llegué a casa con Viktor y ella estaba aquí. Me preparó té y me dio de comer pastel. Dijo que quería conocerme más temprano que tarde —doy vuelta otro pierogi en la bandeja para no tener que mirarlo, aunque todavía puedo sentir sus ojos quemándome un agujero en el costado de la cara—. También dijo que tiene su propia llave, para emergencias.

Pasha se queda allí parado por un momento, tenso y silencioso. Luego, para mi sorpresa, estalla en risas. —Debí haberlo sabido.

—¿Le diste una llave?

—Diablos, no. Debió haber sacado una copia en mi última visita a su casa.

—Eso suena… —¿cómo lo digo?

Pasha responde por mí. —Como la esposa de un *pakhan* de la Bratva. La viuda de uno, en todo caso. Si crees que soy tramposo, recuerda: lo aprendí de alguna parte. —coge un pierogi de la bandeja y le da un mordisco.

Inhalo profundamente. El momento de la verdad.

Pasha se queda con la mandíbula abierta. —Joder. Esto es increíble —me mira y juro que no había visto ese brillo en sus ojos desde la subasta—. ¿Lo hiciste tú?

—Tuve ayuda. Mucha —me sonrojo y miro al suelo—. Pero sí, ese lo hice yo. El que se ve elegante es de tu madre.

Él se queda allí de pie y me observa mientras frío los últimos pierogis en la mantequilla, sosteniendo la bandeja para que los coloque. No dice nada, y no sé si eso es algo bueno o si debería preocuparme.

Cuando el último pierogi está frito y listo, Pasha lleva la bandeja al comedor mientras yo me desato el delantal y me lavo las manos. No sé por qué, pero siento un aleteo nervioso en el estómago que no es el de nuestra hija bailando claqué en mi útero.

El aleteo se hace más fuerte cuando me uno a él en el comedor. No solo Asya puso la mesa con el juego de platos y cubiertos más bonito, sino que encendió algunas velas y puso música clásica a bajo volumen para crear ambiente.

Alguien… no yo, sino *alguien*, un completo extraño que no sabe nada mejor… podría fácilmente confundir esto con una cena romántica.

Mi lugar está puesto al lado de el de Pasha, no en el otro extremo de la mesa como siempre. ¿Debería moverme? ¿Es esto extraño para él? ¿Para nosotros?

Pasha me saca la silla. Es sereno, elegante, así que supongo que esto no es tan raro para él como pensaba. Me siento, él me empuja, luego vuelve a su propio asiento y se hunde en él lentamente.

Espero nerviosamente a que él haga el primer movimiento. Espero que se concentre en los pierogis perfectos de su madre, pero los ignora por completo y apila los míos abultados en su lugar. —Ella solía hacer esto para mí cada vez que tenía un mal día.

—¿Lo hiciste? ¿Tuviste un mal día, quiero decir?

Hace una pausa, lo piensa y luego se encoge de hombros. —Las cosas no salieron como lo había planeado. Supongo que podría decirse que fue un mal día, pero… —levanta la mirada para encontrarse con la mía—. Ya no lo parece.

—Ah, ¿sí? —tomo la bandeja cuando me la entrega y cojo las dos que preparó su madre—. ¿Qué lo hizo mejor?

—Vine a casa.

Nuestras miradas se encuentran. Está sonriendo… sonriendo de verdad, lo cual, *ufff*, amigo, es un arma mortal… y es contagioso. Más que contagioso.

No puedo evitar sonreír también.

DAPHNE

Después de varios pierogis y una ensalada crujiente, Pasha y yo nos reímos de un chiste que escuchó a Mak contarle a uno de sus hombres. —Es incluso mejor en ruso. —bebe un sorbo de agua, todavía riéndose—. Joder, tengo que recordarlo para Sofi.

—¿Hablas ruso? —casi de inmediato, quiero patearme a mí misma por hacer una pregunta tan estúpida—. Quiero decir, a veces te escucho decir algunas palabras y frases, pero…

—¿Pero lo hablo con fluidez? Si —deja su vaso de nuevo en la mesa y me sonríe con toda la calidez que desearía que tuviera todos los días. Asya tenía razón: su estómago es un camino directo a la mejor versión de él—. Nací aquí en Estados Unidos, igual que Sofi y Mak. Pero nuestro padre insistía en que volviéramos y visitáramos con frecuencia. Quería mantenernos arraigados en ambos mundos, el Viejo y el Nuevo.

—Debes haberlo amado.

Pasha lo piensa por un momento. —En su mayor parte, sí. Especialmente en Navidad. Las luces en la nieve… Estaría tan abrigado que no podría bajar los brazos por debajo de la cintura. Pero valía la pena.

Intento imaginar una versión diminuta de este hombre, un niño dulce, caminando sobre la nieve helada como un malvavisco. Se me encoge el corazón… en unos pocos años, estará abrigando a una niña que se parece a él.

Nuestros platos están vacíos, así que automáticamente empiezo a levantarme para limpiar la mesa. Pero Pasha se me adelanta.

—Ya hemos hablado de esto —retumba con una mirada de desaprobación.

—No es gran…

Pero luego se levanta y se eleva sobre mí. Una mano me rodea ligeramente el cuello. No está sonriendo, pero puedo sentir un pequeño destello de esa travesura de la que hablaba su madre en él. Aunque, cuando se comunica a través de la forma de un hombre de un metro ochenta de altura con ojos que pueden cometer asesinatos por sí solos, es menos *ja-ja-ji-ji* y más trago saliva.

Mi garganta tiembla bajo su agarre. —Yo…

—Chito —pasa un pulgar por mis labios. Juro que también ha aumentado la temperatura de la

habitación treinta grados, pero eso podría ser solo mi imaginación hablando—. No escuchas muy bien las órdenes. A veces, tengo que poner mis manos sobre ti para que entiendas.

Trago de nuevo. Asiento. Haría casi cualquier cosa que me pida ahora mismo, la verdad.

Con una mínima presión hacia abajo, me pone de nuevo en mi asiento. Mis rodillas se doblan instintivamente, esas putas sucias traidoras. Casi jadeo cuando mi trasero golpea el cojín.

—Buena chica —canturrea Pasha. Me acaricia el labio inferior una vez más con el pulgar antes de retirar su toque por completo. Casi gimo por la pérdida de contacto.

Luego, con una mirada fulminante más, recoge todos los platos y desaparece en la cocina.

Escucho los sonidos de Pasha enjuagando los platos y cargando el lavavajillas y me guío por los pasos de inhalar y exhalar de nuevo, lo que requiere un poco más de esfuerzo consciente del que suele requerir. Las velas están bajas y proyectan un brillo dorado perfecto en la habitación.

Maldita sea. Si no estuviera embarazada, sería el momento perfecto para una copa de vino.

El agua se cierra en la otra habitación. Silencio.

Y entonces él está detrás de mí. Pasa sus manos por mis brazos y me respira.

—Sé que lo dije antes —retumba en su pecho—, pero mi aroma huele increíble en ti. *Tú* hueles increíble, *moya plamya*. No puedo dejar de pensar en ti.

Su boca está tan cerca de mi cuello. Puedo sentir su aliento abanicando mi piel.

No puedo tomar vino.

Pero puedo tomarlo *a él*, ¿no?

Vuelvo mi rostro hacia el suyo y decido en ese último suspiro ir a por ello. Tomar lo que quiero. Ver qué pasa. Lo peor que puede hacer es echarme, ¿no?

Digo, no, lo peor que puede hacer es asesinarme, desmembrar mi cuerpo en un millón de pedacitos y disolver cada uno de ellos en un tanque de ácido, pero…

No puedo recordar cuál era mi objetivo, porque justo en ese momento, nuestros labios se encuentran. Si lo hizo él o lo hice yo, no puedo estar segura. Pero nos juntamos, y no hay duda de lo que es esto.

Me está besando.

Me está *besando*.

Quiero gemir. A la mierda; gimo. Sabe incluso mejor de lo que recuerdo y se siente como todo lo que he estado ansiando. Cuando su gemido hace eco al mío, juro que estoy a punto de derretirme en un charco en esta silla.

Pasha se inclina y me levanta de mi asiento. Estamos tan hambrientos el uno del otro. Mis dedos se enredan en su cabello y sus manos recorren mi cuerpo hasta que descansan en mi cintura. Mientras tanto, nos devoramos los labios y las lenguas como si nada más pudiera satisfacernos.

Me levanta sobre la mesa y se acurruca entre mis piernas abiertas. *Esto me resulta familiar*… No puedo evitar reírme entre gemidos ante la idea.

—¿Algo gracioso, *moya plamya*? —gruñe Pasha por encima del pulso en mi garganta.

—¡N-no! No —estoy medio riendo, medio sin aliento, pero cuando atrapa la cremallera de mi suéter entre sus dientes, todas las risas desaparecen. ¿Qué pensará cuando se dé cuenta de que no llevo nada debajo? Bueno, nada excepto un sujetador. Mis senos están creciendo demasiado como para simplemente estar sueltos.

El calor se enciende en sus ojos cuando su nariz roza la piel desnuda de mi escote. No deja de tirar hasta que el suéter está completamente abierto y se despega por ambos lados.

—Chica traviesa —me provoca con un gruñido bajo. Incluso en el calor del momento, su sonrisa todavía brilla como brasas.

Me inclino sobre los codos hacia él… pero, antes de tener la oportunidad, se inclina hacia delante para capturar mis labios con los suyos una vez más.

Me oigo soltar un pequeño gemido de necesidad y eso alimenta su deseo, llevando su boca hambrienta de vuelta por el otro lado de mi cuello hasta el valle cada vez más profundo de mi escote.

Me acerco al broche que sujeta mi sujetador y lo desabrocho. Últimamente me encantan los cierres delanteros por lo fáciles que son de poner; ahora me encantan por lo fáciles que son de quitar.

Pasha se endereza.

Espero que los devore por completo, pero me sorprende. Su lengua se desliza sobre la curva de uno, seguido de un cálido beso succionador. Una y otra vez, hace lo mismo alrededor de mi seno izquierdo hasta que mi pezón prácticamente está rogando por su atención.

Finalmente, *finalmente*, sus cálidos labios envuelven el capullo fruncido y jadeo, me arqueo, siento que mis dedos de los pies comienzan a curvarse cuando lo golpea con su perversa lengua. Pasha desliza sus manos debajo de mí para frotar mi espalda baja y abrazarme aún más cerca de él. No puedo evitar frotarme contra él.

—Chica *muy* traviesa —él mordisquea la parte inferior de ese seno antes de besar un rastro hacia mi seno derecho, donde lo hace todo de nuevo.

—Pasha —me oigo gemir—. Pasha, por favor…

Esas manos fuertes acarician mi espalda hasta que se enganchan en la cinturilla de mis pantalones deportivos y bragas. No suelta mi pezón con su boca mientras desliza ambas prendas por mis muslos y las deja caer en una pila a nuestros pies.

Una parte de mí se siente tan cohibida por los cambios en mi cuerpo. Mi estómago está más lleno, mis senos son más grandes… diablos, creo que mis muslos también se han vuelto un poco más gruesos. No soy la mujer que desnudó por primera vez en ese armario de almacenamiento.

Pero, justo cuando estoy lista para colocar una mano cohibida frente a mi vientre, Pasha agarra

mi muñeca con un agarre lo suficientemente fuerte como para sacarme un pequeño grito de sorpresa.

—Si crees, aunque sea por un segundo, que te voy a permitir ocultarme alguna parte de ti, estás delirando —gruñe—. Quiero verte entera. Hasta el último centímetro de tu belleza.

Desciende con besos, por la curva de mis senos, la curva de mi vientre y la curva de mis labios palpitantes.

—Tan hermosa —lo escucho susurrar una y otra vez.

Me estoy sonrojando como loca. Mis mejillas están en llamas y mi piel está en llamas y todo lo que toca se enciende con una dolorosa necesidad de más de él. Ni siquiera me doy cuenta de que mis dedos se han enredado en su cabello hasta que siento su lengua deslizarse por mi raja.

Mi columna se dobla. —Pasha…

Mueve los hombros por un momento, luchando con algo que no puedo ver. Pero luego regresa, sus manos acarician mis muslos abiertos y mi estómago, y me encuentro con la maravillosa sensación de su piel desnuda contra la mía.

—Te tengo, bebé —murmura, su boca flotando sobre el punto exacto donde más lo necesito.

Joder, lo necesito. Necesito que esté hambriento y codicioso y necesito ser la única que pueda satisfacerlo.

Su lengua se desliza por mi raja otra vez, pero esta vez, no se detiene. Se sumerge, lame, chupa, me deja muda. Cada sensación se siente el doble de intensa que antes. No puedo dejar de mover mis caderas o tirar de su cabello grueso y oscuro.

No puedo dejar de gemir.

No puedo dejar de jadear.

No *quiero* dejar nada de esto.

Pasha se aferra a mi clítoris y me arqueo en su boca con un fuerte maullido de placer. Sus manos acarician mi cuerpo hasta envolver mis muslos, sujetándome contra él mientras me devora.

—Pasha… joder, voy a… —me quedo sin aliento. No puedo formar palabras. Solo *necesito*.

Presiona un dedo dentro de mí y *joderjoderjoder*, estoy tan cerca, justo al borde, necesitando un poco más hasta que…

¿Qué? ¿Se está alejando?

Podría llorar. Quiero sollozar de frustración y este dolor literal que ahora late por todo mi cuerpo. Me inclino sobre mis brazos para exigir una explicación…

Me encuentro con él. Todo él. Tan cálido, sólido, fuerte y *desnudo*.

Su boca choca con la mía. Mis senos tiernos se presionan contra su pecho mientras me acerca más a él, más cerca del borde de la mesa. Sus manos me abren más a su alrededor y, *ay, Dios mío, joder*, está palpitando fuerte y espeso justo en el centro de mí.

Pasha ahueca mi rostro para hacerme mirarlo a los ojos. No dice nada, pero no tiene que hacerlo. El puro éxtasis en su rostro mientras se empuja dentro de mí es un espejo del mío.

¿Era así de grande antes? ¿Me sentí así de *llena* antes?

—Ay, joder… —mis pestañas revolotean cuando se aparta y se adentra más profundamente—. Pasha, estoy… joder…

—Déjalo salir, bebé —su aliento es caliente contra mi piel—. Déjame sentir que te corres para mí como la buena chica que sé que eres.

Eso es todo lo que se necesita.

Tan pronto como termina la oración, soy un desastre tembloroso y espasmódico en sus brazos, deshaciéndome por las costuras. Él no deja de moverse, no deja de follarme hasta dejarme sin vida. Toda la mesa vibra con cada embestida salvaje.

Me aferro a él como si eso me impidiera disolverme en el éter.

—Buena chica —gruñe repetidamente—. Tan jodidamente hermosa cuando tomas mi polla…

Si no tenía un fetiche de elogios antes, lo tengo ahora. Una cosa es ser deseada como objeto físico… y otra muy distinta es sentir que me follaría el alma si pudiera.

¿Y quién puede decir que no lo está haciendo? A juzgar por la forma en que gime, está dentro de mí más profundamente que nunca antes.

Temblores recorren mis extremidades y se centran en mi interior; las réplicas lo hacen gemir una y otra vez.

Bien.

Me encanta hacerlo gemir.

—Sigue… sigue haciendo eso —dice con voz áspera contra mi garganta.

Mis labios hinchados se curvan en una sonrisa maliciosa. —¿Haciendo… *esto*?

Muevo mis caderas y me aprieto a su alrededor otra vez.

—Sigue así y te llenaré con mi semen ahora mismo, bebé.

Agarra mi trasero, sus dedos clavándose mientras me guía al ritmo que él quiere. Muerdo su hombro, sintiendo otro orgasmo que me hace poner los ojos en blanco acumulándose dentro de mí.

Cuanto más me muevo, más se mueve él. Estamos en esta carrera hacia una línea de meta que ninguno de los dos quiere cruzar demasiado pronto.

—Daphne… —la voz de Pasha se derrite en una serie de gruñidos y gemidos; sus embestidas se vuelven más duras y profundas—. Joder, Daphne…

—Lo quiero —ni siquiera me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta, aunque más exactamente, creo que lo respiro en un jadeo—. Lo quiero. Te quiero a ti. Joder, te deseo tanto

que duele…

La mesa cruje y gime debajo de nosotros. No me importa si se derrumba; más le vale que no deje de follarme si eso pasa. Lo quiero, lo *necesito*, para montar esta abrumadora ola de placer conmigo.

Se estrella contra nosotros al mismo tiempo.

El calor florece en lo más profundo de mí y el mundo se ilumina. Él gruñe, gime, jadea mientras se derrama dentro de mí. Cada espasmo lo ordeña y se estremece, sus dedos se clavan tan fuerte en mi carne que estoy segura de que llevaré moratones durante un tiempo después de esto.

No es un problema, en lo que a mí respecta.

Finalmente, los orgasmos terminan de hacer lo que quieren con nosotros. Nos derrumbamos juntos sobre la mesa, una maraña de miembros jadeantes y réplicas temblorosas. Su rostro se entierra entre mis senos mientras intenta recuperar el aliento.

Lentamente, gradualmente, afloja su control sobre mí. —Eres… —Pasha se ríe delirantemente contra mi piel—. Eres el mejor postre.

Con un último beso prolongado, sale de mí. Odio lo vacía que me siento de repente, aunque al mismo tiempo me deja una nueva sensación de plenitud.

Odio aún más la realidad que se derrumba cuando se aleja para agarrar su ropa.

¿Qué acabamos de hacer?

Él no dice nada más. Se pone los pantalones y la camisa. No me mira ni me dice palabras dulces de afecto.

Es como si hubiéramos entrado en una transacción mutuamente beneficiosa.

Porque… es lo que hicimos.

Por supuesto que es lo que hicimos.

No puedo creer que haya sido tan estúpida. No puedo creer que me haya permitido siquiera pensar, imaginar… Pero, ¿qué importa? Todo este acuerdo es estrictamente de negocios. Él necesitaba un heredero y yo necesitaba un rescate temporal. Simplemente encontramos lo que buscábamos en los recursos disponibles de cada uno.

Yo, un útero.

Él, un protector.

Mi rostro se calienta de vergüenza. ¿Eso es lo que piensa de mí? ¿Un beneficio con quien vive? ¿Una salida conveniente?

En silencio, y sin dedicarle ni una sola mirada, saco mi ropa de estar en casa de las sillas en las que la arrojó. Mis bragas son el peor recordatorio de lo fuerte que caí… todavía están húmedas en el centro por mi deseo por él.

Sé que él también me deseaba. El suyo es un tipo de deseo diferente. Uno que no implica

conexión emocional ni monogamia, ni nada más que la búsqueda de su próximo orgasmo.

Puro sexo. Nada más.

—Daphne, ¿estás…?

—Estoy bien —no puedo mirarlo. Si lo hago, podría llorar—. Necesito ir a darme una ducha.

PASHA

—¿De qué tamaño lo quieres?

Considero las diferentes opciones. —Dame dos de los frascos de viaje y cuatro botellas grandes. Personalizados, como hablamos. Mi asistente se encargará del pago.

Presiono el botón del receptor para que Paris lo recoja y termine todo lo que hay que hacer. La primera tarea de hoy es hacer un perfume personalizado para que lo use Daphne. Algo mío que la marque como mía de la mejor manera.

Anoche fue increíble. Muy necesario. Muy esperado.

Hasta que se convirtió en algo diferente, que todavía no puedo entender.

¿Por qué huyó de mí? ¿Qué demonios hice para que se escondiera en la ducha y me dejara fuera de mi propio dormitorio?

No la he presionado para que me dé una respuesta. Es posible que nuestro pequeño retozo la haya presionado lo suficiente y eso es lo que la llevó a este pánico. Ni siquiera se metió con su chofer esta mañana como suele hacer. Solo empacó, se montó y dejó que la llevara al trabajo sin una palabra de queja.

No debería dejar que me moleste. No *debería* molestarme.

Pero no puedo evitar la persistente sensación de que tengo que hacer algo. Tengo que solucionar esto.

Alguien toca la puerta. Es Mak; su cabeza asoma justo antes de que le siga un expediente en la mano. —Tengo novedades.

Le hago un gesto para que entre. —¿Qué has encontrado?

—Como era de esperar, está totalmente limpia —deja el expediente en mi escritorio y se acomoda en la silla frente a mí—. No tiene multas de aparcamiento, ni por exceso de velocidad. Ni siquiera un pago atrasado de ninguna de sus residencias anteriores.

Agarro el expediente y empiezo a pasar las páginas. Es bastante escueto para el informe de toda la vida de una persona. —¿Demasiado limpia?

—Eso pensarías, pero los testigos y los antecedentes confirman que es muy concienzuda en

cuanto a seguir las reglas. Algunas personas son así. Yo no, pero *algunas* personas sí.

Quiero sentirme aliviado. Quiero poder dejar esto de lado como una diligencia debida básica y pasar a hablar de asuntos más urgentes, como Brennan y el contrato jodido.

Entonces, ¿por qué no puedo? ¿Por qué mi instinto me grita que hay más de lo que parece?

—Hay una cosa —añade Mak con una vacilación considerable.

Ahí está. Mi corazón salta en mi garganta. Asiento para que continúe.

—Bueno, tal vez dos cosas. No podemos encontrar a su hermana.

Podría darle una bofetada por mantenerme tan tenso. —¿Y? Sigue buscando.

Mak tamborilea con los dedos en el apoyabrazos y suelta una bocanada de aire. —No, quiero decir, no podemos encontrar nada que pruebe que siquiera *tiene* una hermana.

Eso me hace detenerme. —Continúa…

—Está relacionado con lo segundo. ¿Daphne Covington? Tiene que ser de fuera de la ciudad, porque todos sus registros son bastante recientes. Estamos hablando de los últimos cinco años. No es vieja, por supuesto, pero debería haber mucho más que un empleador y un puñado de apartamentos en su historial. Incluso su licencia de conducir no se remonta a esa época. Mi hombre en el DGT me dijo que suele ver esto con cambios de nombre no públicos.

Suspiro y me froto el puente de la nariz. —Si tiene antecedentes borrados, eso podría explicar por qué no podemos encontrar a su hermana.

Mak se recuesta en su silla y la gira para mirar por la ventana. —Haré que mis hombres sigan buscando. Ha sido mucho trabajo filtrar nombres y papeles duplicados, así que…

Eso me llama la atención. —¿Duplicados de qué?

Se encoge de hombros. —¿Sabes cómo a veces la gente comparte nombres o direcciones y los informes crediticios mezclan esa mierda? Tu Daphne se cruza con otra completamente distinta en algunas de las direcciones. Pero esa se fue de la ciudad hace varios años, lo que coincide con la supuesta llegada de nuestra Daphne.

Hay algo en eso, pero su elección de palabras me distrae al instante. —¿*Nuestra* Daphne?

Mak sonríe y me mira de reojo. —Ay, vamos. Sabes que Mamá llamó por teléfono en cuanto salió de tu casa.

Aprieto los dientes. —¿Qué dijo?

—¿Te gustaría que la conversación antes de que ella y Sofiya se volvieran locas con las ideas para la boda, o después?

Es todo lo que puedo por no caer de cara al escritorio. —Apenas…

—Ay, vamos. Ni siquiera empieces con esa mierda. "*Apenas nos conocemos, pero hemos creado un ser humano completamente nuevo para este mundo*". Tengo que estar de acuerdo con Mamá en esto. Si sentiste la conexión suficiente para acostarte con ella, reproducirla y traerla a casa,

también debes sentir esa misma conexión para casarte con ella.

—No lo hagas sonar tan grosero —arrugo la cara en un ceño feo. *¿Reproducirla?* Diablos no.

Mak gira su silla hacia mí y sonríe. —Entonces, estás de acuerdo. Tú consigues una hermosa nueva novia y yo consigo una cuñada.

La parte de atrás de mis dientes rechina una vez más. Que lo jodan a Makari y su lógica. Que lo jodan al tío que le enseñó a hacer girar los debates a su favor.

Ah, espera. Ese tío fui yo.

—Lo pensaré —es la única respuesta que me siento lo suficientemente preparado para darle.

Él levanta una ceja. —Está bien, si así es como quieres jugar. Solo recuerda, mientras lo piensas, que alguien más puede venir y simplemente *hacerlo*.

—¿A qué diablos te refieres?

—¿No tenía algún ex con el que te enredaste en algún momento? ¿Un ex *prometido*? —de nuevo, se encoge de hombros—. Él la perdió por ti. Sin un anillo en su dedo, ¿qué le impide huir hacia el próximo héroe?

Ha pasado de jugar con mi temperamento a pisotearlo directamente. —Ya has dejado en claro tu punto de vista. Ahora, por favor, vete a la mierda.

Mak no se lo toma como algo personal. Nunca lo hace. Simplemente me da otra de sus sonrisas petulantes de "*te lo dije*" y se dirige a la puerta. —No lo olvides, hermano mayor: tu ganancia es nuestra ganancia. Y tu pérdida es nuestra pérdida.

La puerta no puede cerrarse lo suficientemente fuerte detrás de él.

No necesito que mis hermanos husmeen en mis asuntos y me digan qué hacer para manifestar su idea de un final feliz. Pero tiene un punto: no necesito que un extraño cualquiera aparezca de repente y se lleve a Daphne tan fácilmente como lo hice cuando vino a mí en busca de ayuda con Ewing.

Imágenes de Daphne y mi madre riendo y hablando juntas cruzan mi mente. Fue… agradable, supongo. Me di cuenta de lo mucho que Mamá la adora, y parecía que Daphne disfrutaba mucho de la particular locura de la matriarca Chekhov.

Pero entonces, nuevas imágenes empiezan a flotar en la mezcla.

Daphne en la isla de la cocina, riendo y comiendo masa de galletas con una hermosa niñita que tiene el cabello de Mamá y los ojos de Daphne.

Esa misma niñita acurrucada entre nosotros mientras vemos una película.

¿Es tan loco querer eso? ¿Es tan malo querer que Daphne sea mi esposa?

Me sacudo un poco para quitarme de encima las ideas invasivas. Ninguna de ellas hace nada productivo para la empresa o la Bratva. Me estaba yendo bien, cuando todo este asunto del amorío familiar era problema de Mak y no mío.

Aun así…

—Hola, es Chekhov. Necesito hacer un pedido urgente. La piedra central debería tener alrededor de tres quilates. Más si tienes. ¿Cuatro? Perfecto. Que sean cuatro, entonces.

PASHA

Los ojos de Daphne se abren de par en par cuando me ve entrar por la puerta. —¡Ay! ¡Llegaste temprano a casa! Aún no he empezado a preparar la cena.

Parece que lo que la asustaba ya pasó. *Gracias a Dios*. —Está bien. Te llevaré a cenar fuera. Yo invito.

Su rubor no me pasa desapercibido. Intenta mantenerse ocupada y sé que es una táctica, así que, antes de poder adivinar su instinto, me pongo detrás de ella y la rodeo con mis brazos por la cintura.

Su respiración se detiene. La mía hace exactamente lo mismo. Cada día, parece que nuestro bebé crece y se hace más fuerte. Froto mi mano sobre su pancita para sentir los aleteos y las patadas.

Daphne suspira y se inclina hacia mi abrazo, cerrando lentamente los ojos por un momento. Su mano descansa sobre la mía, y me sorprende lo fácil que es esto.

Lo fácil que somos “nosotros”.

—Tengo algo para ti —murmuro en su hombro. *Joder*, es tan tentador mordisquear su suave piel solo para escuchar sus gemidos.

Pero necesito concentrarme en lo que hago. Meto la mano en el bolsillo y saco la cajita de joyas que he estado guardando durante las últimas tres horas.

—Será mejor que no sea un auto —bromea.

—Joder, lo adivinaste —finjo suspirar decepcionado—. Lo devolveré si tú…

Me agarra la muñeca riéndose. —¡No! ¡Para! ¡Estoy jugando! Sé que Buccellati no fabrica autos.

—¿Conoces al joyero?

Su rostro se ensombrece. Y luego sus ojos se mueven rápidamente a su alrededor, como si la hubiera pillado en medio de algo que no debería estar haciendo. —Quiero decir, em… —suspira y se presiona unos dedos en las sienes—. Vale. Me pillaste —otra respiración profunda y me mira a los ojos—. Soy una interna.

Intento no reírme. ¿Todo el drama para *eso*? —¿Una interna?

—Ya sabes. Una estudiante de internado.

Sigo sin entender.

—Del tipo que solo los padres con islas privadas pueden costearse.

Ah.

Eso explica algunas cosas. También indica un agujero evidente en la investigación de antecedentes que hice que Mak hiciera sobre ella. ¿El expediente siquiera mencionaba los nombres de sus padres? ¿O solo salían como "vivos y bien"?

Estoy a punto de preguntarle más cuando me interrumpe con un fuerte jadeo.

Abrió la caja.

—Ay… ay, Dios mío. *Pasha*.

Mi orgullo crece. También lo hace algo más, pero estoy decidido a mantenerme concentrado en el tema en cuestión. Lo último que quiero es que salga corriendo otra vez.

Daphne levanta con cuidado la gargantilla de filigrana de diamantes de la caja de terciopelo. La piedra central es un diamante de talla brillante de cuatro quilates, incrustado en oro blanco y rodeado de remolinos de diamantes más pequeños que brillan y centellean con cada giro de su mano.

No se dará cuenta de algunos de los detalles más finos, los que había incluido para mí y solo para mí. Entre ellos, unas cuantas letras cirílicas seleccionadas que forman la palabra "Chekhov".

En otras palabras… *mía*.

—Es… Esto es… —me mira con lágrimas en las pestañas—. Realmente no tenías que hacerlo. No deberías haberlo hecho.

Le quito el collar de la mano y me muevo detrás de ella para colocarlo con cuidado alrededor de su cuello. No me pierdo el escalofrío que la recorre cuando le paso el cabello largo por encima de un hombro. —Te lo mereces.

—Pero ¿por qué?

Algo en el fondo de mi mente me hace pensar que esta pregunta es extraña. Ella conoce al joyero exclusivo, aparentemente fue a un internado de élite y la he visto comportarse con la dignidad arrogante de una socialité.

Entonces, ¿por qué se muestra tan nerviosa al recibir regalos lujosos?

¿No es algo a lo que debería estar acostumbrada?

—Tú estás haciendo todo el trabajo pesado al llevar a nuestra bebé —le explico mientras la giro para que me mire. Se siente tan natural que mis brazos descansen alrededor de su cintura que los dejo allí—. ¿No tengo permitido mostrarte mi aprecio?

Sus mejillas se sonrojan. ¿Sabe lo atractiva que puede ser cuando está así? ¿Suave, cálida y vulnerable, en mis brazos y sin luchar contra mí a cada paso?

Aunque mentiría si dijera que no me encanta su fuego también.

También me encanta cómo le queda el collar. Mi nombre *pertenece* allí, suavemente acurrucado contra la tierna piel de su garganta.

No es un anillo, pero está jodidamente cerca. Cualquiera que se mueva en mis círculos sabrá que esta es *mi* mujer. Fuera de límites. Exclusiva para mí y solo para mí.

Y cualquiera que no se mueva en mis círculos aprenderá la lección pronto.

Daphne se inclina sobre las puntas de sus pies para dejar un suave beso en mi boca. La dejo hacerlo sin ceder a mis instintos de querer más.

No necesito reclamarla ahora mismo… el collar está haciendo un trabajo perfecto por sí solo.

Pero ella es deliciosa y es mía. Toda mía para probarla cuando y donde quiera.

Muy pronto, lo haré.

—Vale. Vaya. Gracias. Supongo que, eh… debería ir a cambiarme para la cena. —se aleja de mí con una sonrisa tímida. Levanta su mano para tocar su collar y su sonrisa se ilumina.

La mía también.

Vale cada centavo.

DAPHNE

Sí, todavía está ahí.

Tal como estaba hace tres minutos.

Y treinta segundos antes de eso.

No puedo dejar de tocar mi nuevo collar, más que nada para recordarme que sí, es real. Eso *sí* sucedió. Pasha me dio joyas caras.

Y luego me *besó*.

No me habría opuesto a otro "macerar encima de la mesa", como diría Hazel de manera tan cruda, pero en realidad me alegro de que no haya hecho nada. Una cosa es saber que soy el objeto de sus fantasías… y otra muy distinta es saber que también me disfruta en los pequeños momentos.

Al menos… ¿creo que sí? ¿Espero que sí? Honestamente, a veces es un poco confuso con él, así que voy a dejar que esto suceda.

—Dios *mío*.

Hazel me saca de mi ensoñación en la puerta de la oficina, con una mano agarrando su taza de café y la otra agarrándose dramáticamente el cuello.

—¡Chica! ¡*Chica*! ¿Qué es esto? —hace un gesto hacia el collar, boquiabierta—. ¿Quién? ¿Qué? ¿Cuándo? ¿Y por qué no te has casado con él todavía?

—En primer lugar, ¿cómo sabes que es un "él"?

Hazel me mira como si acabara de decir la mayor estupidez del mundo. —Porque tu hermana no es precisamente rica en dinero, y tu madre preferiría ponérselo ella misma antes que dárselo a otra persona, y menos a ti.

Tiene razón.

—¿Y entonces? —se deja caer en otra silla de oficina y se acerca a mí, sorbiendo su café con una sonrisa emocionada—. ¡Detalles!

Sé que me estoy sonrojando. También estoy jugando con el colgante por milésima vez. —Bueno,

Pasha solo…

Mi teléfono comienza a vibrar en mi escritorio. Espero que sea Pasha, pero…

Mi corazón se hunde en mis entrañas.

Conrad.

—Ay —lo mando al buzón de voz y empujo el teléfono en el cajón de mi escritorio—. Entiende la indirecta, gilipollas.

Hazel frunce el ceño. —¿Ese…?

Vuelve a vibrar, más fuerte y más enojado ahora que está dentro del cajón. Abro el cajón de un tirón y le cuelgo de nuevo.

—Súper molesto…

Otra vez.

Hazel toma el teléfono de mi escritorio y responde. Intento hacerle una señal para que pare, que *no hable con él*, pero me ignora descaradamente. —El teléfono de Daphne Covington. ¿A dónde puedo dirigir su llamada?

La miro con los ojos entrecerrados.

Ella simplemente sonríe y me guiña el ojo antes de volver a su modo profesional. —Lo siento, pero no está disponible. No, quiero decir que no está disponible para ti. Específicamente para ti. No, no lo haré. No. No y no. Sr. Ewing —dice con su risa profesional—, no creo que entienda lo que significa la palabra "no". No hablará con la Srta. Covington y dejará de intentar comunicarse con ella después de esta llamada telefónica. ¿Entendido?

Me estremezco. Todo este dramatismo tiene que ser innecesario, ¿verdad? ¡Tengo esto bajo control! Ignorarlo es mejor que provocarlo. ¿Verdad?

¿…Verdad?

—Vale, intentaré decirlo nuevamente con palabras muy pequeñas para tu cerebro tan pequeño —la voz de Hazel baja a un tono mucho más amenazante—. No llamar más Daphne. No. Llamar. Daphne. ¿Vale? No más. No, no, no quiero escuchar tus excusas. Sé un hombre y trágate la mierda que arrojaste —cuelga y me devuelve mi teléfono.

No sé si me siento cabreada, violada o aliviada. —Puedo manejarlo.

—¿En serio? —sus cejas casi le tocan la línea del cabello—. Entonces, ¿cómo es que todavía puede llamarte?

—Yo…

—Tienes que *bloquear* su patético trasero.

—¿Cómo hago eso? —alejo mi teléfono cuando ella lo toma de nuevo—. No, no literalmente. Digo, ¿cómo bloqueo a alguien con quien pasé más de media década?

—Fácil. Ve a "*Contactos*", selecciona su nombre y luego "*Bloquear Contacto*".

Estoy a punto de ponerle los ojos en blanco cuando veo a otra persona parada en la puerta. —¡Sofi! ¡Hola! Em… —miro a Hazel, que parece lo suficientemente engreída como para meter a la hermana de Pasha en este debate, y no creo que quiera eso. Hazel es lo suficientemente dura sin refuerzos. —¿Qué pasa?

Sofi nos mira, su expresión es tan escéptica como la de Hazel. —Escuché sobre el collar y vine a verlo por mí misma. Ahora me alegro de haberlo hecho. ¿Quién te llama?

—Nadie…

—Su ex.

Le lanzo una mirada asesina a mi mejor amiga. Ella me ignora deliberadamente y se concentra en hacer exactamente lo que no quiero que haga. —Sidney Conrad Ewing no entiende ni una puta indirecta. Ha estado haciendo explotar su teléfono sin parar. Le estaba diciendo a Daph que tiene que *bloquearlo* —muerde la última palabra entre dientes y con una mirada de reojo.

—Estoy de acuerdo —Sofi asiente con la cabeza hacia el teléfono que tengo en la mano—. Bloquéalo. Acaba con él.

Oficialmente, me siento acorralada. —Me encargaré de eso.

—Ahora mismo.

Vale. No me gusta la versión agresiva de Sofiya Chekhov. —Dije que me encargaré.

—No lo entiendes —se acerca a la otra silla de oficina vacía y la desliza hasta mi escritorio con un suspiro—. ¿Cómo crees que se ve? ¿Que tu ex, que claramente es tóxico, todavía pueda llamarte? ¿Y enviarte mensajes de texto? —se inclina hacia adelante—. ¿Porque se lo *permites*?

Algo se revuelve en mi estómago. No es mi bebé y no me gusta. —Pero sigo diciéndole que pare.

—*Haz* que pare.

—Pero…

—Daphne —Sofi se acerca por encima del escritorio para tomar mi mano entre las suyas—. Puedes hacerlo. *Necesitas* hacerlo. No solo por ti, sino también por él. ¿Crees que mi hermano mayor se va a quedar de brazos cruzados y va a permitir que este idiota te siga acosando? Créeme, su versión de "llamada bloqueada" es mucho más sangrienta que un pequeño botón.

No pensé en eso. Realmente no he visto a Pasha en su forma completa y no estoy segura de querer que eso se desate contra Conrad. Aunque siento que se lo merece.

Hay una parte de mí que está de acuerdo con ellas. Se pregunta por qué demonios no he cortado los últimos lazos con este traidor traicionero y me he dado la paz.

Pero cada vez que he estado sobre ese botón, no me he sentido *bien*. Durante tantos años, Conrad fue mi amigo. Luego fue mi novio y luego mi prometido. Él habría sido mi esposo el año que viene, si hubiera sido un hombre decente.

Pero *no* es un hombre decente.

Y Sofi tiene razón. No es bueno para mí si insisto en mantener abierta esta última conexión con él.

Empiezan a llegar mensajes.

GILIPOLLAS: ***Dile a tus perros guardianes que se alejen***

GILIPOLLAS: ***Solo quiero hablar contigo***

GILIPOLLAS: ***Madura, joder, y contesta el teléfono***

Respiro hondo. Podría bloquearlo ahora. Pero al menos debería hacer lo correcto y darle un aviso de cortesía.

YO: ***No quiero hablar contigo. Punto.***

YO: ***Como no puedes respetar mis límites, te bloqueo.***

GILIPOLLAS: ***Espera, ¿qué?***

GILIPOLLAS: ***¡¿Hablas jodidamente en serio?!***

Miro a mis amigas, que se inclinan para ver si realmente lo hago. Al mismo tiempo, me frotan los hombros y murmuran palabras de aliento para ayudarme a superarlo.

—Puedes hacerlo.

—Te sentirás mejor. Confía en mí.

—Confía en *nosotras*. Aquí estamos para ti.

Otro mensaje de texto suyo aparece en la parte superior de la pantalla. No lo miro. Estoy harta.

Con un toque de mi pulgar, está bloqueado.

Dejo escapar un profundo suspiro de alivio en el momento en que su perfil desaparece de mis contactos. Tenían razón… sí me siento mejor. Como si finalmente pudiera respirar de nuevo.

—Por favor, no se lo digas a Pasha —murmuro, incapaz de mirar a Sofi a los ojos todavía.

Ella aspira un poco de aire entre los dientes. —No sé si puedo mantener esto en secreto, Daph. Solo estoy siendo honesta. Pero —añade cuando claramente empiezo a entrar en pánico—, ya que te ocupaste de esto, me lo guardaré todo para mí mientras él no pregunte.

—¿Y si lo hace?

Ella sonríe. —Entonces, le diré que hiciste lo correcto y bloqueaste al imbécil.

Supongo que eso es mejor que la alternativa… contarle a Pasha cuánto tiempo he permitido que Conrad intentara abrirse paso de nuevo en mi vida.

Hazel nos mira a ambas. —¿Debería preocuparme por el nuevo chico? No me malinterpretes, me encanta la onda protectora. Pero…

—Mi hermano es testarudo e intenso —responde Sofi—, pero es un buen hombre. La familia es todo para él. Y ahora, Daphne también es nuestra familia —reconozco cada vez más su dulce sonrisa y su voz suave como si fuera una especie de máscara que usa en público.

Una cortina de humo, para que la gente no sepa nada de ella.

O de su familia.

Con F mayúscula.

PASHA

—¡Vaya, vaya, Sr. Chekhov! ¿A qué debo el placer? —los ojos de Cora recorren mi cuerpo mientras se pavonea hacia el vestíbulo de la finca de los Brennan. El balanceo exagerado de sus caderas está llevando al límite; la inclinación de su escote combinada con lo que obviamente es un push-up hace que su escote profundo sea más que obsceno.

Lo que es aún más obsceno es cómo mi mente salta inmediatamente a Daphne usando exactamente lo mismo. El vestido cruzado escarlata abrazando sus muslos, sus pechos amenazando con desbordarse por la parte superior…

Pero solo para mí. Sería un día frío en el infierno antes de que dejara que otro hombre la viera así.

—Tenemos que hablar de tu esposo —estoy decidido a mantener esto estrictamente en el ámbito profesional. Sofi está detrás de mí, sin duda haciendo todo lo posible por ocultar su propio disgusto por las payasadas de Cora.

—Mi esposo está fuera todo el día —Cora ronronea cada palabra y avanza lentamente hasta que apenas nos separa un respiro. Pasa sus manos por mi pecho y me sonríe—. *Todo* el día.

Puedo sentir a Sofi dar un paso adelante. Su irritación prácticamente ondula en el aire.

Pero hago el movimiento antes de que ella pueda hacerlo. —Estoy comprometido —le informo a la esposa del senador sin rodeos mientras quito sus manos de mi pecho—. Y estamos esperando un bebé.

La máscara de Cora se desmorona rápidamente. Da un paso atrás, se alisa el vestido y se aclara la garganta.

—¡Bueno! Mis felicitaciones. —Hace un gesto con la muñeca para que la sigamos a su casa. No me sorprende que la habitación que eligió incluya un bar, al que se dirige directamente—. Un brindis por el feliz padre. ¿Estás registrado?

—¿Sabes qué sería un gran regalo? Una explicación detallada de qué diablos está pasando con tu esposo.

Cora se toma su tiempo para preparar un cóctel, dándonos la espalda. Miro a Sofiya, que está mirando a la mujer como si una palabra mía pudiera desatar su furia.

—En realidad no sé qué está pasando con Scott —Cora suspira y revuelve su bebida antes de tomar un sorbo y volverse hacia nosotros—. Últimamente ha estado nervioso. Esconde su teléfono, responde llamadas en mitad de la noche, dice que tiene todas estas reuniones de almuerzo y noches largas en la oficina —toma otro sorbo—. Si no lo supiera, diría que ha empezado una nueva aventura.

Frunzo el ceño. Cora no es tonta… conoce las actividades extramatrimoniales de su esposo desde hace años. También es culpable de tener muchas propias, solo para "mantener la cuenta en equilibrio", como me lo describió una vez.

Eso es lo único que tenemos en común: chantajear al senador con sus pecados.

Sin embargo, algo en su tono llama mi atención. —Pero *tú* lo sabes mejor, ¿no? Esto no es una aventura. Esto es diferente.

Pone los ojos en blanco, pero aprieta la mandíbula. —Cuando se trata de sexo, Scott es descuidado. Tanto en el acto como al intentar ocultar las pruebas. Sería vergonzoso si no fuera tan condenadamente entretenido.

Se pavonea hasta una tumbona y se recuesta en ella. Si cree que está siendo sutil con la forma en que a veces me mira, se equivoca. Pero, como está siendo sorprendentemente servicial frente a la inconstancia de su esposo, no voy a reprenderla.

Todavía.

—Pero ¿esta vez? Está siendo *demasiado* cuidadoso. *Demasiado* limpio. Nada de bragas debajo del sofá, ni joyas en el baño. Y no era perfume lo que olí la otra noche.

Sé lo que está haciendo, pero muerdo de todos modos. —¿Qué oliste?

Me mira por encima del borde de su copa de martini y casi se bebe la mitad del contenido de un trago. Con un suspiro y un chasquido de labios, responde—: whisky, bourbon y colonia cara.

Me reprimo para no reír. —¿No crees que…?

—Me importaría una mierda si lo hiciera, pero no, no creo que se haya instalado en el armario todavía —Cora levanta su copa como si brindara por una idea—. Si me preguntas, está haciendo amigos en lugares turbios y tu pequeño acuerdo está en problemas.

—Así que sabes sobre eso.

—Por favor. No me insultes. *Claro* que sé todo sobre eso. Lamentablemente, para ti, quiero decir, Scott no ha venido a pedirme consejo y, francamente, no estoy de humor para dar ninguno.

No pierdas los estribos, me aconsejo. *Mantén la calma… Mantén la calma…*

Fuerzo una sonrisa, aunque me molesta muchísimo que esta mujer pueda ser tan jodidamente frívola sobre el trato más importante que pueda negociar en mi vida. —¿Qué *sí* tienes ganas de hacer?

Cora se pasa la lengua por el labio inferior. —¿Ya que estás fuera del menú? Tengo ganas de divertirme un poco con mi esposo desobediente. Puede que se derrumbe bajo la presión y cometa un desliz; podría ser una aventura y esta vez es realmente discreto. O, y este es un *gran* "o",

podría revelar alguna información valiosa que puedas encontrar útil.

Suspiro. Es lo mejor que voy a conseguir. —¿Me llamarás?

—Vamos, vamos. ¿Qué obtengo a cambio? —se desliza de su asiento y se acerca a mí, ese balanceo en sus caderas multiplicado por diez. No está haciendo nada para mí, aparte de ponernos nerviosos a Sof y a mí—. Scott me da diamantes y pieles y, de vez en cuando, un auto cuando averigua que lo descubrí. ¿Qué me darás a cambio de mi ayuda?

—Mi respeto y mi gratitud —evito su avance y le hago un gesto con la cabeza a Sofi… es hora de que nos vayamos. Ya es bastante difícil lidiar con Cora sobria; no necesitamos bailar tango con la versión borracha—. Y, si alguna vez te presentas a un cargo, podría hacer una contribución considerable.

Los ojos de Cora se iluminan y me arrepiento de la insinuación involuntaria mientras mira mi entrepierna con renovada hambre. —Te haré cumplir con eso, Pasha. Te hare cumplir *fuertemente*.

Sofi prácticamente me arrastra hacia la puerta. No la culpo… no podemos irnos lo suficientemente rápido y, por una vez, no estoy demasiado decepcionado de que no hayamos obtenido tanta información como queríamos de la visita.

—No estabas bromeando acerca de traer una botella de spray —murmura mi hermana en voz baja mientras nos dirigimos hacia la salida a través del vestíbulo principal—. Es como una maldita gata en celo.

—Nunca entenderé por qué la gente permanece en matrimonios que no tienen intención de honrar.

—Política —pone los ojos en blanco, aunque ambos sabemos que tiene razón—. Probablemente sea más fácil ser la esposa compadecida de un canalla descarriado que tiene influencia en la Casa Blanca y el Pentágono que la *ex*esposa deshonrada de dicho canalla. Además, la pensión conyugal no puede ser tan buena.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué lo crees?

—Bueno, si ella lo delata como un cabrón infiel, perderá un montón de votos. Sin votos no hay cargo. Sin cargo no hay sueldo cómodo. Sin sueldo cómodo…

—No hay pensión conyugal cómoda —abro el auto y espero a que Sofi entre antes de hacerlo yo. No por razones de seguridad de nuestra parte; me preocupa más que cambie de opinión y vuelva a enseñarle a la Sra. Brennan un par de cosas sobre límites.

Incluso ahora, mientras hablamos de estadísticas, todavía puedo sentir la ira de Sofi hirviendo a fuego lento bajo la superficie.

—Haré que mis hombres sigan investigando —dice mientras enciendo el motor—. Seguirlo no ha aportado mucha información, aparte de confirmar lo que dijo Cora sobre las reuniones nocturnas.

—¿En su oficina?

Sofi sacude la cabeza. —Normalmente, no. No se ha alejado de sus lugares habituales, los mismos clubes y bares de siempre y cosas así… solo ha cambiado un poco su horario. Y si alguien notable se reúne con él, llega antes que él y se va mucho después que él —se encoge de hombros y baja la visera para ver su lápiz labial—. Es la única explicación que tenemos para no ver con quién exactamente se está reuniendo.

Todo lo que puedo hacer es no sacar el auto de la entrada de Brennan y dejar algunas huellas quemadas. Prefiero no arriesgar mis buenos neumáticos, o lo que queda de nuestra tenue relación.

—Necesitamos idear un plan B. Por si acaso.

—¿En caso de que el trato fracase?

Siento que me rechinan los dientes de atrás solo de pensar en esa posibilidad. —Si es así, voy a quemar a toda costa al *mudak*. Y a Cora también. Diablos, quemaré toda la maldita propiedad si es necesario. Nadie jode a un Chekhov y vive para reírse de ello.

—Si yo fuera tú, estaría más preocupada por lo que acabas de hacerle a Cora —ante mi reojo, Sofi se encoge de hombros de nuevo y hace un gesto hacia la mansión que hemos dejado atrás—. ¿Qué? ¿Crees que se va a fiar de tu palabra? Va a verificar que estás comprometido, y una vez que descubra que no lo estás… bueno, será mejor que actives esa orden de alejamiento.

—Daphne ya lleva el collar que le di. No debería ser un problema.

—Sí, si algo grita "Propiedad de Pasha", es el equivalente a un collar de perro en forma de collar de diamantes.

Una vez más, le lanzo una mirada fulminante a mi hermana. —Sabes que no es así como pienso en ella.

Sofi no se inmuta en absoluto. —Lo que sé es que no es un anillo de compromiso. Y también sé que no es lo que Mamá tenía en mente cuando dijo…

—Sé lo que quería decir. Estoy considerando mis opciones.

—Parece que ya te decidiste en esa telaraña —me arquea una ceja—. ¿O fue solo una mierda cobarde?

—Ten cuidado, hermana.

—"Cuidado" es exactamente lo que quiero que tengas con Daphne. Lo mismo con Mak y Mamá. Ya sembraste tu semilla sin cuidado y tuviste mucha suerte de que fuera ella y no una tonta cabeza hueca sin el suficiente sentido común para llenar las copas de su sujetador. Pero no puedes mirarme a los ojos y decirme que tu obsesión sobreprotectora es suficiente para cerrar las cosas con ella. Las mujeres necesitan más que solo refugio y recursos… necesitan compromiso. Los *hijos* necesitan compromiso.

No voy a discutir con ella sobre esto. Francamente, ni siquiera sé por dónde empezar. —Joder —digo con un suspiro de cansancio repentino.

La boca de Sofi se contrae en una sonrisa irónica. —¿Eso significa…?

—Sabes muy bien lo que significa.

—Sí, pero quiero oírte decirlo.

Aprieto los dientes. —Significa que lo haré. Significa que tienes razón. Mamá tiene razón. Joder, incluso Mak tiene razón. Le daré a Daphne mi anillo y mi nombre, y nuestra hija tendrá todo lo que necesita.

—Música para mis oídos —dice con una sonrisa—. Pero, ¿eso es todo lo que le darás?

La forma en que Sofi lo pregunta, toda gentileza y estupidez, me pone al borde de la incomodidad. Sé lo que está preguntando. Lo que *realmente* está preguntando.

—Es todo lo que puedo dar. Es todo lo que soy capaz de hacer.

Suspira, pero lo deja pasar. *Gracias a Dios.*

Puedo convertir a Daphne en mi esposa y a nuestra hija en mi heredera legítima. Se merecen mi protección y todos los beneficios que conlleva llevar mi nombre.

Pero ¿amor? ¿Afecto? No sabría esas cosas ni aunque me apuñalaran en la garganta.

No puedo darle lo que estoy bastante seguro que no tengo.

DAPHNE

—¡Ahí están mis chicas! —nos dice Asya a Sofi y a mí cuando nos acercamos al restaurante para almorzar. Se levanta de su asiento para besar las mejillas de Sofi y luego me atrae para abrazarme—. ¡Estoy tan feliz de que podamos pasar un rato juntas! Vengan, siéntanse, coman.

Hago dos de las tres y preparo mi excusa para no hacer la tercera. —No tengo mucha hambre…

—Tonterías —interrumpe Asya antes de que llegue a la mitad de mis patrañas—. Estás comiendo por dos y recuerdo lo hambrientos que siempre estaban mis bebés. Debes estar muerta de hambre.

Bueno, mierda. Lo estoy. Puedo sentir mi estómago rugir y mi hija está agregando su voz a la mezcla.

Asya me sonríe con complicidad y se estira por encima de la mesa para darme una palmadita en la mano. —Yo invito. Insisto.

Mi cara se calienta, y de repente soy demasiado tímida para mirarla a los ojos. —Gracias.

¿Qué tiene esta familia que me derrite en un charco viscoso de sentimientos? No es que me invite a almorzar, lo que obviamente ya es más que generoso; es más bien *cómo* lo hace. Como si se preocupara por mí.

Como si le *importara*.

Lo cual es tan… tan…

Tan diferente a mi propia madre.

Los platos van y vienen. Entre plato y plato, Asya entrelaza sus dedos y me sonríe. —Entonces… ¿Ya elegiste un nombre?

—Yo, eh… ¿Todavía estoy explorando opciones? No quiero apresurarme y ponerle un mal nombre.

Asya chasquea la lengua. —*Pshkt*, cualquier nombre para una niña la mitad de hermosa que tú será perfecto.

Sofi asiente. —Mamá tiene razón. Sigue tu instinto. ¿Has pensado en el tipo de nombre que quieres? ¿Americanizado o no? Natalie o Natalya, Helen o Yelena. Entiendes la idea.

—Casi te llamo Ekaterina —reflexiona Asya—. Casi. Pero, cuanto más te llevaba en brazos, más te sentías como una Sofiya.

—Perfecta elección —sonrío a las dos y ofrezco una pequeña oración para que el nombre correcto venga a mi mente, eventualmente. Preferiblemente antes de que me ponga de parto.

—De todos modos, no hay presión. Entonces, *Daphne*. Ese es un nombre tan hermoso y clásico —Sofi toma un sorbo de su agua con limón—. ¿Tiene un significado especial?

Joder si lo sé. Me encojo de hombros e intento pensar en una forma de desviar la conversación de mis padres y cómo toman *cualquiera* de sus decisiones. —Mis padres fueron bendecidos con sus propios nombres interesantes y clásicos. Pero, curiosamente, a mi hermana le dieron un nombre bastante normal en comparación. Sigue siendo griega, e irónicamente, le queda mejor de lo que creo que nadie pretendía.

Lo cual es cierto. Nos reímos mucho del hecho de que la oveja negra de la familia tiene un nombre que literalmente significa "negro" en griego antiguo.

Sofi frunce el ceño. —¿Tu hermana?

—Sí. Es prácticamente la única persona de mi familia con la que soy cercana. Tratamos de mantenernos en contacto, como por FaceTime semanal. Está muy emocionada de ser tía.

—Tenía la intención de preguntarte…

Asya silencia a su hija con una repentina mano pegada a su muñeca. —No miren.

Obviamente, eso hace que ambas *realmente* queramos mirar.

Así que lo hago, tan lenta y casualmente como puedo, en la dirección en la que Asya estaba mirando antes de congelarse.

Mierda.

Doble mierda.

…Triple, cuádruple mierda de mierda.

Mi madre está concentrada en mi ubicación y teje un camino ardiente de furia apenas contenida entre mesas y sillas.

Para llegar a *mí*.

Porque no solo me ha visto y ha visto que estoy aquí, el único lugar al que se negó a invitarme, sino que también me lo estoy pasando genial con gente a la que definitivamente no le gusta.

Es bastante obvio que el sentimiento es mutuo.

—¿Qué está haciendo *ella* aquí? —le susurra Sofi a su propia madre. Me mira, pero yo estoy congelada en mi asiento.

Puedo sentir la presencia de mi madre acercándose.

Casi puedo escuchar su mente preparando un sermón mordaz sobre la lealtad y "la familia".

Definitivamente puedo oler su perfume ahora… está tan cerca.

Creo que me voy a desmayar.

Pero entonces, Sofi mira por encima de mi hombro. Asiente hacia alguien. Mueve su muñeca para señalar sutilmente a Ophelia Hamish.

Y, antes de que pueda descender sobre nuestra mesa, mi madre es interrumpida por dos hombres gigantes con elegantes trajes de negocios.

—Señora, si viene con nosotros…

No miro *en absoluto* en su dirección, así que solo puedo deducir su reacción por el reflejo en la ventana y en los cubiertos pulidos. Ella jadea, indignada, e intenta mirar por encima de sus anchos hombros.

—¡Déjenme pasar! ¡Tengo una reserva!

—Parece que hubo una confusión, señora. Por favor, venga con nosotros.

—¡Tiene que dejarme pasar! ¡Soy cliente de este establecimiento!

Ninguno de los hombres se inmuta. —Lo entendemos, señora. Pero tendremos que sacarla físicamente del local si continúa negándose a nuestra solicitud.

—¡¿Cómo te atreves?! ¿Quién demonios te crees que eres? Te haré saber que esa es mi… ¡Oye! *¡Quítame las manos de encima!*

Para entonces, la mitad del restaurante está observando con interés cómo los hombres hacen exactamente lo que dijeron que harían. La levantan en el aire por los brazos y la llevan hasta la puerta principal.

Su lenguaje corporal grita: *No he terminado ni de lejos.*

Solo Dios sabe qué vino a empezar aquí.

En el momento en que los hombres la escoltan con éxito, Asya exhala un profundo suspiro a través de los labios fruncidos. —¡No puedo creer que hayan permitido que esa *horrible* mujer vuelva aquí!

—¿Quieres que hable con el dueño? —se ofrece Sofi.

Asya niega con la cabeza. —No es necesario. Al menos, no por ahora. Si no puede aceptar la derrota, entonces tal vez sea necesario hablarlo.

—¿Cómo puede siquiera pagar la membresía aquí? Pensé que ella y su esposo estaban arruinados económicamente —Sofi respira profundamente y hace todo lo posible por olvidarse del encuentro—. Cómo sea. Sacamos la basura y eso es todo lo que importa ahora.

No sé qué decir. No estoy segura de poder decir nada. Estoy congelada en mi asiento, incapaz de siquiera levantar mi vaso de agua sin sentir que mis dedos tiemblan.

Asya parece notar algo, porque se inclina sobre la mesa para apretar mi mano. —Está bien, *milyy*. Se acabó. A esa mujer no se le permitirá volver aquí, al menos no mientras estemos aquí,

así que no hay nada de qué preocuparse. Solo disfruta tu tiempo con nosotras. Y —agrega con renovada emoción—, ¡disfruta de esta maravillosa comida!

El camarero comienza a servir nuestro siguiente plato, un estudio de repollo morado, y sé que tengo que fingir que tengo apetito para comer.

Mi hija patea dentro de mi estómago. No podría importarle menos que la abuela cause una escena. Todo lo que quiere es comida.

Solo deseo poder deshacerme de esta horrible sensación.

La sensación de que mi madre solo está a punto de empeorar.

DAPHNE

El resto del almuerzo con la familia de Pasha transcurrió sin problemas. Me resultó más fácil relajarme cuando Asya y Sofi empezaron a contar historias sobre todas las travesuras que solía hacer el pequeño Pasha.

Ahora, he vuelto al trabajo y trato de concentrarme en el calendario de reservas.

Trato de olvidar ese momento de dolor de estómago en el que pensé que mi madre estaba a punto de hacer estallar todo.

No me gusta mentirles a los Chekhov. No es que esté *mintiendo* descaradamente, per se, pero omitir datos concretos… como, ay, no sé, *mi nombre de nacimiento*… igual me parece una forma de engaño. Especialmente cuando, cada vez que trato de imaginarme diciéndole a Pasha la verdad sobre mi nombre, mi relación con la familia que claramente desprecia…

Bueno, ese aumento de la presión arterial no es bueno para la bebé.

Tomé otro batido de camino al trabajo para seguir calmando mis nervios. No sé por qué no puedo quitarme esta sensación de encima, aunque Sofi se apresuró a detener la mierda antes de que empezara. El batido ayuda.

Al menos, lo haría… si mi madre no hubiera aparecido en la puerta de mi oficina.

Me mira. No dice ni una palabra.

Luego, cruza la habitación furiosa y me da una bofetada en la cara.

—Cómo. Te. ¿*Atreves*?

Creo que la sorpresa me duele más que el golpe en sí. Claro, me arde la mejilla y se me llenan los ojos de lágrimas, pero nada se compara con el dolor desgarrador de que mi propia madre acaba de golpear a su hija embarazada.

Cada vez se siente menos como mi madre.

—Te vi, pequeña perra desagradecida —Ophelia me clava su dedo huesudo en la cara—. ¡Abrazando a esas… a esas… *ellas*! ¡¿No te detendrás ante nada para humillar a tu familia?!

—¿*Qué* familia? —mantengo mi voz en el mismo susurro bajo con el que ella me susurra, pero gritaré si es necesario. Mis manos tiemblan de rabia y miedo, y no hay forma de saber a dónde

irán si lo permito.

Me mira como si yo fuera la que dio la bofetada. —¿"Qué familia"? ¿"*Qué familia*"? Así es como nos agradeces a mí y a tu padre…

—¿Por qué? ¿Por ahorrarme la desgracia de ser repudiada públicamente? —no tengo nada que poner en el archivador del otro lado de la habitación, pero agarro una pila de papeles para tener algo con lo que golpear el escritorio. Necesito distanciarme de Ophelia, o podría ponerme matricida rápidamente—. Yo fui la que hizo eso por ti, ¿recuerdas? Me repudié a mí misma. Y, antes de que me hables de humillación, recuerda a quién de las dos echaron del restaurante hoy.

—¿Qué hiciste para detenerlo? —chilla—. ¡Te quedaste ahí sentada, viendo cómo esos matones maltrataban a tu propia madre! ¡Esos *brutos*! ¡No hiciste *nada*!

Respiro hondo y sigo fingiendo que archivo los papeles en el armario. Podrían ser dibujos a lápiz u obras maestras invaluables, por lo que sé, solo necesito una excusa para no mirarla. Necesito ganar tiempo para recomponerme antes de hacer o decir algo de lo que me arrepienta.

Por supuesto, Ophelia toma mi silencio como una invitación a seguir adelante. —Pensar que, después de todo lo que ha pasado nuestra familia… Después de todo lo que tu padre y yo hemos hecho para mantener esta familia…

—Sabes, sigues diciendo "nuestra familia", "esta familia", "tu familia", como si tuvieras la menor idea de lo que significa realmente esa palabra.

Apenas contengo mi risa irónica y amarga. He aprendido más sobre la "familia" en unas pocas semanas con un sindicato del crimen literal que en toda una vida con los hijos de puta enfermos que se hacen llamar mis padres.

—No te rías de mí, jovencita —ella levanta la mano de nuevo para señalarme con su dedo tembloroso—. Soy tu *madre*.

—¿Pero lo eres?

Se pone pálida. —¿Disculpa?

—Para alguien que sigue afirmando ser mi madre, sí que no actúas como tal.

Le he dado un buen golpe debajo de la cintura. Sus ojos están llenos de evidencias.

Pero no me siento ni un uno por ciento culpable por decirlo. *Alguien* tiene que hacerlo.

—No sé todo lo que pasó entre tú y los Chekhov… y tampoco quiero saberlo. Pero, si sientes algún tipo de envidia, creo que probablemente tengas razón. Asya podría darte muchos consejos sobre cómo ser una madre medianamente decente, empezando por *no abandonar a tus hijos.*

Ophelia parpadea. Por un segundo, creo que tal vez haya logrado llegar a ella. *¿Podría ser…?*

Luego sus delgados labios se tuercen en una pequeña sonrisa victoriosa.

Eso nunca, nunca es bueno.

—Puede que tengas razón —confiesa con un suspiro falso y poco entusiasta. Es una muestra de rendición absurda, que siempre hace cuando sabe que, de alguna manera, *de alguna jodida*

manera, está a punto de desplegar una mano ganadora—. Solo espero que haya sido tan comunicativa como tú esperas.

No me gusta la forma en que lo dice. Especialmente, con la forma en que sus ojos están pegados a mi collar. —¿Qué quieres decir?

—Ah, nada. Estoy segura de que ya te ha elogiado por tu collar de perro. *Es* bastante bonito, aunque sea básicamente una marca —pasa la mirada por mi cuerpo—. ¿O ya te ha marcado con uno de esos? ¿Un tatuaje, tal vez?

Mis dedos presionan el diamante central mientras doy un paso atrás. —¿De qué estás hablando?

La sonrisa de Ophelia se hace más grande. —Ah. ¿Entonces no lo sabes? —inclina la cabeza hacia un lado y me mira con falsa lástima—. Supongo que en parte es culpa mía. Debí haberte enseñado mejor. ¿No has notado cómo te mira la gente?

¿De qué demonios está hablando?

—Ay, por el amor de Dios —sisea en voz baja cuando busco a tientas lo que se supone que debo decir a continuación. —Llevas su *nombre*, tonta. También podrías incluir "Propiedad de".

Resoplo. —¿Y cómo sabrías esto…?

—¿Crees que no reconocería los símbolos del empleador de tu padre durante décadas? —se sorbe la nariz, como si el recuerdo del antiguo trabajo de Papá, el que perdió justo antes del escándalo de Melanie, apestara la habitación—. Esa familia nunca ha sido sutil. Claramente.

No le creo.

No *quiero* creerle.

Pero me hace pensar. Me trae recuerdos recientes de cuando iba por la ciudad con el regalo de Pasha puesto, y cómo la gente solo parecía…

Joder.

"Obedecer" es la única frase que me viene a la mente, porque eso es exactamente lo que han estado haciendo. Hombres que me abren la puerta, que me ofrecen ayuda para llevar mis bolsas, que se apartan del camino y casi salen corriendo para despejar la acera.

¿Y las mujeres? *Envidia*. Envidia pura, apenas disimulada.

Todo el mundo ve este collar y sabe algo que yo he sido demasiado estúpida para ver.

Ophelia, la mujer que se *supone* es mi madre, se endereza y se alisa orgullosamente el vestido. —Bueno, me alegro de que hayamos llegado a un punto de claridad. Acúsame de lo que quieras, querida. Solo recuerda cómo te cuidé cuando ninguno de ellos tuvo la decencia de hacerlo.

Se detiene en el umbral y lanza una última mirada hacia atrás por encima del hombro. —Marcada como un perro… y ni siquiera lo sabías.

Luego se va antes de darme la oportunidad de responder. Antes de que pueda ordenar mis pensamientos.

Pero estoy segura de que no necesita escucharlos.

Puede verlos escritos en mi rostro.

DAPHNE

Estoy enfadada.

No, tacha eso.

Estoy *cabreada*.

Con mi madre, sí, porque… bueno, he estado cabreada con ella toda mi maldita vida. Pero más que eso, por varios órdenes de magnitud, está el nombre que me golpea con cada latido de mi pulso.

Pasha.

Para robarle una frase a Ophelia: ¿cómo se *atreve*? ¿Cómo se atreve a ponerme un collar como a un maldito perro callejero? ¡Yo no he consentido esta mierda!

Consentimiento. *¡Ja!* ¿Acaso sabe lo que es eso? ¿O solo se pasea por la vida manipulando abiertamente a todos y a todo para que hagan lo que él quiere?

Ese pensamiento me congela en seco.

¿Me ha manipulado para que crea que es una especie de héroe, solo para meterse en mis pantalones? Lo creería si alguien me dijera que eso es exactamente lo que pasó. El Pasha que conocí en la subasta y el Pasha que actualmente gobierna cada centímetro de mi existencia parecen dos personas completamente diferentes.

Encuentro atractivo el encanto. Las sonrisas. Un gran sentido del humor.

No me acuesto con egos insoportables.

El fondo de mi mente susurra: *Conrad*, como un recordatorio de que *absolutamente* me he acostado con egos insoportables en abundancia, pero me guardo esa mierda y le digo que se calle.

No tengo tiempo para hurgar en el pasado.

Necesito poner el pie en el suelo en el aquí y ahora.

Me estremezco cuando entro en el ático. Ya sabes, en el que me manipuló para que entrara. Me acorraló como ganado. A esta altura, me resulta sorprendente que no haya sacado un atizador

caliente y me haya dicho que me agache para poder estampar su nombre en mi maldita nalga.

Apretando los dientes, entro corriendo al baño lleno de vapor y abro de golpe la puerta de la ducha.

—¿Me *marcaste*?

Pasha se seca los ojos. —¿De qué demonios estás hablando?

—¡De esto! —me arranco el collar, ignorando el doloroso pinchazo en la nuca donde se abre el broche—. ¿Es esto un maldito *collar de perro*? ¿Como si fuera una propiedad que puedes etiquetar como tuya? ¿El que lo encuentra se lo queda?

Suspira. —Daph…

—No. Nada de esa mierda de "Daph, escucha". ¡Quiero la verdad! ¿Me marcaste? ¿Con *esto*? —agito mi puño hacia él, el collar colgando de mis dedos apretados.

Aprieta la mandíbula. Tengo que hacer un gran esfuerzo para ignorar la forma en que el agua caliente gotea por su pecho musculoso y sus abdominales marcados y…

No. Sin distracciones. No voy a dejarme manipular por este hombre lindo otra vez.

Sin embargo, Pasha tiene otras ideas.

Me agarra por la cintura y me lleva a la ducha, ignorando mi grito de sorpresa cuando me mueve bajo el chorro antes de inmovilizarme contra la pared.

—Por supuesto que te marqué —lo dice como si fuera lo más obvio y aceptable del mundo.

Necesito estar enojada. Debería empujarlo y decirle que se aleje de mí.

Pero, si lo toco, tocaré su pecho.

Su pecho desnudo, cálido y húmedo.

No ayuda que me haya enjaulado. Apoya sus manos contra la pared a ambos lados de mi cabeza, y tengo la impresión de que si intentara agacharme debajo de ellas, simplemente me atraparía y me empujaría de regreso a donde estoy.

Y, Dios me ayude, hay una parte de mí que no quiere irse en absoluto.

—¡Pues no! —aprieto los puños y los mantengo a los costados. No cederé a la creciente tentación que martilla en el fondo de mi cerebro—. ¡No soy de tu propiedad!

—No —concuerda—, pero eres la madre de mi hija.

—¡Como si eso tuviera algo que ver!

—Tiene todo que ver con todo —lo más exasperante de esta confrontación es lo jodidamente *tranquilo* que se mantiene Pasha, mientras que yo estoy a punto de chillar como un buitre y quitarle esa sonrisa de la cara—. Si crees que voy a dejarte vagar por la ciudad sin protección y sin marcar, has perdido la cabeza.

Mi labio inferior tiembla. No sé si es más rabia o mi fuerza de voluntad desmoronándose, pero él

lo nota. Se da cuenta y fija su mirada en mi boca, con el calor ardiendo en sus ojos.

—¿No te das cuenta de lo jodidamente tentadora que luces? —Pasha baja las manos, pero solo para rozar mis costados y apretarme contra la pared con su cuerpo—. ¿Ni siquiera notas la forma en que los hombres te miran, tan hambrientos de ti y de tus hermosos gemidos como yo?

Se me corta la respiración en la garganta.

No puedo decir que me haya dado cuenta de eso en particular, no.

—Así que perdóname —dice con sarcasmo, sin una pizca de disculpa real—, por querer asegurarme de que nadie en su sano juicio ceda ante ninguna idea equivocada.

Me trago un gemido. Sus manos siguen frotando y acariciándome mientras habla.

—Eres *mía* —retumba Pasha en mi oído—. Y puedo pensar en muchas formas diferentes de asegurarme de que todo el mundo lo sepa. Este es solo el comienzo.

Resoplo, pero solo para que no se dé cuenta de lo cerca que estoy de un gemido. —Entonces, ¿esto es solo una calle de un solo sentido?

Se aparta, pero solo lo suficiente para mirarme a los ojos.

Como si estuviera esperando que yo haga algo.

Como si estuviera esperando que yo responda esa pregunta por él.

Mis labios se aplastan contra los suyos en un beso abrasador y furioso. No solo enredo mis dedos en su cabello mojado, sino que tiro de él y lo atraigo hacia mí para que sepa que no estoy jugando.

¿Quiere reclamar su lugar? Vale.

Estoy reclamando el mío.

Chupo su lengua hasta que lo siento gemir. Solo entonces me relajo lo suficiente para mordisquear y acariciar su boca. Pasha me presiona más fuerte contra la pared y no pierde tiempo en quitarme el vestido empapado, con cuidado alrededor de mi pancita, pero posesivo y firme en todo lo demás que toca.

—¿Crees que eres la única que ha sido marcada? —gruñe contra mi cuello mientras me quita las bragas. En el segundo en que me las quita, su mano ahueca mi coño de una manera que se siente como si estuviera reclamando—. ¿Crees que no me has hecho lo mismo?

Mi cabeza está nadando de placer. Solo su toque en la superficie, solo esa presión de su mano contra mi calor, hace que mis pestañas se cierren y mis labios se abran en suaves jadeos. —¿Qu… qué? ¿De qué estás hablando?

—Tuve una reunión hoy —Pasha besa un camino ardiente hacia la parte superior de mis senos hinchados. Mi sujetador apenas los contiene ahora; pronto tendré que reemplazarlo con una versión de maternidad—. Tuve que lidiar con esta asaltacunas desesperada, que sigue tratando de meterse en mis pantalones.

La mano entre mis piernas lentamente comienza a trazar mis labios exteriores. En contra de mi

mejor y más lógico juicio, mis caderas comienzan a rodar y pronto estoy restregándome contra su palma.

—Ella siguió arrojándose hacia mí —continúa—. Una y otra y otra vez. Y todo en lo que podía pensar era en *ti*.

Abre mi sujetador y lo arroja a un lado, reemplazándolo con su boca en mi pezón. *AyDiosmío*, se siente incluso más sensible allí ahora que hace unos días. Cada tirón cálido y profundo envía ondas de intenso placer deslizándose hacia mi clítoris.

—No es exactamente excitante —jadeo—. Hablar… fantasear… sobre otra mujer… mientras tú estás… estás…

Pasha cambia de seno; su mano hunde dos dedos dentro de mi raja húmeda. Y, sin embargo, todavía me encuentro tratando débilmente de empujar sus hombros. *Necesitamos hablar de esto… Necesitamos… ay, joder…*

Él agarra mis muñecas con una mano y las aprieta contra la pared de la ducha, sobre mi cabeza. Con un suspiro triste, deja que mi pezón caiga de su boca y se levanta para presionar su frente contra la mía. Suspira de una manera que me hace detenerme.

¿Está él… está tan sin aliento como yo?

¿Estoy subestimando lo mucho que lo afecto?

—No me estás escuchando, Daphne —Pasha mueve lentamente sus dedos dentro de mí hasta que presionan contra ese punto dulce que necesito que frote, pero no se mueve. Solo la base de su palma trabaja mi clítoris en una agonía lenta e intencional. La provocación más cruel—. No estoy fantaseando con otra mujer. Te estoy diciendo que podría tener a cualquier mujer que quiera y te deseo a *ti*. Todas ellas no son nada para mí. Cenizas. Polvo. Sin sentido. Inútiles. Solo estás tú. No una heredera desesperada o una socialité risueña e insípida. *Tú*.

Capta mi gemido estremecedor dentro de otro beso posesivo. Cuando suelta mis muñecas, aparta sus dedos de mí y casi le ruego que vuelva a lo que estaba haciendo.

Pero luego agarra mi trasero y me levanta en sus brazos. Mis piernas se abren alrededor de él, envolviendo cada brazo.

—Mírame, Daphne.

Ni siquiera me doy cuenta de que cerré los ojos hasta que dice eso. Cuando lo hago, todo lo que veo son los suyos. Enormes. Brillan con tanto ardor que siento que estoy mirando a soles negros gemelos.

Entonces, con una embestida quejumbrosa, está dentro de mí.

Esta no es la primera vez que lo tomo. Pero no sé si alguna vez me acostumbraré a la forma en que me estira alrededor de su grueso eje. Cómo me hace sentir cada centímetro de profundidades que nunca supe que existían antes de él.

—*Esto* —gruñe una vez que está completamente sentado dentro de mí—. Esto es lo que quiero. A ti. Solo a ti. Siempre a ti.

Cuando se mueve, envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y lo atraigo más cerca para otro beso. No puedo moverme por mi cuenta, no con la forma en que me ha empalado de esta manera, y una parte profunda y primaria de mí canta con un placer distintivo solo por pensarlo.

Suya.

Suya para disfrutar. Para saborear, para orientar como él quiera, de modo que ambos nos alimentemos mutuamente con nuestros gemidos, jadeos y gruñidos.

Para ansiar.

Para proteger.

No tarda mucho en empujarme al límite. Pasha me sostiene allí, apretada contra la pared y profundamente dentro de mí, sin darme ningún lugar para sacudirme o retorcerme para liberarme como mi cuerpo quiere. Pero estar tan indefensa solo intensifica cada espasmo, cada oleada de placer que me hormiguea las extremidades, hasta que incluso Pasha aprieta los dientes para no caerse conmigo.

No es hasta que los espasmos se calman que me doy cuenta de que estoy mordiendo su hombro.

—Perdón…

Corta mi disculpa desgarrando mi cara para poder reclamar otro beso. Lengua sobre lengua, asegurándose de que aguante cada réplica en él.

Cuando me suelta, gruñe—: Nunca te disculpes por lo que me haces. Por lo que me haces hacerte. Si vuelvo a oír "Lo siento" en tus labios desde ahora hasta el fin de los tiempos, bueno… no tendré más remedio que follarte y sacarte ese "Lo siento".

Me baja, pero solo me lleva una fracción de segundo recuperar el aliento antes de que me dé la vuelta, aplaste mis manos contra la pared y se introduzca de nuevo en mi coño palpitante.

—Tan jodidamente hermosa —murmura.

Se siente aún más grande en este ángulo. Cada embestida me empuja hacia arriba sobre las puntas de los pies, hasta que mis piernas tiemblan y no sé cuánto tiempo más puedo quedarme aquí.

Vamos más rápido. Sus manos vagan por todas partes y cada embestida viene con pequeños fragmentos susurrados de palabras que me hacen estremecer y correrme aún más fuerte.

—Mía.

—Perfecta.

—Tómame como mi pequeña puta perfecta.

Un puño agarra la nuca de mi cabello mojado y tira de mi cabeza hacia atrás. Pasha hunde sus dientes en mi cuello, justo debajo de mi mandíbula, y chupa.

—Te marcaré como me dé la puta gana —jadea en mi oído—. Seguiré marcándote hasta que todos sepan que eres mía. Hasta que no haya lugar a dudas. Con diamantes, con mordiscos, con huellas de manos en tu culo, tus muslos y tu garganta para que todos *sepan* de quién eres la reina,

joder.

Lo único que puedo hacer es gemir.

Él empuja profundamente y mi coño se contrae y mi cabeza da vueltas y finalmente, finalmente, mis piernas no pueden soportarlo más. Caigo de la polla de Pasha y me deslizo hasta el suelo… pero está bien, porque cuando me doy vuelta, él sigue ahí. Actúo sin pensar, como si sus manos y sus palabras me hubieran convertido exactamente en lo que él me llamó.

Su reina.

Su puta perfecta.

Y, Dios nos ayude a ambos, eso es exactamente lo que quiero ser.

Lo alcanzo y rodeo su enorme polla con ambas manos. Me levanto sobre mis rodillas y lo chupo. Mantengo mis ojos abiertos para poder ver su rostro contorsionarse de sorpresa y luego, justo después, el placer más salvaje y gruñido que he escuchado de él.

Es casi suficiente para hacerme correr de nuevo.

Nunca te disculpes por lo que me haces, dijo. ¿Cómo puedo hacerlo, cuando se siente tan bien saber que hace ese ruido para mí y solo para mí? Ninguna otra mujer viva puede hacerle a Pasha Chekhov lo que yo le estoy haciendo ahora mismo.

Así que cuando él ruge y explota en mi boca mientras farfulla—: Joder, Daphne… —no me molesto en disculparme.

Me trago su semen salado y me dejo ser exactamente lo que él quiere que sea.

Pasha apoya una mano en la pared para estabilizarse. Su pecho sigue subiendo y bajando mientras lucha por recuperar el aliento.

Y me mira con algo parecido al asombro en sus ojos mientras le sonrío y lamo el resto de él de mis labios.

Se inclina para levantarme en sus brazos. El agua es relajante contra nuestra piel caliente. Ya puedo decir que voy a caminar de forma extraña durante un tiempo, pero no me arrepiento en absoluto.

Tampoco puedo recordar por qué irrumpí aquí en primer lugar.

Pasha inclina mi cabeza hacia atrás para que pueda ver el orgullo engreído en sus ojos. Mentiría si dijera que no siento cierto orgullo por mí misma.

—Una mujer como tú nunca debería estar de rodillas —murmura—. Pero, maldita sea, casi me haces caer en las mías.

DAPHNE

—Maldita sea.

Estoy murmurando en voz baja, pero estoy bastante segura de que mi chófer de hoy, Ivan, igual lo oye.

No es que me importe. Estoy ocupada enloqueciéndome por el chupetón gigante que Pasha me dejó en el cuello.

—"*Puedo marcarte como me dé la gana*" —imito la voz de Pasha mientras busco en mi bolso mi maquillaje. Gracias a Dios tengo un alijo de maquillaje a mano para emergencias—. "*No tengo ningún respeto por tu vida profesional. Mírame; soy el Pasha Chekhov grande y malo: te tiraré dinero porque soy un hombre grande y poderoso que simplemente tiene que orinar por todo su territorio*".

Ivan mira por el espejo retrovisor y me ofrece una sonrisa comprensiva. —Si el Sr. Chekhov te hizo eso, señora, es mejor dejarlo como está.

Frunzo el ceño. —¿Cómo lo sabrá, de todos modos? No me visitará en el trabajo.

—Podría.

Me muerdo el interior de la mejilla. —¿Tiene una visita planeada en su itinerario?

—Al Sr. Chekhov le encanta desviarse del itinerario —mira al espejo de nuevo—. No puedo ni imaginarme cómo es estar en su lugar, señora. Solo sé que siempre es mejor suponer "cuándo", no "si", en lo que respecta al Sr. Chekhov.

Me gusta Ivan. Hay algo en él que se siente cálido. Genuino. —Aprecio tu preocupación. Por ahora, correré el riesgo. Es mejor apostar por su buena voluntad que por la de mis empleadores.

Ivan asiente y deja el tema. Termino de difuminar el corrector en mi piel con los dedos y, aunque no es completamente invisible, ya no se nota tanto.

Dejo escapar un suspiro de alivio, pero es efímero.

Un problema resuelto.

Un millón más por delante.

~

SORPRENDENTEMENTE, todo va bastante bien una vez que llego a la galería. Todd y Keith están de muy buen humor, Hazel está tan encantadora como siempre y, en general, esto se perfila como un comienzo decente y sin incidentes para el día. Justo lo que recetó el médico.

Hasta que Todd se da vuelta en su silla de oficina y dice—: Estamos organizando otra exhibición para uno de nuestros artistas más reconocidos. Nos gustaría que tú encabezaras los esfuerzos. Debe ser fácil. Estás familiarizada con el artista y su trabajo.

Estoy completamente a favor hasta que escucho "su". Mi bolígrafo se detiene sobre mi agenda. —¿El artista es…?

—Conrad. Está pensando en exhibir…

—No me siento cómoda aceptando esto —dejo mi bolígrafo y miro a Hazel, que parece haber visto un fantasma—. Con todo respeto, voy a pasar.

Keith frunce el ceño. —Bueno, con todo respeto, no tienes muchas opciones. Tu trabajo es curar nuestras exposiciones. Eso es exactamente lo que harás con Conrad…

—Que es mi ex —tomo mi bolígrafo y golpeteo repetidamente mi agenda para no sentir la tentación de atravesar la mesa con él o, mejor aún, atravesar la garganta de cualquiera de los dos Bobos—. Mi ex mentiroso, tramposo y manipulador, que está a punto de recibir una orden de alejamiento.

—Sea como sea, es uno de nuestros artistas más prestigiosos y genera ingresos significativos por exposición.

—Lo cual no dice mucho sobre nuestra selección, ¿verdad? Especialmente, porque la venta más grande de esta galería literalmente se incendió.

La sala queda en completo silencio.

Mi trabajo también podría haberse quemado.

Hazel se aclara la garganta. —Yo puedo encargarme de esto, chicos. Conrad no me causará ningún problema.

Todd pone los ojos en blanco. —Ambas deben dejar de dramatizar…

—Un ex obsesivo no es algo por lo que haya que ser dramático —entre las dos, Hazel se las arregla mucho mejor y no ha estado poniendo a prueba su paciencia últimamente como yo—. Llamaré más tarde hoy y haré los arreglos. Estoy segura de que Daphne estará feliz de intercambiar algunos proyectos conmigo para adaptarse.

—Absolutamente —dejo escapar un suspiro de alivio. *Hazel, eres auténtica.*

Los hermanos no parecen entusiasmados, pero tampoco se resisten. —Vale. Siempre y cuando se haga. Y, ya que lo mencionaste, Daphne… asegúrate de revisar nuestra lista de invitados *antes* de enviar las invitaciones.

—Sin embargo, el Sr. Chekhov era una apuesta segura —murmura Keith.

—También hay que revisar la seguridad contratada. Es posible que tengamos que contratar a un nuevo proveedor.

Hazel asiente y toma notas. Yo me concentro en calmar mi temperamento. Por lo general, estoy lista para acurrucarme en un rincón y asumir la posición fetal hasta que toda la confrontación se desvanezca.

Pero ¿últimamente? Me he sentido mucho más agresiva. Asertiva. Luchar más que huir.

Los hermanos terminan la reunión con algunas notas finales que entran por un oído y salen por el otro. Solo quiero volver a mi oficina y mirar la pantalla de mi laptop durante una buena media hora hasta que mi cerebro se convierta en una papilla silenciosa.

—Gracias, Haze —le aprieto la mano mientras salimos de la sala de conferencias—. Te debo una.

—No es así. Cuéntalo como un regalo.

Pero solo diez minutos después, una vez que finalmente estoy acomodada en mi cómoda silla y tengo mi laptop configurado, Todd asoma la cabeza por la puerta. —Hazel tiene que atender una emergencia de envío. Necesitamos que hagas la llamada a Conrad. Sin excusas —añade con un tono firme cuando abro la boca para protestar.

Respiro hondo. Luego, otra vez.

Y otra.

También podría practicar mi respiración Lamaze… lo que estoy a punto de hacer se siente más estresante y doloroso que lo que podría ser el parto.

Pero luego, *a la mierda*… simplemente arranca la curita.

El teléfono suena un par de veces y, por un fugaz momento de esperanza, creo que podría estar a salvo. No es mi culpa si no responde, ¿no?

—Conrad.

Mierda.

—Con… —me aclaro la garganta; solo la primera sílaba de su nombre se me queda atascada como un insecto—. Conrad, hola. Soy yo. Daphne.

—Ay, Dios mío. ¡*Daphne*! —se ríe, claramente eufórico—. Daphne, bebé, ¡qué bueno saber de ti!

—Tranquilízate. Es una llamada profesional.

—No me importa de qué se trate. He estado intentando contactarte y, después de esos últimos mensajes de texto… Dios, bebé, no puedo dejar de pensar en ti. Te extraño.

Miro hacia donde está mi pequeño cubo de basura, entre el escritorio y la pared. Tal vez debería acercarme más, por si las náuseas se vuelven abrumadoras. —Una vez más, no es una llamada

personal. Es estrictamente profesional.

—Bebé…

—O puedo colgar y pasarle la exhibición a otra persona.

Conrad suspira en su teléfono. —Vale. ¿Qué tienes para mí?

Literalmente nada. Y seguiré sin tener nada para ti hasta el día que muera. —Tenemos que fijar una fecha para la próxima exhibición. Querrán algo dentro del próximo mes o así.

—Ay, vaya. He estado trabajando en algunas piezas, pero no sé… ¿Sabes qué? Ignora eso. Ignórame. Haré que funcione.

Ay, si tan solo. —Genial. ¿Cuándo deberíamos programar esto?

Conrad aspira aire entre los dientes y se toma un momento para responder. —Realmente tendré que revisar mi inventario para ver lo que tengo. ¿Podemos reunirnos más tarde hoy? Llevaré un catálogo.

Finjo hojear mi agenda mientras me trago la bilis que sube por mi esófago. Deseo tanto estar demasiado ocupada para una reunión que desesperadamente no quiero tener.

Pero, para su crédito, mantiene su profesionalidad. Mencionó un catálogo y nada más. Es una razón legítima para reunirse.

A la vista de todas las cámaras de seguridad de este lugar, por supuesto.

—Tengo disponible a la una. Pero hasta máximo y a más tardar a las dos.

Puedo oír su rostro sonreír. —Perfecto. Dios, en serio, no sabes lo feliz que me hace esto, Daphne. Espero con muchas ansias que llegue el momento.

No va a colgar primero, así que lo hago por el bien de los dos.

Y luego, contemplo la posibilidad de golpearme la frente contra el teclado hasta que necesite corrector para eso también.

DAPHNE

El suave golpe en mi puerta llega varias horas antes de lo previsto.

Conrad está aquí, con flores en la mano.

Lo primero que noto es lo pequeño que parece el ramo en comparación con lo que Pasha suele enviarme. De hecho, uno de sus elaborados arreglos ocupa una buena parte de mi escritorio mientras me apresuro a recuperar el sentido común.

—¡Conrad! ¡Qué sorpresa! —me obligo a que mi voz suene agradable, a pesar de sentir todo lo contrario.

Empuja la puerta, sosteniendo el jarrón como un escudo. —No podía esperar a verte.

Mantenlo sobre negocios. —Bueno, ya que estás aquí, ¿por qué no vamos a la sala de conferencias? —*donde no hay nada más que ventanas y una vista despejada para los testigos*. Empujo mi silla hacia adentro y hago mi mejor esfuerzo para esquivarlo en el camino hacia la puerta.

Desafortunadamente, me atrapa en el camino al empujarme esas estúpidas flores. —También escribí una carta para ti —golpea un sobre metido entre las rosas amarillas—. Soy artista, no escritor, pero…

—Se ve genial —tomo el jarrón y lo dejo sobre el escritorio—. Vamos a hablar.

Suspira aliviado. —Ay, Dios, sí, gracias…

—Sobre la exhibición.

Su rostro se ensombrece. Pero asiente y me sigue fuera de la oficina y por el pasillo, hasta la sala de conferencias.

—¿Trajiste el catálogo? —levanto la mano para que coloque la carpeta; no lo miro directamente si puedo evitarlo.

Conrad no me la da. En cambio, toma la silla a mi lado, demasiado cerca para mi comodidad, y la abre él mismo. —Resulta que tengo algunas piezas que olvidé por completo. Las saqué del almacenamiento. Pensé que sería bueno sacarlas a la luz.

—Ajá. Ya veo —cuando toco la página de fotos que tomó de las pinturas desconocidas, mueve

su mano para rozar la mía. Aparto mis dedos de un tirón—. Podemos hacer un segmento especial para ellas.

—De hecho, me encantaría presentarlas —pasa a otra página y me la muestra con orgullo, acercando la carpeta. Y, por defecto, a sí mismo—. Son nuevas. Mi mejor trabajo también.

—Parece un buen grupo —tomo nota en mi tableta, agradecida por la excusa para poner algo entre nosotros—. ¿Algún nombre especial con el que deberíamos llamarlo?

—*Diaphonous Diaprio*. Para ver a través de un corazón destrozado.

Debería ganar una medalla de oro por la pura fuerza de voluntad que se necesita para no poner los ojos en blanco. Su obra de arte no es lo único que es transparente. Me aclaro la garganta de nuevo, lo que me da la idea de levantarme y agarrar un vaso de agua del carrito en la esquina. —Estoy segura de que atraerá a una buena multitud. Muy comercializable.

Cuando vuelvo a mi asiento, lo alejo de él con naturalidad. Me sorprende que el olor a colonia que antes disfrutaba huela casi a podrido. Su proximidad ahora me pone los pelos de punta.

¿Y la forma en que me sonríe?

Qué asco.

No hay vuelta atrás. Me da escalofríos, por mucho que intente congraciarse conmigo.

—Me alegra que lo pienses —señala una imagen en la carpeta—. ¿Qué piensas de esta?

Miro la página y trato de fingir que me interesa. Hace tiempo, me interesaba.

¿Ahora? Ahora, todo parece un aburrido dibujo de crayones.

—Los grises añaden una bonita profundidad a las formas. Puedo ver que esto atraerá algunas miradas agradables.

Conrad me mira. —Tenía la esperanza de que atrajera *tu* mirada. Mi musa.

—Muy bien. Eso es todo —cierro la carpeta de golpe y salto de mi silla al mismo tiempo—. Creo que tengo todo lo que necesitamos para programar la exhibición. Estaremos en contacto.

Está aturdido. —¿Qué dije? ¿Qué hice? Daphne, yo…

—Estás comprometido con otra persona —alzo una mano para evitar que se levante de su silla —. Lo dejaste excepcionalmente claro. El hecho de que estés aquí es una cosa; el hecho de que estés tratando de… ¿qué? ¿Recuperarme?

Conrad ignora mi mano y se levanta de todos modos. —Estoy tratando de resolver las cosas. Hacer las cosas bien. Especialmente, porque…

—Todo lo que tenga que ver conmigo ya se ha resuelto. Hemos *terminado*.

A pesar de todo el alboroto que hice por el chupetón de Pasha, de repente estoy deseando haberlo dejado así, para que Conrad pudiera ver lo completamente indisponible y desinteresada que estoy. Llevo el collar, pero, claramente, este tío no tiene idea de lo que significa.

Casi me avergüenzo de haber llorado por este idiota. De haber considerado pasar el resto de mi vida con él. De haber compartido cama con él.

¡Joder! ¿Gané la lotería cuando se trató de este embarazo? ¿Qué tan cerca estuve de tener el hijo del hombre equivocado?

Pasha es todo lo que Conrad no. La terquedad es lo único que tienen en común, pero incluso así, son sabores completamente diferentes. Conrad no sabe cuándo aceptar la derrota.

Bueno… Pasha tampoco. Pero, honestamente, he notado que este impulso es su manera de cuidar a las personas que lo rodean. No para servirse a sí mismo, ni a sus propios intereses, al menos no tanto como sus decisiones sirven a todos los demás.

Incluso a mí. Puede que quiera a nuestra bebé, pero sé que está decidido a cuidarla por el bien de su familia. Su Bratva. Su propia hija es un acto por el bien mayor, no solo por él mismo.

En cambio, Conrad es un cabrón egoísta. No le importa a quién echa por la borda siempre que le beneficie a él y solo a él. ¿Brittany siquiera sabe que está aquí?

Se pasa una mano por el cabello, frustrado. —Lo estoy intentando, Daph. De verdad que lo estoy intentando. Yo…

—Basta —si a mí me sorprende lo fuerte que sueno, él se estremece y abre un poco más los ojos —. Deja de intentarlo. No quiero que lo intentes. No te *quiero*, punto. No quiero tus flores, tus cartas ni tus patéticas disculpas. Por cierto, ¿sabe ella que estás aquí? ¿Sabe tu *prometida* que estás intentando cortejar a tu ex?

Mira hacia otro lado. La culpa está escrita en todo su rostro.

—Así es como va a funcionar esto —saco mi teléfono como si estuviera consultando mi calendario digital, pero en realidad me estoy asegurando de que el resto de esta conversación quede grabado—. La *única* interacción que tú y yo tendremos de ahora en adelante será por correo electrónico. Si necesitas programar una reunión, la programarás con Hazel, Todd o Keith. Las entregas las manejará un tercero.

—Pero…

—No. Soy la curadora de tu exposición, y eso es todo. Nuestra única interacción es por lo que me pagan. Puedo reír, puedo sonreír, puedo decir cosas agradables a las personas que quieren comprar tu trabajo. Pero entiende —me inclino hacia delante solo para enfatizar mi punto—. Es porque me *pagan* por ello. Si tuviera que elegir, nunca volveríamos a compartir el mismo aire.

No espero a que responda. No quiero oírlo.

Se levanta y se va sin decir otra palabra. Gracias a Dios. Y, a su paso, el silencio se instala en el edificio.

Sin Conrad.

Sin Bobos.

Solo un dulce y bendito silencio.

~

ESE BENDITO SILENCIO dura media hora.

Al menos es solo un repartidor. No hizo nada para cabrearme.

Excepto traer más flores de gente de la que no quiero saber nada. Pero no es su culpa.

Es de mis padres.

El hecho de que este ramo sea casi idéntico al de Conrad no me sorprende. Apostaría mucho dinero a que coordinaron su pequeña emboscada.

Cojo la carta que metió entre las rosas y la miro. ¿Quiero leerla? ¿Vale la pena el dolor de cabeza?

Mejor aún, ¿tengo un encendedor escondido en algún lugar?

No es el único que mete notas en las flores… hay una tarjeta de mis padres en el ramo, y está dirigida a la ***Srta. Daphne Hamish.***

Realmente necesito encontrar ese encendedor.

Cuando la puerta de mi oficina se abre una vez más, estoy lista para arrojarle la tarjeta al intruso como una estrella ninja. Casi lo hago… excepto…

—¿Pasha? ¿Qué estás haciendo aquí?

Está mirando las rosas amarillas. —¿De quién diablos son estas? —entrecierra los ojos—. Conrad.

La forma en que prácticamente gruñe el nombre me provoca escalofríos en la columna vertebral. —No te preocupes —me río mientras tiro la carta y la tarjeta al tacho de basura a mis pies—, van directo al basurero.

Pasha gruñe. —No debería enviarte nada. En absoluto.

Suspiro y levanto un jarrón para colocarlo en la mesa auxiliar junto a la puerta. —Mis jefes, en su infinita sabiduría, pensaron que sería una gran idea no solo organizar otra exhibición para él, sino que yo la organizara. Por mucho que no me guste este arreglo, no sería el primer cliente en llegar con un regalo.

—¿Estuvo aquí?

—Vino y se fue. Fue una reunión muy, muy corta —no sé por qué lo hago, tal vez solo para apaciguar a la bestia que claramente cabalga bajo la superficie, pero extiendo la mano y presiono el pecho de Pasha—. Estoy realmente feliz de que estés aquí.

¿Es una sorpresa para ambos que lo diga en serio?

Pasha se aclara la garganta y parece sacudirse cualquier descontento residual que todavía intenta aferrarse a él. —Sí, bueno… Ivan tuvo una emergencia familiar. Te llevaré a casa después del trabajo yo mismo. Vine para avisarte.

—No salgo hasta dentro de unas horas.

Él mira su reloj. —Tienes que ir a almorzar, ¿no?

—Eh, sí. Supongo que sí.

—Bueno, entonces. Será el almuerzo.

Conteniendo mi rubor, agarro mi abrigo y mi cartera y empiezo a dirigirme hacia la puerta. Sin embargo, Pasha se mueve en la dirección opuesta. Frunzo el ceño confundida mientras él recoge el otro arreglo floral y lo sumerge sin piedad en el bote de basura.

—Listo —dice, satisfecho—. Mucho mejor ahora.

Me quita el abrigo de los brazos y lo sostiene abierto para que me lo ponga. Su aroma me envuelve más cálido que el abrigo, y siento que respondo de maneras que probablemente tengan mucho que ver con nuestra pequeña ducha de anoche.

Pero, mientras sus ojos me recorren, ese retorcimiento de calor se convierte en un escalofrío más gélido. Es un cambio en su expresión, una tensión en su ceño fruncido que me hace pensar de repente, *la cagué.*

—Daphne.

Algo en su voz es una advertencia. Como si estuviera en problemas.

Como si tal vez, solo tal vez, debí haber seguido el consejo de alguien.

Giro la cabeza para sonreírle. Tal vez si pestañeo y lo encanto con mi dulzura tímida, lo dejará pasar. —¿Sí, Pasha?

La mano que estaba presionando mi espalda hacia la puerta se desliza hacia arriba para enredarse en mi nuca. Luego tira con fuerza, obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás y exponer mi cuello ante él.

Pasha se inclina tan cerca que prácticamente puedo saborear la furia en su lengua, y gruñe—: ¿Dónde está mi marca?

PASHA

—Dónde. Está. Mi. Marca —le pregunto de nuevo.

Técnicamente, sé dónde está… el maquillaje es evidente a esta distancia.

Lo que no sé es por qué demonios se lo cubrió. El objetivo era lucirlo de forma llamativa y orgullosa. Para que los idiotas como Ewing se dieran cuenta y se alejaran.

Ni siquiera debería estar aquí. No se le debería permitir entrar en este edificio, y mucho menos estar aquí en la oficina de Daphne.

Daphne está protestando, pero no podría oírla ni aunque quisiera… la sangre me ruge en los oídos y estoy haciendo todo lo posible para no echarla sobre mi hombro y sacarla de la galería de arte hasta el auto.

Así que la empujo hacia la puerta de su oficina, con mi brazo firmemente alrededor de ella.

Uno de sus jefes idiotas saca la cabeza de su oficina, pero le lanzo una mirada fulminante que lo desafía a que se meta conmigo. Él se agacha y puedo oírlo cerrar la puerta con llave.

—¡Pasha! —Daphne gira la cabeza de golpe. No me detengo y tampoco la dejo detenerse—. No he consultado con Todd…

—Estoy seguro de que él sabe —*y, si sabe lo que le conviene, se mantendrá fuera de mi camino.*

Todavía estoy furioso cuando llegamos a mi auto. Es una suerte que no arranque la puerta del pasajero de las bisagras; no estoy de humor para ser amable. La empujo dentro del auto y voy a abrocharla yo mismo…

Pero entonces me detengo.

No tuve en cuenta su olor. Está ahí, tenue pero innegable. Provocador. Tentador.

Giro lentamente la cabeza para mirarla. Podría besarla. Podría devorarla aquí mismo, ahora mismo. *Debería.*

—Pasha…

Joder. La forma en que susurra mi nombre me pone más duro que el acero. La oigo quedarse sin aliento…

—No te muevas.

Lo último que cualquiera de los dos necesita es un dedo aplastado en la puerta cuando la cierro de golpe. Tomo unas cuantas respiraciones profundas para tranquilizarme antes de caminar hacia el lado del conductor y entrar.

Es casi imposible conducir cuando puedo olerla y sentirla tan malditamente cerca. Tengo una mano agarrando su muslo como si estuviera a punto de volar a algún lado, y un cerebro que no deja de pensar en el maldito Conrad Ewing y esas malditas flores.

Y esa marca. *Mi* marca. La cubrió, como si fuera algo de lo que avergonzarse.

—¿A dónde vamos? —pregunta Daphne en voz baja.

No lo sé. Solo tenía que sacarla de allí antes de embestirnos a los dos hasta un orgasmo mutuo y a gritos para que todo el mundo lo oyera.

Mi mano en su muslo está en la misma página que mi polla. Estoy frotando, acariciando, levantando su vestido. Mi erección quiere el coño de Daphne; mis pensamientos quieren la sangre de Ewing.

La *vio* con este vestido. Probablemente pensó en tirar del escote hacia abajo para poder agarrarla…

A la mierda con esto.

De la nada, giro fuertemente a la izquierda. Daphne tiene que agarrar la manija sobre su cabeza mientras nos dirigimos hacia un estacionamiento que casualmente es mío.

—En serio, Pasha, ¿a dónde vamos?

Esa última sílaba sube una octava entrecortada cuando mis dedos se adentran debajo de su vestido y se deslizan sobre su montículo. A través del material empapado de sus bragas, empiezo a acariciar sus labios de arriba a abajo… arriba y abajo…

Para cuando aparco, Daphne respira con dificultad y su labio inferior tiembla de necesidad. Parpadea hacia mí, con las pestañas bajas; sus caderas se retuercen para conseguir más atención de mis dedos.

Dios, es tan jodidamente hermosa.

Me digo a mí mismo que vamos a entrar. La llevaré a una de mis oficinas auxiliares donde hay un futón y privacidad.

Pero entre sacar mis dedos de su dulce raja, caminar alrededor del exterior de la camioneta con el aroma de su deseo provocando mis sentidos, y la forma en que parpadea cuando abro la puerta de un tirón…

Cambio de planes.

Ya terminé de esperar.

Reclamo su boca y cierro mis manos en su cabello para sostenerla justo donde la necesito. Daphne deja escapar un suave gemido que casi me dobla las rodillas.

¿Tiene alguna idea de lo que me hace?

La levanto lo suficiente para deslizarla en su asiento y tirarla hacia mi regazo. Con un movimiento de la palanca lateral, el asiento se reclina completamente hacia atrás. Cierro la puerta de golpe y presiono el botón de bloqueo.

—¿Qué si…?

Cierro sus preocupaciones con otro beso abrasador. Tal vez, *tal vez* hacerla gritar sobre mi polla calmará a la bestia furiosa dentro de mí que exige marcar cada centímetro de su piel cremosa.

O tal vez solo me hará querer aún más.

Sabe dulce y salado. Mientras se retuerce en mi regazo, tengo más ideas muy malas. O diablos, tal vez sean buenas ideas… ¿quién sabe? Nada de esta mierda fue escrita y no puedo pensar más allá del segundo actual, y el siguiente, y el siguiente. Simplemente estoy absorto en cada centímetro de ella.

Si no la escucho gemir *ahoramismo*, creo que perderé la maldita cabeza.

Se suponía que esto era una solución, no arrancar la tapa de la caja de Pandora. Pero ahora que la tengo aquí, a horcajadas sobre mi regazo y retorciéndose sobre mi polla mientras sus senos amenazan con salirse de su vestido, siento un impulso diferente. Una necesidad de tomarme mi tiempo.

El tormento no tiene por qué ser violento. Definitivamente, no con mi mujer. Mataré al cabrón que le ponga una mano encima… pero ¿Daphne? Ella recibe *mi* estilo personal de tortura, larga, lenta y repetida.

—Dos reglas —le toco la garganta con suavidad. Me va a mirar a los ojos y, por una vez, me va a obedecer—. Harás exactamente lo que te diga, con un "sí, señor" cada. Puta. Vez. ¿Entendido?

Daphne asiente. Gruño y aprieto el agarre hasta que lo entiende. Cuando lo hace, toma aire y susurra—: Sí, señor.

—Regla número dos: solo te correrás cuando yo te lo diga. Ni siquiera un milisegundo antes. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Eres una buena chica, Daphne. Eres una chica muy buena.

La atraigo hacia mí y la beso de nuevo, tomándome el tiempo de mordisquear cada uno. Lentamente, centímetro a centímetro, le subo el vestido por los muslos y las caderas. Daphne parece estar perfectamente de acuerdo con eso, hasta que sigo subiendo por su cintura y por sus pesados senos.

Luego, sus ojos se agrandan con pánico. —¿Y si alguien nos ve?

—Los reto a que lo intenten siquiera.

Le quito el vestido por la cabeza y lo descarto en el asiento trasero. Las diminutas bragas negras quedan un poco más abajo en sus caderas gracias a su útero en constante crecimiento, y esa sola

vista casi me hace explotar antes de estar listo.

Maldita sea.

Pensar que antes no quería esto.

Pensar que estaba *evitando* tener a una mujer como Daphne en mis brazos, gimiendo mi nombre, iluminando mis días, teniendo a mi hija.

¿En qué demonios estaba pensando?

Ronronea para sí misma mientras paso mis manos por su cintura, perdido en mis pensamientos mientras la bebo. Casi olvido por qué estamos aquí, y el hecho de que se supone que debo estar cabreado, porque cada deliciosa curva de su cuerpo me tiene hipnotizado.

Engancho mis pulgares en la cinturilla de sus bragas y las bajo lentamente por sus caderas. Ella se levanta para ayudarme a quitárselas, pero la forma en que sus muslos están separados a mi alrededor lo hace imposible.

Ah, bueno. Es hora del Plan B.

Daphne ahoga un grito al oírme destrozarle las bragas. Levanto el trozo deshilachado que tengo en las manos hasta la cara e inhalo. Están empapadas, ondulando con su aroma.

Me guardo las bragas arruinadas en el bolsillo para resguardarlas. Luego, agarro las muñecas de Daphne y las dirijo hacia la correa del techo.

—Sujétala —le ordeno—. Ni se te ocurra soltarla hasta que te dé permiso.

Obedece con un trago audible. Al estirarse, pone sus senos justo en mi cara, que es exactamente donde quiero que estén.

Pero ya está rompiendo una de mis reglas. *Tsk-tsk.* Le pellizco el pezón y ella grita brevemente. —¿Qué te dije? —canturreo.

Ella asiente frenéticamente mientras tartamudea—: ¡S-sí, señor! Sí, señor.

—Buena chica. No lo olvides otra vez, o no seré tan indulgente —satisfecho por ahora, vuelvo mi atención a su cuerpo. Paso un pulgar por sus labios hinchados, por la curva de su garganta, entre el valle de sus senos. Ella se retuerce y gime con cada movimiento de mis dedos apenas visibles, pero sigue agarrando la correa del techo.

Me muevo más y más abajo, hasta que acuno su útero contra mis palmas. Es increíble para mí que esté tan llena de vida. *Nuestra* vida, la que creamos.

Algo susurra en el fondo de mi mente que tendremos que hacer esto mucho más en el futuro. Que necesito llenarla así una y otra y otra y otra y otra y otra vez. Mantenerla descalza y embarazada y gimiendo y sumisa.

Joder, podría correrme ya.

Sumerjo una mano entre sus piernas y disfruto de los sonidos que hace cuando acaricio sus labios húmedos con mis dedos. Ella quiere que al menos le roce el clítoris; eso es absolutamente obvio. Su cuerpo lo dice todo.

Pero no lo hago. Me acerco, lo rodeo por todos lados… antes de pasar de largo. Cada vez que lo hago, ella gime.

—Pasha —gimotea Daphne. Literalmente gotea sobre mis dedos y empieza a temblar de necesidad—. Por favor…

Levanto mis dedos hacia sus labios y ella los chupa hasta dejarlos limpios, sin apartar la mirada de mí ni una sola vez. *Joder*. Daphne tiene un lado sucio y creo que estoy enamorado.

Del momento, corrijo en mi cabeza. *Estoy enamorado del momento.*

Este "castigo" estaba destinado a ella.

Pero empiezo a preguntarme a quién diablos estoy atormentando en este momento.

Daphne grita con un maullido lastimero cuando me aferro a un pezón. —Ay, Dios, Pasha… ¡Por favor, es demasiado!

Mi mirada se encuentra con la suya. ¿Puede ver lo mucho que la deseo? ¿Cómo estoy cabalgando al límite tanto como ella? Y ni siquiera me he bajado la cremallera aún.

—Me pregunto si… No, ¿sabes qué? —reflexiono—. Estoy seguro. Puedo hacer que te corras ahora mismo sin ponerte ni un dedo dentro.

—¿Q-qué? —dice Daphne, con los ojos entrecerrados por el deseo, pero sonrojados por la preocupación de que la dejaré con ganas—. Pero… pero…

—No te preocupes, mi pequeña llama —no puedo evitar sonreír ante su pánico—. No te irás de este auto hasta que me haya vaciado en ti —separo sus nalgas, acariciando su raja desde atrás con las puntas de mis dedos. Se estremece y se queda sin aliento—. Pero quiero verte desmoronarte solo con mi tacto. Con mis palabras. Tal vez entonces entiendas lo completamente que me perteneces.

—¡Lo entiendo! —Daphne se queja de nuevo—. ¡Soy tuya! ¡Lo juro, soy tuya!

—Y aun así cubriste mi marca —las palabras salen mucho más tranquilas de lo que las siento—. No siempre estaré ahí para protegerte. Para salvarte de gilipollas como Conrad. ¿Por qué diablos crees que te marqué para empezar?

Ella frunce el ceño e intenta frotarse hasta liberarse con avidez, pero conozco su jueguito y lo detengo sujetándole las caderas.

—Dime —le levanto la barbilla cuando intenta mirar hacia abajo—. Mírame y dime por qué te marqué. Por qué quiero que lleves mi marca para que todo el mundo la vea. Demuéstrame que lo entiendes.

—Para… para protegerme —Daphne se muerde el labio inferior e intenta moverse de nuevo, pero la sostengo en su lugar con una mano mientras con la otra me abro la cremallera—. Para que todos vean a quién pertenezco. Que soy tuya. Para que no… Para que nadie intente hacerme daño.

Sonrío. Ella lo entiende. Finalmente, está empezando a entender.

No necesito responder con palabras. En cambio, respondo dándole lo único que quiere por encima de todo en este momento.

Al fin, jodidamente *al fin*, la empalo con mi polla y la arrastro hasta el fondo.

Tampoco soy gentil al hacerlo. Mis dedos se hunden en sus caderas y su culo, tan fuerte que estoy bastante seguro de que mañana tendrá esos moretones.

Si es así… *bien*. Quiero que los vea en el espejo y recuerde la forma en que la sostuve y la hice olvidar su propio nombre.

Cada embestida es tan fuerte y profunda como puedo hacer. Estoy gruñendo, jadeando mientras muerdo y chupo su piel donde mi boca puede alcanzar.

Puedo sentirlo en la forma en que se tensa… está cerca, otra vez. Yo también, pero no estoy listo para terminar esta lección que está aprendiendo. Entonces, envuelvo mis brazos alrededor de su cintura y la sostengo contra mí, frotándola profundamente. Trabajando mi polla dentro de ella, cada centímetro sólido.

Daphne se desmorona, más intensa que antes. No puede moverse, solo puede retorcerse y contorsionarse en mis brazos mientras su coño se espasma contra mi polla. Borbotea y grita, y es como la mejor música para mis oídos.

—Eso es, bebé. Déjalo salir. Sé mi buena chica y déjalo salir. Deja que toda la ciudad te escuche gritar por mí.

Se está follando a sí misma sobre mi polla, pero, como una buena chica, se queda aferrada a la correa que está sobre su cabeza.

—¿A quién perteneces?

—¡A ti! —solloza de placer.

—¿Quién te protege?

—¡Tú!

Acaricio su cuerpo de pies a cabeza, asegurándome de que me mire a los ojos. —¿Quién te cuida?

Daphne duda.

Ahí está… el indicio revelador. La cicatriz oculta, la herida supurante en su corazón.

Nadie la ha cuidado antes.

—Yo lo hago —le digo. Deslizo mi mano hacia arriba para acariciar su cuello, ahueco su rostro en mi mano, la sostengo—. Yo lo hago, Daphne. Y *siempre* cuidaré de ti.

—Pero… —sus ojos buscan mi rostro, la confusión nubla el placer—. *¿Por qué?*

Es una gran pregunta. No respondo. No puedo.

En cambio, la beso y bebo sus gritos mientras nos empujo a ambos más y más cerca de ese borde

de dulce olvido.

Y, cuando ambos caemos, nuestros sonidos llenan el auto. Sus gritos. Mi rugido.

Juntos.

PASHA

Hay dos reglas para colarse en una fiesta política a la que no te han invitado:

1. Lleva a tus propios soldados.

2. Asegúrate de que todos los demás puedan ver que a tus hombres no les importa un carajo.

El equipo de seguridad de *La Vinessa* ni siquiera está armado. Solo están allí como fachada de seguridad para los hombres que se reúnen allí.

Si alguna vez eso consoló a esos pobres bastardos, ese consuelo se desvanece en el segundo en que cruzamos las puertas ornamentadas de la casa club.

Sofi, que camina a mi lado, irradia estrés. Pero para ser honesto, la única que está tensa por esto es ella.

¿Yo? Acabo de vaciar todo mi estrés en la madre de mi hija no nacida. Prácticamente, salto de felicidad.

Es por eso que, cuando interrumpo lo que claramente es un almuerzo secreto entre el senador Brennan y trece de sus compinches del Senado, sonrío de oreja a oreja.

—Buenas tardes, caballeros. Qué bueno encontrarlos aquí.

Brennan escupe el té en la taza de la que estaba bebiendo. —¡Pasha! ¡Sr. Chekhov! ¿Q-qué? ¿Qué está haciendo aquí?

Pisoteo con firmeza el hombro del senador Robinson, que salta en su asiento, pero consigue mantener la boca cerrada. Hombre inteligente.

No tan inteligente, sin embargo, para un hombre que se supone que está en mi bolsillo, estar aquí.

—Bueno, Scott, ha sido muy difícil localizarte. Pensé que te haría un favor al pasar por aquí —aprieto el hombro de Robinson antes de seguir caminando lentamente por la habitación.

De las catorce ratas miserables que hay aquí, cinco son senadores que disfrutan de fuertes sobornos de Industrias Chekhov, incluido Brennan. Tres más están muy endeudados conmigo con varios favores.

El resto parece que son miembros del personal de acompañamiento que se supone que toman notas y engrasan cualquier rueda que chirríe cuando sea necesario.

—Vamos, vamos, Sr. Chekhov —Brennan empieza a intentar calmarme poniéndose de pie, pero cambia de rumbo y decide permanecer en su asiento cuando mi sonrisa se desvanece—. Hay canales adecuados…

—No puedo usarlos —interrumpo—. Los has cerrado todos.

—T-te dije, necesitamos tiempo para considerar toda la información y fuentes, y…

—¿"Necesitamos"? ¿Ahora hay un "nosotros"? —me acaricio la barbilla, pensativo—. Parece que han tenido mucho tiempo para coordinarse entre ustedes… pero no conmigo. Eso es muy interesante. Preocupante, en realidad.

—Brennan tiene razón —interviene uno de los otros senadores que se supone que es leal a mí. ¿Sanders, creo? Después de un tiempo, todos estos nombres pastosos se pegan juntos y no me importa lo suficiente como para mantenerlos ordenados—. El contrato que propones requiere mucho tiempo y la debida diligencia.

—Qué curioso —observo—. La debida diligencia es exactamente la razón por la que estoy aquí.

Camino alrededor de la mesa hasta el senador Liam O'Cronin, que se queda paralizado. Si fuera un hombre bueno y decente, se habría retirado después del tercer ataque cardíaco y de su cumpleaños número ochenta y cinco.

Un hombre bueno y decente también se abstendría de esnifar cocaína antes de cada audiencia del Senado.

Por lo tanto, es seguro decir que no es ni bueno ni decente. Ni, ya que estamos en el tema, tanto hombre.

—¿Cómo van las cosas, Liam? —le aprieto el hombro hasta que hace una mueca de dolor—. ¿Va bien? ¿A la altura?

Pálido. No dice nada.

—Ayúdame. Siempre he sido bueno contigo, ¿no? Me aseguré de que tú y tus campañas no necesitaran nada. Siempre me aseguré de que tu nariz estuviera limpia. —me inclino hacia él—. Entonces, ¿*por qué* intentas joderme?

Este podría ser el comienzo del cuarto ataque cardíaco de O'Cronin. —¡No somos nosotros! —grita—. ¡Lo juro! ¡Tenemos las manos atadas!

Ajá. Ahora sí que estamos en algo. Lo acerco más, con los ojos entrecerrados en peligrosas rendijas. —Entonces, ¿quién?

—N-n-no puedo, Pasha, lo j-juro…

—Respóndeme. ¿Quién está detrás de esto?

—B-Brennan no es el único que recibe amenazas…

—¿Amenazas? —miro a Brennan en busca de confirmación—. Dímelo. Ahora.

Pero, quienquiera que haya asustado a O'Cronin ha estado haciendo un gran trabajo. Él se calla, incluso frente a mi ira. Todos lo hacen.

Está claro que, pase lo que pase, quienquiera que esté detrás de esto, tiene un control más estricto de los testículos de estos senadores que yo.

Lo que me cabrea aún más que ser ignorado.

—Nadie… Ninguno de ustedes… ¿Ni una sola persona aquí me dirá qué está pasando?

Silencio. Estúpido silencio obstinado.

—Vale —libero a O'Cronin y me estiro las mangas—. Hagan lo que tengan que hacer, caballeros. Yo haré lo mismo.

Sofi permanece en un bendito silencio durante todo el desfile fuera del club, hasta que volvemos a los autos. —¿Y ahora qué? —pregunta una vez que nos dirigimos a la oficina.

Estoy demasiado cabreado para hablar. Todo lo que quiero hacer es estrangular a Brennan hasta que su cabeza regordeta explote, pero tengo que conformarme con apretar el volante con los nudillos blancos.

—Esa maldita comadreja —me froto la mandíbula con una mano frustrada, y luego golpeo el volante con esa misma mano—. ¡Estaba justo ahí! Lo teníamos. Justo. Jodidamente. Ahí.

—¿Quieres que añada vigilancia a O'Cronin y los demás? Está claro que alguien les está susurrando al oído.

Es tentador. Demasiado tentador. —No. Mantengan la mayor cantidad posible de personal cerca de casa. Si la cosa se pone fea, no quiero que nuestras fuerzas estén demasiado dispersas para resistir una emboscada.

—¿Crees que es tan grave?

Una vez más, no lo sé. Odio no saber. Es mi trabajo saberlo todo. No soy alguien a quien se deje en la oscuridad; soy yo quien lo gobierna.

Aun así… Suspiro y me hundo en mi asiento. —Tenemos que actuar como si lo fuera. Hasta que sepamos quién tiene *tanta* influencia sobre tantos senadores, todos son enemigos. Todo es una amenaza.

DAPHNE

—Daphne, sí. Por favor, entra —Keith me hace un gesto para que entre en su oficina, donde Todd también está esperando—. Haremos esto rápido.

Mi bebé revolotea y patea dentro de mi útero, pero no es nada comparado con el nudo que se forma dentro de mi estómago. —¿Qué sucede?

Todd se aclara la garganta y mira a su hermano. —No es que queramos…

—Lo que queremos —interrumpe Keith mirándome fijamente— es que mantengas *cierta* apariencia de decoro mientras estés bajo nuestro empleo.

Trago saliva. Siento que me van a despedir.

—Atendemos a una clientela exclusiva, me atrevo a decir de *élite*, que espera que nos comportemos de manera discreta y apropiada —Keith se apoya en el escritorio y fija su mirada de desaprobación justo debajo de mis ojos—. Lo que hagas en tu tiempo libre no es asunto nuestro. Pero tampoco es asunto de nuestros clientes. Hacer alarde de tus… escarceos, digamos, es inaceptable. Y muy poco profesional.

Mis dedos rozan el collar en la base de mi garganta. ¿En serio? —¿*Esto*? ¿Esto es lo que les molesta?

—Tienes un chupetón gigante en el cuello —Todd suspira y se frota el puente de la nariz—. Hay otro en el otro lado, solo que no tan grande.

El fuego estalla en mis mejillas.

Ay, Dios mío.

—Yo no… ¡Lo siento *mucho*! —me doy unas palmaditas en el vestido y miro a mi alrededor. Obviamente, no tengo un espejo de bolsillo conmigo—. ¡No me di cuenta!

Ahora, es Todd el que le lanza una mirada fulminante a su hermano. —Te lo dije —murmura. Me ofrece una sonrisa tensa y asiente con la cabeza hacia la puerta—. Creo que lo que Keith quiere decir es que estamos felices por ti, especialmente después de todo lo que has pasado. Pero, por favor, ¿mantenlo cubierto? Queremos que sean las pinturas las que estén en exposición, no tu vida sexual.

—Por supuesto —intento cubrirme las marcas del cuello con timidez—. Iré a ocuparme de esto

ahora mismo.

No puedo salir corriendo de esa oficina lo suficientemente rápido. *¡Se lo dije!* ¡Sabía que esto iba a pasar! Pero no, Pasha y su estúpido ego de macho alfa que se golpea el pecho *tienen* que insistir en que ande por ahí luciendo como la amante de un vampiro.

Me cuesta no cerrar de golpe la puerta de mi propia oficina. Una vez que está cerrada, me dirijo a mi escritorio y agarro mi teléfono.

YO: ***Lo siento, pero tengo que cubrirlas.***

Le envío una selfie del chupetón más grande, asegurándome de que pueda ver lo evidente que es.

Dos segundos después, responde.

PASHA: ***Ya hablamos de esto.***

YO: ***Sí, bueno, acabo de tener otra discusión con mis jefes. Ya sabes, ¿los tíos que firman mis cheques de pago? Keith prácticamente me acusó de ser una zorra.***

PASHA: ***¿Cómo te llamó?***

Puedo sentir la furia instantánea de Pasha recorriendo el teléfono. Probablemente debería bajar un poco el tono antes de que mi lugar de trabajo se convierta en una escena del crimen.

YO: ***No puedo llevar tus chupetones por todo el cuello mientras trabajo. Es muy poco profesional de mi parte.***

YO: ***Quiero decir, no veo a nadie de tu personal caminando por ahí con chupetones en el cuello, ¿verdad?***

Silencio. Más silencio del que puedo manejar. Suspiro y vuelvo al trabajo para matar las próximas horas hasta la hora de cierre.

Justo cuando estoy instalada en una nueva maqueta publicitaria, mi teléfono vuelve a vibrar.

PASHA: ***Sin maquillaje. Sin cuellos altos, también. Buscaré una solución alternativa.***

Pongo los ojos en blanco.

YO: ***¿Te gustaría una camiseta de piel de leopardo y un garrote también?***

PASHA: ***¿?***

YO: ***Para combinar con tu actuación de cavernícola.***

Pasha me envía un emoji de ojos en blanco, lo que me hace reír a carcajadas, porque ¿quién diablos le mostró dónde están los emojis y le enseñó lo que significan? Apuesto por Sof.

PASHA: ***Vamos a salir.***

Me muerdo el labio por un segundo antes de responder. ***¿No tienes trabajo?***

PASHA: ***A menos que haya una emergencia, cenaré contigo todas las noches a partir de ahora.***

Me recuesto en mi silla y apoyo una mano en mi barriga de bebé. Ahora, el aleteo no es solo por nuestra hija. No puedo evitar preguntarme *por qué*. ¿Por qué hace esto? Nunca se lo pedí. Nunca dije que yo fuera más importante para él que su trabajo, o su familia, o cualquier cosa.

¿Por qué me siento tan incómoda por disfrutarlo?

No sé cómo responder a ese último mensaje, así que lo dejo pasar y trato de distraerme con el trabajo. La reprimenda de los Bobos todavía resuena en el fondo de mi mente y me hace tocarme el cuello cada treinta segundos, pero me digo a mí misma que respire y llegue a la hora de cerrar.

Estoy a punto de decir "a la mierda" a cabrear a Pasha de nuevo cubriéndome con corrector cuando llaman a la puerta de mi oficina.

Hazel asoma la cabeza y me tiende un pequeño paquete. —Esto acaba de llegar para ti. ¿Uno de esos mensajeros de compras?

Frunzo el ceño al ver la caja blanca atada con una cinta de terciopelo que tiene en la mano. Cuando se la quito, reconozco el logo dorado en relieve en la tapa.

No. No puede ser.

Hazel entra y cierra la puerta detrás de ella. —¿Qué es? Por favor, ¡me muero por saberlo desde que el mensajero me hizo firmar!

Tiro de la cinta y la dejo caer. Pero conozco esa cinta. Sé de dónde viene. Sé el tipo de etiquetas de precio que usan.

—Es… seda —levanto la primera capa de tela cuidadosamente doblada dentro de la caja. La tela se siente increíblemente suave, se derrama entre mis manos mientras la extiendo—. Una bufanda de seda.

Hazel silba por lo bajo. —Maldita sea. ¡El tío *no* está bromeando! ¿Eso es todo?

Buena pregunta. Al más puro estilo Pasha, no es lo único que hay en la caja. Hay dos bufandas de cachemira suaves como la mantequilla, una bufanda de lino fino tejida a mano y una bufanda de seda cruda pesada pero cálida en la parte inferior.

—Déjame adivinar —Hazel mira abiertamente los chupetones en mi cuello, su boca se tuerce en una sonrisa juguetona—. ¿Tu hombre está compensando haberte marcado?

—No me *marcó*. Simplemente nos… dejamos llevar un poco.

—Ajá. También vi lo que le hizo a esas flores. ¿También orina alrededor de tu escritorio cada vez que te visita?

—¡Qué asco! ¡No! —me río y le doy un golpe con la tapa de la caja—. No es *tan*… vale, sí, es tan malo.

—Pero a ti no parece importarte.

Suspiro. —Realmente no me importa. Es agradable. Después de toda una vida de ser el apoyo de alguien, pero nunca… nunca una prioridad…

Mi voz se quiebra cuando la emoción brota de la nada. ¿Tristeza? ¿Dolor? *¿Aceptación?*

Dios mío, ¿qué me está pasando?

Hazel me frota el brazo y luego me atrae para abrazarme. —Oye, oye. Te entiendo. También lo entiendo. No conozco bien a este tío, pero tengo que estar de acuerdo: te está dando todo lo que tu familia no te daría. Lo que tu ex no te daría. Incluyendo, tal vez incluso especialmente, una dosis diaria saludable de vitamina P.

Jadeo. —¡Hazel! ¡No es *todos* los días!

—Casi.

—¿Y cómo lo sabes?

Me sonríe y me pasa la primera bufanda de seda por la barriguita. —No todo tu brillo es gracias a este embarazo. Lo veo y me alegro por ti. Los Bobos también lo ven, pero creo que solo están celosos.

Pongo los ojos en blanco mientras me coloco la bufanda de cachemira alrededor del cuello. —Siento que están tratando de castigarme con este estúpido proyecto de Conrad.

—Déjame encargarme de ellos. Y, en serio, Daph… déjame encargarme de *él* si se vuelve demasiado.

Es por eso que Hazel y yo nos hicimos mejores amigas tan rápido: nos apoyamos mutuamente desde el primer día. Incluso ahora, años después, preferiríamos recibir una bala la una por la otra que sentarnos y dejar pasar la mierda.

—Gracias, Haze. Eres la mejor.

~

CUANDO PASHA se detiene en el estacionamiento de la galería para recogerme para cenar, está claro que quiere hacer una declaración. Cambiar la camioneta por algo que no huela a sexo tiene sentido…

¿Pero *esto*?

Sale del reluciente Lamborghini y me recibe en la puerta principal. —¿Lista para irnos?

Miro por encima del hombro y veo a los Bobos mirándome y luego por la ventana, al lujoso auto que nunca podrán costearse en un millón de años. Si me miran más fijamente, empezarán a babear.

Pasha nota lo mismo y sonríe. Toma un lado de mi rostro con su mano. —Te ves hermosa, por cierto.

No tengo tiempo de decirle que no he cambiado desde el “almuerzo” antes de que reclame mi boca en un beso completamente inapropiado. Si no lo supiera, diría que está presumiendo.

No es exactamente orinar alrededor de mi escritorio… pero tampoco está lejos.

—¿Nos vamos? —ronronea cuando se aleja.

Todavía me tiemblan un poco las rodillas por ese beso. —Eh, sí, sí. Suena bien.

Me ayuda a entrar y me abrocha el cinturón, luego camina alrededor para ponerse detrás del volante. —¿Cómo está tu mamá? —pregunto mientras empieza a conducir. Tiene la mano en mi muslo, como siempre. Sé que tiene una vena posesiva de mil maneras, pero a veces casi parece que se está reafirmando a sí mismo que sigo aquí. Que realmente existo.

Lo entiendo. Siento lo mismo por él.

—Está bien. Ya está comprando para el bebé.

Eso me hace sentir cálida por dentro durante un milisegundo antes de preguntarme qué está haciendo mi propia mamá y el calor se apaga por completo. —La amo. ¡Tu madre es tan encantadora y hermosa! Realmente, realmente hermosa.

Pasha se ríe. —¿Qué esperabas? ¿Un ogro ruso?

—¡No! Solo que… no sé. Tal vez no debería estar tan sorprendida. Sofiya también es impresionante. Con un poco de suerte, nuestra hija será bendecida con algo de lo mismo.

—Igual que su madre.

—Y tú —corrijo, sonrojándome—. Aunque tienes más de esa robustez atractiva, toda pulida y profesional pero… peligrosa. Como si no fueras un hombre con el que se pueda meter.

—Continúa —bromea—. Ya casi estoy allí.

Le doy un golpe en el hombro. —¿Tu padre también es así?

Pasha se queda en silencio. Al instante, me arrepiento de haber preguntado. Ni siquiera sé de dónde salió eso… preguntar por su padre. Pero tal vez hay una parte de mí que quiere saberlo *todo*. Tanto por mí como por mi niña.

—Está muerto —responde brevemente.

—Ah. Lo siento.

—No lo sientas. Yo no lo hago.

—¿Qué… quiero decir, puedo preguntar qué pasó?

—Se acostó con la mujer equivocada. Hizo que lo mataran.

—¿Tu madre? —definitivamente podía creer que alguien mataría a un hombre por tocarla.

—No.

Bueno, mierda. La trama se complica. —Ah.

No soy exactamente una maestra de las palabras en este momento, y Pasha no tiene prisa por ofrecer una explicación. Entonces, como siento que ya he profundizado demasiado en su vida personal, lo dejo en paz.

Conducimos el resto del camino en un silencio no tan cómodo.

Al menos, él todavía me está tocando.

Pero no puedo evitar sentirme como si hubiera pateado un avispero al que nunca debería haberme acercado.

PASHA

—No me mires así.

—¿Así cómo? —protesta Sofi—. No es como si yo…

—Detente. No intentes hacer el moonwalk en la conversación que claramente estás buscando.

—Grosero —solloza—. Extremadamente grosero.

Pongo los ojos en blanco. —¿Quieres que sea cortés? Vale. Te agradeceré que te guardes tus pensamientos para ti. ¿Te parece eso cortés?

—¿Qué pensamientos en concreto? —Sofi inclina la cabeza hacia un lado en fingida concentración—. ¿Los que dicen que estás perdidamente enamorado de Daphne?

Aprieto la mandíbula. —No seas ridícula.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿no te parece interesante que, después de tu efusiva cita romántica, estés meditando en tu oficina en lugar de en casa con ella? —levanta una mano—. No empieces conmigo con esa mierda de "tengo trabajo que hacer". No es así. Esto no es trabajo; es evasión.

No fue efusivamente romántica, pienso para mí mismo. De hecho, fue un desastre silencioso y amargo. Después de que mencionó a mi padre, me cerré, y me tomó horas desde que terminó la cena para poder salir del agujero psicológico en el que salté.

—Haces que suene como si no quisiera estar cerca de ella —murmuro.

Mak, que también decidió convertirse en mi problema esta noche, se apoya contra la pared y revisa su teléfono. —Tú tampoco quieres ser atormentado, lo cual entendemos. Debe ser duro: tú en ese sofá, escuchándola ducharse, viéndola subirse a tu cama, sabiendo que probablemente está durmiendo desnuda…

—Cuidado, gilipollas.

—Solo estoy especulando. Pintando una escena. Pero de todos modos, sigamos adelante… no puedes mirarme a los ojos y decirme que no es un completo tormento el impedirte disfrutar plenamente de la madre de tu hija.

Entrecierro los ojos. —Eso es completamente diferente del amor.

Sofi se burla. —No contigo, no lo es. Cuanto antes lo aceptes y lo hagas tuyo, mejor. Y, cuanto antes lo hagas tuyo, antes podrás acabar con esta boda inevitable.

No de nuevo. —Le dije a Mamá que pensaría en el matrimonio. Todavía no hay nada oficial.

—¿Y por qué no? Sabes que podrías hacerlo mucho peor que con Daphne. No sé si podrías hacerlo mejor.

Eso seguro. Casi a diario me recuerdan lo mucho mejor que es Daphne que mis… digamos, "opciones anteriores". Una en particular que necesita usar una falda más larga antes de que la despida.

—Amén —interviene Mak—. Y no te molestes en estar en desacuerdo, porque no te creeremos. Así que, ¿qué te detiene?

Suspiro. Detesto que mis hermanos menores husmeen en mi psique, pero sé que lo hacen porque me aman. No me tienen miedo. Saben que los valoro y valoro todo lo que dicen y hacen, incluso cuando es irritante… y cuando es la verdad.

Cierro los ojos y respiro. Cuando hablo, me sorprendo incluso a mí mismo.

—Me preocupa terminar siendo igual que… *él*.

La habitación queda en silencio.

Saben exactamente a qué me refiero. Estaban allí. Todos lo estábamos.

Nuestro padre era una fuerza a tener en cuenta. Kostya Chekhov no hacía prisioneros ni dejaba testigos. "Compasión" no era una palabra en su vocabulario, en ningún idioma… y hablaba siete con fluidez.

Por extraño que parezca, "amor", "lealtad" y "familia" eran palabras que entendía y aceptaba… al menos, mientras se adaptaran a sus necesidades. Siempre que una fuerza externa nos amenazaba, hacía alarde de proteger a su familia. Siempre que mis hermanos y yo peleábamos, nos sermoneaba sobre la "lealtad familiar" y cómo nuestros enemigos podían derribar nuestro imperio si empezábamos a hacerlo nosotros mismos desde dentro.

Y al final, fue el "amor" lo que lo metió en problemas. Sabía cómo usarlo para su beneficio; sabía cómo usarlo como arma contra su esposa y atraer a sus amantes. No es una exageración suponer que susurraba todo tipo de promesas oscuras y encantadoras. ¿De qué otra manera podrían tantas mujeres caer en su trampa?

Nuestra madre, Asya, fue prácticamente empujada a sus brazos contra su voluntad. Eso es todo lo que sabemos. Me gusta pensar que pudo haber habido un momento en el que él podría haberla amado, al menos lo suficiente como para crearnos, pero nunca me permitiré ahondar en los "qué hubiera pasado si".

Él no merece la misericordia.

Fue un hombre cruel con ella. La llevó al punto de quiebre, aunque nunca más allá. Le encantaba demasiado jugar con ella como para quebrarla por completo.

Todavía tengo la cicatriz en mi ceja de la única vez que lo arrojé lejos de ella. Yo era más alto,

más fuerte que nunca antes. Entrenado. Y *enojado*.

Aun así, solo tenía catorce años. Así que, por muy entrenado que estuviera, por grande que fuera, por muy enojado que estuviera, también era estúpido. Así que cuando vi a Kostya darle un revés tan fuerte que ella cayó contra la mesa y se golpeó la cabeza contra el borde…

No vi nada más que a él como mi enemigo.

No sentí nada más que pura rabia.

La única lección que aprendí de mi padre ese día fue que nunca debía permitir que mis emociones se apoderaran de mi lógica. Si dejo que mi corazón se interponga, no me daré cuenta de que el cuchillo viene a por mi espalda.

¿La única lección que él aprendió ese día?

A mi hermano y hermana menores no les importa lo grande que sea mi enemigo. Mi enemigo es su enemigo, y no se contienen cuando se trata de proteger a su hermano mayor. Puede que se hayan agazapado en un rincón mientras nuestra madre les gritaba que corrieran.

Pero, cuando caí al suelo, se convirtieron en demonios.

Kostya nunca levantó una mano contra nuestra madre después de esa noche. También perdió la mitad de la vista en su ojo izquierdo y caminó con una cojera permanente. Haría todo lo posible por fingir, fingir que no necesitaba un bastón, pero sus hombres lo sabían.

Todo el mundo lo sabía.

—No eres como él —ofrece Sofiya en voz baja.

—Me parezco a él —me paso una mano por la mandíbula—. Y a veces, yo… *Blyat'*. Me sorprendo a mí mismo sonando como él. Tomando las mismas decisiones.

Mak se encoge de hombros. —Ahí tienes. Te das cuenta. Y te detienes. Sí, a veces eres brutal, pero cualquiera puede ver que no eres como el bastardo.

—¿Y qué pasa cuando me case? ¿*Si* me caso?

Sofi resopla. —¿Tienes un harén de mujeres del que no sabemos nada?

La miro con los ojos entrecerrados. —Joder, no.

—¿Planeas entretener a las mujeres dentro y fuera de una puerta giratoria?

—Absolutamente no.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntan al unísono.

Joder, desearía tener una bebida en la mano.

También desearía que mis hermanos no fueran tan malditamente perceptivos.

—Si me caso con Daphne… —suspiro y lo intento de nuevo—. Si me caso con ella, tendré todo lo que estaba tan seguro de que no quería ni necesitaba. Tendré a mi esposa, a mi hija, a mi propia familia. Mierda, tal vez incluso unos cuantos hijos más.

Makari me mira con sus ojos tiernos y su sonrisa comprensiva. —De nuevo, Pash… ¿cuál es el problema?

Aprieto los dientes. No quiero decirlo en voz alta. —¿Qué obtiene ella si se casa conmigo? Aparte de mi nombre, mi dinero y todo lo que tiene esta Bratva, ¿qué más hay? ¿Y si soy tan malo con ella como Kostya lo fue con Mamá y ni siquiera me doy cuenta?

—No puedes castigarte por una mierda que no ha sucedido y probablemente nunca sucederá. Y si sucede… —mira a Sofi, que asiente su acuerdo—, estaremos allí para patearte el trasero. Resulta que adoramos a Daphne. ¿De verdad crees que te dejaríamos levantar la mano contra ella?

Le doy una palmada en el hombro como muestra de gratitud, pero ya no puedo más. Compartir mis sentimientos es jodidamente agotador.

Me seco las manos en los pantalones y me dirijo al auto, pero, cuando llego, me detengo.

Mi reflejo brilla bajo las luces de seguridad en la ventana oscura de la puerta del lado del conductor. Un hombre con la mandíbula ensombrecida, el ceño fruncido y la mirada tormentosa me devuelve la mirada.

Conozco a ese hombre. He luchado contra él y, cada vez que lo hice, perdí.

Por un momento fugaz, su ojo izquierdo se nubla y la cicatriz de mi frente cambia de lugar a la parte superior de su pómulo. Me mira con el ceño fruncido. *Débil*, escucho el reflejo de mi padre gruñir en mi oído. *Eres débil y patético. ¿Dejar que una mujer se meta bajo tu piel? Serás el fin de todo lo que construí. Sé un hombre y madura de una puta vez.*

Parpadeo. La ilusión se desvanece.

La cicatriz vuelve a su lugar apropiado; el ojo se aclara.

Pero nada cambia el hecho de que, cuando veo mi reflejo, no soy yo a quien veo.

Y, cuando pienso en todo lo que estoy haciendo por la Bratva, todo lo que he hecho por Daphne, se me encoge el estómago al reconocer una verdad horrible.

Kostya Chekhov habría hecho exactamente lo mismo.

DAPHNE

No sé qué tipo de “negocios” hace Pasha en mitad de la noche. No estoy segura de *querer* saberlo.

Lo que sí sé es que, sea lo que sea, lo obliga a volver a casa y sentarse en la cama junto a mí durante un rato.

Nunca dice nada. Nunca me toca. Solo se sienta allí, supone que estoy durmiendo y mira fijamente a la oscuridad.

Anoche fue una de esas noches. Se sentó a mi lado, suspiró y se quedó mirando la pared durante un rato. No dije nada, demasiado asustada de romper el hechizo. Luego, se levantó, fue al baño y se duchó antes de irse a dormir al sofá.

Esta mañana, insistió en llevarme al trabajo él mismo. No era una ocasión especial, y mis guardias eran perfectamente capaces de hacerlo ellos mismos. Pero Pasha dijo con calma que esto iba a suceder, me hizo entrar en el auto una hora antes de lo que suelo salir y nos llevó a la ventanilla de automóviles para un batido de vitaminas y un pastel.

Parecía nervioso. Le pregunté al respecto, pero se limitó a forzar una sonrisa y sacudió la cabeza.

—No es nada —dijo—. En serio.

—¿Es algo que hice?

Se volvió para mirarme. —No. ¿Por qué pensarías eso?

Me encogí de hombros. —No lo sé. Solo me preocupa.

—No lo hagas. Estás bien. Estamos bien —suspiró—. Solo tengo la sensación de que algo está pasando.

Entiendo lo que quiere decir. A veces siento que algo malo va a pasar. Que alguien está a punto de arruinar las cosas, justo cuando todo ha sido tan maravilloso.

Siento eso casi todos los días.

Lo siento en el estómago mientras bebo el último sorbo de mi batido. Esa sensación de aprensión, como si alguien estuviera a punto de entrar en mi oficina y darme una noticia terrible.

O, como resulta que sucede, la cara de Conrad apareciendo en la puerta.

—Hola, ¡NayNay!

Ay, Dios mío… Intento no atragantarme con la pajita y dejo el vaso. —Em, hola. ¿Buscas a Todd? ¿O a Keith?

Conrad sacude la cabeza, todavía sonriendo. —Estoy aquí para verte a ti.

Joder.

Aliso mi vestido mientras me levanto. Gracias a Dios elegí el estilo de suéter azul oscuro con cuello vuelto que llega debajo de mis rodillas y se une a la parte superior de mis botas. Absolutamente nada en este atuendo puede enviarle señales contradictorias.

—No vi ninguna reunión en el calendario —echo un vistazo a la pantalla de mi laptop solo para asegurarme—. En realidad, no tenemos una cita hasta…

Me interrumpe con un gesto despectivo de la mano. —Estaba en el vecindario. Tenía algunas ideas para la ubicación de la galería y quería comentarlas contigo. ¿Tienes algo de tiempo?

Tengo que admitir que me sorprende lo profesional que está siendo. Nunca espero que nadie cambie de la noche a la mañana, pero, maldita sea, puedo esperarlo. —Ah. Eh, claro. Creo que puedo dedicar unos minutos.

Su sonrisa se ensancha. Conrad me sostiene la puerta abierta, dándome mucho espacio para pasar sin rozarlo.

—Encontré algunas piezas que me encantaría presentar en esta nueva exposición, algunas que dejé de lado como rechazadas, pero ahora estoy dudando —hace un gesto hacia una pared de la sala de exposiciones en el momento en que entramos—. La respuesta en la última muestra realmente favoreció temas y paletas similares, así que esta puede ser una gran manera de ahorrar tiempo y renovar el interés.

El lado mezquino de mí quiere preguntarle si está pintando un nuevo desnudo abstracto. El resto de mí no quiere saberlo de ninguna manera. —¿Cuántos piensas sacar para esta sección?

—Alrededor de cinco o seis —se da vuelta para sonreírme—. ¿Qué piensas?

—Dependiendo del tamaño de cada lienzo, deberíamos poder hacer que funcione.

—Siempre eres buena en eso.

—¿Ah? —*mierda*. Ahora me está mirando con Los Ojos. Esos mismos ojos de cachorrito que me daba cuando quería convencerme de algo, como *"¿Cómo podría engañarte? ¿Es esta la cara de un hombre que te abandonaría?"*.

Sí, gilipollas. Lo es.

Conrad se acerca a mí, así que doy un paso atrás. Lo hace una y otra vez, todo el tiempo arrullándome con sus cumplidos. —Tú. Tu mente brillante. Siempre sabes cómo hacer que las cosas funcionen, incluso cuando no deberían. Como nosotros.

Levanto una mano para evitar que se acerque más. —No hay un "nosotros". A menos que lo

digas en términos de esta galería…

—Tú y yo, Ne. *Nosotros*. Podemos hacer que esto funcione. Siempre haces que se resuelva al final.

—No hay nada que resolver, *Sidney* —escupo—. Terminamos. Te fuiste.

—He vuelto —se acerca aún más, sin detenerse hasta que siento mi espalda presionada contra la pared—. Estoy aquí. Estoy aquí y te deseo.

Tengo el corazón en la garganta. Conrad nunca ha sido agresivo conmigo abiertamente; nunca me dio suficiente prioridad en su vida como para preocuparse lo suficiente de una forma u otra.

Pero, ahora mismo, me está mirando con un brillo en los ojos que me pone muy, muy nerviosa.

—Tienes que dar un paso atrás.

—Tenemos que resolver las cosas.

Envuelve sus manos alrededor de mi cintura al mismo tiempo que se inclina. Luego, hace una pausa y mira hacia abajo. —Diablos, Daphne. Has engordado un poco.

—No es asunto tuyo, literalmente. A. Le. Ja. Te. Joder.

Es como si no me escuchara. Como si estuviera en un universo totalmente diferente de este en el que estoy tratando de alejarlo. Su sonrisa se convierte en una mueca de superioridad, y tiene las agallas de guiñarme el ojo. —Podemos bajar ese peso con trabajo, bebé. No te preocupes.

Ya no me portaré bien. También me aterra que esté a punto de hacer algo que lastime a mi bebé. ¿Cómo llegó a este punto? No hemos estado en esta habitación por más de diez minutos.

Empujo con fuerza contra su pecho. —Lo digo en serio. ¡Quítate de encima! ¡Quítate de una puta vez!

—Joder, bebé… —su voz ronronea de una manera enfermiza cuando sus manos se deslizan hacia arriba para ahuecar los costados de mis senos—. Retiro lo dicho. Ahora te sientes increíble.

Intento tragarme mi gemido de miedo, pero no puedo ocultarlo. Conrad lo escucha y claramente lo confunde con algo que indica que estoy disfrutando esto.

—Sé que necesitas castigarme —se aprieta contra mí a pesar de mis intentos desesperados de apartarlo—. Quiero que me castigues. Haz que me esfuerce mucho, bebé. Me lo merezco.

Retiro una mano para golpearlo en la cara, con la intención de quitarle esa horrible mirada de lujuria de un bofetón. Pero me agarra la muñeca y la inmoviliza contra la pared. Lo mismo sucede cuando lo intento con la otra mano, hasta que casi me aplasta bajo su peso y su aliento se extiende por mi cuello.

—Eso es. Lucha contra mí. Haz que me lo gane. Haz que te gane a *ti*.

—¡Ayuda! —ya no me importa… no me importa si Todd, Keith o Hazel me encuentran así, con Conrad, siempre y cuando puedan ponerle fin. Estoy tan jodidamente asustada de lo que este hombre va a hacer y todo lo que puedo pensar es en mi bebé y en Pasha y en qué pasaría si… —¡Que alguien me ayude!

—Shhhh, relájate —Conrad me suelta una de las muñecas para agarrarme la cara y mantenerme ahí, justo donde quiere besarme. Sacudo la cabeza furiosamente, pero él solo aprieta su agarre hasta el punto en que realmente me duele—. Solo quiero pasar un rato contigo, bebé. Nos merecemos un poco de tiempo juntos, después de todo.

Debería darle un rodillazo. Lo intento, pero mi estúpido vestido está en el camino. Y me tiene tan atrapada entre él y la pared, que tengo suerte de poder patear.

La irritación se refleja en su rostro, pero no deja que eso lo detenga. Conrad me sostiene allí, con una sonrisa cómplice curvando sus labios, y se mueve para presionarlos contra los míos en un beso que juro que me hará vomitar.

Un conjunto familiar de uñas cuidadas envuelve su hombro.

Y, en un movimiento rápido, Conrad se aleja de mí.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —Sofiya se coloca entre nosotros. No puedo ver su rostro, pero todo su cuerpo está hirviendo de rabia.

—Esto es entre Daphne y yo —ahora, Conrad está oficialmente cabreado. Da un paso adelante y extiende la mano para empujar a Sofi a un lado, su mirada fija directamente en mí.

Una vez más, Sofi lo agarra, pero esta vez, es para hacer palanca. Sus manos agarran ambos hombros para poder darle un rodillazo en la ingle lo suficientemente fuerte como para aplastar sus testículos y convertirlos en polvo.

Sus ojos se salen de sus órbitas al mismo tiempo que sus pulmones emiten un sonido sibilante agudo. Cuando se dobla, Sofi aprovecha la oportunidad para darle un gancho en la barbilla, echándole la cabeza hacia atrás y haciéndole morderse la lengua con tanta fuerza que la sangre empieza a gotear entre sus labios.

El hombre cae al suelo. Ensangrentado, jadeante y acurrucado en posición fetal, sosteniendo lo que le queda de los huevos.

—¿Estás bien?

Para ser sincera, no sé qué esperaba. Como sí que no era *esto*, me pregunto si una parte de mí pensó que Sofi asumiría lo peor y me acusaría de engañar a su hermano.

En cambio, me mira con simpatía y preocupación, pasando por encima de Conrad como si no estuviera ahí solo para poder acunar mi cara entre sus manos y revisarme en busca de heridas. —¿Estás herida? ¿Te lastimó?

—¡Joder! ¡Perra! —Conrad reúne suficiente ingenio para gritarle—. ¡Estás loca! ¡Perra loca!

Algo pasa por sus ojos, como si hubiera decidido contenerse y optara por centrarse en mí. —Háblame, Daph. ¿Te hizo daño?

No me doy cuenta de que estoy temblando literalmente hasta que intento responder a su pregunta. —N-no. N-no… aún.

Ese *algo* da un giro y se instala en su expresión. Es el mismo *algo* que he visto en Pasha justo

antes de que haga algo particularmente atroz contra un supuesto enemigo.

Detrás de ella, Conrad se pone de pie lentamente, tambaleándose. La sangre y la saliva vuelan de su boca mientras la señala con un dedo acusador. —¡Esto no es asunto tuyo! ¡Haré que te arresten!

Algo en la forma en que la amenaza me saca de mi shock. Y mi miedo. Ahora, soy yo quien se interpone entre él y su nuevo objetivo, aunque ella me agarra el brazo para retenerme.

—¡Te dije que te *largaras*! —empujo mi dedo hacia la puerta—. ¡Déjame en paz!

—Pero, Daphne…

—Escuchaste a mi cuñada. —Sofi entrelaza su brazo con el mío mientras se une a mí—. Déjala en paz. *Ahora*.

Conrad se congela. Parpadea hacia ella. Luego hacia mí. —¿Qué? —La palabra suena como si le hubiera dado un rodillazo en la polla otra vez—. ¿Estás casada? Tú… tú no puedes estar casada. ¡No puedes! ¡No puedes casarte con otra persona! ¡Se supone que debemos estar juntos!

Está tan delirante que casi me río de su ciega audacia. O trato de no llorar. Probablemente ambas cosas.

—¡Te *fuiste*, gilipollas! ¡Me engañaste y me echaste de mi *propia maldita casa*! ¡Y luego, solo para hacer las cosas más especiales, le propusiste matrimonio a otra mujer justo delante de mí! ¡Así que no! ¡*No* vamos a volver a estar juntos de ninguna manera!

¿Existe una diferencia entre delirante y desquiciado? Puede que estemos presenciando la transición entre los dos, porque Sidney Conrad Ewing no se encuentra muy bien. Se pasa las manos por el cabello una y otra vez, mirando a su alrededor con una mirada salvaje y desenfocada en los ojos.

—No… Todo salió tan mal. Cometí un error —me mira a los ojos e intenta alcanzarme—. Cometí un error. Nunca debí dejarte. Fue un error proponerle matrimonio.

Sofi le aparta la mano de un manotazo. —Te las buscaste. Ahora asume las consecuencias.

Conrad nos mira. —Yo… yo pensé… yo pensé que me estabas castigando. Todo el silencio, la evasión, el alejarme… ¿Cómo pudiste ir y casarte con otra persona?

Esta vez, se lanza hacia mí.

Y esta vez, Sofi simplemente chasquea los dedos.

Cuatro hombres con trajes a medida aparecen de la nada. Dos de ellos agarran a Conrad por los brazos mientras los otros dos crean una pared humana entre él y nosotras.

—¡Daphne! *¡Daphne!* —Conrad grita mi nombre como un loco, con la cara roja como un tomate. Ninguna cantidad de lucha lo liberará de estos colosos, sin importar cuánto lo intente. Los dos guardias de Sofi lo arrastran fuera de la habitación tan fácilmente como si estuviera flácido. Para cuando pasan el umbral, sí lo está.

Todd y Keith irrumpen en la escena justo a tiempo para ver a Conrad siendo arrastrado

físicamente. Sus miradas se posan simultáneamente en el rastro de sangre y lo siguen por la habitación hasta donde estoy parada con Sofi, que apoya las manos en las caderas en plena preparación para la guerra.

—¿Son ustedes los dueños de este establecimiento? —exige.

—¡Así es, lo somos! —Keith está furioso—. ¡Y vamos a demandarlos a ustedes y a su pequeño séquito por amenazar a nuestro cliente!

Se ríe. —Ah, ¿sí? ¿*Ustedes* van a demandarme *a mí*?

—Escuche, señorita, no puede solo entrar aquí y…

De nuevo, hace esa cosa con la mano que tiende a callar a todos los gilipollas con los que nos encontramos. —Ay, créanme, puedo hacerlo y lo haré. Igual que ayudaré a Daphne a presentar una demanda *muy* grande contra ustedes y su establecimiento no solo por permitir que un depredador sexual la acorrale y la ataque, sino por *alentarlo*. —Mira a uno de los hombres que le quedan—. ¿Cómo se llama eso, Sergei?

—Facilitación, señora.

—Ah, sí —se vuelve hacia los Bobos con una sonrisa de tiburón—. Facilitación de la agresión sexual.

Todd balbucea. —Nosotros… n-nosotros no…

—¿N-n-no l-lo h-hicieron? —Sofi se burla de su miedo, inclinando la cabeza hacia un lado—. ¿Quién se lo asignó, ah? ¿Quién insistió en que obligaran a Daphne a trabajar con su exnovio acosador, incluso después de que ella les dijera sus razones para negarse? ¿Quién eligió ignorar sus gritos de ayuda hace menos de cinco minutos?

Ninguno de los hermanos tiene una respuesta.

En cuanto a mí, estoy más que sin palabras. Estoy viendo a Sofi en su elemento, y sin embargo tengo la sensación de que se está conteniendo.

Es el gato que juega con su comida antes de lanzarse a matar.

—Si planean quedarse con su dinero y su compañía, les recomiendo encarecidamente que se dediquen a sus propios asuntos y se alejen de los de Daphne. La acompañaré a almorzar y ustedes se asegurarán de que esté cómoda cuando regrese. Eso podría no ser hasta mañana, y estarán perfectamente bien con eso. No querrán ser los dos gilipollas que obligaron a una mujer traumatizada a trabajar el mismo día que la asaltaron en su propiedad bajo su vigilancia, ¿verdad?

Los Bobos sacuden la cabeza. Tampoco pueden moverse lo suficientemente rápido, buscando la salida más cercana.

Sofi suspira, pone los ojos en blanco y se gira hacia mí. —Lo digo en serio, Daph. Si alguno de esos dos amenaza tu trabajo después de esto, los dejaremos en la ruina. Es jodidamente ridículo.

No sé qué decir. No estoy acostumbrada a que alguien me cuide así. Al menos, nadie más que Melanie, pero incluso entonces, normalmente soy yo la que siempre la cuida a ella.

Ella sale conmigo de la sala de exposiciones y atraviesa la galería, nuestros brazos entrelazados como las hermanas que de repente afirmó que éramos. Hablando de *dónde deberíamos ir a almorzar; ¿qué se le antoja a su sobrina? Ya que tenemos el día por delante, ¿deberíamos ir al centro comercial? ¿He echado un vistazo a la tienda de artículos para bebés que hay cerca de Nordstrom?*

Cuando finalmente llegamos a la puerta principal, recupero la lengua. —¿Qué quisiste decir con "cuñada"? Pasha y yo no estamos casados.

—Aún —sonríe y me guiña el ojo—. Esa es la palabra clave, Daph. *Aún*. Si crees que te va a dejar ir, que no está aquí para mucho tiempo, entonces no has estado prestando atención.

Algo cálido y maravilloso florece dentro de mí. No debería pensar en él de esta manera, ni en nuestra relación como algo distinto de lo que es. Y ni siquiera sé qué es porque nunca hemos hablado abiertamente de ello.

Pero maldita sea, es difícil no imaginar cómo sería ser la esposa de Pasha.

Ser la cuñada de Sofi.

Y, sobre todo cuando veo a Asya apoyada contra el auto que nos espera, sonriéndonos, cómo sería tener una suegra como ella.

—¡Ahí están mis preciosas chicas! —Asya termina de limpiarse la mano con un pañuelo antes de extender los brazos para abrazarnos—. ¡Mírate, mi dulce Daphne! ¡Estás radiante!

—Y tú estás sangrando —miro la tela salpicada de sangre, así como las pocas manchas que todavía quedan en el dorso de su mano.

—Ah. No es mía —se ríe y guarda la tela en su bolso de mano—. De todos modos, ¿a dónde pensamos ir a almorzar?

—Al parecer, la bebé tiene hambre de tempura —Sofi me abre la puerta con un guiño juguetón —. Lo que mi sobrina quiere, mi sobrina lo consigue.

—¿Estás segura de que estás bien? —le pregunto a Asya en voz baja.

Me da unas palmaditas en la mejilla con cariño y sonríe. —Somos una familia, *solnyshka*. La familia se cuida entre sí. Si alguien pone la mano encima de los míos, le parto la cabeza —le sonríe a Sofi y abre su propia puerta para entrar—. ¡La tempura suena deliciosa!

PASHA

—Pensé que estarías almorzando con Daphne y Mamá.

Sofi se asegura de que la puerta de mi oficina esté cerrada con llave antes de sentarse en la silla frente a mi escritorio. —Ya almorzamos. Mamá la llevará a comprar ropa para la bebé y más juguetes.

Frunzo el ceño. —Daphne tiene trabajo hoy. ¿Por qué no vuelve a trabajar?

La forma en que mi hermana tamborilea los dedos en el brazo de la silla me pone nervioso. Cualquiera que sea la actualización que tenga, no es buena.

—No te va a gustar —confirma.

—Solo dímelo, joder.

—Ewing pasó por la galería.

Tenía razón: no me gusta.

—¿Y?

—Y no necesitas enloquecer; ya me encargué. Solo pensé que deberías saberlo porque Daph parecía un poco pálida durante el almuerzo, y lo último que necesita ahora es que te pongas como un gorila de espalda plateada con ella…

—Dime qué pasó.

Sofi suspira. —Él la atacó. En la sala de exposiciones.

Mi silla cae al suelo. Creo que tiro mi escritorio a un lado, o al menos lo intento, porque se oyen ruidos de mierda rompiéndose en el camino hacia la puerta de mi oficina.

—¡Te acabo de decir que no enloquecieras! —Sofi me agarra del brazo y me arrastra hacia atrás antes de que salga disparado hacia el edificio—. Siéntate antes de romper algo más.

—Le voy a romper la puta cara. Maldita sea, *sabía* que debí haberlo hecho desaparecer mucho antes.

Refuerza su agarre en mi antebrazo y yo me quedo quieto a regañadientes. —Sea como sea, tienes muchos engranajes en la maquinaria a los que debes prestar atención. Como la madre de tu

hija, que está bastante conmocionada por el encuentro.

Joder. Daphne. ¿Está bien? —¿Por qué demonios no me llamó? ¿Qué demonios estaba haciendo sola con esa comadreja?

—Vaya. Pausa. Una cosa a la vez. Lo primero es lo primero. Tenemos que calmar la ira con Daphne.

—No estoy enojado con Daphne.

—¿No? ¿Entonces los gritos y las acusaciones son tu forma de consolarla?

Si las miradas mataran, mi hermana menor se reiría en mi cara y me diría que lo intentara de nuevo. —No estoy enojado. Estoy… frustrado. Debería confiar en mí. Debería tenerme en el marcado rápido para situaciones como esta.

—Lo hará. Simplemente aún no está ahí. Dime: en todas las veces que ustedes dos han hablado, y en toda la vigilancia que le han hecho… ¿cuándo ha indicado que está acostumbrada a que la cuiden?

Inhalo entre dientes apretados. Tiene razón. No lo diré en voz alta, pero estoy bastante seguro de que puede verlo en la forma en que me hundo en mi silla.

Los pequeños estremecimientos de Daphne en respuesta a cualquier tipo de amabilidad son la prueba. Nunca la han cuidado. Ni protegido. Diablos, no sé si alguna vez ha experimentado el amor. El tipo en el que nos cuidamos mutuamente contra viento y marea… y todos los enemigos.

Es el muro más grande entre nosotros. Quiero cuidarla, pero ella no me deja. Quiero tomar el control para que pueda relajarse y disfrutar de la vida, pero tiene un control tan férreo sobre todo en su mundo.

Como si estuviera esperando que alguien se lo quite todo.

Hace tiempo que me pregunto quién se atrevería a intentarlo. Parece que tengo una buena parte de la respuesta.

—Te prometo que seré paciente con Daphne —golpeo con un dedo mi silla—. *Después* de que visitemos a este ex.

La cara de Sofi se ilumina con una sonrisa traviesa. —Esperaba que dijeras eso.



LA PUERTA SALE VOLANDO de sus bisagras casi con demasiada facilidad.

—¡Toc-toc! —grita Sofi hacia el departamento mientras pasa sobre las astillas.

La estoy siguiendo hacia la casa de Ewing cuando la veo congelarse de repente en la entrada de su sala de estar. Cuando miro por encima de su hombro, veo por qué.

Mierda.

Es… algo. Algo de una pesadilla, más específicamente.

Un lienzo enorme, lo suficientemente grande como para cubrir casi una pared, rodeado de docenas de velas encendidas. No es solo una pintura de Daphne, es una pintura inquietantemente precisa de una Daphne muy desnuda, como si hubiera posado solo para él. Está a medio terminar, pero es suficiente.

Una música suave llena el aire. Sábanas de seda cubren el piso, con pétalos de rosa esparcidos por todas partes, como si Ewing se estuviera preparando para una cita seductora.

Con… él mismo. Aparentemente.

Esa es la otra mitad de la imagen que no necesité ver nunca en mi vida: Sidney Conrad Ewing, completamente desnudo, reluciente de óleo. De rodillas ante el cuadro de Daphne, con la cabeza echada hacia atrás en fuertes gemidos de placer mezclados con éxtasis.

Mientras su puño se mueve sobre su polla.

Pensar que incluso estaba considerando dejarlo vivir.

Lo agarro y lo tiro contra una de las paredes desnudas. —¿Qué diablos estás haciendo? —sé que no quiero la respuesta real a esa pregunta. Diablos, no quiero preguntarle una mierda porque todavía está demasiado… *emocionado*… para pensar con claridad.

—¡No tengo nada! —Conrad cierra los ojos con fuerza—. ¡No tengo nada de valor!

—Eufemismo del año —murmura Sofi mientras mira alrededor de la habitación—. Este lugar es un basurero.

No tengo el tiempo ni la paciencia para jugar con él. —Estoy aquí por Daphne.

—¿Daphne? ¡No la he visto en meses! ¡Lo juro!

Sofi se da la vuelta y se acerca a él, con los brazos cruzados. —¿Estás seguro?

Ewing palidece visiblemente. —Vale. La acabo de ver hoy. ¡Es su trabajo! ¡Tengo una visita allí! Además, me voy a casar…

—Exacto —me cuesta mucho controlarme para no golpearle la cara—. Así que no tienes por qué, ni profesionalmente ni de otra forma, acercarte a mi esposa.

—¿“Esposa”? —balbucea y me mira como si me hubieran crecido dos cabezas nuevas—. ¡Nunca vi un anillo!

Mi brazo está en su garganta antes de que pueda incluso registrar la cantidad de furia que ahora hierve en mis venas. —Así que te diste cuenta, ¿eh? —presiono más fuerte. Si se ahoga hasta morir con su propia sangre, será la mejor parte de mi día—. ¿Eso fue antes o después de que te dieras cuenta de que está *embarazada de mi hija*?

Ewing ya no tiene ganas de luchar. Se desploma contra la pared; si no estuviera tan empecinado en estrangularlo, probablemente caería al suelo. Las lágrimas brotan de sus ojos y empieza a sollozar.

Ay, por el amor de Dios…

—Nunca fuiste suficiente para Daphne —le gruño en la cara—. Y nunca serás suficiente. Ni para nadie, patética excusa de hombre. Tu arte es basura, tu comportamiento es basura, *tú* eres basura. Y te atreviste a pensar que eras digno de tocar a *mi esposa.*

Una idea me viene a la mente.

—Oye, Sofi —llamo por encima del hombro—. ¿Qué mano usa nuestro amigo?

Se queda en silencio mientras escribe la búsqueda en su teléfono. Luego—: Según este wiki, Sidney Conrad Ewing es diestro.

—Perfecto.

Sus protestas y súplicas aterrorizadas caen en oídos sordos. Solo puedo pensar en una cosa, y es en sus manos sucias y viscosas encima de mi hermosa *plamya*. *Mía*.

Asegurémonos de que no vuelva a hacerlo.

Lo tiro con fuerza hacia la mesa, golpeo su muñeca derecha hacia abajo y le extiendo mi mano libre. Sofi coloca un martillo en él, uno de esos grandes y pesados cabrones que usan para esculpir. Luego, se coloca detrás de él y le mete una mordaza en la boca.

No sé qué me satisface más: la forma en que sus gritos se hacen tan agudos que se queda en silencio, o la forma en que sus huesos crujen bajo el primer golpe del martillo.

El segundo y el tercer golpe también son bastante satisfactorios.

Cuando termino, lo que solía ser su mano artística no es más que un saco de piel lleno de huesos destrozados.

Ewing está a punto de desmayarse. Sus ojos se han puesto en blanco y se ha orinado encima. Afortunadamente, nada ha caído en mis zapatos, o tendría que pasar a su otra mano también.

—Buena suerte con tus pinturas ahora, gilipollas —tiro el martillo a un lado y disfruto de la forma en que se encoge cuando cae al suelo.

Con un gesto de la cabeza hacia Sofi, dejamos a Ewing allí en la mesa. Sollozando, con arcadas, arrodillado en un charco de su propia orina, mientras mira con horror su mano destrozada.

—¿Llamaste para avisar? —le pregunto a Sofi una vez que estamos de nuevo en el ascensor.

Ella asiente. —Los paramédicos están en camino.

Asiento y miro fijamente las puertas corredizas. Un cabo suelto solucionado.

Ahora, es hora de tener una charla con mi esposa.

PASHA

—Hola, Pash… *¡Mmf!*

El beso que la silencia es brutal y aplastante, pero también lo es cada emoción que se desata en mi interior mientras la arrastro hasta la isla de la cocina y me coloco entre sus muslos.

La deseo.

La *necesito*.

Y necesito que entienda cómo funcionan las cosas aquí, entre nosotros.

Se ha cambiado la ropa de trabajo por un conjunto más cómodo de chándal y una camiseta sin mangas que no cubre tan bien su barriguita como antes. También está más apretada alrededor de sus senos de lo que recuerdo.

Justo así, toda la sangre que late en mi cabeza se precipita directamente a mi polla.

Ya tiré a un lado mi abrigo y corbata, y estaba en el proceso de desabrochar los botones de mi camisa cuando entré en la cocina. Ahora, todo lo que hay entre su piel y la mía es una barrera que me cabrea demasiado.

Con un movimiento rápido que la hace gritar de sorpresa, le quito la camiseta por la cabeza y le bajo los pantalones.

Sin bragas. Sin sujetador.

Qué *plamya* traviesa.

—Pasha, ¿qué estás…? *Ayyy*…

Su confusión se convierte en placer en el momento en que mi lengua recorre sus pliegues. Con sus piernas sobre mis hombros y mis manos agarrando firmemente sus muslos, no hay ningún lugar al que escabullirse.

Justo como la quiero: *a mi merced.*

Lo ideal sería que estuviera inclinada sobre la mesa y gritando mi nombre mientras la embisto por detrás. Pero lleva a mi bebé, y esa hinchazón ha crecido hasta el punto en que hacer tal cosa sería estúpidamente imprudente y egoísta de mi parte.

¿Sabes qué más es estúpidamente imprudente y egoísta?

No llamarme para pedir ayuda cuando gilipollas como Ewing causan problemas.

El recuerdo de él en su departamento me recuerda lo cabreado que estoy. Lo jodidamente posesivo que soy por la mujer que ahora jadea y gime mientras devoro su dulce raja.

Su cuerpo desnudo es *mío* para disfrutar. *Mío* para adorar.

No suyo.

Estoy tan perdido en mis pensamientos turbulentos que ni siquiera me doy cuenta de que estoy chupando otro mordisco más en la parte interna del muslo de Daphne. Ella gime en una mezcla de placer y dolor, así que la dejo ir y beso el dolor sin palabras.

No me disculparé por marcar mi territorio.

—Pash —gime cuando deslizo un dedo dentro suyo. Presiono más profundo, enroscándome cuando encuentro ese punto dulce—. Pash… por favor… estoy tan cerca…

Está justo donde la quiero. La acaricio unas cuantas veces más, saboreando la forma en que se retuerce en la encimera e intenta frotarse contra mi cara.

Pero, cuando está al borde, me detengo.

—¿Q-qué? —Daphne parece tan dulcemente confundida, con las mejillas sonrojadas y los labios hinchados por mis besos—. ¿Qué pasa?

—Ewing —digo con voz áspera—. Fue a tu lugar de trabajo. Puso sus manos sobre ti.

El repentino rubor en sus mejillas no se debe a que la esté tocando.

—¿Por qué no me llamaste?

—Yo… yo no… —Daphne traga saliva—. No quería molestarte. No pensé que importara.

Contengo la verdadera profundidad de mi ira. *No pensé que importara*, como si lo que le pasa a ella no significara nada para mí. No es con ella con quien estoy enojado, es con quien le dio la idea de que alguna vez podría ser una molestia cuando necesita ayuda.

—Mírame, Daphne.

No lo hace. Está demasiado ocupada mordiéndose el labio y mirando hacia otro lado en su pena y vergüenza.

—¿Parezco el tipo de hombre que no tiene ningún problema con que otro hombre se acerque a su mujer? ¿Que la toque, la bese, la fuerce?

Una vez más, frunce el ceño. —¿“Tu mujer”?

—Sí, Daphne. Eres mi mujer. Eso debería ser bastante jodidamente obvio.

—¿Cómo…?

—Duermes en mi cama. Tú…

—Eso es un tecnicismo —se aclara la garganta y por fin me mira a los ojos—. Eres dueño de este apartamento. Eres dueño de todo el edificio, si no recuerdo mal. Cada habitación es tuya.

Gruño bajo en mi pecho. —Duermes en mi cama. Usas mis joyas y mi marca. Usas mi aroma. Tomas mi polla. Estás embarazada de mi bebé. Todo lo que tengo es tuyo. ¿Cómo *no* eres mi mujer?

Lágrimas no derramadas brillan en sus pestañas. —Pero es eso, ¿no? Solo me quieres porque estoy embarazada de tu bebé.

Agarro su rostro para que no haya ningún otro lugar al que pueda mirar excepto a mí. —Te deseé, Daphne. *A ti*. Mucho antes de que cualquiera de los dos supiera sobre nuestra bebé.

Baja la mirada y se muerde la mejilla con preocupación durante un rato. —Lo siento —susurra —. Lamento no haberte llamado. Lo siento… Lamento no haberte dicho. Quería hacerlo, pero… No sabía si podía hacerlo.

Eso es lo que he estado esperando.

Así que cuando me deslizo dentro de ella, siento que me estoy deslizando hacia mi hogar. Cálido, apretado, seguro.

Daphne se aferra a mí mientras subo sus piernas por mi cintura y me adentro más en ella. Mantengo mis manos apretadas en sus caderas, sin querer dejarla ir a ningún otro lugar que no sea el que le corresponde.

Justo aquí. Conmigo. Sobre mí.

Está lista para correrse casi al instante, pero lo hace tan bien, tan jodidamente bien, que me muerde el hombro y espera a que le diga que puede seguir adelante y dejarlo salir todo.

Sin embargo, soy un bastardo cruel y no lo hago. En cambio, disminuyo el ritmo hasta que estoy sentado hasta las bolas dentro suyo y simplemente la froto allí. Sin tirones ni embestidas, pero cada centímetro la llena hasta el borde y la hace sentir cuánto la necesito.

—Pasha, por favor…

Le sostengo la cara en mi mano y la beso con fuerza. —Demuéstrame que puedes escucharme —le susurro al oído—. Demuéstrame que puedes cumplir tu palabra.

Un lastimero maullido sale de su garganta, pero asiente y entierra la cara en mi cuello. Puedo sentirla besar mi piel, luego succionarla entre sus dientes, y un escalofrío como ningún otro me recorre la cabeza hasta los dedos de los pies al saber que mi mujer me está marcando.

Cuando su cuerpo se siente más tranquilo, vuelvo a empezar. Esta vez, mis embestidas son más duras y más largas. Sus dedos de los pies se curvan. Sus dedos se clavan en mis omóplatos.

—Buena chica. Córrete conmigo —gruño.

Ella no necesita nada más para llevarla al límite, y yo tampoco. Caemos juntos en ese calor húmedo y oscuro.

No me molestará en absoluto si así es como necesitamos tener discusiones serias. Si la única

forma en que ella alguna vez captará las cosas es que yo las embista contra su hermoso cuerpo hasta que grite y se deshaga a mi orden, estoy más que feliz de complacerla.

—No guardamos secretos en esta casa —murmuro contra su estómago mientras la acomodo—. ¿Entendido?

Tiene una mirada soñadora y está perfectamente satisfecha. Mentiría si dijera que eso no es algo que me excita mucho en sí mismo. Me encanta saber que soy el *único* que la hace sentir así de bien.

—Vale —susurra—. Vale.

Acaricio su cintura, presionando más besos en la preciosa curva de su útero. —Eres mía, Daphne. Tú y nuestra bebé. No tienes idea de cómo…

Me interrumpo antes de admitirlo abiertamente. Antes de decir, en voz alta, lo jodidamente asustado que estaba de que algo le hubiera pasado a ella. A nuestra hija.

Así que, en lugar de eso, me aparto de ella. —Si Ewing vuelve alguna vez, me llamas. De inmediato.

—Vale.

—Si *cualquiera* te pone un dedo encima o te hace sentir insegura de cualquier manera, le haces un infierno hasta que puedas llamarme. Ni a Sofi, ni a Mak, ni a mi madre. A *mí*.

Ella asiente, con una pequeña sonrisa en el borde de sus labios. —De verdad quieres cuidarme, ¿no? —lo dice como si fuera la primera vez que realmente entiende el concepto.

—¿Es tan difícil de creer?

—No —admite mientras la sonrisa se extiende—. Pero… puede que necesite recordatorios. Recordatorios constantes y prolongados.

Mordisqueo la curva de su seno y le devuelvo la sonrisa. —Tus deseos son órdenes.

DAPHNE

—Hazme un favor, Daph… ¿Me avisas la próxima vez? Antes de que vayas y me cuentes cuál podría ser la historia de sexo más caliente de la historia —Hazel sacude la cabeza y se abanica—. Ha pasado un tiempo para mí, ¿sabes? —luego, sonríe y se endereza—. Pero, en serio, estoy muy feliz por ti.

—Gracias —una calidez se extiende por mi pecho y me hace reír—. Yo también estoy feliz.

Pasha me trajo al trabajo otra vez esta mañana. Obviamente estaba buscando a Conrad o cualquier otra señal de problemas, pero el hecho de que su mano no dejara de acariciar mi muslo me hizo ronronear todo el tiempo. Podría estar buscando ojivas nucleares por lo que a mí respecta.

Él me quiere. Por *mí*.

Soy su mujer.

Estoy en el séptimo cielo. Y soy su mujer.

Otro pequeño gesto del que ninguno de los dos habló, pero que definitivamente le mencioné a Hazel: Pasha no usó corbata esta mañana. De hecho, ha dejado de llevar corbata con tanta frecuencia como antes, pero esta mañana dejó desabrochados los dos botones superiores y la camisa abierta.

Lo suficiente para ver el chupetón que le dejé en el cuello.

No puedo igualar los niveles de testosterona sanguinaria de Pasha, suficientes para matar a un rinoceronte. Pero definitivamente me encanta que cualquier mujer interesada vea *mi* marca en *mi* hombre y sepa que no debe intentar nada con él.

Desafortunadamente, mi euforia no dura tanto como me hubiera gustado. Hazel y yo escuchamos que las puertas principales se abren de golpe desde donde estamos sentadas y levantamos la vista, alarmadas.

¿Y ahora qué?

Esto no es exactamente la Estación Grand Central. Los visitantes fuera de los eventos de exhibición suelen ser pocos y espaciados. Pero, desde que las cosas con Pasha y Conrad se calentaron, es casi como si debiéramos instalar una puerta giratoria.

—Tú.

Mierda. Conozco esa voz. He estado haciendo muecas con esa voz áspera y patética de muñeca desde el internado.

—Hola, Brittany —abrazo mi batido cerca como un escudo mientras me volteo para mirarla.

Es una mujer con una misión. Una misión violenta, si tuviera que adivinar. Su dedo me señala en el aire y, si las miradas mataran, yo estaría muerta hace mucho. —Espero que estés jodidamente feliz —sisea.

—Lo estoy, de hecho —apoyo una mano en mi estómago y sonrío. Mi niña está bailando, lo que subraya aún más el punto de que las dos estamos muy, muy felices—. Pero tú no te ves muy bien.

Brittany suelta una carcajada. —¿Estás… estás hablando en serio ahora mismo? ¿Estás hablando jodidamente *en serio*?

Hazel tiene mucha menos paciencia que yo. Pone los ojos en blanco, cruza los brazos sobre el pecho y se interpone entre nosotras. No lo suficiente para bloquearme, pero lo suficiente para poder lanzar las manos en caso de que esta mujer se vuelva loca. —Solo dilo de una vez, Brit. No tenemos todo el día.

—Tú… No tienes todo… Vale —Brittany aplaude y realmente empiezo a pensar que se ha vuelto loca—. Bueno, tu novio se aseguró de que Conrad no tuviera un día más en su carrera. Jamás.

—¿De qué estás hablando?

Pero, incluso mientras lo digo, las palabras de Pasha pasan por mi cabeza. *Puso sus manos sobre ti*. Había violencia en esa oración. Mucha violencia.

Brittany empuja a Hazel para clavarme su dedo en la cara. —Aléjate de Conrad. ¿Me escuchas? Lo perdiste. No puedes quedártelo.

Esa paciencia que sentí hace un segundo…

Se acabó ahora.

Se acabó por mucho.

Le aparto la mano de un manotazo. —En primer lugar, perra, *no lo quiero*. Sinceramente, no me gustas, pero aun así creo que podrías hacerlo mucho mejor que ese gilipollas. Y, en segundo lugar…

Veo que viene su bofetada, pero soy demasiado lenta para bloquearla. Solo puedo mirar boquiabierta, estupefacta, mientras los anillos en sus dedos destellan, titilan y vuelan más cerca, y luego…

BOOM. Alguien le arrebata la muñeca en el aire.

Me doy vuelta, todavía muda e inútil, para ver dos montañas gigantes de hombres interviniendo.

Después de lo que pasó ayer, les han ordenado permanecer dentro del local, al alcance del oído,

en lugar de afuera como solían hacer.

Resulta que fue una buena idea.

Lev y Dominik levantan a Brittany del suelo como si no pesara más que un buzón. Ella jadea, farfulla y luego intenta liberarse, pero simplemente le agarran las muñecas y las sostienen detrás de ella.

—¡No pueden hacer esto! ¡No pueden tocarme, joder! ¡No pueden arrestarme! ¡Tengo derechos!

Algo nuevo, algo *feroz,* brota dentro de mí. Me pregunto si esto es lo que siente Pasha cuando está "trabajando".

—Ay, cariño, no. Estos no son la policía. Te iría mucho mejor si lo fueran.

Se queda quieta.

Envalentonada, doy varios pasos hacia adelante. Por una vez, realmente quiero ponerme frente a su repulsiva carita de Shih Tzu. —Como decía: en segundo lugar, tengo mi propia vida. Claramente no puedes ver que estoy embarazada del bebé de otro hombre, y ese hombre es mucho mejor que Conrad. Entonces, ¿por qué querría lo más tirado? Ese es *tu* reino.

Hazel resopla. Lev y Dom aprietan sus labios en una admirable muestra de estoicismo, pero estoy bastante segura de que uno de ellos casi se ríe.

Brittany está enloqueciendo. —¡Eres una perra! ¡No te dejaré tenerlo! ¡Haré lo que sea necesario para asegurarme de que nunca lo vuelvas a ver!

—Como sea, psicópata —pongo los ojos en blanco y les hago un gesto a mis guardias para que la arrastren hacia la puerta.

Lo hacen.

Con mucho gusto.

Hazel silba por lo bajo una vez que se han ido. —Maldita sea. La perra está loca. ¿Qué crees que quiso decir con que la carrera de Conrad terminó?

—No lo sé, y realmente no me importa. Estoy contenta de no tener que hacer esa horrible exposición nunca más.

Fiel a mi palabra, agarro mi teléfono y le envío un mensaje de texto a Pasha para actualizarlo.

Brittany acaba de pasar por aquí. Una auténtica psicópata. Desquiciada.

Dom y Lev se encargaron.

Por cierto, ¿qué quiso decir con que Conrad ya no tiene una carrera?

No hay respuesta inmediata, así que guardo mi teléfono y le hago un pequeño gesto a Hazel mientras camino de regreso a mi oficina. Con todo dicho y hecho, bien podría volver a trabajar de verdad.

Sin embargo, antes de llegar a la puerta, mi teléfono vibra.

PASHA: ***A menos que pueda pintar con su mano izquierda, tiene que encontrar un nuevo pasatiempo.***

DAPHNE: ***¿Qué pasó?***

PASHA: ***Metió la mano en un lugar que no le corresponde. Cuando la gente ignora todas las advertencias, ocurren accidentes.***

PASHA: ***¿Cuál es Brittany?***

DAPHNE: ***La prometida de Conrad. Estabas allí cuando le propuso matrimonio, ¿recuerdas? Quemaste su cuadro.***

PASHA: ***Ah. Cierto. Siguen siendo los mejores 5 millones de dólares que he invertido***

DAPHNE: ***¿Invertido? Difícilmente. Literalmente quemó todo tu dinero***

PASHA: ***Te conseguí a ti, ¿no?***

Ahora, estoy sonrojada. No hay nadie cerca para verlo, pero no me importa.

DAPHNE

En general, es un día maravilloso.

Hasta que empiezo a ordenar el correo que llegó a mi oficina a última hora de la tarde y veo una carta dirigida a *"Daphne Hamish"*.

Se me cae el estómago.

Reconozco esa letra.

Mamá incluso escribió mi nombre tan grande que ocupa la mitad del sobre. Como si necesitara un cartel gigante para recordarme mi nombre de nacimiento.

Como si pudiera olvidarlo alguna vez.

¿No pueden solo dejarlo pasar? ¿Qué tiene de difícil recortar las pérdidas? No me doy cuenta de que estoy a punto de estallar en lágrimas hasta que Melanie atiende el teléfono.

—¡Hola, Daph! ¿Qué pasa?

Mierda. Estoy llorando. No hay "a punto de"; estoy sollozando de verdad.

—¿Daph…? ¿Estás bien?

—¿Por qué no me dejan en paz? —golpeo la mesa con la carta sin abrir—. ¿Por qué es tan… tan… tan jodidamente difícil para ellos dejarme en paz?

Sinceramente, esa pregunta se aplica a muchas más personas que solo mis padres. Conrad, Brittany, los Bobos… ¿por qué no pueden simplemente captar la obvia indirecta y dejarme en paz?

La voz de Mel pasa de la preocupación a la comprensión. —¿Los padres siguen usando tu antiguo nombre?

—Lo odio. Sé que lo cambié para ayudarlos, pero ahora, simplemente… ¡lo odio! ¡Odio ese nombre estúpido y odio a la gente estúpida a la que se asocia! Quiero decir… Joder, lo siento. No debí haber dicho eso.

—No, lo entiendo. Créeme, tuve una crisis similar después de que me enviaron una tarjeta de condolencias dirigida a "Melanie Hamish". Para mi *boda*.

—Ni siquiera fueron a tu boda.

—No, no fueron. Ni siquiera por el pastel.

—Lo recuerdo —inhalo y siento que una sonrisa se dibuja en mi boca—. Desde entonces he tenido antojo de tiramisú.

—¡Puedes tenerlo en *tu* boda! Hablando de eso, ¿cómo está ese gran hombre con el que te estás quedando?

—¡Mel! —ahora me estoy riendo. Es exactamente por eso que la llamé. Mi hermana menor sabe cómo cambiar mi estado de ánimo en un instante. —Está bien. Él está… él está bien. Estamos bien.

—¿Sabe lo de tu doble vida?

Pongo los ojos en blanco. —No es una "doble vida". Soy yo tratando de vivir mi mejor vida mientras me deshago de una vieja vida que nunca pedí. No le estoy mintiendo descaradamente.

—¿Pero…?

—Pero… él no sabe lo del cambio de nombre.

Mel se queda en silencio. Luego—: ¿Te preocupa que lo vaya a averiguar?

Oigo la vergüenza en su voz. Sé lo que está preguntando. Lo que ella teme que yo diga. —No me preocupa que me relacione contigo. *Quiero* que lo sepa. Tal vez sea hora de que le dé un infierno por lo que le hizo a mi hermana menor.

Es su turno de soltar una carcajada. —Gracias. De verdad, no estoy enojada por eso. Solo no quiero arruinarte las cosas.

—Si no puede manejar el hecho de que eres mi hermana, no me merece.

Sinceramente, me sorprende un poco oírme sonar tan resuelta. Pasha puede ser autoritario y sobreprotector y una fuerza a tener en cuenta.

Pero ¿elegir entre él y Melanie? Fácil. Ni siquiera su polla mágica puede hacerme cambiar de opinión sobre mi lealtad hacia mi hermana.

—Te amo, Daph. Y, si estoy escuchando bien las cosas, él también. Tienes que decírselo.

Hay demasiadas cosas en esa declaración para desentrañarlas a la vez. Voy a abordar la parte más fácil e ignorar por completo la aterradora. —¿Qué se supone que le diga? "Oye, cariño, ¿no soy quien crees que soy?".

—Bueno, ¿quién cree él que eres?

Hago una pausa. —Yo… no lo sé. Ay, tienes razón. Esto es estúpido.

—No estúpido. Solo complicado. Y aterrador. Pero deberías decírselo.

—Lo sé —suspiro. Si valoro lo que tengo con Pasha… que sí lo hago… necesito contarle sobre mi cambio de nombre. Y por qué.

En algún momento, necesito decirle cómo hemos estado conectados mucho antes de esa noche en la subasta.

Solo no sé cómo lo tomará. Ninguno de mis escenarios mentales sale bien cuando trato de imaginar las posibilidades.

Tomo la carta y la llevo a la estufa. —Por cierto, tu sobrina está bailando ahora.

Mel chilla de alegría y puedo oír a Jameson gritar desde la distancia, preguntando qué pasó. —¡Mi pequeña bebé frijol! Dios mío, tengo que llevarla a clase de ballet. A cada sesión. Voy a comprar todos los tutús.

—En primer lugar, ahora es más grande que un frijol —me río mientras enciendo la luz del gas —. En segundo lugar, pasarán varios años antes de que tenga la edad suficiente para el ballet. ¿Y si decide que le gusta algo más? ¿Como… andar en patineta?

—La tía Mel la vestirá con todos los tutús de bebé y las zapatillas rosas. El tío Jamie le enseñará a andar en patineta. Nadie dijo que no pudiera hacer ambas cosas.

Amo a mi hermana. Amo a mi cuñado también.

También me encanta lo hermosas que se ven las llamas cuando suben por la carta que tengo en la mano.

—Señalaría que Pasha podría tener algo que decir al respecto, pero tengo el presentimiento de que querrá enseñarle cosas aún más peligrosas.

Como, por ejemplo, cómo aplastar las manos de tus enemigos hasta convertirlas en escombros.

Mi montaña rusa emocional se detiene oficialmente. Mel sigue hablando maravillas de su sobrina no nacida, Jameson grita sus opiniones desde cualquier habitación en la que se encuentre y, cuando Pasha llega a casa, todo mi estrés ha desaparecido tanto como las cenizas de esa estúpida carta.

PASHA

Las actualizaciones de inteligencia de esta mañana no me trajeron buenas noticias.

Lo que sí me trajeron fue directo a la oficina de Brennan.

Más específicamente, al escritorio de su asistente, donde el calendario de eventos está abierto en la computadora.

—Em, ¿puedo ayudarte? —Fitz me mira desde el otro lado de la habitación, con una taza de café humeante en la mano. Acorta la distancia con una velocidad impresionante, empujándome lejos de su puesto abandonado—. ¿Tienes una cita?

—Eso es lo que estaba tratando de averiguar.

El asistente de Brennan sorbe con desdén. Sabe tan bien como yo que mi nombre no se encuentra en ninguna parte del calendario del senador. —Lo siento; tendrás que esperar a que el senador Brennan se comunique contigo.

—O… —saco un billete de cien dólares de mi bolsillo y lo deslizo por el escritorio—. Puedes ayudarme a encontrarlo.

Fitz mira el dinero, luego vuelve a mirarme. —Como dije, tienes que esperar a que el senador se ponga en contacto contigo.

Estoy en parte irritado, en parte impresionado. Puede que sea un soborno caro, y eso dice algo sobre el carácter de Fitz. Saco el fajo de billetes que siempre tengo a mano y deslizo unos cuantos cientos más sobre su escritorio.

—Realmente no me gusta esperar.

Mira el dinero. Esta vez, su determinación se resquebraja visiblemente. Son otros pocos momentos de silencio de debate interno antes de que tome el dinero y se lo guarde en el bolsillo. —¿Qué quieres?

—Una copia de su agenda.

Fitz resopla. —¿Hablas en serio? ¡Eso es una gran brecha en la seguridad! ¡Podrían despedirme!

—Y yo podría hacer que valga la pena el riesgo —toco el fajo de billetes para recordarle cuánto más podría haber esperándolo.

De nuevo, lo considera. Y de nuevo, tengo que admirar la lucha interna a la que se somete. He visto a tíos como él vender a sus abuelas por veinte dólares sin pensarlo dos veces, pero está sopesando los pros y los contras de aceptar sobornos mucho más lucrativos para un político que probablemente le paga salarios de esclavo.

—¿Por qué necesitas verlo con tanta urgencia?

Creo que sé lo que está preguntando. *Si te muestro el calendario, ¿harás algo que nos lleve a los dos a la cárcel?*

Tentador. Pero tengo demasiado que perder hoy en día.

—Brennan me dio su palabra. Yo le di la mía. Solo uno de nosotros parece decidido a cumplirla —suavizo mi tono a algo razonable—. Todo lo que quiero es hablar con él.

Fitz se queda en silencio por un rato. Luego, por fin, asiente. —Vale. Puedo darte una copia impresa del programa de esta semana, pero eso es todo. Cualquier cosa más correría el riesgo de hacer sonar las alarmas.

Lo considero patrañas, pero lo acepto. Hace lo que me ha dicho y yo examino la hoja cuando me la entrega. Yyyy… *bingo*.

—Dame la información para esta cena.

Fitz resopla. —¿La cena de *estado*? ¡Es un punto central político! El senador es uno de los oradores principales, y esa lista de invitados es hermética. No hay forma de que puedas aparecer así como así.

Sopeso los costos y los beneficios de irrumpir. ¿Puedo esperar hasta que surja otra oportunidad mejor? ¿Preferiblemente cuando el senador esté solo?

Entonces, una imagen mental de Daphne en mi brazo, luciendo algo ceñido que acentúa su vientre hinchado, toma la decisión por mí.

Dejo caer todo el fajo de billetes sobre su escritorio justo frente a él. —Dame entrada. Más un invitado.

~

—CIERRA todo después de las 4:00 P.M. y cambia mis citas de la mañana de mañana a la tarde. Cualquiera que no quiera reprogramar puede besarme el trasero.

Paris se apresura a cumplir mis órdenes. —¿Está todo bien?

—Perfectamente bien —me quito la corbata y desabrocho los botones superiores para dejar que la marca de Daphne respire de nuevo—. Llegó una invitación de último momento para una cena de estado. Estaré presente, así que asegúrate de que eso también esté anotado en el calendario. A las siete en punto hasta… cuando sea.

Con un poco de suerte, arreglaré a Brennan con el mínimo esfuerzo, y luego llevaré a mi mujer a un lujoso hotel cercano para que pase una noche mucho mejor.

Solo pensar en Daphne con un vestido brillante, con una abertura en un costado lo suficientemente grande para mostrar su cremosa pierna, me pone duro como una piedra. No quiero quedarme en la cena más de lo absolutamente necesario.

Tengo asuntos más urgentes de los que ocuparme.

—Yo estoy disponible —interviene Paris entre mis pensamientos embriagadores—. Si necesitas una cita para la cena, quiero decir. O para el postre.

Suspiro. Lo había estado haciendo tan bien hasta ese momento.

Me doy vuelta para mirarla. —Tus servicios ya no son necesarios. Así que no, no necesito una cita. Ya tengo una.

Paris se pone de pie lentamente, la ira hierve bajo su piel. Dolor también, y sé que en algún momento tendré que abordar eso. Ahora mismo, sin embargo, se inclina hacia la ira y estoy listo para una pelea.

—No lo entiendo. Estás soltero; yo estoy soltera. Y, a menos que hayas contratado a alguien más…

—Te voy a detener ahí mismo, antes de que digas algo de lo que ambos nos arrepintamos —*como acusar a Daphne de ser una acompañante*—. No estoy soltero. No solo lo he dejado excepcionalmente claro durante bastante tiempo, sino que no te elegiría ni aunque lo estuviera.

Contiene un jadeo agudo. —¿Estás bromeando? ¿Después de todo lo que hicimos?

—Lo que hicimos fue mutuamente beneficioso. Tú accediste plenamente, nos desahogamos un poco. Eso fue todo.

—Pero…

—¿Nunca se te ocurrió que *todo* lo que hacíamos era tener sexo? Nunca te pedí nada más. Nunca lo haré.

Paris aprieta los puños a los costados. Su labio inferior tiembla, pero está decidida a defender su posición. Casi puedo admirarlo. —Me usaste. ¡Tú… me *usaste*!

—No más de lo que tú me usaste a mí. Ni menos. Y, antes de que se te ocurra presentar demandas, no olvides lo descaradamente que te has arrojado sobre mí frente a testigos. El hecho de que no te haya despedido por conducta inapropiada es una misericordia que ya no tendrás. Estoy feliz de discutir un aumento de salario y un paquete de beneficios, si eso te ayuda a seguir adelante. Pero no te pago por lo que tienes entre las piernas, te pago por lo que tienes entre las orejas.

Está furiosa, pero permanece en silencio. *Gracias a Dios*. Entiendo que está herida y reconozco que, a nivel logístico, probablemente tenga todo el derecho a estarlo.

Pero también es vengativa como el infierno. Si no la vigilo de cerca, no hay forma de saber lo que podría intentar hacer.

Makari puede haber tenido razón. Puede que sea el momento de despedirla.

Por otro lado, necesito mantener a todos mis enemigos a mano. Incluso a los potenciales.

Especialmente a los potenciales.



ME RECIBE la cara sonriente de Daphne en el segundo en que entro por la puerta. —¿Cómo estuvo tu día? —pregunta alegremente.

No es su culpa que esa pregunta me irrite. Mierda, ni siquiera es mi culpa. Solo estoy irritado con el resto del mundo por ser tan jodidamente difícil. —Fue un día.

—Ah —su sonrisa se desvanece un poco, lo que desprecio por sí mismo—. Me preguntaba, cuando estés cómodo… ¿podríamos hablar?

—Preferiría no hacerlo —las palabras salen volando de la peor manera antes de poder detenerme —. No estoy de humor. Demasiado molesto con la gente. Las cosas. El universo.

Su sonrisa ha desaparecido por completo. También la luz alegre que había en sus ojos hace apenas unos segundos.

Buen trabajo, gilipollas.

—Está… está bien. No es gran cosa —Daphne le resta importancia con un gesto y se da vuelta para salir de la habitación.

¿Por qué se siente como si también me estuviera quitando importancia a mí?

Me dejo caer en el sofá con un profundo suspiro. Pero, cuando pasa, en el último segundo, le rodeo la cintura con mi brazo y la tiro hacia mí.

Daphne chilla de sorpresa. La envuelvo con mis brazos y entierro mi cara en la curva de su cuello, donde se junta con su hombro. Huele tan bien. Se siente aún mejor.

—Cuéntame sobre tu día —grazno en su suéter.

Ella se resiste. —¿Mi día? Mi día fue aburrido. Mis días siempre son aburridos.

La abrazo más fuerte. —Nada en ti es aburrido, *moya plamya*.

Daphne suspira y se inclina hacia mí. —Bueno, los Bobos no están muy contentos por perder lo que llamaban su “gallina de los huevos de oro”. Han estado tratando de encontrar formas de mantener la exposición de Conrad, pero Hazel se niega a trabajar con él, y Sofi los asustó para que me dejaran en paz.

—Es buena en eso.

—Tal vez demasiado buena —concuerda Daphne—. Sigo intentando decirles que hay artistas mejores, con actuaciones más consistentes, tanto en ventas como en atracción de público, pero ¿qué sé yo? Yo solo soy la curadora.

Paso a masajearle las muñecas. Ella gime de satisfacción y, justo así, me pongo duro. —Eres más

que una curadora —murmuro en su garganta.

—¿Sí? Diles eso a ellos.

Mi boca se mueve hacia la concha de su oreja. —Puedo. Lo haré. Si quieres que lo haga.

Se gira lo suficiente para darme una sonrisa cómplice. —En realidad amo mi trabajo, a pesar de mis quejas. Me gustaría conservarlo.

—Vale. Arruina mi diversión.

Un meneo de su trasero en mi regazo me hace contener la respiración. —Si lo que quieres es diversión, no dejes que te impida disfrutarla.

—*Plamya* traviesa —froto su cadera, le doy un ligero golpe y luego vuelvo a frotar—. No me tientes.

—¿Por qué no? —sus pestañas bajan y su mirada se posa en mis labios—. Tenemos mucho tiempo.

—En realidad, no lo tenemos —levanto la mano para colocarle un mechón de cabello detrás de la oreja. *Dios mío, su piel es tan suave*—. Vamos a una cena esta noche.

—¿En casa de tu madre?

—Joder, ojalá. No, esta es una de esas elegantes cenas de estado. Solo de etiqueta.

Daphne se pone rígida. No sé qué la pone nerviosa, pero lo está pasando por alto. —¿Tenemos que hacerlo? ¿No podemos simplemente no hacerlo y decir que lo hicimos?

Mi mano se mueve rápidamente hacia su muslo. —He estado soñando despierto contigo con un vestido sexy. Sacándote de él, específicamente.

No se relaja. Está tensa. Demasiado tensa en base al pequeño fragmento de información que acabo de darle.

¿Qué me estoy perdiendo?

—Es solo que… estoy harta de lidiar con lo elegante y pomposo —Daphne suspira e intenta relajarse. Sin embargo, no me engaña—. Si me codeo más, voy a quedar en carne viva. Todos esos hombres egoístas y mujeres maliciosas. Arrojándose unos a otros ¿y para qué? ¿Influencia?

—Puedes arrojarte sobre mí. Te daré mucho más que influencia.

Me mira fijo. —Hablo en serio, Pash.

—Yo también —la acomodo en mi regazo hasta que la acuno en mis brazos—. Iremos a esa cena. Vas a usar algo muy sexy, yo voy a usar un esmoquin que te hará bajar las bragas, y vamos a ser la envidia de cada viejo arrugado que todavía respira oxígeno sin tanque. Y *tú* —le digo a su barriga redondeada— vas a hacer que Mami y Papi parezcan padres responsables y amorosos. Espero que te comportes lo mejor posible, jovencita.

Eso hace que Daphne se ría, lo que a su vez me hace relajar de maneras que no sabía que necesitaba hasta ahora. ¿Tiene idea de lo mucho que la necesito de verdad y profundamente?

¿Solo abrazarla, tocarla, verla sonreír y oírla reír?

¿Tener este hermoso, sensual y brillante recordatorio de que mi vida no está *completamente* jodida?

—Entonces, ahora que eso está resuelto… —le muerdo el cuello—. Cuéntame todo sobre cómo le pateaste el trasero a Brittany.

Daphne pone los ojos en blanco y se ríe. —Yo no hice nada.

—No es lo que yo oí. Oí que prácticamente la desollaste viva.

Se sonroja. —Vale. Quizá esa parte haya pasado.

—Me encanta. Cuéntamelo todo.

—Bueno, quiero decir… Vale, explícame cómo la gente simplemente no procesa las palabras. O sea, puedes decirlo y escribirlo y cincelarlo en una estatua gigante de mármol y aun así… —imita algo que vuela sobre su cabeza—. Ella cree que yo todavía quiero a Conrad.

—¿Lo haces?

Daphne casi me desuella vivo a *mí* con la mirada que me lanza. —Sé serio.

—Entiendo el punto. Continúa.

—¿Ves? ¿Fue difícil? No creo que eso sea difícil. Pero, por alguna razón, Brittany cree que estoy dispuesta a arruinarle la vida y robarle todo lo que tiene… y, tengo que ser sincera, ella *nunca* ha tenido algo que yo quisiera.

—Dime cómo te sientes realmente.

Se sonroja de nuevo y aparta la mirada. —Lo siento. Yo solo…

—No lo sientas. Me encanta este lado tuyo. Sigue hablando —me balanceo contra su trasero regordete para demostrar mi punto—. Puede que me corra antes de que tengamos que irnos.

—Eres terrible —murmura con una risa ahogada.

—Tú eres peor. Termina tu historia… ya casi estoy ahí.

Sonrojándose y sonriendo a la vez, sigue contándome la historia… y todo lo que puedo pensar es: *Esa es mi mujer.*

¿Cómo diablos tuve tanta suerte?

DAPHNE

No llevo nada más que el sujetador y las bragas cuando Pasha entra en el dormitorio una hora después.

—¡Oye! —jadeo, intentando cubrirme automáticamente.

Él suspira. —¿Se te ha olvidado por completo que tienes un bebé creciendo dentro? ¿El que yo puse ahí?

—¡Igual hay una puerta a la que tocar!

—Eso arruinaría la sorpresa —deja la caja que sostiene sobre la cama y quita la tapa—. ¿Ves? *Sorpresa*.

Siento que mis ojos están a punto de salirse de mi cabeza. “Sorpresa” es una forma de decirlo.

Impresionante es otra.

Pasha levanta el vestido por los tirantes y lo saca de la caja. Los tirantes y el busto están completamente cubiertos de perlitas sobre un fondo de satén gris topo, un escote en V profundo que termina en una cintura imperio. El resto del vestido es una nube de gasa de seda. Debajo del vestido, aún en la caja, hay un par de zapatos planos a juego de perlitas.

Con relleno de espuma viscoelástica para mis pies doloridos.

Bendito sea este hombre.

—Toma —dice Pasha, sosteniendo el vestido bajo para que me lo ponga.

—Puedo hacerlo sola, ¿sabes? Llevo años vistiéndome con poca o ninguna ayuda.

—Nunca dije que no pudieras —levanta una ceja, su mirada continuamente rozando mi cuerpo casi desnudo.

—¿Entonces…?

—Entonces, yo compré el vestido. Yo te lo pondré.

¿Por qué me excita eso? Es tan posesivo. Tan territorial. Tan exigente. ¿Por qué me encanta tanto?

Hago lo que me pide y me pongo el vestido. Me ofrece la mano para mantener el equilibrio y tengo que admitir… para mí misma, aunque no en voz alta… que no es tan fácil hacer esto como lo fue hace unas semanas. Mi centro de equilibrio está un poco más desviado de lo habitual.

Muchas gracias, pequeña.

Cuando desliza el vestido por mi cuerpo, puedo sentir su cálido aliento en mi piel. Es como si estuviera a un beso de distancia, como si me estuviera bebiendo antes de cubrirme. Y, cuando llega arriba, ambos nos damos cuenta de que mi sujetador no va a funcionar con este atuendo.

—Qué lástima —la voz de Pasha no suena ni un poco preocupada—. Parece que el sujetador se tendrá que ir. ¿Qué vamos a hacer?

Lo desabrocha antes de que tenga la oportunidad de pensar en alguna idea. —¡Pasha! ¡Necesito un sujetador! —medio jadeo, medio río mientras intento evitar que el sujetador se caiga.

—Nunca has estado más equivocada.

Debería sentirme un poco violada mientras me hace girar. En cambio, siento que podría doblarme sobre esta cama y simplemente rogarle por más.

—Perfecto —Pasha ata los cordones de la espalda—. ¿Cómoda?

¿Honestamente? Hace que mis senos se vean increíbles. —Se siente… perfecto, en realidad —me doy vuelta para mostrarle cómo se ve cuando está armado—. ¿Qué dices?

Pasha se queda allí en silencio. Su propio atuendo, el esmoquin prometido, está solo a medio armar, con sus gemelos aún faltantes y el corbatín colgando suelto alrededor de su cuello.

¿Tenemos tiempo para que tire de esa tira de satén y divertirnos un poco?

—Creo que necesito aumentar la seguridad —su boca se curva en una sonrisa hambrienta—. Tal vez tenga que luchar contra algunos dignatarios una vez que te vean.

Pasha alcanza los zapatos en la caja. Luego, arrodillándose, levanta una de mis piernas por el tobillo y desliza la zapatilla. —¿Cómo se siente eso?

Es perfecta. Él es perfecto. *Maldita sea*, no necesito que las lágrimas arruinen mi maquillaje. —¿Por qué estás haciendo todo esto?

Me mira, mi pie todavía acunado en sus manos. —¿Por qué te estoy cuidando? Porque eres mía. *Eres* mía, ¿no es así, Daphne?

Él lo ha dicho muchas veces, pero esta podría ser la primera vez que me pregunta si realmente soy suya, si *quiero* ser suya.

—Sí —la palabra se desliza entre mis labios, sin aliento y pesada a la vez—. Soy tuya, Pasha.

Él levanta mi pie y me da un cálido beso en el tobillo. —Entonces, déjame cuidarte.

No sé si debería.

No porque no lo quiera.

Sino porque siento que no lo merezco.

Y estoy segura como el infierno de que no debería enamorarme de él.



ODIO ESTO.

La esposa de un senador le revolotea sus pestañas postizas a Pasha y se ríe tan incesantemente que su cuello de pavo se tambalea. —¡Ay, basta! ¡Eres demasiado!

Tú *eres demasiado, señora. Demasiada cirugía, no suficiente humectante.*

Casi me doy una bofetada por el pensamiento. No puedo rebajarme a su nivel. Pero es demasiado fácil, sobre todo cuando la mitad de la mesa le hace ojitos a Pasha como si fuera parte del puto menú.

La otra mitad me mira como si yo perteneciera al basurero.

Pasha se recuesta en su silla y hace como si me rodeara con el brazo. —Si nos disculpan… —dice mientras se pone de pie. Me ofrece su brazo—. Ha sido un placer.

Con todo el encanto y la gracia de un miembro de la alta sociedad, Pasha nos aleja de la mesa y nos lleva al flujo de conversadores que buscan ansiosamente nuevas conexiones con las que charlar.

—¿Quién era ese viejo que estaba sentado a tu lado? —le susurro por pura curiosidad—. Parecía haber visto un fantasma.

—Cuando estás tan cerca de la muerte, ves muchos fantasmas —bromea Pasha. Desaparece la sonrisa y añade—: También es alguien que me debe más de lo que puede pagar.

—¿Siquiera vivirá lo suficiente para pagarte?

Pasha me sonríe. —Escúchate. Eres una mujer que combina con mi corazón —me gira hacia él con un movimiento elegante—. Es como si hubieras nacido para esta vida, Daphne. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Deseo tanto poder pedirle que me lo aclare. Hay dos vidas sucediendo aquí simultáneamente, pero no sé si se da cuenta que no es el único que camina entre ambas.

Si se refiere a este mundo de dignatarios que ríen entre dientes y vestidos brillantes… ¿qué pensará cuando descubra que literalmente *sí* nací para esta vida?

¿Y lo tiré todo a la basura?

No tengo mucho tiempo para pensar en ello antes de que mire su teléfono y haga una mueca. —Quédate aquí —ordena—. Vuelvo enseguida.

—¿Todo bien? —después de los últimos días, estoy lista para salir corriendo en cualquier momento.

Diablos… por favor, *por favor*, dame una excusa para salir corriendo de aquí.

Pasha ahueca mi rostro entre sus manos y me besa con ternura.

¿Es para aparentar? Probablemente.

¿Igual me encanta? Absolutamente.

—Todo está bien. Solo necesito asegurarme de que la transición entre guardias se realice sin problemas, eso es todo.

—Vale. Te esperaré aquí mismo.

Se va con un olor a colonia. Sé que podría socializar, y tal vez debería. Pero realmente no tengo ganas de charlar, así que tomo un vaso de agua de una mesa de servicio y bebo de él con tanta delicadeza como si fuera champán.

Ay. Champán. Cómo te extraño.

—Vaya, vaya, vaya, ¿no eres un regalo para la vista?

Oculto mi suspiro lo mejor que puedo. *Aquí vamos.* Pero, cuando me doy vuelta para espantar al canalla que se me acerca, me detengo.

Me resulta familiar. Creo que lo he visto en los periódicos, claro.

No… me resulta *muy* familiar.

¿Cómo lo conozco?

—Nunca supe que a Pasha le gustaban las putas embarazadas. Pero bueno, ¿quién soy yo para juzgar? —bebe lo que queda en su copa de martini—. Ese hombre es como una maldita enfermedad de transmisión sexual. No importa cuánto lo intente, no puedo deshacerme de él. Pero supongo que no puedo quejarme de esta noche —desliza su mirada sobre mi cuerpo—. Él te trajo a ti.

Hay mil cosas que quiero decirle a este gilipollas. Cien cosas más que quiero hacer, varias de las cuales implican clavarle el tallo de mi vaso de agua en la papada.

—¿Cuánto cobras? —el hombre le arrebata otro cóctel a un camarero que pasa y se toma la mitad de un trago—. Lo que sea que te esté pagando ese idiota, puedo duplicarlo.

Tomo otro sorbo de agua y me quedo en silencio. Pasha volverá en cualquier momento. En cualquier momento…

El hombre se irrita. —¿Qué, eres sorda? ¿O simplemente tonta? Te estoy hablando a ti, perra estúpida.

Unas cuantas miradas curiosas se dirigen hacia nosotros. Por desgracia, como es habitual en la alta sociedad, nadie es lo bastante decente para intervenir en mi nombre.

Hasta que…

—Ah. Senador Brennan —Pasha lo saluda con toda la calidez de un iceberg—. Veo que has

conocido a mi prometida.

El hombre… el senador Brennan, al parecer… cierra la boca y aparta la mirada. Pasha lo estudia un momento, con sospecha en los ojos, antes de volverse hacia mí. La forma en que me mira de arriba abajo, con mucho más cuidado, me dice que no es ciego a lo que podría haber estado pasando.

No estoy segura de si debería decírselo. Por el bien de todos.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja mientras se inclina hacia mí.

—¿Amigo tuyo?

—Vamos con eso —su brazo se desliza alrededor de mi cintura y me atrae hacia su costado.

—¿"Prometida"? —el senador borracho se aclara la garganta—. Nunca mencionaste que estabas saliendo con alguien.

—Estoy seguro de que, si nuestros horarios coincidieran, lo habría hecho.

No tengo idea de qué está pasando entre estos dos, pero el aire parece bajar varios grados solo por la forma en que hablan. El senador Brennan se tambalea entre enojado y avergonzado.

Pasha parece… bueno, él mismo.

Como si nada lo hubiera molestado nunca… y también podría matar al tío.

—Parece que el senador O'Cronin se ha metido firmemente en tu bando, en lo que respecta al contrato —intenta Brennan de nuevo.

—Parece que el senador O'Cronin no es un completo imbécil.

Maldita sea. No sé qué problema tienen estos dos, y no *quiero* saberlo.

—Creo que nuestro "amigo" aquí debe dar su discurso en cualquier momento —ofrece Pasha en el espinoso silencio—. Vamos a buscar nuestros asientos, ¿vale?

Sin esperar una respuesta, Pasha me aleja del senador boquiabierto. Encuentra una silla contra una pared cercana justo cuando las luces se apagan. Grito cuando me atrae hacia su regazo, pero sus manos apretadas en mi cintura dicen que no me dejará ir pronto.

Y, honestamente, no estoy molesta por eso. Mi antigua maestra de etiqueta tendría un ataque al corazón si pudiera verme ahora… estoy bastante segura de que "No te sientes en el regazo de tu cita mientras su enorme polla se pone cada vez más dura debajo de ti" está en la primera página del libro de reglas del cotillón… pero, después de esa interacción que me provocó escalofríos con el senador, no me importa si las manos errantes de Pasha me ayudan a olvidar que me llamaron "puta embarazada".

—Te ves hermosa esta noche —Pasha me acerca más a él, tirándome hacia atrás hasta que mi cabeza descansa contra su pecho. Su cálido aliento se extiende sobre mi piel mientras me susurra suavemente al oído.

Mis faldas se mueven. Se han extendido sobre la mayor parte de la silla, hasta el punto en que ambos estamos prácticamente ocultos detrás de ellas, así que creo que Pasha necesita moverlas a

un lado para alcanzar algo o…

Ah.

Está alcanzando "algo", sin duda. Algo que mi profesora de cotillón *definitivamente* desaprobaría.

Quiero jadear. Quiero chillar de sorpresa.

Pero no puedo. Porque estamos en público.

Sus dedos recorren mi piel hasta el borde de mis bragas. Si sabe lo que es bueno para él, para nosotros, esto es lo más lejos que irá. Moverá sus dedos de nuevo a mi muslo, tal vez me dará una palmadita suave, luego quitará su mano para que la seguridad no nos eche.

Pasha no hace ninguna de esas cosas.

Me veo obligada a tragarme un gemido cuando sus yemas de los dedos presionan contra la tela de mis bragas sobre mi montículo. Tan lento, pero tan firme. Como si me estuviera haciendo saber que esto definitivamente sucederá y necesito relajarme y dejarlo.

Respiro profundamente. Oculto mi jadeo de placer como un suspiro feliz. Lo miro de reojo.

Está "concentrado" en el maestro de ceremonias, como si todo fuera perfectamente normal.

Quiero darle una bofetada.

Debería apartar su mano de una bofetada por ser tan indecente en público. Pero, aparte del hecho de que nadie se da cuenta de que ahora está apartando mi ropa interior, estoy disfrutando de esto.

Estoy *amando* esto.

Pasha presiona su mano libre contra mi costado por un breve momento. Se acomoda en la silla y se acomoda nuevamente sin más que un suspiro de satisfacción.

¿Debajo de las faldas, sin embargo?

Mi trasero está descansando directamente sobre su muy, muy considerable bulto.

El orador principal anuncia algo que no entiendo bien; sea lo que sea, hace que la sala aplauda con poco entusiasmo. El gilipollas de antes camina saltando hacia el estrado, una sonrisa perfecta de político extendida por su rostro curtido.

—¡Buenas noches a todos! —el senador Brennan no pierde tiempo en profundizar en su plataforma, una jerga política que significa muy poco para mí y, estoy segura, muy poco para Pasha. Las mismas viejas promesas que todos hacen. Las mismas viejas observaciones, las mismas viejas quejas.

Pasha se mueve debajo de mí otra vez. Sus dedos se enganchan en la entrepierna de mis bragas, las aparta…

Y entonces, está dentro de mí.

Apenas tengo fuerzas para toser y atravesar el jadeo repentino que me arranca del pecho.

Algunas personas me miran.

El senador es una de ellas.

Un rubor rosado le recorre las mejillas hinchadas. Nos está mirando.

Él *sabe*.

Pasha estira los brazos con un bostezo y los apoya a ambos lados de la silla. Está visiblemente despreocupado por todo esto. No sé cómo lo logra, pero nadie podría decir con solo mirarlo que me ha empalado por completo con su polla palpitante.

Pero, de la cintura para abajo, me está matando lentamente.

Cada apretón, cada rodada, cada roce sutil me está poniendo loca de placer y necesidad. Lo siento palpitar y pulsar dentro de mí.

Dios me ayude, ya estoy a punto de correrme.

En el escenario, Brennan sigue tropezando con sus palabras y se aclara la garganta. Este es quizás el cuarto vaso de agua que alguien le da para ayudarlo. Ha pasado de rosado a rojo por toda su cara, y sigue cambiando su atención entre el teleprompter y nuestro pequeño y cómodo lugar en la esquina.

Una parte de mí quiere saber qué diablos está pasando entre estos dos. Para que Pasha sea tan cruel y que el senador esté tan obsesionado con lo que sea que supone que estamos haciendo.

No es que se equivoque en su suposición.

Oigo a Pasha respirar lenta y profundamente. Su mano en mi cadera se aprieta.

Y entonces, me inunda una calidez. Se extiende por mi vientre, llenándome y recordándome lo mucho que pertenezco a este hombre.

Necesito cada pizca de autocontrol dentro de mí para ocultar mi propia liberación como un escalofrío repentino. Quiero gritar, quiero frotarme, quiero tanto montarlo hasta que ambos estemos flácidos. Pero estoy atrapada aquí, en medio de esta habitación llena de gente, fingiendo uno de los orgasmos más intensos de mi vida como un “escalofrío repentino”.

Pasha me frota el brazo y se inclina cerca de mi oído. Para cualquier otra persona, parece que me está preguntando si tengo frío.

—¿Disfrutaste eso? —pregunta en cambio.

Asiento. Espero no parecer *demasiado* entusiasta.

Brennan nos mira fijamente. A mí.

Así que le dedico una dulce sonrisa y un pequeño movimiento de mis dedos.

Él lo ve. Si antes estaba molesto, ahora está furioso. —Eso es todo por esta noche —dice abruptamente. El senador se toma otro vaso de agua tibia, se aclara la garganta por centésima vez, y luego se aleja corriendo del estrado.

Pasha sonríe de oreja a oreja. Una vez que se separa de mí, me vuelve a acomodar las bragas y me da una palmadita en el muslo.

—La mejor cena a la que he asistido en *mucho* tiempo —murmura con picardía—. El postre estuvo cerca del orgasmo.

PASHA

La nueva importación llega sin problemas. No sé si Sofiya tuvo que amenazar con castrar a algunos pilotos, pero, lo que sea que haya hecho, parece que está funcionando. El negocio va bien.

Solo desearía poder sacudirme esta sensación de inquietud que tengo en los huesos.

—Está aquí —anuncia Sofi mientras se une a mí en mi posición sobre el hangar—. Esperando en la oficina.

—¿Estamos absolutamente seguros de él?

Frunce el ceño. —Ya sabes lo que pienso sobre los absolutos.

—Eso no inspira confianza.

—También permite un pequeño margen de error. Y quiero decir *pequeño*. Makari hizo verificaciones de antecedentes, incluso envió a algunos de sus propios hombres a la madre patria para obtener información in situ. Sin mencionar mi propio proceso de investigación, que sabes que es minucioso.

Mi agarre en la barandilla se hace más fuerte. —Un historial perfecto significa que tiene algo que ocultar.

—*Todo el mundo* tiene algo que ocultar —Sofi suspira y saca su teléfono—. Pero, si te hace sentir mejor, no es todo colonia y pétalos de rosa. Creció con Kostya. Es difícil decir si eran amigos, pero… sigue vivo. Es difícil imaginar a mi querido Papi permitiendo que un enemigo tan cercano succione oxígeno durante tanto tiempo.

—Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca.

—Sí, excepto que este tío se quedó en Rusia la mayor parte del tiempo.

Arqueo una ceja. —¿“La mayor parte del tiempo”?

Sofi se encoge de hombros. —Sí, aparte de unas cuantas visitas esporádicas a los Estados Unidos en el pasado. Mucho antes de que tú nacieras. Vino algunas veces después, también, pero encontrar a alguien que lo recuerde lo suficientemente bien no fue tan fácil —pone los ojos en blanco cuando los entrecierro—. Viejos, Pash. A la gente se le *permite* envejecer y morir.

—Vale —suspiro y tamborileo con los dedos en la barandilla—. Vale, bien. Todo está bien. Todo tiene que estar jodidamente bien.

Dejo la conversación abruptamente, pero mi hermana menor ya está acostumbrada. Se pone a mi lado sin hacer preguntas. No es la primera vez que aprecio a mis hermanos. No importa qué mierda suceda, siempre están aquí conmigo para limpiarla.

Makari está en la oficina con nuestro invitado cuando llegamos. Los dos hombres se están riendo de algo; otros dos hombres que no reconozco se ríen entre dientes.

No sé qué es tan jodidamente gracioso. Definitivamente no estoy de humor.

—Arlo Fedorov —le echo un vistazo al hombre—. Bienvenido de nuevo a Estados Unidos.

Me estrecha la mano con una sonrisa cómplice. —Pasha Chekhov. He oído mucho sobre ti. Por eso iré al grano. Entiendo que probablemente te estés preguntando quién diablos soy y qué diablos estoy haciendo aquí.

Quizá pueda ver el encanto. Solo un poco. Asiento. —Esas preguntas han surgido, sí.

Arlo me fija la mirada, pero no percibo ninguna mala voluntad en él. Todavía. —Bueno, para ser honesto, hace tiempo que debería haber enviado mis condolencias por la muerte de tu padre.

—¿Te refieres a su asesinato?

—Por supuesto —su sonrisa se ensancha levemente—. Ofrecería mi ayuda para vengarlo, pero escuché que te encargaste de eso tú mismo.

—¿Ustedes dos eran amigos?

Asiente brevemente. —Cuando éramos niños. Antes de que tu abuelo decidiera, como dijo mi propio padre, "*podzhmi khvost i begi*".

—Era la Guerra Fría. Yo no lo llamaría "huir".

Arlo se encoge de hombros. —De cualquier manera, nos distanciamos después de eso. La distancia y el envío postal, tú entiendes.

Realmente no lo entiendo. Este hombre está jugando un juego y necesito entender las reglas. —Claro. Pero has estado aquí desde entonces.

—Claro.

Odio este juego. *Pakhan* contra *pakhan*, o como lo llama Sofi, "El Concurso de Medición de Pollas". Los dos aquí de pie, evaluándonos mutuamente, decidiendo en quién se puede confiar y hasta qué punto.

Arlo está tanteando el terreno conmigo combinando cumplidos con insultos y viendo cuál muerdo. Más importante aún, está comprobando mi lealtad hacia mi padre.

La broma es para él: yo *odiaba* a mi padre.

—¿Qué causó tu retraso esta vez? —pregunto.

—Transición —responde sin pestañear—. Me he alejado del liderazgo para permitirle a mi hijo la oportunidad de dirigir las cosas en casa. Ya era hora. Él está listo.

—¿Lo está? Parece que tendré que programar mi propia visita allá para dar mis felicitaciones. Eventualmente, por supuesto.

—Por supuesto.

Hmm. No muerde el anzuelo para preguntarme sobre lo que podría impedirme ir de inmediato. En general, de hecho, ha evitado hacerme preguntas invasivas.

Está tramando algo.

Quiere algo.

Mi mejor jugada es apelar a su edad. Dada la proximidad de su infancia con mi padre, eso coloca a Arlo en algún lugar de sus cincuenta y tantos. Es de la vieja escuela, desde el traje a cuadros hasta la espesa barba eslava. Huele a dinero y violencia latente, si tan solo sabes dónde buscar.

—Debo admitir que me sorprende saber que abdicaste —me dirijo al minibar y nos sirvo una ronda de tragos—. No pareces estar listo para la jubilación.

Arlo se ríe. —Eres demasiado amable con mi ego. Es cierto; todavía me quedan muchos años antes de irme. Solo decidí que prefiero pasarlos haciendo cosas que realmente disfruto.

—Estoy seguro de que tu hijo se siente mejor sabiendo que también estás cerca para guiarlo.

—No debería necesitar mi orientación, pero sí. En parte, por eso estoy aquí también. Para darle el espacio para tomar sus propias decisiones sin que yo esté encima de él como una gallina.

—¿Y la otra parte? —le entrego uno de los vasos de chupito.

Él sonríe y toca su vaso con el mío—. Para servir de enlace entre Fedorov y Chekhov. Con el nuevo liderazgo, es importante para mi familia que sigamos siendo aliados valiosos para ti y los tuyos.

Es un poco presuntuoso de su parte asumir que estoy buscando aliados entre las Bratvas que no se han molestado en susurrar su conexión durante la última década. Y, sin embargo, para mi creciente disgusto, estoy descubriendo que los aliados que quiero… entre ellos, Brennan en primer lugar… no están jugando.

Tal vez sea hora de aceptar a los aliados que necesito.

Tomamos nuestros chupitos al mismo tiempo. —Bueno, ya que has recorrido un largo camino —le ofrezco—, es justo que te dé un recorrido yo mismo.

Arlo me hace un gesto para que vaya delante. Sus hombres no dicen ni una palabra mientras me siguen de cerca, así que tampoco lo hacen mis hermanos.

—Estamos procesando un envío de importación en este momento —señalo con la cabeza el avión de carga que está descargando nuestro equipo del almacén—. Estoy trabajando para obtener un nuevo contrato gubernamental que permitirá una mayor fabricación nacional. Más ingresos, garantizados.

—¿Gubernamental? —frunce el ceño—. Eso suena arriesgado.

—Lo es. Pero por eso es brillante: no hay forma de que un tío que se dedica a la importación ilegal de armas invite a los federales a su operación.

—Esconderse a plena vista. Me gusta.

—Para cuando alguien se dé cuenta, *si es* que alguna vez se den cuenta, tendremos más que suficientes transacciones legítimas entre Chekhov Internacional y el ejército de los Estados Unidos para hacernos valer. ¿Quién quiere explicarle al público en general por qué armaron a sus soldados con armas fabricadas por un sindicato del crimen?

—¿Y las operaciones actuales? ¿Tus clientes actuales?

—Se mantendrán incluso después de que se firme y selle este nuevo contrato. Solo que con más fondos y envíos más rápidos.

—Me encanta —Arlo sonríe y saca su teléfono vibrante—. Ah, qué lástima. Si me disculpas un momento, necesito atender esta llamada.

—Por supuesto —miro a Mak y Sofi, que dan un paso adelante para ocupar mi lugar mientras yo me hago a un lado para hacer mi propia llamada telefónica.

Una vez que estoy fuera del alcance auditivo del grupo, presiono el botón de nombre y llamada.

—¡*Malysh*! —canturrea mi madre—. ¿Cómo estás?

—Tengo curiosidad —me aseguro de mantener mis ojos en el grupo por si alguien comienza a vagar por donde no debería—. ¿Qué sabes sobre Arlo Fedorov?

La línea se queda en silencio.

Por un momento, creo que perdí la recepción. Alejo el teléfono de mi oído para verificar la pantalla y llamar de nuevo, hasta que escucho su voz a través del altavoz.

—Eso es… Él es… Ah, je, ¿por qué lo preguntas?

—¿Lo recuerdas?

—Ah, sí —la forma en que Mamá lo dice me hace reflexionar—. Éramos… bueno, todos fuimos niños en algún momento. Él, yo, tu padre. Juntos, a menudo —se detiene. La oigo respirar hondo —. *Malysh*, ¿por qué lo preguntas?

—Bueno, él está aquí. Suena como si se estuviera mudando aquí, en realidad.

Oigo un ruido sordo. Sonidos apagados. Entonces, Mamá se aclara la garganta y su voz pasa de distante a clara una vez más. —Disculpa. ¿Dijiste que Arlo se mudó aquí?

—Por lo que tengo entendido, sí.

—¿Con su esposa? ¿Su familia?

Frunzo el ceño mirando mi teléfono. ¿Por qué suena tan… nerviosa? —No, solo él. Su esposa está muerta, según Mak. Arlo nos dijo que su hijo se hizo cargo de su Bratva en Rusia. Está aquí

como enlace, o eso dice. Pero tengo la sensación de que hay algo más bajo la manga.

—Ajá. Escucha, cariño, tengo que irme. Algo ha… Ha surgido algo.

—¿Estás bien?

—¿Ah? ¡Estoy bien! ¡Todo está bien! ¡Te quiero!

Ella cuelga.

Mak me ve mirando mi teléfono, así que se acerca para comprobar cómo están las cosas. —¿Todo bien?

—Hiciste una verificación de antecedentes exhaustiva de Fedorov, ¿no? —pregunto.

Frunce el ceño. —Por supuesto. No lo dejaría acercarse a este lugar sin investigarlo.

—Cierto —miro la pantalla del teléfono como si estuviera a punto de darme todas las respuestas. Si tan solo. —¿Alguna vez apareció el nombre de Mamá?

Eso hace que mi hermano se detenga. —¿Debió haber aparecido?

—No lo sé —odio no saber. No soy un hombre al que se lo deje en la oscuridad—. Está actuando de manera extraña sobre él. Él también es extraño. ¿Te crees su historia?

Mak se cruza de brazos y hace una mueca. —Sé exactamente a qué te refieres. Todo lo que dice es cierto, pero…

—Exactamente. *Pero.*

Compartimos una mirada cómplice antes de regresar con el resto del grupo. Arlo nos ve acercarnos, levanta un dedo y termina su llamada telefónica. —Disculpas, Pasha. Era mi hijo, que quería saber cómo iban las cosas aquí.

Supongo que ese es un punto de entrada tan bueno como cualquier otro a la mente de este hombre. —¿Y cómo van?

Sonríe. —Nos gustaría ofrecer un contrato. La renovación de uno antiguo, más bien. Puede que nos hayamos distanciado, pero tu padre y yo seguimos siendo aliados a pesar de la distancia.

Con el rabillo del ojo, veo a Sofi mirando a Mak. Ambos sospechan de este supuesto amigo de nuestro padre, que siempre ha sido un aliado, pero nunca se ha molestado en aparecer.

¿Dónde estaba cuando se desató el infierno?

O mejor aún… ¿dónde estaba *antes*? ¿Cuando lo necesitábamos a él, a alguien, a *cualquiera*, para que interviniera y pusiera a Kostya en su lugar?

—Soy todo oídos —le hago un gesto con la cabeza a Sofi para que empiece a tomar notas.

Solo un idiota no sería capaz de captar nuestra sospecha, y Arlo claramente no es un idiota. Nos mira con una calidez con la que no me siento del todo cómodo y asiente. —Tenemos cinco almacenes en Estados Unidos, con armas y municiones que estamos ansiosos por descargar. Todo nuevo, verificado y probado, listo para entregártelo por la mitad del margen de beneficio

que obtiene de estos otros proveedores. Y, con un acuerdo continuo, seguiremos suministrándote los mismos precios y con envíos rápidos.

Si antes olía a rata, ahora apesta a roedor.

¿Qué gana él a cambio de todo esto?

—Una cosa que pedimos antes de sumergirnos en el asunto —busca en su teléfono hasta encontrar la foto correcta, luego la levanta para que yo la mire—. Hay un *mudak* en tu ciudad que nos causa más problemas de los que vale. Encuéntralo, tráemelo y considera nuestro contrato firmado.

No soy el chico de los recados de nadie, y él lo sabe. —Llévate a algunos de mis hombres. Encuéntralo tú mismo.

—Podría. Pero no conozco este lugar ni la mitad de bien que tú. Encuéntralo por mí y te daremos unos cuantos millones de dólares extra como bonificación.

—Pensé que habías dicho que no vale mucho.

Arlo se encoge de hombros. —No lo vale. Pero *tú* sí. Tu Bratva sí. Conozco este juego demasiado bien. Tienes que asegurarte de que cumplo con mi palabra y soy confiable como aliado. Necesito saber lo mismo de ti —hace un gesto hacia Mak—. Envía a tu hermano a mi almacén. Le daré el recorrido yo mismo, para que pueda verificar que tengo lo que le prometimos.

—¿De cuánto estamos hablando? En ese bono.

—Cincuenta millones.

Bueno… mierda.

No necesito el dinero. Ya recuperé mi pérdida por quemar ese cuadro y algo más, así que no hay nada que reponer en términos financieros.

Pero pensar en mi hija es lo que me hace contener para no burlarme en su cara. Cincuenta millones de dólares es más dinero para asegurarme de que mi pequeña niña nunca necesite nada, sin importar lo que me pase a mí.

O, Dios no lo quiera, si algo le pasa a su madre.

—Hecho —intercambio una mirada con Mak, que asiente y comienza a coordinarse con los hombres de Arlo—. Tan pronto como Makari confirme todo, tendrás a tu hombre.

Arlo me dedica una amplia sonrisa. Aún no estoy seguro si es la de un amigo o la de un lobo con piel de oveja.

—Fantástico —dice—. Espero con ansias que llegue el momento.

Yo también, Arlo Fedorov. Yo también.

DAPHNE

Miro el reloj por vigésima vez en los últimos diez minutos y le ruego en silencio que vaya más rápido. Sorprendentemente, no lo hace.

—Ay, Dios, lo siento mucho, Daphne —Todd golpea una pila de papeles en la mesa frente a él —. ¿Te estamos impidiendo hacer algo más importante?

Sí, gilipollas, de hecho, lo estás. —Por supuesto que no —desestimo con un gesto de la mano—. Quiero asegurarme de que solucionemos este problema, pero yo…

—¡Así es, joder, tienes que solucionar este problema! —Keith le lanza una mirada dura a su hermano antes de dirigir su impaciencia hacia mí—. Ya estamos desperdiciando miles de dólares en ajustar la campaña publicitaria. Sin mencionar las horas de humillación que tenemos que pasar explicando a nuestros inversores por qué su artista favorito *no* aparecerá en la lista.

La sonrisa de Hazel llega a sus oídos, pero no a sus ojos. Está a punto de destrozar a los Bobos con sus propias manos. —Estoy segura de que todos entendieron por qué no apoyan el trabajo de un depredador sexual —jadea como si acabara de recibir una inspiración y se vuelve hacia mí—. ¡Daph! ¡Podríamos añadir eso al marketing! Subrayar cómo esta galería apoya a las mujeres y se mantiene firme en esto, sin importar las consecuencias. Eso venderá entradas seguro.

Miro el reloj de nuevo. En menos de un minuto, tengo que salir por la puerta principal.

Mi teléfono vibra.

Mierda.

Sé quién es sin mirar la pantalla. Había acordado encontrarme con él afuera y voy tarde. Pero los Bobos convocaron esta reunión improvisada sin consultarme y no aceptaron un no por respuesta.

Pero ahora estamos cerca de los cuarenta y cinco minutos. —Disculpen —murmuro mientras tomo mi abrigo y mi bolso de detrás de mi silla.

—¿A dónde diablos crees que vas? —espeta Keith.

Me quedo congelada. —Tengo una cita…

—Tienes una reunión. Con nosotros. Ahora mismo —señala con el dedo la mesa—. Siéntate.

Hazel frunce el ceño. —Keith, ella dijo que…

—Escuché lo que dijo —no me quita los ojos de encima—. Pero ella no firma los cheques de pago aquí, ¿verdad?

Miro a Todd. Evita el contacto visual y opta por hojear la nueva carpeta de propuesta de marketing que deslicé sobre su escritorio esta mañana.

Cobarde.

Mi teléfono suena de nuevo. La mirada de Keith se endurece cuando lo escucha, así que toco el botón de encendido para enviar a la persona que llama al buzón de voz.

—Como estabas diciendo…

Buzz-buzz. Buzz-buzz. Buzz-buzz.

Me trago mi creciente ansiedad. No estoy segura de qué es peor: lidiar con la ira de Keith o saber que cierta persona está cada vez más cabreada.

Vuelvo a presionar el botón de encendido. —Lo siento —murmuro con la boca muy seca—. Probablemente se trate de mi cita.

Keith pone los ojos en blanco. —De todos modos, quiero hablar del presupuesto de la campaña y de cómo pretendemos recuperar nuestras pérdidas con el programa ajustado. Por mucho que desprecie…

El sonido de la puerta principal al abrirse de golpe resuena en la galería. Keith se gira hacia Todd, que se encoge de hombros.

Miro la pantalla de mi teléfono y suspiro. Diez mensajes de texto perdidos y dos llamadas perdidas más. No es bueno. Quizá vea que no estoy en mi oficina. Quizá entienda que me sacaron de allí a rastras sin mi consentimiento. Quizá…

Quizá abra la puerta de una patada como un maldito vikingo y atraviese la sala como un huracán para levantarme en sus brazos, masacrar a mis enemigos y devorarme en la mesa de la sala de conferencias.

¿Adivina qué opción elige?

—¿Por qué no estás lista para irte? —me gruñe Pasha mientras resuena el eco de la puerta pateada.

—¡¿Qué demonios?! —Keith y Todd se ponen de pie de un salto—. Disculpa, pero no puedes simplemente…

—Tiene una cita. ¿No les dijo eso?

Todd aparta la mirada, dolorosamente culpable. Keith se detiene en seco, pero, a diferencia de su hermano, decide redoblar su postura. —Daphne nos informó, sí, pero, como puedes ver…

—Puedo ver perfectamente bien. *Ustedes* son los que no pueden ver que está embarazada.

Suspiro y cierro los ojos. Pero no lo suficientemente rápido como para no ver la forma en que los Bobos me miran.

Como si hubiera perdido todo valor para ellos y su compañía.

Como si ya no valiera la pena conservarme.

—Daphne. Vámonos —Pasha me ayuda… bueno, más bien me *arrastra*… a ponerme de pie y me sube el abrigo por los brazos. Una vez que estoy cómodamente envuelta en la lana, él agarra mi bolso—. Putos gilipollas. ¿Quién demonios impide que una mujer embarazada vea a su maldito médico? Tienen suerte de que no demande a su patética pequeña empresa.

La boca de Keith se abre de golpe, en estado de shock. Nadie le dice a Keith que no está a cargo de literalmente todo y de todos los que lo rodean.

Todd, sin embargo, agarra el hombro de su hermano y lo detiene. —Eso no será necesario, Sr. Chekhov. Daphne, discutiremos los nuevos términos de tu empleo cuando regreses.

Quiero decir algo.

Quiero salvar mi trabajo.

Pero Pasha no me da suficiente tiempo para procesar las palabras de Todd antes de arrastrarme fuera de la sala de conferencias, por el pasillo y hasta la puerta principal del edificio.

—Puedo caminar. ¡Puedo caminar! —intento soltar mi codo de su agarre, pero él me agarra con fuerza.

—Si eso fuera cierto, ya estarías en el auto —Pasha abre de golpe la puerta del pasajero de su Charger y me empuja la parte baja de la espalda—. Sube.

No me abrocha el cinturón como siempre. Ni siquiera espera a que me acomode para cerrarme la puerta. En cambio, camina por la parte delantera del auto hasta el lado del conductor y me deja abrocharme el cinturón, cerrar la puerta, etcétera.

Quiero decir, lo entiendo. Odio llegar tarde a cualquier cita y él no es el único que odia a mis jefes. Así que me digo a mí misma que me tengo que relajar y esperar a que salga del aparcamiento antes de decir nada. —¿Preocupado por llegar tarde?

Pasha suelta una carcajada. —¿Preocupado? Joder, no. Pagaré cualquier multa y contrataré a cualquier médico nuevo que necesitemos. Eso no es un problema.

No da más detalles sobre cuál *sí* es el problema. —Entonces…

—El problema es tu empleador.

Lo entiendo.

—Y tú.

Giro la cabeza de golpe para mirarlo. —¿Qué hice *yo*?

—Es lo que *no* hiciste, Daphne. No te defendiste.

—¿Qué demonios se suponía que debía hacer? ¡Intenté salir de allí, pero no me escucharon!

—Y ese es exactamente mi punto. Tienen que respetarte, a ti, tu tiempo y tu salud. No lo harán si

dejas que te pisoteen.

Me recuesto en mi asiento y miro fijamente por la ventana para no tener que mirarlo. *De todos los malditos descaros…* —¿Tú respetas a tus empleados? ¿Les permites que se marchen a sus citas?

Pasha se queda en silencio por un momento. Estoy bastante segura de que toqué una fibra sensible con eso, hasta que se frota la mandíbula y agarra el volante con un poco más de fuerza. —De hecho, sí. Está en el manual. He tenido gerentes despedidos por negarles citas personales a los empleados.

—…Ah.

No sé qué más decir a eso. Honestamente, esperaba que fuera como cualquier otro jefe corporativo al que no le importan un carajo sus subordinados.

—Estás embarazada —añade—. Eso supera a todo lo demás.

Es mi turno de reírme irónicamente. —Sobre eso. Literalmente no tenías *ningún derecho* a contarle a mis empleadores sobre mi embarazo. Así que… gracias por eso.

—¿No lo sabían? —sus nudillos se ponen blancos sobre el volante—. ¿No les dijiste porque…?

—Porque quiero conservar mi trabajo. Resulta que me gusta.

—Tu embarazo no debería importar.

—¡Pero importa! —grito—. *Sí* importa y, si hubieras dedicado un segundo a prestar atención a su reacción cuando revelaste mi tapadera, ¡habrías visto por qué! Ahora, gracias a ti, probablemente ni siquiera tenga trabajo. ¡Hurra! ¡Ahora podré ir a *todas* mis citas!

Literalmente estoy temblando de ira. Tanto que tengo que sujetar mi bolso sobre mi regazo para controlar mis dedos.

Pasha parece genuinamente sorprendido.

Por una vez, no tiene una respuesta.

DAPHNE

Cuando finalmente llegamos al estacionamiento de la clínica, suspira. —Te ayudaré a encontrar un trabajo mejor que ese. En algún lugar donde te respeten.

—Ese no es el maldito punto.

No quise ser brusca con él. En realidad no. Pero, ahora que lo he dicho, no encuentro una razón para parar.

—Puede que no sea un trabajo ideal, pero fue el primero y el único que elegí para mí. Que me *gané* para mí, en mis *propios* términos y con mi *propio* crédito —suspiro—. Y luego tuviste que irrumpir y quitarme todo. Igual que me quitaste mi hogar. Mi capacidad de conducir literalmente a cualquier parte. Mierda, no recuerdo la última vez que tuve la oportunidad de decidir a dónde vamos a comer. Noticia de último momento, Pasha: estamos en el siglo XXI. Resulta que tengo tantos derechos como tú.

Algo en el fondo de mi mente me susurra que le dé una oportunidad de explicarse.

El resto de mí no tiene tiempo ni paciencia para esperar una justificación de su comportamiento, manipuladora y llena de testosterona.

Salgo furiosa del auto. Al menos me deja unos pasos por delante cuando entramos en la clínica. Somos bastante cordiales con la recepcionista en el momento del registro y nos sentamos uno al lado del otro en la sala de espera hasta que llaman mi nombre.

Pero Pasha no dice nada.

Me quedo sola para responder a las preguntas y respuestas del médico y, cuando nuestra hija aparece en la pantalla de la ecografía, soy la única que sorbe de felicidad por nuestra bebé en crecimiento.

No pasamos por nuestro local habitual de batidos como siempre hacemos después de cada cita. No me pregunta si quiero regresar al trabajo… en realidad no quiero, así que está genial… y no me pregunta cómo me siento.

Cuando aparcamos en el garaje del ático, estoy conteniendo las lágrimas.

Se me caen algunas cuando Pasha sale del auto y se dirige directamente al ascensor, dejándome atrás sin mirarme ni una sola vez.

Me espera. Eso es todo. Me seco las lágrimas y hago todo lo posible por fingir que no me estoy desgarrando por dentro cuando salgo del auto y camino a grandes zancadas hacia el ascensor. Me sostiene la puerta abierta y luego aprieta el botón mientras las puertas se cierran.

Quiero decir algo, pero tengo miedo de que, si lo intento, acabe sollozando sobre su camiseta.

Tengo que ser fuerte.

Tengo que ser resiliente.

Lo que *no* tengo que hacer es contenerme durante mucho tiempo. En cuanto estamos en el ático, Pasha se dirige a su "oficina en casa" y cierra la puerta de un portazo.

El sonido resuena en cada nervio de mi cuerpo. Conozco ese sonido demasiado bien. Era la banda sonora de la vida en la casa de los Hamish. Es más fácil dar un portazo que resolver un problema.

Sin embargo, este problema sería muy fácil de resolver para Pasha, ¿no? Aunque a su manera.

No estamos casados. Sería fácil para él enviarme de vuelta a mi antiguo apartamento… o tal vez directamente a Siberia, *Sin Pasar por "Go", Sin Cobrar Doscientos Dólares*. Puede que decida que es mejor enviarme por correo un cheque de manutención infantil cada mes en lugar de lidiar con mi drama. En lugar de criar a una niña llorona, chillona y mocosa en su mundo perfecto de mármol y mafia.

O Bratva. Como sea. Llámalo como quieras, no es lugar para una niñita dulce.

Me siento lentamente en el sofá. Siento las lágrimas corriendo por mi rostro.

Pero, en general, estoy completamente separada de mi cuerpo. Estoy flotando, a la deriva, separándome de cualquier situación en la que Pasha pueda hacerme daño de maneras en las que no tiene derecho.

Él nunca me dijo que me amaba.

Nunca me prometió nada.

No tengo derecho a sentirme tan desconsolada.

No tengo derecho a sentir tanto miedo.

Tal vez eso es lo que realmente significa el portazo: solo me está recordando que no tengo derecho a nada en su mundo.

~

NO SÉ QUÉ HORA ES. La verdad es que ni siquiera me di cuenta de que las ventanas de la habitación se oscurecían.

Es Sofi quien sacude del brazo y me devuelve a la realidad. Eso me saca de ese coma de aislamiento que aprendí a inducirme hace años.

—¿Daph? ¡Daphne! —Sofi me sacude el brazo con una mano y me ahueca la cara con la otra, volteándome para que la mire—. ¿Qué pasa? ¿Quién te lastimó?

Intento decir su nombre. Intento decir algo.

Sin embargo, lo único que sale es un sollozo ahogado. Y luego otro. Y otro.

Sofi me envuelve en sus brazos. —En serio, Daph, me estás asustando. ¿Qué pasó? ¿Alguien está herido?

—P-P-Pash… Pasha… —hipo entre sollozos. Es difícil respirar; mis pulmones se sienten demasiado apretados.

Mierda, ¿estoy teniendo un ataque de pánico? Hace años que no tengo uno de estos.

Sofi me hace mirarla a los ojos; los suyos están muy abiertos por la preocupación. —Cuéntamelo todo.

Y lo hago.

Me cuesta mucho hipo y sollozar y su guía para respirar, pero logro contar todo lo que pasó. Mi lucha con los Bobos y cómo Pasha acaba de revelar mi embarazo sin mi consentimiento y probablemente me cueste mi trabajo. Cómo toma y toma y toma y nunca reconoce que sus intentos de dar solo me roban mi libertad, mi poder de elección, mi independencia como persona.

Pero la peor parte es que, en lugar de hablar de ello, en lugar de discutir nuestras dificultades, simplemente me dejó afuera.

Y, según el reloj del teléfono de Sofi que está sobre la mesa de café, me ha estado dejando afuera durante varias horas.

—No puedo… no puedo… —intento respirar hondo para poder forzar las palabras—. Puedo manejar muchas cosas, Sofi. Realmente puedo. Lo has visto.

—Sí, lo he hecho —me ofrece una pequeña sonrisa y me frota el brazo—. Eres una persona dura, eso es seguro.

—Quiero serlo. Pero no soporto la indiferencia. El trato silencioso. Mis… mis padres me hicieron eso. Toda mi vida. A veces, solo me encerraban en mi habitación y cerraban la puerta con llave para no tener que lidiar conmigo. Nunca importó cuánto llorara y golpeara la puerta para que alguien simplemente… solo… —hipo de nuevo, pero respiro hondo otra vez para tranquilizarme. *Tengo esto bajo control. No me voy a desmoronar*—. Incluso Conrad. Siempre hacía esta mierda. Dios, prefiero gritarnos que enfrentarme a una puerta cerrada y silenciosa.

Sofi me abraza. No me pide detalles, no me presiona para que diga nada más.

Pero me sostiene. Me frota la espalda. Espera a que termine de llorar en su hombro.

Cuando por fin me quedo sin lágrimas, me aparta y me las seca con los pulgares. —Mírate —susurra—. Eres una absoluta reina. Nadie puede hacerte sentir menos de lo que eres, ni siquiera el idiota de mi hermano. Nunca le des a nadie ese poder. ¿Vale?

No estoy exactamente segura de lo que quiere decir, pero aun así me siento inspirada. Así que

asiento. —Vale.

—Perfecto —toma mi mano entre las suyas y nos pone de pie—. Ven conmigo.

No sé si se da cuenta de que se parece mucho a su hermano en muchos aspectos, principalmente en que no me da la opción de rechazarla con su agarre de hierro que me arrastra a través del ático…

Hacia la puerta de su oficina.

—Ay, no. No, no, no…

Sofi acalla mi nuevo pánico con un dedo sobre sus labios. —*Reina*, ¿recuerdas?

Inspiro profundamente. Luego, asiento.

Soy una reina. Controlo mi propia vida, sin importar quién intente gobernarla.

Sus ojos están llenos de picardía. Y, antes de que pueda detenerla, Sofi abre la puerta de la oficina de golpe.

—¡Toc, toc, gilipollas!

PASHA

Estoy en mi décimo intento de leer la misma frase en el Manual de Empleados Chekhov Internacional. No importa lo que haga, mi mente sigue divagando hacia la explosión de Daphne en el auto.

¿Tú respetas a tus empleados?

Sé lo que realmente estaba preguntando. ¿Cumplo con lo que digo? ¿Hago que mi gente rinda cuentas? ¿Soy el hombre que digo ser?

Quise decir que sí, solo para tener una posición más alta. Para poder orgullosamente ser mejor, *mucho* mejor, que sus jefes imbéciles.

Pero me ha estado molestando desde que lo mencionó.

Es por eso que estoy en la página setenta y dos de este manual, y maldigo en silencio a quien haya decidido que necesitamos una maldita Biblia en lugar de unas pocas páginas simples.

Todavía me irrita que Daphne no tenga problemas en enfrentarse a mí, pero no puede hacer lo mismo con esos idiotas a los que llama sus jefes. No duda en decirme exactamente dónde puedo meter mis hábitos autoritarios… ¿pero *ellos*? En cuanto parecen levemente disgustados, se inclina ante su presión y se escabulle hacia un rincón.

Estaba tan cabreado. No *con* ella. Nunca con *ella*.

Son *ellos* los que tienen mi ira.

La forma en que reaccionaron los hermanos Bloom cuando resalté el embarazo de Daphne todavía me viene a la mente. Ella tiene razón: probablemente regresará y encontrará su escritorio empacado y una carta de despido sobre sus cosas.

Pero no si yo tengo algo que decir al respecto.

Cierro el manual de golpe y lo empujo a un lado. Haré que el jefe de Recursos Humanos lo revise mañana y haga las modificaciones que sean necesarias.

En este momento, necesito cumplir mi promesa de encontrarle a Daphne un mejor trabajo. Algo que la mantenga ocupada y le dé la satisfacción que anhela, pero con el respeto del que se ha visto privada dolorosamente.

Quizá añadir un poco de venganza a la mezcla. Hacer que esos dos idiotas misóginos se arrodillen y le rueguen por su perdón. Su misericordia.

Sigo conspirando cuando la puerta de mi oficina se abre de golpe y entra mi hermana.

—¡Toc, toc, gilipollas!

La miro con enojo. —Cuidado. Eres mi hermana, pero…

—No. Ahora mismo, soy el ángel de la puta venganza.

Estoy a punto de preguntarle qué he hecho esta vez cuando veo el rostro surcado de lágrimas de Daphne asomarse detrás de ella.

Al instante, me pongo de pie, casi tirando mi silla en el proceso. —¿Daphne? ¿Qué sucede? —mi corazón late fuerte dentro de mi pecho—. ¿Es el bebé?

—No, idiota —Sofi pone los ojos en blanco—. Eres *tú*.

Daphne mira hacia otro lado. En un instante, siento su evasión tan fuerte como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

Puedo manejar su ira. Puedo manejar su fuego.

No puedo soportar su retirada. No de mí.

Sofi rodea a Daphne con un brazo y la guía hacia mí. —Ocúpate de tus asuntos, hombre.

Daphne estalla en lágrimas. Mi primer instinto es envolverla y abrazarla lo más cerca humanamente posible. Protegerla del mundo y de lo que sea, de quien sea, que acaba de lastimarla.

Sof se va murmurando—: Tú lo rompiste; tú lo arreglas. Me voy.

Haciendo una mueca, levanto a Daphne y la llevo al sofá de mi oficina. Me deja ponerla en mi regazo, para mi sorpresa. Pero pasan varios minutos antes de que se calme lo suficiente para hablar.

—Odio el silencio —murmura contra mi pecho—. Así es como sé que la cagué —Daphne sorbe y se endereza para mirarme a los ojos—. Mis padres no me reconocían hasta que volví a ser perfecta. Dejaba de existir cada vez que cometía un error.

—Dios mío, Daphne. Yo…

—Se lo hacen entre ellos. Decidieron hacerlo permanente a mi hermana, ya que se equivocó tanto que nunca volverá a ser perfecta ante sus ojos —Daphne resopla—. Sigo intentando equivocarme lo suficiente para que me dejen en paz. Ay, qué ironía.

No digo nada. No es mi momento de hablar; es el de ella.

Daphne se estremece. —Una vez, me caí y me raspé la rodilla en una fiesta de cumpleaños. Sangré por todo mi vestido. Mi madre estaba tan avergonzada que no me miró durante una semana. Le decía a mi padre que me dijera lo que ella me quería decir. Él simplemente le hacía caso.

La ira estalla en mí, caliente y brillante. Pero no digo nada. No es mi turno de hablar.

—Sé que me equivoqué —tira de mi camisa distraídamente—. Tenías razón. Pero yo… no quiero dejar de existir solo porque cometí un error.

Me estremezco. Es tan estúpidamente obvio cómo todo esto podría haberse evitado. Soy un tonto por tardar… Miro el reloj: seis horas… para darme cuenta de mi error.

—Oye. Ven aquí —la ayudo a sentarse lo suficiente para que me mire a los ojos, y luego le levanto la barbilla para que realmente lo haga—. Mírame, *moya plamya*, porque no digo estas palabras fácilmente: lo… siento.

Ella parpadea, y parpadea y vuelve a parpadear.

—Puedo admitir cuando la cago. Pero no lo hago a menudo, así que disfruta el momento.

—¿No te disculpas a menudo? —una pequeña sonrisa juguetona tira de su boca—. Gran sorpresa.

—No cometo errores a menudo —corrijo en broma—. En su mayor parte, soy casi perfecto.

Eso se gana una risa. Es suave, es ligera y es todo para mis oídos.

—Lo que *sí* hago mucho es sumergirme en el trabajo cuando estoy cabreado y no quiero lastimar a nadie a mi alrededor.

Cuando no quiero lastimar a las personas que amo. Pero esa última palabra hace que mis pulmones se aprieten, así que lo dejo como está.

Daphne mira sus manos. —Sé que te hice enojar…

—No de ninguna manera que importe —suspiro y tomo una de sus manos en las mías. Sus delgados dedos encajan tan perfectamente con los míos, que están callosos y llenos de cicatrices por peleas y trabajo sucio del que nadie habla nunca pero que todos necesitan que haga—. Estaba más cabreado con esos dos gilipollas. Cabreado *por* ti, no contigo.

Daphne frunce el ceño. Extiendo mi mano libre para suavizar las líneas con mi pulgar, y ella se inclina hacia mi toque.

No sé si alguna vez me cansaré de esa sensación.

De ser *confiado*.

—Necesito que te defiendas. Todo el tiempo, en todas partes. Como lo haces conmigo sin dudarlo —le ofrezco una suave sonrisa—. Nuestra bebé también necesita que te defiendas. Especialmente ahora, cuando eres la única que puede luchar por ella.

—Tú lucharás por ella —Daphne me da un suave beso en la palma—. Eres su padre. Diablos, luchaste por ella hoy y ni siquiera está aquí todavía.

Los susurros de mis miedos más profundos circulan por mi mente. Por lo general, logro callarlos con algo más.

Pero, ahora mismo, tal vez darles voz sea la mejor opción.

Pongo un mechón de cabello detrás de su oreja. No creo que sepa cuánto calma a la bestia dentro de mí. Definitivamente no creo que se dé cuenta de lo peligrosa que es esa bestia.

Es la misma bestia en la que esos susurros constantemente me advierten que no me convierta.

—Mi padre era igual. Cuando Mamá estaba embarazada de mí.

Daphne se estremece. —¿Qué pasó?

—Para ser honesto, no lo sé. El poder lo corrompió, tal vez. O tal vez siempre fue un ser humano terrible. Lo único que sé es que nunca llegué a ver la versión amable y amorosa de él. Solo conocí al que imponía disciplina, al dictador. El terror de mis pesadillas que golpeaba a mi madre y a mí si tan solo respirábamos mal.

Respira hondo. —Pasha. Lo siento… lo siento mucho.

—Está muerto. No tienes que preocuparte por él —*solo tienes que preocuparte de que yo me* convierta en *él*—. Lo que intento decir es que estoy vivo porque mi madre luchó por mí. Ella me defendió. Nunca dejó que nadie me hiciera a un lado, ni siquiera cuando era su propio esposo el que intentaba hacerlo. Él la golpeaba hasta dejarla sangrando por desafiarlo. Y, sin embargo, ella nunca dejó de luchar por sus hijos.

Daphne baja la barbilla hasta el pecho. —Y aquí estoy yo, siendo una cobarde total durante las pausas del almuerzo y las citas con el médico.

Toco su mandíbula con la punta de mi dedo hasta que levanta la cara de nuevo para mirarme, aunque de mala gana. —Con la cabeza en alto, Daphne. Nunca abajo. Prométemelo. Eso es todo lo que pido.

—Solo si prometes no dejarme fuera. No más trato silencioso. Y —añade— no más irrumpir en mi oficina. Y no más revelar mis secretos. Y no más usar mi propia lógica en mi contra. Y…

Me río y la atraigo de nuevo a mis brazos mientras se deshace en risas llorosas. —No negocio con terroristas —le gruño al oído mientras se ríe y se relaja de la cabeza a los pies.

Y, cuando ella se relaja, yo también. Y también el aire, al parecer. Un poco a la vez hasta que finalmente es fácil respirar de nuevo y me doy cuenta de que he estado conteniendo cada inhalación durante las últimas seis horas.

—¿Tienes hambre? —pregunto cuando la risa de Daphne se desvanece—. Puedo cocinar para ti.

Inclina la cabeza hacia un lado. —Más tarde, creo. Ahora mismo, solo quiero sentarme contigo. Reconectarme. Solo… ser.

—Estás pidiendo mucho —le advierto con una pequeña risa.

Ella pone una expresión severa y me señala la cara con un dedo. —Siéntate aquí, señor, y no te muevas. Incluso seré amable y no te haré hablar más de tus sentimientos —ella se retuerce en el sofá y acomoda su cabeza en mi regazo.

No hay manera de que sea así de fácil. Así de simple. Daphne me sonríe, luego cierra los ojos y solo se queda allí. No dice nada más. No me pide que haga nada más.

Solo… ser.

Qué maldito concepto.

No pasa mucho tiempo antes de que se quede dormida. Todavía aquí, en mi regazo, acurrucada cerca. Apoyo una mano en la firme curva del útero de Daphne. Nuestra hija revolotea y patea contra mi palma.

—Estoy aquí, bebita —debería sentirme ridículo hablando con un estómago, pero no—. Papi está aquí. No tenía idea de que tú o tu mamá iban a aparecer como lo hicieron, pero estoy tan contento de que lo hayan hecho.

Daphne se mueve en su sueño. Contengo la respiración, esperando que se despierte, pero no lo hace.

Ella confía en mí lo suficiente como para quedarse.

DAPHNE

—¡Será mejor que te vayas! No querrás llegar tarde —digo, medio riendo, medio gimiendo.

Pasha gruñe contra mi cuello—: No quiero irme en absoluto. Prefiero inclinarte sobre la mesa aquí mismo y desayunar contigo.

Le doy un manotazo a sus manos errantes. Uno de nosotros tiene que hacerse responsable, y parece que hoy esa soy yo. —Ya comiste. Dos veces —me trago un gemido cuando me mordisquea el punto dulce cerca del hombro—. Y no hay forma de inclinarme sobre nada. Tengo el tamaño de una ballena encallada.

—No me impedirá intentarlo.

—¡Eres terrible! —exclamo con una risa—. Ahora, vete. ¡Fuera! Necesito preparar todo para el cumpleaños de tu madre.

Pasha suspira. —Vale. Estaré en la oficina si me necesitas.

Le entrego su teléfono y reviso su muñeca en busca del reloj que no siempre recuerda ponerse. Cuanto más tiempo vivimos juntos, más me doy cuenta de pequeñas peculiaridades de las que no creo que él sea consciente.

Cuando lo conocí, pensé que era un dios. Un ángel, por lo menos.

Aún lo creo. Ahora, solo sé que es un ángel que a veces se olvida de ponerse desodorante.

—Te necesitaré en Chez Moliere al mediodía —le informo—. Al *mediodía*, ni un minuto antes.

Me guiña el ojo de camino a la puerta principal. —Me encanta cuando eres mandona.

Le robo un beso más antes de asegurarme de que la puerta se cierre con pestillo detrás de él. Luego, me pongo a hacer la cama antes de acomodarme en el armario para elegir un atuendo para el almuerzo de cumpleaños de Asya. Saco las sábanas para lavarlas y las reemplazo por un juego nuevo, agradecida de que me haya escuchado cuando me negué a contratar una empleada doméstica.

No necesito que un extraño se dé cuenta de la frecuencia con la que tenemos sexo.

Pista: es mucho.

O sea, *mucho*.

Pero tan frecuente como hacer el amor son nuestras conversaciones sinceras sobre las cosas que tenemos en mente. A veces, es simplemente desahogarnos sobre el día; a veces, profundizamos en recuerdos que nos hacen reír o nos hacen entender un poco mejor el lado más oscuro del otro.

Pasha nunca entra en grandes detalles. Nunca presiono. Estoy simplemente agradecida de que esté dispuesto a darme tanto como me da.

Estoy aún más agradecida de que haya cumplido con su parte del trato que hicimos.

¿Sigue saliendo furioso a su oficina en casa cuando tenemos un acalorado desacuerdo? Sí.

¿Deja la puerta abierta y no dice una palabra cuando finalmente entro para sentarme cerca? También.

¿Tuvimos un debate especialmente intenso el otro día por algo tan estúpido que me sentí obligada a entrar, arrodillarme entre sus piernas y chuparle el alma a través de su polla?

Puedes apostar tu trasero a que lo hice.

La vibración de mi teléfono me saca de mis ensoñaciones y me devuelve a la fría y fea realidad.

—No —apago el timbre rápidamente—. Hoy no, Satanás.

El intento de Conrad al conseguir un número incógnito desaparece de la pantalla. No sé cómo demonios consiguió mi nueva información de contacto, pero tengo mis sospechas.

Riman con “Teeth” y “Odd”.

Guardo el número para tenerlo en caso de necesitar los registros más adelante. Como para una orden de alejamiento.

GILIPOLLAS: ***Responde el teléfono, Nay***

GILIPOLLAS: ***Tenemos que hablar***

—No, no tenemos que hablar —ni siquiera me molesto en responderle. Escribirle un mensaje a una pared de ladrillos es una pérdida de tiempo.

BRIT LA PERRA: ***¡Contesta tu puto teléfono!***

BRIT LA PERRA: ***¡Es importante!***

Averiguar cómo Brittany consiguió mi número no es ninguna ciencia. Con Conrad sin poder usar una mano, tiene sentido que ella haga el trabajo sucio por él.

Forman una pareja perfectamente patética.

Cuando mi teléfono sigue vibrando, lo pongo en No Molestar y configuro una alarma para recordarme agarrarlo antes de irme. No voy a perder mi tiempo ni mi energía lidiando con sus tonterías.

Pero, justo antes de dejarlo para olvidarlo por un rato, aparece un nombre y un número diferentes en la pantalla. ¡Alguien con quien *realmente* quiero hablar para variar!

—Hazey, Nena, ¿qué pasa?

—¿Estás sentada?

No me gusta el sonido de su voz. Habla muy en serio. Me siento en mi tocador y tomo el frasco de crema hidratante. —Ahora sí. ¿Qué sucede?

—Conrad pasó por mi casa esta mañana. Como, hace menos de una hora.

Me quedo quieta. —¿Qué quería?

—¿Qué más? A ti. Seguía exigiendo verte y no me creía cuando le decía que no vivías aquí. Literalmente se abrió paso a empujones en mi casa solo para asegurarse de que no te escondías en un armario.

—¡Mierda, Haze! ¿Estás bien?

Resopla. —Estoy bien, solo conmocionada. Y también temblando, o sea, de puta rabia. ¿Quién hace eso? ¿Quién diablos se cree que es?

—Lamento mucho que hayas tenido que lidiar con eso.

—Chica, ¿por ti? Recibiría una bala. Recibiría todo el cargador si fuera necesario. Solo quería que lo supieras, en caso de que esté tratando de hacer alguna tontería.

—Como siempre —efectivamente, sigue intentando llamarme cuando no respondo a su bombardeo de mensajes. Presiono el botón para enviarlo directamente al buzón de voz—. Gracias, de todos modos. Eres una verdadera amiga.

—¿Quieres saber la mejor parte?

Mis oídos se ponen alerta. —¿Hay una mejor parte?

—Maravillosa. ¿Has visto su mano?

Hago una pausa mientras me mezclo la base en la piel. *¿Su mano?*

Ah, cierto.

La que Pasha rompió en pedazos.

—Yo, eh… Todavía no. ¿Está destrozada?

—Bueno, en general, el tío se ve horrible. No sé cuándo fue la última vez que se bañó, o comió una comida saludable, o qué. Está perdiendo el control. ¿Pero su mano? Chica. *Chica*. ¡Tu hombre hizo un desastre! Honestamente, estoy realmente sorprendida de que no la hayan amputado.

La ciudadana compasiva que hay en mí, la que respeta la ley y se preocupa por las personas sin importar lo malas que sean, se encoge.

A la perra mala que lleva la bebé de un jefe de la mafia le importa un carajo.

En realidad, sí le importa… en el sentido de que quiere ver el minucioso trabajo que su hombre le hizo a su enemigo.

—No tendrás una foto, ¿verdad? —no puedo creer que acabo de preguntar eso.

—No, lo siento. Estaba demasiado ocupada tratando de sacar su feo trasero de mi apartamento. Pero, si quieres un parecido cercano, solo haz una búsqueda de “hamburguesa dentro de un guante”.

Se me cae la mandíbula. —¿Tan malo?

—Sinceramente, peor. Bueno, de todos modos, me tengo que ir. Te avisaré si su tonto trasero aparece de nuevo. Y tomaré fotos si lo hace.

—Gracias. Te quiero. ¡Ah! —agarro mi teléfono como si eso le impidiera colgar todavía—. Una cosa más: voy a ir y cambiar mi número de teléfono. Otra vez.

—Di menos. Solo escríbeme para que tenga el nuevo. Te quiero.

Dejo escapar un suspiro de alivio. Conrad puede ser un lunático y Brittany puede ser igual de mala. Pero Hazel todavía me ama. Pasha todavía me ama. Mi hermana todavía me ama.

¿Qué más podría necesitar?

DAPHNE

De camino al restaurante, después de una parada rápida en la tienda de teléfonos móviles, envío mensajes de texto para darles a las personas importantes mi nuevo número: Hazel, Mel, Jameson, Pasha. Descargo una aplicación que me permite crear un número de VoIP secundario y se lo doy a Todd y Keith, porque me condenarán si vuelven a enviar mis cosas a Conrad y Brittany.

Ya casi no confío en que me paguen. Han estado tan nerviosos, tan fácilmente asustados, como si estuvieran constantemente rondando por algo de alto secreto.

Considero dar una ofrenda de paz a mis padres… pero el problema es que demasiadas ofrendas de paz hacen, que yo me quede sin paz.

Así que, pensándolo bien, olvidemos eso.

Cuando llegamos a Chez Moliere, Lev me ayuda a salir del auto y me sostiene la puerta del restaurante abierta. Parece que soy la primera en llegar, aparte de la mismísima cumpleañera.

Asya me sonríe y cruza la habitación para envolverme en su cálido abrazo. —¡Mírate! ¡Tan radiante! —habla efusivamente y me examina a la vez—. ¿Cómo te sientes? ¿Duermes bien? ¿Mi hijo te está apoyando?

No puedo evitar sonrojarme bajo sus cuidados. ¿No es *así* como se supone que debe ser una madre? —Estoy bien. Las náuseas se han ido, gracias a Dios. La bebé me está pateando las costillas y me provoca reflujo ácido, pero solo cuando no le doy lo que quiere.

Asya apoya sus manos a ambos lados de mi barriga redondeada y arrulla. —Bueno, esa sería la influencia de mi hijo, sin duda. Siempre tan exigente, especialmente cuando no consigue lo que quiere.

Me lo dices a mí.

—Pero pareces cansada —añade—. ¿Estás segura de que estás durmiendo bien?

Asiento. —Sí, de verdad. Creo que es solo estrés. Duermo ocho horas todas las noches, o casi, pero luego tengo que ir a trabajar y lidiar con un par de jefes que no han dejado los años cincuenta —dejo que me guíe hasta una mesa de banquete larga y me siento en la silla que saca para mí—. Ha sido peor desde que descubrieron que estoy embarazada. Me sorprende todavía tener trabajo, para ser honesta.

Asya se sienta a mi lado y apoya su mano sobre la mía. —Sé que es un momento difícil. El mundo está fuera de control mientras tú estás concentrada en traer nueva vida al caos. ¡Lo sé! ¡He estado allí!

—Y lo hiciste *tres veces*. Estoy asombrada.

—Cada una fue más difícil que la anterior. Kostya, mi difunto esposo, no era un hombre de familia. Una vez que tuvo a su heredero, todos los demás que di a luz eran solo piezas de repuesto para él.

Ay, Dios. —Eso es horrible.

Ella inclina la cabeza hacia un lado. —¿Quieres saber cómo salí adelante? —Asya mira rápidamente hacia una fila de guardias que se encuentran a lo largo de una pared—. La Familia. La Bratva.

Sigo su mirada. —Sé que los contratan para protegernos, pero…

—Se les paga como compensación por su tiempo, sí. Pero nadie es "contratado" en el sentido tradicional. Todas estas son personas que creen en nosotros tanto como nosotros creemos en ellos. Leales a nuestra familia y a la hermandad. La mayoría de ellos nacen en esta vida y en esta familia. Así que, cuando ven a la madre de su futuro líder luchando, no dudan en intervenir y ayudar.

Me doy vuelta para mirarla. —¿Así es como sobreviviste?

Me toma un momento darme cuenta de lo que acabo de decir.

Mierda.

Una sombra pasa por el rostro de Asya. Parpadea y desaparece. En su lugar, hay una sonrisa más suave y nostálgica. —En su mayor parte, sí. Kostya puede haber sido un hombre despreciable, pero el mundo está lleno de buenos hombres —su sonrisa se ilumina de repente y su mirada se centra una vez más en mí—. Lo cual es una gran diferencia para *ti*, querida. Tienes un buen hombre con una buena cabeza sobre los hombros. Se nota en lo leal que es su gente.

—Así es. Has criado a un buen hombre.

—Y tus padres criaron a una buena mujer.

Me estremezco. —No estoy segura de cuánto crédito se les debe dar. Básicamente estamos… distanciados.

Asya me frota el brazo y me besa la mejilla. —Entonces, su pérdida es mi ganancia, ¿no? Además, la adversidad nos forja en el fuego. Mi nieta necesita una madre fuerte, y creo que tiene la mejor.

Nos interrumpe una repentina avalancha de familiares que llegan todos a la vez, desde Sofiya y Makari hasta primos y hermanos de Asya que nunca había conocido antes. Todos ellos exclaman su feliz sorpresa de finalmente conocerme, y nadie me permite levantarme para saludarlos.

En cambio, me ordenan amorosamente que no me ponga de pie, luego me colman de abrazos y besos igualmente amorosos en la cara.

—Ya me gustas —observa un hombre con un espeso bigote tipo manillar, a quien Asya presenta como su primo. A Asya, le dice—: ¡Claramente, es una mujer inteligente! ¡Inteligente e ingeniosa! ¿Quién más podría hacer que tu hijo sentara cabeza?

—Es verdad —interviene otra prima, una mujer mayor ocupada desatando su pañuelo de seda alrededor de su cabeza—. Todos estábamos convencidos de que nuestro Pasha nunca conocería a alguien que pudiera manejar su, cómo se dice…

—¿Culo testarudo? —ofrece Sofi.

La familia se sumerge en una cacofonía de conversación mientras se acomodan en sus asientos, entregando a Asya regalos bellamente envueltos y tarjetas gruesas. Me siento un poco avergonzada de lo pequeño que es el mío en comparación con el de todos los demás. Tal vez nadie se dé cuenta.

Después de unos minutos más de escuchar a la familia cambiar entre inglés y ruso con facilidad, siento una presencia familiar colarse detrás de mí y tomar el asiento adyacente.

—Te ves hermosa —murmura Pasha mientras besa mi mejilla.

—Tú también te ves guapo —siento que mi sonrisa se ensancha y el aleteo en mi pecho aumenta.

—¿Por qué cambiaste tu número?

Miro a mi alrededor… nadie nos presta atención, así que me inclino hacia Pasha y le susurro—: Conrad y Brittany obtuvieron mi antiguo número.

La mandíbula de Pasha se tensa con una violencia no expresada. Pero luego mira a su madre y lo piensa mejor. —¿Guardaste capturas de pantalla?

Asiento. —Hasta el último registro de llamadas y mensajes de texto.

—Buena chica —se inclina y me da un suave beso en la frente—. Avísame en cuanto alguno de ellos consiga tu nuevo número, ¿vale?

—Lo haré. Lo prometo.

La mesa estalla en saludos para Pasha, que hace una reverencia apreciativa y hace todo lo posible por redirigir la atención a su madre. Es dulce, incluso entrañable, verlo dejar momentáneamente de ser el jefe de la Bratva y convertirse en el “dulce sobrino” de la *Tetushka* Mila.

Es aún más divertido escuchar sus interminables comentarios sobre como más le vale tratarme como una reina si no quiere que sus tíos y primos le den una paliza.

Parece tan a gusto aquí. Me gusta verlo así. Tranquilo, confiado, sereno, pero no *trabajando* como parece a veces. Apoya el brazo en el respaldo de mi silla y responde felizmente a preguntas sobre la salud de nuestra hija, su crecimiento, la etapa del trimestre, todo. Casi lo pillo sonriendo una o dos veces.

Me vuelvo hacia Asya para preguntarle sobre los planes para la semana que viene… cuando veo la expresión de su rostro.

Está pálida.

Con los ojos muy abiertos.

Congelada.

Pasha también se da cuenta, y pronto toda la mesa sigue su mirada de asombro para ver qué, o quién, la tiene tan asustada.

El hombre que se acerca casualmente a nosotros con una sonrisa devastadoramente atractiva en su rostro es la definición literal de "zorro plateado". Alto, bien formado para su edad, con mechones de cabello oscuro que se entretejen entre el elegante cabello plateado. Combina con la barba impecable y los ojos grises prácticamente brillantes.

Y él mira a Asya como si ella hubiera colgado la luna y las estrellas.

—Arlo… —susurra, levantándose, más bien tropezando.

Sofi y yo intercambiamos una mirada a través de la mesa. No necesitamos un traductor para *ese* tono.

El hombre escanea la mesa hasta que encuentra a Pasha. —Es bueno verte de nuevo, Pasha. Makari, Sofiya —no espera su respuesta antes de volverse hacia su madre—. Asya, te ves…

Contengo la respiración mientras él suspira.

—Increíble. Hermosa como siempre, *dorogoya* —hace ondear un impresionante ramo de rosas color champán con perlas en la punta y lo coloca sobre la mesa. Cuando toma sus manos entre las suyas, juro que la mujer se va a derretir.

—Em… ¿qué acaba de decir? —le susurro a Pasha, que mira abiertamente al hombre.

—"Cariño".

—Ah.

…*Ah.*

¡Asya, eres una diosa! ¡Toma lo tuyo!

Pasó de un pálido fantasma a un rosa brillante en cuestión de segundos. Arlo, creo que dijo que se llamaba, se acerca para besarle ambas mejillas. Pero eso es todo lo que hace antes de alejarse.

Le hace un gesto cortés a la mesa, una última mirada persistente a Asya y luego se va tan rápido como llegó.

Con la forma en que necesita ayuda para volver a sentarse, creo que Mamá Chekhov acaba de recibir el mejor regalo de cumpleaños. Sin lugar a dudas.

—Entonces, Mamá… —Mak se inclina con una sonrisa cómplice—. ¿Te importaría compartir?

—¿Ah? —Asya parpadea un par de veces, mira a su alrededor a la mesa de parientes muy curiosos, luego intenta reírse con una risita muy poco convincente—. ¡Ah! ¿Eso? ¿Él? Es, eh… solo un viejo amigo.

—Claro. Claro. Porque los viejos amigos aparecen de la nada con rosas.

Agarra su vaso de agua y prácticamente se lo bebe de un trago. —Lo hacen cuando es mi cumpleaños.

Pasha pincha con un tenedor una concha de ostra en su plato. —Voló una distancia terriblemente larga para celebrar tu cumpleaños.

—Estoy segura de que es solo una coincidencia.

Nuevamente, Sofi y yo intercambiamos una mirada. Pero ella sabiamente elige no sumarse al interrogatorio, y en su lugar le sirve a su madre una copa de vino abundante.

Que Asya comienza a beber sin dudar.

Las cejas se elevan hacia el techo alrededor de la mesa, uniéndose a los susurros sobre cómo "hace una eternidad" que alguien no ve a ese hombre. Cómo Asya "debe estar gratamente sorprendida de verlo". Cómo "es una suerte" que su esposo muerto esté exactamente así: *muerto*.

Solo cuando llega el plato principal la conversación cambia a otras cosas importantes, como si el stroganoff viene con caviar de remolacha, caviar normal o una mezcla de ambos. ¿Las remolachas son buenas para la bebé? Por supuesto que lo son; las remolachas han alimentado a todos los bebés de esta familia durante doce generaciones.

Y así sucesivamente. Nunca se detiene.

Le sonrío a Pasha. Está pensativo, tranquilo. Su pie empuja el mío por debajo de la mesa, y yo le devuelvo el empujón.

—¡Daphne! ¿Cómo se llamará la bebé?

No tengo idea de quién hizo la pregunta, pero toda la mesa estalla en un animado debate sobre quién va a nombrar a nuestra bebé y en honor a quién se llamará. Mis intentos de explicar que aún no he elegido un nombre, y mucho menos lo he discutido con Pasha, se ven ahogados por las amorosas discusiones entre "hacerlo a la antigua escuela" y "dejar que la pobre niña tenga un nombre americano", siempre y cuando "*Babushka* no se entere".

Los dejo charlar; no me importa.

Me encanta esto. Por primera vez en mi vida, puedo ver cómo se siente una familia de verdad.

Y, por primera vez, me siento segura de dejar que Stewart y Ophelia Hamish se deslicen hacia la parte de mi mente en la que siempre deberían haber estado.

Olvidados.

PASHA

Paris apenas ha dado un paso hacia mi oficina cuando la detengo con una mano extendida. —Sea lo que sea, puedo tenerlo desde ahí.

—Pero… es de la junta directiva.

Flexiono los dedos para no tener que levantar la vista hacia ella. Respirar a su alrededor parece darle una impresión equivocada, a pesar de nuestra última discusión. —Puedo leer por mí mismo.

Chasquea la lengua, pero me deja los papeles en la mano. Podría denunciarla por insubordinación, pero solo yo tengo la culpa. Es mi culpa por hacerle pensar que su actitud la haría inclinarse sobre mi escritorio con la huella de mi mano en su trasero.

Esos días quedaron atrás hace mucho. El mero pensamiento ahora me revuelve el estómago.

La puerta de mi oficina se abre de nuevo. Por los sonidos de resoplidos y más chasquidos de lengua, mi hermana y mi asistente ahora se miran fijamente.

—Ponte algo de ropa, maldita sea —le espeta Sofi.

Paris resopla. —No sabrías qué es la moda ni aunque te la cosieran encima.

—Reconozco a una zorra cuando la veo. Ve a mirarte al espejo y cámbiate, *suka*.

Contengo la risa.

Makari no lo hace. —Maldita sea, Sofi. ¡Ve a por ella!

Paris respira hondo y se prepara para responder con una palmada, así que la interrumpo antes de que haga algo de lo que se arrepienta profundamente.

—Paris, ¿por qué no te vas temprano? Solo tráeme los archivos del contrato antes de irte.

Quiere pelear conmigo. Puedo sentirlo en el aire. Pero, cuando finalmente levanto la mirada para encontrarme con la suya, junta los tacones y sale de la habitación.

Un minuto después, vuelve a entrar, deja las carpetas en mi escritorio y sale furiosa.

Mi estado de ánimo cambia al ver el membrete de la primera página. *Bingo*. Esto es exactamente lo que quiero ver. Exactamente lo que necesito para que este día sea perfecto.

—Oh-oh —dice Sofi—. El Hermano Mayor tiene esa sonrisa rara de nuevo. ¿Qué estás haciendo?

Leo rápidamente la evaluación mordaz de la empresa de Todd y Keith Bloom, sus prácticas, su sórdido historial de tomar atajos y esconder la suciedad debajo de la alfombra. Página tras página de investigación encubierta ahora está resaltada y etiquetada para que la examine su abogado mediocre y, si no se orinan encima cuando terminen de leer…

Bueno, digamos simplemente que aceptarán la más que generosa adquisición si saben lo que les conviene.

Sí que es mejor que un par de zapatos de cemento.

—Seguiré tu consejo —le informo a Sofi—. Lo rompí, así que lo arreglaré.

Ella me da su característico encogimiento de hombros y se acomoda en el sillón mientras Mak se estira en el sofá de dos plazas. Sé que ambos están esperando a que les explique, pero ahora no es el momento.

Por ahora, esto es solo entre Daphne y yo. Especialmente, porque la galería está pasando por un cambio de dueño, y pronto, también lo hará su puesto.

Si ella quiere el nuevo, por supuesto.

—Entonces —Sofi cruza sus manos sobre su regazo. No es una buena señal—. Tengo actualizaciones. No te gustará, pero recuerda: es mejor tener respuestas que nada.

Dejo los papeles y me recuesto en mi silla. —Dímelo.

—Los hackers acaban de regresar de la casa de Brennan. Cora te manda saludos, por cierto —Mak y yo ponemos los ojos en blanco, pero Sofi aún no ha terminado—. ¿Las evasivas que te está dando? ¿El hecho de que te ignore? Sí. Tienes que agradecerles a los Hamish por eso.

Me congelo. Sé que no acabo de oírla decir lo que creo que le oí decir. —¿Cómo?

Sofi asiente, solemne. —Ah, sí. ¿Nuestros viejos amigos de los viejos tiempos? Han vuelto. Con ganas de venganza.

Maldita sea. —¿Por qué?

—¿Quién sabe? ¿Aburrimiento? ¿Por los viejos tiempos? O tienen algún problema nuevo contigo, y es lo suficientemente grave como para que Stewart Hamish le diga a Brennan y sus compinches que no hagan negocios con nosotros.

El bolígrafo que tengo en la mano se va a partir en dos si no lo suelto. —Acabé con ellos. Los destruí. Stewart Hamish no debería tener ni un pie en el que apoyarse, y mucho menos un fondo de reserva lo suficientemente grande como para volver a joder conmigo. ¿En qué demonios está pensando?

—Sí, bueno, ten por seguro que definitivamente son solo él y su esposa. Esa es una maldita. Se dice que sus dos hijas están distanciadas y no les importa en lo más mínimo.

—¿“Las dos”? ¿Hay dos?

Eso es nuevo para mí. Sabía lo de la chica de la cámara. Pero nunca consideré que tuvieran más hijos. Era bastante difícil imaginar que ese maldito feo pudiera procrear incluso una vez, y menos dos.

—No desperdicié nuestros recursos buscando a la otra hija. Está tan lejos de ellos que, honestamente, me sorprendería muchísimo si ella siquiera supiera tu nombre.

Asiento. Tiene sentido. Además, confío en el juicio de mi hermana. —Muy bien. Desentierra absolutamente todo lo que puedas sobre Stewart y su esposa. No quiero que se cancele la búsqueda hasta que sepa su ciclo REM y en qué respiración apretar el gatillo. ¿Entendido?

—Sí, capitán —empieza a enviarles mensajes de texto a sus hombres con las órdenes.

Mak espera un momento para asegurarse de que terminamos de conspirar, luego se mueve hasta el borde del sofá. —Genial. Excelente. Ahora, ¿podemos hablar de Mamá y este imbécil de Arlo?

Sofi pone los ojos en blanco. —A Mamá se le permite armar su propia vida, ¿sabes? Eso incluye novios, amantes, una noche…

—Qué asco. No. Que se joda eso.

—Creo que esa es su idea, sí.

Mak se pone de un tono verde claro al pensarlo. —No, no con ese tío. ¿Quién demonios es, de todos modos?

Suspira y busca en su teléfono archivos. Apuesto un testículo a que tiene todo, desde el certificado de nacimiento del tío hasta la ubicación de su lugar de entierro prepagada.

—Arlo Fedorov, cincuenta y ocho años. Ciudadano ruso. Se casó con Sasha Moskowitz Federov solo dos años después de que Otets y Mamá se casaran. Tres hijos, todos sanos. Sin embargo, su esposa está muerta. Falleció hace cinco años por cáncer de ovario.

Escucho cada detalle. Mi mente se esfuerza por llenar los espacios en blanco. —¿Podemos confiar en él?

—Podemos confiar en que es despiadado. Astuto. Los rumores entre las Bratvas desde aquí hasta Rusia dicen que su padre era bastante equilibrado, pero Arlo construyó todo un imperio en La Madre Patria que ni siquiera la *politsiya* pudo controlar. Y ahora, su hijo está a cargo, con el apoyo de los hermanos menores —ella nos mira y sonríe—. ¡Oye! ¡Un poco como nosotros!

—¿Sus industrias?

—Tráfico de armas. Algo de fabricación, pero sobre todo adquisiciones. Contrabando. Drogas, en su día, pero parece que hace poco convirtió sus granjas de cannabis de Estados Unidos en empresas legítimas que ahora generan millones al mes. Dios bendiga a América, ¿no?

—¿Algo más? ¿Prostitución? ¿Inmigración?

Sofi sacude la cabeza. —Nada de tráfico. Nada de prostitutas. Parece que la única vez que le ofrecieron una parte de ese tipo de trato, la rechazó cortándole el cuello al tío de par en par. Joder.

Miro a Mak. Todavía está preocupado por nuestra madre, pero creo que ambos estamos más que un poco aliviados por saber de la aversión de Arlo a la prostitución y el tráfico de personas.

Kostya no tenía esos reparos. De hecho, intentó conseguir que la Bratva Chekhov se uniera a una de las principales redes del Oeste. No sé qué lo detuvo, pero los rumores entre los hombres mencionaron algo sobre la Yakuza y una familia rival que estaban causando problemas. Al final, se las arregló para no correr riesgos.

Aunque no por falta de esfuerzo.

—¿Qué hay de su vida privada? ¿Algún informe sobre su vida doméstica? —estoy decidido a encontrar algo, *cualquier cosa*, que estropee el historial perfecto de este tío.

Sofi vuelve a sacudir la cabeza. —No hay rastro de abuso. Los testigos dicen que casi nunca le alzaba la voz a su mujer y que solo les gritaba a sus hijos cuando se portaban como unos cabrones. En conjunto, parece que eran una familia normal y feliz.

Mak se desploma en el sofá de dos plazas. —Joder… da igual. Que lo jodan. Que jodan a su perfecta verificación de antecedentes, que nunca se equivoca. Yo digo que nos deshagamos de ese tío.

—Yo digo que dejemos que Mamá viva su vida —Sof pone los ojos en blanco ante su dramatismo—. Dios sabe que necesita algo de emoción.

—Me inclino a estar de acuerdo con Makari en esto —refunfuño—. Está a punto de convertirse en abuela. Esa es suficiente emoción.

La mirada fulminante que recibo de mi hermana dice lo contrario. —Si crees que eso es "suficiente" para nuestra madre, que, si me permites recordarte, es una mujer con necesidades, te espera un mundo de dolor, hermano mayor. Daphne te va a despellejar vivo si te oye decir eso. Y Mamá también. Y yo podría ayudar.

—Entonces, ¿estás diciendo que deberíamos dejar que un completo extraño la enamore, la seduzca y luego le rompa el corazón? —espeta Mak—. A la mierda con eso.

—Eso no es en absoluto lo que dije, tonto. Lo que *sí* estoy diciendo es que tenemos que dar un paso atrás y dejar que Mamá se divierta. Respetar el hecho de que ella tenía una vida antes de convertirse en nuestra madre y tiene una vida una vez más ahora que somos adultos —Sofi guarda su teléfono y esboza una dulce sonrisa—. Eso no significa que no podamos tener un francotirador o dos apuntándolo en todo momento.

Suena como un plan decente para mí. Ambos tienen puntos válidos… no podemos dejar que un extraño al azar del otro lado del mundo queme a nuestra madre. Pero tampoco podemos rondar como gallinas sobreprotectoras.

Me despellejaría si lo intentara.

Estoy a punto de darle a Sofi una última orden sobre el asunto cuando nos interrumpen unos golpes en la puerta. Frunzo el ceño; no sé quién puede ser, pues Paris ya se fue y yo no tengo ninguna reunión programada.

Mak y Sofi se ponen de pie, apoyando las manos sobre sus armas ocultas. Presiono el botón para

abrir la puerta y me aclaro la garganta. —Pasen.

Nuestras manos se tensan sobre nuestras armas. Juro que Sofi tiene que convencerse mentalmente de no dispararle directamente al intruso a quemarropa.

Empiezo a considerarlo cuando veo quién está aquí.

La pesadilla personal de Daphne, vestida con una falda corta y un top corto aún más corto, entra bailando sin ninguna preocupación en el mundo.

—¿Sr. Chekhov? Soy Brittany Cleary de la Consultoría Cleary —sonríe alegremente y cambia el peso de su cuerpo en sus altísimos tacones para hacer resaltar una cadera curvilínea—. Nosotros vamos a estar trabajando *muy* de cerca.

PASHA

—Y una mierda —Mak mira fijamente a la pequeña consorte de Conrad. Sus dedos se mueven nerviosamente sobre la pistola escondida en su funda lateral.

No matamos civiles por regla general, pero tampoco toleramos a nadie que atormente a nuestra familia. Y para él, Daphne es su nueva hermana.

Es posible que lo haga.

Brittany prácticamente lo ignora. —Según el contrato que Chekhov Internacional tiene con la Consultoría Cleary, a cada departamento se le asigna un enlace y un representante general. Nos hemos enterado de que la alta dirección no fue tomada en cuenta en una reestructuración reciente. Estoy aquí para resolverlo.

Sofi arquea una ceja. —Resuélvelo y vete a la mierda. Envía a otra persona.

—Desafortunadamente, no puedo hacerlo —la forma en que lo dice es tan condescendiente, como si Sofi fuera una niña ingenua—. No hay nadie tan calificado como yo para manejar las rigurosas demandas del nivel corporativo. Sería un gran perjuicio dejarte con alguien menos que adecuado.

Brittany me mira como si fuera algo del menú que está a punto de pedir.

Pero, si cree que va a desbancar a Daphne de mi vida, esta mujer está muy equivocada.

—Srta. Cleary, le voy a dar el beneficio de la duda y asumiré que simplemente ha habido una falta de comunicación grave entre departamentos —cierro de golpe la carpeta abierta y me levanto de mi escritorio. La intención es intimidarla para que tenga miedo, pero, para mi creciente enojo, parece tener el efecto exactamente opuesto.

Ella se estremece.

De *emoción*.

Rápidamente queda claro que el trabajo para el que se vistió no es uno que implique papeleo. Sus pezones se tensan contra el suéter corto, revelando que convenientemente olvidó un sostén hoy. Incluso de pie, es un milagro que ninguno de nosotros pueda ver debajo de su falda con lo corta que es. Ligas de encaje enmarcan sus muslos y sostienen medias de seda que no tengo ninguna necesidad de tocar.

Soy un hombre. De sangre caliente. Si Daphne viniera aquí vestida así, echaría a mis hermanos por la puerta solo para tenerla en mis manos. *Joder*, lo que daría por ver y sentirla tragarse mi polla, de rodillas en mi escritorio, con uno de estos atuendos de oficina apenas visibles…

Pero me estoy distrayendo.

No es Daphne la que está aquí para tentarme a cometer varias violaciones de recursos humanos. Es una imitación enfermiza e inadecuada.

Y no quiero nada menos que lo auténtico.

Sofiya entra en acción primero. Empuja a Brittany y agarra el pomo de la puerta. —Voy a llamar a seguridad. Y a algunas otras personas. Así que, si sabes lo que te conviene… corre.

Levanto una mano para detenerla. —Espera, Sofi. Lo tengo todo bajo control. Quiero que tú y Mak estén aquí para asegurarse de que todo va bien.

Agarro el teléfono del escritorio y marco una extensión directa. —Gus, es Chekhov. Pon a Bert al teléfono. ¿Sí, Bert? Coge nuestros archivos y reúnete conmigo en mi oficina. De inmediato. Tengo algo tuyo que necesito que recojas. No, esto no puede esperar. *De inmediato*.

La sonrisa confiada en el rostro de Brittany parpadea con incertidumbre.

Ay, ya verás.

Me quedo allí, con las manos en los bolsillos, intercambiando miradas con Mak y Sofi. Ellos saben lo que estoy tramando. Brittany, sin embargo, no lo sabe, y eso claramente la está carcomiendo.

—¿Dije… dije algo? —pregunta nerviosa.

—Ay, dijiste *muchas* cosas, *glupaya suka*.

Cuando Bert llega, Sofi le abre la puerta y le hace un gesto dramático para que entre.

Los ojos casi se le salen de las órbitas cuando ve a su hija. —¿Brittany? ¿Qué…? ¿Por qué diablos estás vestida *así*? ¡¿En qué estabas pensando?!

—Ese es exactamente el problema, Bert —extiendo mi mano para recibir el archivo que está en la suya—. Parece que nadie en tu empresa piensa, ni a largo ni a corto plazo. ¿Tú enviaste a tu hija a mi oficina?

Herbert Cleary balbucea, entre furioso por su hija desobediente y humillado en mi presencia. —Yo… yo… sí lo hice. Con el entendimiento de que ella trabajaría con el director *financiero*.

Brittany se ríe. Es un intento triste y forzado de aligerar la situación. —¡Ay! Tonta de mí. ¡El director *financiero*! Debo haber leído mal esas molestas cartas.

—Cállate —susurra en voz baja el fundador y director de la Consultoría Cleary—. ¡Cállate de una vez, Brittany!

—Esto es lo que va a pasar —encuentro los papeles que quería del contrato con la Consultoría Cleary y los levanto. Luego, los rompo por la mitad y otra vez por la mitad—. Vas a empacar tus cosas. Vas a hacer que todos los representantes que trabajan para ti recojan sus cosas. Y luego

seguirás a los de seguridad hasta la puerta principal y nunca mirarás atrás.

—Pero…

—No terminé, Sr. Cleary. Necesito dejarte algo excepcionalmente claro antes de que vayas y le eches la culpa de la inminente caída de tu negocio a tu única hija —ahora que tiene la boca cerrada de golpe, lo miro con ira y me aseguro de que sienta cada sílaba hasta los huesos—. Tienes múltiples responsabilidades, Herbert Cleary. Como hombre de negocios, como administrador… pero, lo más importante, como padre. Mi equipo no solo ha estado rastreando varias grietas en la fachada de lo que afirmas ser un sistema hermético de competencia, sino que está claro que has descuidado tus deberes para con tus hijos.

—¿Cómo te atreves…?

—¡Cómo te atreves *tú*!

Ambos Cleary se estremecen.

Estoy a punto de dar un puñetazo en el escritorio. —¿Cómo te atreves a hacer la vista gorda ante la mala conducta de tu hija? ¿Dónde está la responsabilidad por sus acciones? ¿Así es como quieres que se represente el nombre de tu familia: por una mujer fácil tan desesperada por la atención de su papi que se lanzará a los brazos de cualquier hombre que quiera follarla? —tomo aire antes de ir demasiado lejos con los insultos. Es demasiado fácil sumergirse demasiado. Últimamente, mientras veo a mi hija crecer dentro de su hermosa madre, soy cada vez más consciente de cómo alguien, cualquiera, podría lanzarle los mismos insultos. No lo toleraré.

Necesito mantenerme a los mismos estándares.

—Los fracasos de la Srta. Cleary son tuyos, Bert. Su desesperación indica tus defectos. Y, si no puedes prestar atención a tu propia casa, ¿cómo diablos se supone que voy a confiar en que prestes atención a la mía? —tiro el papel roto como si fuera confeti—. Esto es lo que te costó tu negligencia como padre. Si necesitas mejores imágenes, estaré más que feliz de rescindir tu último pago y quemar el efectivo con gasolina justo frente a ti.

Herbert Cleary está rojo como un tomate. —Tú… ¡tú no lo harías!

—¿No? Nunca lo olvides, Sr. Cleary, soy el mismo hombre que quemó cinco millones de dólares sin pensarlo dos veces. Esa inversión me proporcionó una esposa deslumbrante y una hermosa hija que, te prometo, *no* terminará como esta desgracia.

No tiene una respuesta. ¿Cómo podría? No hay ninguna que dar.

—Seguridad supervisará tu embalaje y te escoltará a ti y a tu equipo hasta sus vehículos. Considérate afortunado, Bert. He hecho cosas peores por menos.

Brittany balbucea y tartamudea, pero su padre le tira del codo.

—¡Cállate, estúpida! —Cleary la arrastra hacia la puerta—. Tú y esa boca tuya harán que nos maten.

No tiene idea de lo cerca que estuvieron.

Mi hija, tan inocente y perfecta y aún no nacida, no tiene idea de cuántas vidas ha salvado su

existencia.

PASHA

Me encanta llegar a casa con el sonido de la risa de Daphne.

Odio saber que estoy a punto de arruinarlo.

—¡Pasha! —mi madre se seca las manos en su delantal y empuja a Daphne hacia mí—. Espero que tengas ganas de pierogi. Estamos tratando de encontrar alimentos reconfortantes que le caigan bien a su estómago.

—*Solyanka* sonaba increíble hasta que abrimos la lata de pepinillos en salmuera —explica Daphne mientras se desliza en mis brazos, envolviendo los suyos alrededor de mi cintura. Se está volviendo un poco más difícil de hacer ahora que su útero está creciendo.

Miro a mi madre por encima de la cabeza de Daphne y murmuro en ruso—: *Necesito hablar con Daphne.*

Mamá, para su crédito, no presiona para obtener detalles. Se quita el delantal, besa a Daphne en la mejilla y se aleja.

Daphne observa confundida, sin decir nada hasta que estamos solos. Luego, se gira hacia mí con una ceja vacilante levantada. —¿Pasa algo?

Suspiro. —Brittany Cleary me visitó hoy. En mi oficina. Con lo que básicamente era lencería temática.

Daphne se pone rígida. Su rostro se ensombrece—. Ah.

Maldita sea, odio verla tan derrotada. Pero prometí ser sincero con ella, y así es como se ve. —Mak y Sofi estuvieron allí todo el tiempo. También estuvo la seguridad, una vez que los llamamos para que la escoltaran a ella y a su padre fuera del edificio.

—Ah —se ocupa de extender la masa que dejó Mamá—. Eso… suena como un día bastante movido.

—¿Cómo la conoces, de nuevo? Aparte de ser la compañera de Ewing, por supuesto —casi dije *puta*, pero estoy trabajando en dar lo que quiero que reciba mi hija. Pasitos de bebé. Literalmente —. Tengo la impresión de que hay historia allí.

Daphne resopla. —Ah, sí. Hay historia —cuando le hago un gesto para que siga hablando, suspira—. ¿Alguna vez has conocido a una de esas personas que alcanzaron su máximo potencial

en la escuela secundaria? Y, por lo tanto, todo lo que viene después se compara con esos cuatro cortos años de mediocridad, porque nada más podría ser mejor.

Me río con amargura. —Mi adolescencia fue un poco diferente a la tuya, creo. Más sangre. Menos baile de graduación.

—Claro. Debí haberlo sabido. Pero, bueno… O sea, cuando se trata de Brittany… —sus manos se quedan quietas. Las puntas de los dedos salpicadas de harina—. Es como si hubiera alcanzado su máximo potencial en el internado… *antes* de que me inscribiera. Esa parte es importante. Porque yo era muy amigable en esa época, y me gustaba conocer gente nueva. Y también era una estudiante bastante buena. Entonces, una vez que llegué, se sintió… amenazada. Aunque, sinceramente, creo que la llegada de alguien con una pizca de decencia humana… no para presumir ni nada… hizo que otras personas se dieran cuenta de lo perra que era ella.

—Que es —corrijo.

Daphne se ríe. —No estás equivocado. Pero sí… llegué allí y todo se convirtió en mi culpa. Juró una y otra vez que le estaba robando, así que se propuso robarme a mí. Mis citas del baile de graduación, mis vestidos de graduación. Si ganaba un premio, ella tenía que ganar algo más grande. Cuando conseguí mi primer trabajo, mintió sobre mis credenciales y me lo quitó.

—Parece que esa tendencia también ha continuado —mis dedos se aprietan en el borde del mostrador de mármol con ira.

Pero lo controlo… por ahora. Necesita mi compasión, no mi furia.

Daphne continúa con un movimiento de hombro. —Tampoco te equivocas en eso. Y ahora sabes por qué fue tras Conrad. Nunca fue por él; ella solo quería asegurarse de que yo no pudiera tener ninguna felicidad en la vida, ya que aparentemente es mi culpa que ella sea tan miserable —Daphne desliza su mirada hacia mí—. Es por eso que se arrojó sobre ti. Ella sabe que me deseas. Quiere que veas que ella es mejor.

Me río con un resoplido. —Ni siquiera en sus sueños.

Daphne se muerde la comisura del labio. Es gradual, pero puedo ver que empieza a replegarse sobre sí misma. —Está bien, ya sabes —sus palabras apenas salen como un susurro.

—¿Qué?

—Si… si la quieres. Ella *es* más bonita y…

Me quedo atónito en silencio por un momento.

Pero solo un momento.

Entonces, entro en acción. Giro a Daphne y la inmovilizo entre mi cuerpo y la isla. La bolsa de harina cae al suelo y estalla por todas partes, enviando remolinos de polvo blanco, que caen en cascada por el aire como nieve fresca. La boca de Daphne se abre en una deliciosa O y quiero reclamarla, y el cielo y el infierno y todo lo que está en el medio saben que lo haré, en cualquier momento, pero primero necesito que entienda lo que está sucediendo.

—No quiero volver a oírte decir una mierda como esa nunca más —gruño.

Su mandíbula se abre aún más. —Pero estoy… *enorme*, y ella es hermosa y… y…

—Estás embarazada de *mi* hija, *plamya* —la harina que se desliza por su cuerpo se posa en la punta de su nariz mientras la miro fijamente—. ¿Quieres saber lo que pensé cuando entró en mi oficina pavoneándose, llevando prácticamente nada puesto?

—No creo que quiera…

—*Ni una puta cosa*. No significó nada para mí. Tú eres todo lo que podría soñar, todo lo que *puedo* soñar. Eres mía. Mi mujer. Mi *única* mujer. Así que Brittany y cualquiera que piense que puede reemplazarte pueden irse al carajo. Elegí lo que quiero, y está parada frente a mí, perfecta y hermosa e innegable. Yo… yo… *Joder*, ni siquiera hay palabras para describir lo mucho que significas para mí, Daphne. Solo puedo mostrarte lo que eres.

Dicho esto, la levanto en mis brazos. Ella grita y lanza un pie que hace que la bandeja de pierogis sin hornear caiga al suelo con un estruendo, pero me importa una mierda.

Al diablo con los *pirog*. Pediré pizza más tarde.

De todos modos, no tengo hambre de comida.

—Tú, Daphne, eres todo lo que siempre quise. Todo lo que nunca supe que necesitaba.

Me detengo aquí y allá a lo largo del camino para saborear la dulce boca de Daphne. Ella me deja pasar mi lengua por sus labios y reclamarla una y otra vez.

—Pasha…

—Silencio —lentamente, dejo más besos a lo largo de su mandíbula hasta su oreja—. Sé mi buena chica. Déjame mostrarte todo lo que amo de ti.

Cuando llegamos al dormitorio, quitarle las mallas no me lleva nada de tiempo. Engancho mis pulgares en la cinturilla de sus bragas también y pellizco su suave piel cuando veo lo mojada que ya está para mí.

Es tan tentador quedarme aquí abajo, saborear su coño y hacer que se aferre a mi cabeza para evitar levitar fuera de la cama.

Pero tengo otros planes.

Cuando me levanto de nuevo, la doy vuelta para que me dé la espalda y ambos estemos frente al largo espejo de tocador junto a la cama.

—No mires a otro lado —le susurro al oído.

Daphne se sonroja y se mueve para cubrirse, pero capturo sus muñecas y le sujeto los brazos a los costados.

Lentamente, muy, muy lentamente, le subo el suéter por encima de la mitad superior del cuerpo. Mis manos acarician su pancita posesivamente, frotando y presionando con la suficiente suavidad para que sienta lo que le he estado diciendo durante meses.

Que es *mía*.

Ella levanta los brazos hacia mí y yo le quito el suéter por completo, tirándolo a un lado. Me quito mi propia camisa para poder sentir su piel desnuda presionada contra la mía.

—¿Ves lo que veo? —gruño mientras mis ojos recorren su reflejo.

Su cuerpo es un testimonio de todo lo que hemos compartido juntos. Todo lo que *vamos* a compartir juntos por el resto de nuestras vidas.

Muevo su cabello largo sobre un hombro mientras me quito lo que queda de mi ropa. Entonces, somos solo nosotros, cálidos y desnudos frente al espejo. Mis manos abarcan su vientre hinchado con avidez, posesivamente.

—Hicimos esto —susurro—. Juntos.

De nuevo, froto mis manos para ahuecar sus senos. Ella gime y trata de alejarse de mí, pero no la dejo. —Nuestro amor, nuestros cuerpos, todo está desordenado y es un desastre. Pero, Dios mío, Daphne… Quiero hacer un desastre contigo.

Toco entre sus piernas para confirmar lo que ya sabía: si estaba mojada antes, ahora está goteando.

Se frota contra mis dedos y maúlla de nuevo. Podría seguir susurrándole cosas dulces al oído. Podría seguir acariciando y provocando su cuerpo hasta que suplicara por la liberación.

Pero, con toda honestidad, mi paciencia se fue por la ventana en la oficina.

La necesitaba entonces.

La necesito ahora mismo.

La única advertencia que le doy es guiar sus manos hacia los lados del espejo para que tenga algo a lo que agarrarse.

Luego, me sumerjo en ella.

Recuerdo vagamente que quería que este momento fuera dulcemente apasionado. Algo lento y suave y lleno de garantías de que ella es la única mujer que querré o necesitaré en mi vida.

Vagamente.

Todo está nublado para mi mente hambrienta. Y estoy seguro como la mierda de que no seré nada lento, suave o dulce.

Se corre una vez como la pequeña *plamya* codiciosa que es, lo que me hace reír y empujar más fuerte. Mi propio orgasmo está al acecho, pero aún no estoy listo para terminar.

Necesito más de ella apretando mi polla con cada músculo que tiene.

Necesito más de ella gimiendo y jadeando y aferrándose a mis caderas mientras su aliento empaña el espejo.

Necesito más de ella mirándome con los ojos muy abiertos mientras la follo como el infierno, para que pueda ver que es perfecta para mí.

No sé cuánto tiempo seguimos. Pierdo la cuenta de cuántas veces la siento ondular y hacer espasmos a mi alrededor. Todo lo que sé es que la quiero, la necesito y no estaré satisfecho hasta que me haya volcado en ella.

Cuando finalmente lo hago, es con una mano protectora sobre su vientre y otra posesiva sobre su garganta y un rugido orgulloso que sale de lo más profundo de mi alma.

Mi mente está en blanco, pero de alguna manera nos desplomamos en la cama. Y, sin embargo, tan pronto como tocamos las almohadas, todos mis planes de recuperarme de un estado de aturdimiento se van por la ventana.

Iba a derrumbarme con ella. Tal vez abrazarla por un rato y asegurarme de que se deshiciera de todos esos pensamientos ridículos de que la dejaría por otra persona.

Pero ahora que la veo desparramada en mi cama, su piel brillante de pies a cabeza y mi semilla esparciéndose entre sus muslos…

De repente estoy pensando en muchas otras formas de asegurarme de que reciba el mensaje.

Además… no soy exactamente un experto en mostrar, dar o sentir amor.

Necesito la práctica.

DAPHNE

Creo en todo lo que Pasha me dijo (y me mostró, varias veces).

Pero todavía no confío en Brittany Cleary ni por asomo.

Han pasado unos días desde que me contó lo que ella intentó hacer. Está convencido de que ese es el final… pero yo lo sé mejor.

Ella no es el tipo de persona que simplemente se rinde y luego se va corriendo hacia el atardecer.

No sin luchar.

En el pasado, la habría dejado arañar para conseguir lo que quería. Pero nunca he tenido algo que quisiera tanto. Y no te equivoques: *quiero* a Pasha Chekhov. Quiero la vida que me ha prometido, el amor que me ha demostrado, la bebé que me ha dado.

Así que, si Brittany cree que puede tomarlo… se ha equivocado.

Todo eso es por lo que estoy usando el atuendo de maternidad más sexy que puedo usar en público. El cuello del suéter deja los hombros al descubierto y muestra mi escote, mientras que el resto del vestido abraza mis curvas y mi barriguita.

Los zapatos son la única decepción real. En cualquier otro momento, iría a la guerra con tacones de aguja altísimos para mostrar mis pantorrillas desnudas y recordarle a Pasha las muchas, muchas veces que lo he envuelto con ellas. Hacer que Brittany se ponga furiosa de celos.

Pero el peso adicional de mi hija dice: “Absolutamente no”.

Así que suspiro, recalculo y doy saltos por el dormitorio mientras me pongo un par de zapatos planos sexys que aún muestran mis piernas, pero de una manera más cómoda.

Ahora, todo lo que tengo que hacer es peinarme, maquillarme y ponerme las joyas.

Luego, es hora de luchar.

¡Pues venga, perra!



LA PRIMERA PARTE de mi plan para mantener a Brittany lejos de mi hombre se tuerce de inmediato cuando me pierdo en las oficinas de Chekhov Internacional. No entiendo por qué hay tres series de ascensores.

Para mi alivio, veo una cara familiar. —¡Mak!

Mak se da vuelta al oír mi voz. Al principio, parece un poco sorprendido, pero luego sus ojos se agrandan por una razón completamente diferente. Levanta una ceja y también su sonrisa burlona. —¿Quiero saber qué estás tramando? ¿O es una de esas cosas solo para parejas que me perseguirá en pesadillas si lo descubro?

Siento que mi rostro se calienta. —Yo, eh… em…

—No digas más —me tranquiliza con un escalofrío—. Pero parece que necesitas ayuda. ¿Qué puedo hacer por ti?

—No sabrás dónde está la oficina de Brittany Cleary, ¿verdad?

Mak entiende. —Ah. Claro. *Ella*. Ven conmigo.

Mi estómago se revuelve cuando me ofrece su codo y me saca del pasillo del ascensor. Mi hija también da una pequeña voltereta irritada, como si estuviera practicando su patada circular para esta perra que se atreve a intentar robarle a su papi.

Tengo que sonreír un poquito. Tengo la sensación de que esta niña va a ser una luchadora del demonio, igual que su mamá.

—Hemos pasado por una reestructuración recientemente —explica Mak casualmente mientras caminamos—. En medio del proceso, hemos decidido ir en una dirección diferente para nuestros consultores de análisis y marketing.

—Eh… claro. Totalmente. Entiendo completamente y al cien por cien lo que estás diciendo.

Me da un codazo. —La despidió, Daphne. Brittany, su padre, toda la empresa Consultoría Cleary. Despedidos con prejuicios.

Me detengo en medio del pasillo. —¿Él *qué*?

Mak sonríe como el gato que atrapó al canario. —Oh, sí. Soltó el martillo. Ese mismo día, ella entró pavoneándose en su oficina pensando que podía clavarle las garras. Pash hizo un escándalo, la verdad.

Mi corazón da un vuelco. —Ah, yo, eh… no lo sabía. No me di cuenta, supongo. Ahora me siento un poco estúpida. Vine hasta aquí, con este aspecto, para… no sé.

Mak sonríe y pulsa un botón junto a una puerta de ascensor solitaria que ni siquiera había visto. —Me encantaría llamarla para que vuelva al edificio, si quieres. Estoy seguro de que a Pash le *encantaría* verte darle una paliza a esa mujer. Probablemente, en bikini y untada en aceite de bebé.

—No, gracias. Esto es cachemira —y entonces, en una repentina oleada de dudas, suspiro—. Además, no tengo ningún derecho real a ser tan… tan… territorial. En realidad no somos una pareja, ¿sabes?

Cuando levanto la vista para mirarlo, tengo que dar un paso atrás. Me está mirando como si acabara de perder la cabeza.

—¿Qué?

Mak sacude la cabeza con su propio suspiro profundo. —Nada. Me pregunto si necesitas que tu invitación esté grabada y sellada con cera. O si bastará con una simple invitación por correo electrónico.

—¿Invitación a… qué?

—Al final feliz pendiente del que obviamente formas parte —me abre la puerta del ascensor y me hace un gesto para que entre—. Dado que vivir con mi hermano, llevar a su hija y recibir lo que supongo que es una dosis diaria de Vitamina Polla no es una invitación suficiente para llamarlo tuyo, ¿te gustaría que fuera en lino, pergamino o vitela?

Entrecierro los ojos. Mak sonríe y se inclina hacia adentro para presionar otro botón, pero no se une a mí.

—Esto se abre directamente a su sala de espera. Tendrás que pasar por su secretaria, pero algo me dice que no tendrás problemas con eso.

Y con eso, la puerta se cierra ante la sonrisa engreída de Mak.

TIENE RAZÓN… unos momentos después, la puerta se vuelve a abrir y entro en una lujosa sala de espera, amueblada con sillones de terciopelo y un elegante mostrador de recepción de mármol. Una mujer rubia de una belleza impresionante escribe en su laptop, aparentemente ajena a mi llegada.

Pero entonces, su mirada se dirige hacia arriba y me ve. —¡Buenos días! ¿Puedo ayudarla?

Le ofrezco mi sonrisa más cálida y me dirijo al mostrador. —Estoy aquí para ver a Pash… eh, al Sr. Chekhov.

Me observa con una mirada crítica. —¿Tiene una cita?

—No, solo…

—Nadie ve al Sr. Chekhov sin una cita, desafortunadamente.

Si dependiera de ella, este sería el final de la discusión. Aceptaría mis pérdidas y daría media vuelta hacia el ascensor.

Pero la estoy mirando a ella, y a su escote muy bajo, y veo a alguien que es claramente el tipo de Pasha. Pómulos altos, cabello perfecto, piel impecable, esbelta en los lugares correctos y curvilínea donde importa.

Y claramente está conquistando territorio que no tiene.

Bueno, tal vez sí lo tiene. Este *es* su lugar de trabajo. *Está* protegiendo a su jefe.

—¿Podrías avisarle que estoy aquí? Daphne. Covington —añado—. Estamos, eh… quiero decir, él es mi… em…

Vaya forma de acobardarte, perdedora. Apoyo una mano sobre mi barriga de embarazada para que quizá vea lo que estoy tratando de comunicar, ya que no soy capaz de tener un par y deletrearlo yo misma.

Sus cejas perfectas se arquean. Esos labios que parecen hechos para envolver ciertas partes del cuerpo se tuercen en una fría media sonrisa. —Me temo que no puedo hacer eso. El Sr. Chekhov está muy ocupado hoy.

—Ah. Puedo volver más tarde…

—Estará *muy* ocupado más tarde —se pone de pie y camina alrededor del escritorio. Su vestido llega hasta la mitad del muslo y no deja nada a la imaginación. Apuesto a que las monedas rebotan en sus nalgas como si fueran balas.

Y, a diferencia de mi gordo trasero de embarazada, ella puede usar tacones asesinos que gritan: *¡Fóllame!*

No tengo ninguna posibilidad contra ella.

Ella lo sabe.

Se está asegurando de que yo también lo sepa.

—Escucha, cariño —se quita las gafas y las mete en su cuello peligrosamente bajo—. No sé qué asunto crees que tienes con Pasha, pero claramente no es aquí; de lo contrario, tu nombre estaría en la agenda.

Quizá no sepa mi nombre. Quizá él no hable de mí aquí, en su propia oficina, al menos lo suficiente para que ella reconozca que soy yo la que está embarazada de su hija mientras hablamos.

Tal vez tenga razón… no soy tan importante para él.

—Gracias —fuerzo una sonrisa—. Que tengas un buen día.

Estoy a medio camino del ascensor cuando oigo que se abre una puerta.

—¿Daphne?

El hecho de que no suene enojado o irritado, en realidad, suena sorprendido, me hace darme la vuelta. Le hago un tímido gesto con la mano. —Hola, Pasha.

Me mira con el ceño fruncido. —¿A dónde vas?

—Estás ocupado. No debería haber…

—¿Quién lo dice? —mira con el ceño fruncido a su asistente—. ¿Cuánto tiempo lleva parada aquí?

Una cosa que noto: no la mira de arriba abajo. En absoluto. Obviamente ella está haciendo alarde de todo lo que tiene y él o no lo ve o no le importa.

Otra cosa que noto: la Srta. Remilgada vacila bajo su mirada cada vez más severa.

—No tiene cita —tartamudea—. Revisé tus libros…

—Daphne no *necesita* cita. Jamás. Lo sabes.

Miro a la mujer. *¿Ella lo sabe?*

Veo que su máscara se desliza un poco. El batir de pestañas, la risa falsa, la sonrisa forzada, pero sensual. —Pash, nunca dijiste nada sobre ella —susurra con un puchero.

—Para ti, Srta. Fraiser, soy "el Sr. Chekhov". Y sabes muy bien que Daphne Covington es mi novia.

La Srta. Fraiser jadea. Yo me levanto más erguida. La Bebé Chekhov hace una voltereta triunfal y, estoy bastante segura, le muestra ambos dedos medios.

—N-nunca dijiste…

—Daphne, entra —Pasha me extiende su mano y no se mueve hasta que le doy la mía. Cuando lo hago, me acerca, me besa profundamente y me da un pequeño apretón juguetón en el trasero—. Srta. Frasier, despeja mis próximas dos horas. Te avisaré si estaré fuera durante el día.

—P-pero…

Me lleva a su oficina antes de que ella pueda decir nada más. La puerta se cierra con un clic resonante y él la bloquea con venganza.

—Entonces —Pasha me lleva a una silla cómoda junto a su escritorio—. ¿Qué te trae por aquí?

Sé que él me defendió. Sé que dejó excepcionalmente claro cuál es mi posición ante sus ojos, y cuál es la posición de ella también.

Pero la forma en que lo miró… la forma en que habló de él… no me sienta bien. En el fondo, en lo más profundo de mi ser, sé que algo no va bien.

Así que me doy vuelta para mirarlo, todavía de pie. No quiero sentarme con esto. —¿Te acostaste con ella?

Pasha se queda quieto. Me mira.

Luego, se frota la mandíbula con una mano y asiente. —Sí. Sí, lo hice.

Quiero vomitar. —Ah.

—*Antes* de conocerte.

Puedo tragármelo. —Ah.

Se apoya en su escritorio y suspira. —Nunca estuvimos en una relación. Necesito que lo sepas. Ella quería una, pero no lo dejó en claro hasta que fue demasiado tarde.

—¿"Demasiado tarde"?

—No salgo con nadie —explica—. Jamás. Vivo el tipo de vida en la que encariñarse con alguien

puede ser peligroso. Para ellos y para mí. Paris, mi asistente, aquí, era un alivio conveniente del estrés. Pensé que lo entendía.

No puedo evitarlo… medio me burlo, medio resoplo. —Vaya.

—Estoy tratando de ser honesto…

—No, no, no es eso —le aseguro. Lo miro, a su hermoso rostro y sus ojos hipnóticos, y siento que la sonrisa se transforma en otra cosa—. Es solo que… ¿Alguna vez te miras en un espejo? ¿Te grabas hablando? No creo que lo hagas. Porque, si pensaras que *cualquiera* podría tener sexo casual contigo y no querer cada parte de ti en su vida… bueno, diría que eres el idiota más tonto que he conocido.

Me mira con una ceja enarcada. —¿Es así?

—Definitivamente —me coloco un mechón de cabello detrás de la oreja mientras siento que mi rostro se ruboriza nuevamente. No quiero pasarme de la raya, pero pensar en él acostándose con ella sobre su escritorio hace que mi lado posesivo levante su fea cabeza de una manera que absolutamente no puede permitirse—. De todos modos, no es asunto mío. No debí haber preguntado.

Pasha se aparta del escritorio y me atrae hacia sus brazos. Cuando no lo miro de inmediato, levanta mi barbilla con un dedo para obligarme a hacerlo. —Todo lo que tiene que ver conmigo es asunto tuyo. Todo lo que tiene que ver contigo es mío. Estamos juntos. Una unidad.

Quiero que esas palabras arreglen lo que está sucediendo dentro de mí. Ayudan, definitivamente ayudan… pero todavía hay algo de esa sensación ácida hirviendo en lo más profundo de mi ser.

Él aprieta su frente contra la mía. —No te gustó mi respuesta. Dime cómo solucionarlo.

Sacudo la cabeza. —No puedes regresar en el tiempo y deshacer lo… lo que hiciste. Solo tengo que lidiar con eso. Pero creo que estoy aprendiendo que… —mi voz se vuelve casi un susurro mientras admito la parte de mí que recientemente se ha vuelto cada vez más aterradora—. No me gusta compartir.

Su respuesta es inmediata. —Entonces, no lo hagas —Pasha se inclina hacia atrás, lo suficiente para abrir los brazos—. Reclama tu derecho.

No soy ese tipo de mujer.

Pero, justo cuando estoy a punto de decirle eso, me veo reflejada en uno de sus espejos decorativos.

Me ha reclamado por completo. Todo mi cuerpo está cubierto y lleno de recordatorios de que soy suya. *Solo* suya.

Mordiscos, chupetones. Incluso el collar que me pone alrededor del cuello todas las mañanas.

¿Quién dijo que esto tiene que ser unilateral?

No él.

Tampoco yo.

La vieja Daphne mira con sorpresa y horror cómo agarro la corbata de Pasha y lo atraigo hacia mí para darle un beso abrasador y posesivo. La vieja Daphne me grita que me comporte como una dama. Que me aleje. Que sea el felpudo, porque eso me resulta familiar y seguro.

La *nueva* Daphne lo besa con más fuerza, luego lo empuja hacia abajo en su sofá de dos plazas y se sube a su regazo.

La *nueva* Daphne pasa los dedos por su cabello y lo mantiene en su lugar para otro largo sabor.

La *nueva* Daphne gruñe—: *Mío*.

PASHA

Fue una buena decisión que Paris me despejara la tarde.

Daphne no estaba bromeando… no había terminado conmigo.

Nunca me había sentido así por nadie. Jamás.

Tampoco nunca había tenido una mujer que literalmente me pusiera de rodillas y me drenara el alma del cuerpo como lo acaba de hacer Daphne.

Pasarán unos minutos enteros antes de que pueda moverme de nuevo. Mis manos descansan sobre su vientre mientras recuperamos el aliento juntos, acurrucados en una maraña de extremidades. Mientras miro alrededor de la oficina, no puedo evitar sentir una inmensa oleada de orgullo en mi pecho.

Ella me tomó en el sofá de dos plazas. Salvaje, hambrienta, gritando su liberación mientras me montaba sin una sola inhibición.

La tomé en mi escritorio. Si no fuera por el bebé, la habría inclinado sobre él, pero nos adaptamos. Fue tan delicioso tirar de su cabello hacia atrás para mirar su rostro mientras tenía un orgasmo, nuestras miradas fijas, como lo hubiera sido desde atrás.

En un momento, incluso la apreté contra la puerta mientras le hacía el amor a su coño con mi lengua. No me detuve hasta que se convirtió en un desastre de sollozos y me rogó que le diera lo que realmente necesitaba.

Y así fue como terminamos en esta silla, Daphne montando mi polla en vaquera al revés, recibiendo mis azotes en su trasero y suplicando por más.

Ella ronronea satisfecha en mis brazos y me acaricia el cuello. —Realmente espero no haber arruinado tu horario.

Me reiría si tuviera energía. —Mis opciones hoy eran sufrir una mierda burocrática sin sentido con un montón de viejos aburridos con traje, o que la diosa que lleva a mi hija me drene las pelotas. Diría que elegí bien.

Daphne se ríe. Dios, me encanta ese sonido.

Nos tomamos nuestro tiempo para recomponernos. Hay muchas bromas juguetonas, tropiezos y besos ligeros mientras tratamos de averiguar dónde fue a parar mi camisa… dónde se tiraron sus

bragas… *¿cómo terminó mi corbata allí?*

—Probablemente debería irme —Daphne se ajusta el collar y se da una palmadita rápida en las orejas y las manos para ver si falta alguna pieza de joyería—. Tengo que coger algunas cosas para la cena.

La veo tocarse el dedo anular y luego encogerse de hombros.

Definitivamente le falta una pieza de joyería importante que debe estar ahí.

Lo arreglaré pronto.

No me molesto en abrocharme la camisa por completo. No puedo, de todos modos, porque me faltan al menos tres botones. Me coloco la corbata alrededor del cuello para no olvidarla más tarde. —¿Quién te llevará?

—Viktor. Damien me trajo aquí, pero le dije que fuera a encargarse de lo que fuera necesario —presiona una mano tranquilizadora sobre mi pecho cuando me pongo rígido ante la idea de que sus guardias la dejen sola—. Tranquilo, tigre. Me escoltó adentro y no se fue hasta que estuve con la seguridad de tu edificio. Estaba en buenas manos.

—Vale. Pero podría tener que azotarte más tarde, solo por hacerme preocupar.

—¿Lo prometes?

Beso su sonrisa juguetona. —Pequeña llama codiciosa.

Mantengo la puerta abierta para ella. Daphne apenas permite que su mirada se deslice sobre Paris mientras se da vuelta para irse. Como si la mujer ni siquiera valiera su atención.

—Daphne, un segundo —le hago un gesto para que vuelva, luego envuelvo mi brazo alrededor de su cintura para acurrucarla a mi lado—. Casi lo olvido.

Sus cejas se fruncen confundidas, luego preocupadas. Beso esos surcos antes de girarme hacia Paris y decir dos palabras que debí haber dicho hace mucho tiempo.

—Estás despedida.

Paris espeta. Daphne reprime un jadeo.

—Tienes una hora para recoger tus cosas —continúo—. Haré que seguridad te escolte hasta tu auto de forma segura, después de que entregues tu tarjeta de acceso y tu credencial en la recepción de abajo.

Se levanta tan rápido que su silla casi se cae. —¡¿Qué demonios?! ¿Por qué?

—¿Por dónde empiezo? —puedo sentir que Daphne quiere alejarse y evitar esta confrontación, pero la abrazo con fuerza. Necesita presenciar, sentir lo que es ser defendida y protegida—. Eres muy poco profesional. A pesar de que te he rechazado en repetidas ocasiones, pareces no entender la palabra “no”. No tienes ningún respeto por mi espacio personal ni por mi familia. Eres una demanda por acoso sexual andante esperando a ocurrir y, aunque he permitido que mi culpa por nuestro pasado mantenga tu empleo, has dejado muy claro que no puedo confiar en ti.

—Pero Pash… digo, ¡Sr. Chekhov! —Paris se apresura a bajar su vestido hasta una altura más

apropiada, pero no funciona—. ¡He estado contigo durante años!

—Es por eso que estoy especialmente decepcionado de ver lo poco que me respetas a mí y a los míos. Ya deberías saber que siempre pondré a mi familia en primer lugar. ¿Qué ibas a hacer después de que nazca mi hija: negar que existe? —niego con la cabeza—. Necesito a alguien leal. Alguien con quien pueda contar para que me ayude *y* priorice a mi familia. No insultar a mi novia y tratar de hacerla sentir menos que la reina que es.

El labio inferior de Paris tiembla. Mira a Daphne y a mí, como si recién estuviera haciendo los cálculos. —Disculpa —es todo lo que dice mientras se apresura hacia el baño.

En el momento en que se va, Daphne suelta un suspiro de alivio. —No puedo creer que realmente la hayas despedido.

—No puedo creer que estés sorprendida.

Ella me mira, toda presumida y todavía despeinada por nuestra prolongada reunión. —¿Puedo recomendarte a alguien para contratar? Consigue a un hombre. Un hombre mayor, dulce, que esté a punto de jubilarse y que no quiera saber nada de tus pantalones. Ni de lo que hay dentro de ellos.

Me río entre dientes. —Lo que quieras, *moya plamya*. Siempre y cuando pueda tenerte a ti.

DAPHNE

Después del torbellino sexual y emocional en la oficina de Pasha, tuve un buen día.

Hasta ahora.

Ahora, mis pensamientos están atascados en un bucle de tres palabras mientras miro con horror las dos siluetas que oscurecen la puerta de mi oficina.

No está sucediendo.

No está sucediendo.

Esto no puede estar sucediendo.

—Ay, Daphne. Te ves *terrible*.

Fuerzo una sonrisa educada y me froto el puente de la nariz para aliviar la repentina y palpitante presión de un dolor de cabeza que se aproxima. —Estoy bien, Mamá.

Ophelia levanta las manos en el aire mientras camina de un lado a otro por mi oficina. —Claramente, ¡estás todo menos bien! Estás hinchada, sudorosa… ¡¿Cuánto peso has subido?!

—Vaya, Mamá, no me acuerdo. Espera mientras reviso mis *registros prenatales*. —cierro un cajón del escritorio de un empujón solo para sentirlo cerrarse de golpe—. Ya sabes, porque estoy *embarazada*.

Se da vuelta para mirar a Papá con enojo. —¡Stewart! ¡Di algo!

—¿Qué quieres que diga? —escupe con disgusto—. Nuestra hija está embarazada, soltera y vive con un extraño. Va a hacer lo que le dé la gana.

—Estoy justo aquí, sabes, Papá.

—Drogas —Ophelia se cruza de brazos y asiente con firmeza—. De eso se trata todo esto. ¿No es así, Daphne? Estás involucrada con las drogas.

Suspiro. Siento que podría desmayarme por el peso de esa exhalación. —Tengo trabajo que hacer, así que…

Ninguno de los dos capta la indirecta de salir de la oficina. Vale. *Yo* me iré, entonces.

Agarro una pila de carpetas, mi tableta y me dirijo a la puerta. Por supuesto, me siguen.

—Podemos enviarte a rehabilitación, cariño —Stewart intenta apoyar una mano en mi hombro, pero me escabullo—. Hay un hermoso centro en Suiza que se ocupa de mujeres en tu… delicada posición.

Hazel saca la cabeza de su oficina; sus ojos se abren de par en par cuando nos ve.

¿Adivina quién más nos ve?

—¡Por centésima vez, Daphne, este no es un lugar para visitas sociales!

Todd sale furioso de su oficina compartida, seguido de Keith. Ambos me miran con enojo y observan a mis padres con desdén.

Me muerdo la lengua. *Mantén la calma y no cometas un doble parricidio, Daph*. —No los invité aquí, Todd. Aparecieron sin previo aviso.

—Tal vez si no fueras tan… ¿cómo deberíamos decir… "arrogante" con tu vida social…?

—¿Disculpa?

Ophelia se presiona el dorso de la mano contra la frente. —Se lo he estado diciendo durante años, Sr. Bloom. ¡No podemos permitir que alguien como ella represente a nuestra familia de esta manera!

Keith resopla de acuerdo con ella. —¡Y no podemos permitir que represente a nuestra empresa de esta manera! Es completamente ridículo.

—No es demasiado tarde, Daphne. Hay opciones. Conocemos a un médico en Manhattan…

Me quedo congelada.

Hazel sacude lentamente la cabeza hacia mí. *No lo hagas. No pierdas la cabeza.*

Demasiado.

Jodidamente.

Tarde.

—¿Qué? ¿Dijiste? —me doy vuelta lentamente para mirar a Ophelia. Ella mueve la misma mano frente a su cara.

—¡Ay, por el amor de Dios, basta de dramatismo! Solo estoy tratando de…

—¿Solo estás tratando de borrar los últimos meses de mi vida para que pueda volver a ser tu preciosa muñeca de mierda, que puedes presumir ante tus amigos tontos? ¿La puta de la familia que puedes prostituir al mejor postor?

Su boca se cierra de golpe.

Keith, sin embargo, no capta la indirecta. —Escucha a tu madre, Daphne. Este drama no tiene lugar en el espacio de trabajo, y no has sido más que difícil desde que te arrojaste sobre nuestro cliente. Entiendo que las hormonas están furiosas en este momento, pero debes dejarlas en la

puerta.

Ahora me vuelvo hacia él. Tiene suerte de que me preocupe más pagar por una pared nueva que arrojarlo contra ella. —Cállate la boca, Keith. Tienes suerte de que no te deje en la estacada por prácticas misóginas y acoso laboral.

Hazel se tapa la boca con la mano. —*Díselo* —la oigo susurrar detrás de la palma de la mano.

Todd levanta una mano para detenerme. —Si así es como te sientes, Daphne, entonces puedes irte. Empaca tus cosas y vete a buscar trabajo en otro lugar.

Debería. Realmente debería. Con cada día que pasa aquí, con cada desaire y comentario sarcástico que tengo que soportar de estos dos idiotas Bobos, estoy cada vez más inclinada a tirar la toalla.

Solo no estoy segura de querer eso. Todavía.

De una cosa estoy completamente segura: no quiero pasar ni un segundo más atrapada en este infierno.

—¿Qué te parece esto, Todd? —me enderezo—. Voy a irme por el día. Volveré mañana por la mañana a las diez. Si encuentras un reemplazo que sea la mitad de bueno que yo antes de entonces, presentaré mi renuncia.

—No puedes simplemente…

—Quiero decir, eres libre de despedirme. Solo presentaré una demanda por despido injustificado y me aseguraré de que mi abogado inicie la demanda por acoso sexual, tráfico, agresión… ¿Me olvido de algo más? Espero que no. De todos modos, tú decides.

Stewart se aclara la garganta. —No cuentes con amenazas vacías, jovencita. Nuestro abogado no…

—Ah, no, me malinterpretaste —le doy mi sonrisa más dulce—. Dije *mi* abogado. Ya no te necesito, Papi.

Me abro paso entre mis padres sorprendidos, golpeando la mano de Ophelia antes de que pueda intentar agarrarme de nuevo.

~

OJALÁ PUDIERA TOMAR un trago fuerte.

Dios sabe que lo necesito.

—Te lo prometo, Daph, los cócteles sin alcohol aquí son para morirse —Sofi me toma del brazo con una sonrisa descarada—. Y, una vez que des a luz, volveremos por el verdadero.

—¿Estamos seguras de que no puedo tomar el verdadero ahora? —gimoteo—. Tuve un *día*.

—Sí, un día en el spa —Hazel me empuja hacia la entrada principal del club nocturno—. No es que me queje. Siempre estoy feliz de arriesgar mi trabajo por un masaje con piedras calientes.

Sofi le hace un gesto con la cabeza al portero de la puerta, que desengancha la cuerda de terciopelo y nos hace pasar. —No te preocupes por tu trabajo. Todo saldrá genial.

—¿Sí? ¿Y cómo lo sabes?

Puede que Hazel no se dé cuenta de la vacilación de Sofi, pero yo sí. Y cuando la miro, veo la misma sonrisa cómplice en su rostro que Pasha pone cuando está tramando algo.

—Confía en el proceso, Haze —bromea. Pasando su brazo por el de Hazel también, nos acompaña al club nocturno vibrante y directamente a una cabina VIP.

Miro a mi alrededor, esperando ver a los porteros o a los camareros acercándose a nosotras por estar en el lugar equivocado. Este puesto está decorado de gala para la élite de la élite. —¿Estás segura de que podemos estar aquí? ¿No está reservado ni nada?

Sofi se ríe. —Relájate. Esta cabina está reservada para el dueño del club —nos lleva al sofá de cuero envolvente—. Y ese sería mi hermano.

—¿Pasha?

Ella sacude la cabeza. —Makari. Lo consiguió a través de una… bueno, supongo que podríamos llamarlo una venta de liquidación.

Tengo la sensación de que hay mucho más en la historia de lo que nos está contando.

También tengo la sensación de que está relacionado con la Bratva. Así que lo dejaré donde está. —Sobre esos cócteles sin alcohol…

Diez minutos después, estamos bebiendo nuestras bebidas y quejándonos de nuestros jefes. Sofi se divierte aún más con sus quejas, exprimiendo el drama hasta que Hazel está tan horrorizada que tenemos que ceder e informarle que Pasha es *El* Jefe. Esto hace que Hazel suspire de alivio y Sofi se ría.

—No me malinterpretes; igual puede ser un gran dolor de cabeza —dice entre sorbos—, pero lo tolero porque es mi hermano mayor. Y lo amo.

—Toda tu familia es increíble —dejo mi bebida en la mesa y me doy una palmadita en la barriga hinchada. La Bebé Chekhov hace hipo y me da golpecitos en las costillas con sus piececitos—. Me entristece que tu mamá no haya podido venir al spa con nosotras.

—Sí, eso es… extraño —Sofi frunce el ceño—. Sé que tiene su propia vida y todo eso, pero no hay forma de que dejaría de pasar tiempo contigo. Especialmente, con tu fecha de parto tan próxima.

Me encojo de hombros. —Está bien. Parece que se lo estaba pasando genial con ese tío…

—Vaya, vaya, vaya —interrumpe una voz familiar. Mak se acerca tranquilamente desde el bar, con una sonrisa traviesa en el rostro y los ojos pegados a Hazel—. Si hubiera sabido que tres diosas iban a venir esta noche…

—Hay que mantenerte alerta, Mak —Sofi levanta su copa para saludarlo—. Y tengo que decir que no está mal. Me gusta el nuevo menú de bebidas.

—Los cócteles sin alcohol son increíbles —agrego—. Por lo general, son un triste recordatorio de lo que no puedo tener.

Él sonríe y ladea la cabeza. —Sí, bueno, no puedo estar sirviéndole a mi cuñada una mierda diluida en agua.

—No soy tu… quiero decir, gracias. De verdad. Pero solo soy la novia.

Ambos hermanos resoplan. —Ni siquiera me dignaré a responder eso —suspira Mak. Vuelve la mirada hacia Hazel—. Y tú debes ser la dama de honor.

Se sonroja. Sofi le lanza una mirada de advertencia que él obedece de mala gana.

—Bueno, supongo que será mejor que haga la ronda. Al menos necesito parecer un anfitrión responsable —le da a Hazel otra sonrisa ardiente—. Avísame si necesitas algo.

Hazel espera hasta que esté bien lejos para que no pueda oírla antes de abrir la boca. —Por favor, dime que ese hombre está soltero.

—No está disponible.

Miro a Sofi con una gran dosis de confusión. —¿Desde cuándo? No lo vi con nadie.

—Tiene sus compromisos.

Hazel toma otro largo sorbo de su martini con la palabra *Okay*… estampada en su rostro. —Bueno, avísame cuando cambies de opinión. Resulta que tengo un hermano mayor atractivo que está soltero, y definitivamente es tu tipo.

Sofi no responde. En cambio, se estira, se pone de pie y luego le tiende la mano a Hazel. —Vamos. Esa pista de baile parece necesitarnos a nosotras, las "diosas", para animar las cosas.

—¿Vienes, Daph?

Me río y sacudo la cabeza. —Créeme, no me quieres ahí. Soy básicamente una bola de demolición con piernas.

También estoy lidiando con los tobillos hinchados y los pies hinchados y… todo hinchado. Lo que me lleva de nuevo a la confrontación con mis padres de antes. Ophelia no se equivocó: estoy hinchada y no puedo culpar a mi bebé por *todo* el aumento de peso.

Pero sí se equivocaba en cómo afecta eso a mi valor. Mi valía.

Es tan jodido que mi propia sangre y carne anden por ahí pensando que he disminuido mi valor… y el de ellos también… al decidir tener a mi hija. Para ellos, soy una contraparte fea de la delgada y esbelta Daphne Hamish. Soy su sombra rebelde.

Saco la tarjeta de contacto de Pasha en mi teléfono y sonrío al ver su expresión pensativa en la foto. Para él, soy todo. Para él, sigo volviéndome más hermosa y más valiosa cada día, y nunca duda en decírmelo.

Para él, soy la mejor versión de mí misma.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie esté mirando en esa dirección general.

Luego, bajo mi vestido lo suficiente para enviarle una jugosa foto de escote.

En el club con las chicas*,* le escribo un mensaje de texto. ***¿Crees que puedo hacer tragos de cuerpo ahora? Tengo mucho con lo que trabajar ;)***

Tres canciones después, Hazel y Sofi vuelven a tropezar en nuestra cabina riéndose a carcajadas y haciendo señas para que les rellenen el vaso. Me río con ellas y acepto el nuevo martini sin alcohol cuando llega.

—Es una pena que Pash no haya podido venir —Hazel asiente con la cabeza hacia la multitud en la pista de baile—. Estás llamando la atención lo suficiente como para iniciar una guerra.

—Probablemente sea bueno que no esté aquí, entonces. De hecho, podría iniciar una —Sofi me mira—. Oye, vamos a salir de nuevo y atormentar a otros tíos ahora. ¿Estás bien?

—¡Pórtense bien! —las despido con un movimiento de mis dedos.

Unos minutos después, mi teléfono vibra en mi mano.

PASHA: ***Voy en camino. Estate lista.***

Me muerdo el labio y me pregunto si debería ponerme al menos una canción en el sistema… ¿o debería buscar una cabina más privada? ¿Quizás ambas?

Me bebo mi cóctel sin alcohol y decido que necesito hacer que Pasha salga a cazar cuando llegue, lo que mi instinto me dice que será más temprano que tarde. Y, cuando llego a la pista de baile, ni siquiera tengo que abrirme paso entre la multitud para encontrar a mis amigas… me agarran de las muñecas y me llevan hasta su lugar entre el ritmo palpitante y las luces intermitentes.

Esto es lo que necesitaba. Alcohol también, pero puedo sobrevivir unas semanas más sin él siempre que mis amigas estén aquí para ayudarme a escapar de otras formas. Como dejar que la música ahogue todos mis pensamientos intrusivos.

Las manos de alguien comienzan a frotar mis caderas. No son las de Pasha. Me doy vuelta para regañarlo, pero el tío extraño está demasiado cerca y me agarra con demasiada fuerza.

—Hola, sexy —arrastra las palabras. Dios mío, puedo oler el licor que se filtra por sus poros grasientos—. Ven a frotar ese jugoso culo contra mí.

—No, gracias —quito sus dedos de mis caderas. Tiene el descaro de gemir mientras mira abiertamente mi escote—. En serio. No me interesa.

—No seas así. Te haré muy bien…

—Tengo un hombre, gracias —le aparto las manos con firmeza—. Ahora, ve a molestar a otra persona.

—Pero te deseo *a ti*, nena —arrastra las palabras contra mi cuello—. Y no veo a tu hombre aquí, así que…

Hazel está de espaldas mientras baila, pero Sofi se da cuenta de que no estoy a su lado y da una vuelta para intentar encontrarme. Cuando lo hace, nuestras miradas se cruzan y sus ojos se abren

de par en par.

¡Ayúdame! —digo en silencio.

Empieza a abrirse paso entre la multitud, pero está demasiado lleno. Mierda, debí haberme quedado en la cabina. No llegará a tiempo antes de que él…

Entonces, Sofi se congela. Su mirada horrorizada se dirige hacia atrás, justo por encima de mi hombro.

Y el horror se derrite en una pequeña sonrisa descarada.

¿Qué demonios?

Esas manos asquerosas abandonan mi cuerpo al instante. La gente que estaba chocando y frotando a nuestro lado se aparta a trompicones, todos mirando con miedo al tío que está detrás de mí.

—Debes tener un deseo de muerte, hijo de puta —Pasha no grita, pero su voz corta la música de todos modos. Una de sus enormes manos ha agarrado la garganta del tío espeluznante.

—¡Cálmate, hombre! —chilla el pervertido—. La señorita quería…

—Que la dejes en paz. Lo pidió amablemente. ¿Yo? No soy tan educado.

El canalla se queda paralizado. Menos mal que Pasha lo tiene agarrado por el cuello, porque parece que se va a desplomar al suelo cuando las piezas empiecen a encajar.

—¡Mira, hombre, lo siento! No sabía…

Pasha mira al grupo de guardias que ahora flanquean a un Makari cabreado y asiente. Mak le devuelve el gesto y hace un gesto rápido.

En un abrir y cerrar de ojos, mi agresor es agarrado por ambos brazos y arrastrado fuera de la pista de baile. La música ahoga sus disculpas y súplicas, lo cual está bien. Espero que ahogue también los inevitables gritos que vendrán una vez que los hombres de Pasha se pongan a trabajar en él.

Esta vez, cuando un par de manos fuertes encuentran mis caderas, me hundo en ellas agradecidamente.

—Vamos —dice Pasha cerca de mi oído.

No es una pregunta.

~

LO DEJO que me lleve a través de la multitud, debajo de una cortina, y por pasillos tortuosos y tenuemente iluminados hasta que entramos en una gran oficina.

Dentro, el pervertido está atado a una silla, con Makari y dos guardias de la Bratva cerniéndose sobre él. Pasha suelta mi mano, luego se acerca y toma una posición frente a él.

El hombre tiembla. —Te lo juro, hombre, ¡no quise hacer nada! ¡Está borracha! Traté de empujarla lejos de mí, pero estaba demasiado borracha y demasiado…

—Mi mujer. Mi mujer *embarazada*. ¿Es a ella a quien te refieres?

Se queda quieto. —Eh… no. Quiero decir, no… eh…

—Este es el problema, amigo mío —Pasha comienza a arremangarse—. ¿El hecho de que entraras en mi club, atacaras a mi mujer y ahora mismo intentaras mentirme en la cara? Eso no se puede perdonar.

Me quedo quieta y observo. La violencia está en el aire como la humedad, esperando una excusa para estallar.

No debería excitarme con esto.

No debería sentir una oleada de deseo cuando el primer golpe de Pasha aterriza en el estómago de ese tío.

No debería lamerme los labios al verlo golpear al tío con el revés tan fuerte que le sale un diente.

La vieja Daphne estaría sollozando de terror.

La nueva Daphne está lista para saltar sobre los huesos de su hombre.

Joder, Daphne. Contrólate.

—Por mucho que todos estemos disfrutando del espectáculo, ayer hice lavar esta alfombra con champú —Mak le da una palmada en el hombro a Pasha para detener el siguiente golpe—. ¿Quieres que lo lleve al patio trasero?

Pasha le escupe en la cara al tío, y luego se limpia la boca con el dorso de la mano. —No. Estoy bien —mira a su alrededor hasta que sus ojos se encuentran con los míos.

No sé qué esperaba ver. ¿Miedo? ¿Horror? ¿Inquietud? Sea lo que fuere, obviamente no es lo que encuentra.

En cambio, el calor y el deseo se encienden en sus ojos para igualar los míos.

—¿Lista para irnos?

No puedo llegar a él lo suficientemente rápido. Me atrae hacia sí y nos dirigimos hacia la salida.

Mak nos sostiene la puerta abierta sin decir otra palabra. Me guiña un ojo antes de volver a cerrarla, y oigo el clic del seguro en su lugar. Los golpes y gemidos que siguen dicen que la pesadilla del pervertido está lejos de terminar.

—Debería ponerte sobre mis rodillas —retumba Pasha mientras caminamos por el pasillo—. Esas fotos…

—¿Hay un baño cerca?

Hace una pausa y señala una puerta. —No te tardes demasiado…

Lo interrumpo con otro beso hambriento. Mis manos agarran el frente de su camisa y lo jalan

conmigo hacia la habitación oscura. La única razón por la que no chocamos contra los lavabos es porque me hace girar para empujarme contra la parte trasera de la puerta.

—*Plamya* traviesa —murmura mientras me muerde el cuello—. Me estás volviendo jodidamente loco.

—Te encanta.

—Soy culpable —incluso en la oscuridad, todavía puedo ver su sonrisa lobuna.

—Muéstramelo —tomo su mano y la presiono contra el calor húmedo entre mis piernas. Justo donde necesito que esté—. Márcame. Hazme tuya.

—Ya eres mía.

—Lo sé. Pero me encanta que me lo recuerden.

Pasha captura mis labios con los suyos. Se inclina para cerrar la puerta con llave, luego me hace girar, sujeta mis manos sobre mi cabeza y me abre las piernas de una patada. Esto era lo que necesitaba, más que la música y el baile y las bebidas.

Esto era exactamente lo que necesitaba para olvidar.

Para perderme a mí misma y a todas mis preocupaciones.

Por ahora.

PASHA

ATENCIÓN: Pasha Chekhov, RE: Renovación de contrato URGENTE URGENTE URGENTE

No me molesto en abrir el correo electrónico. Todo lo que tengo que ver es quién es el remitente antes de tirarlo a la basura como todos los demás.

Daphne no exageraba: cuando Brittany Cleary se centra en un objetivo, *no* se rinde.

Han pasado días desde que la despedí a ella, a su padre y a toda la Consultoría Cleary. Esa misma noche, mi bandeja de entrada sonó con un correo electrónico de Herbert rogándome que reconsiderara, que programara una reunión privada con él, que ignorara lo sucedido.

Le informé que ha estado ignorando el comportamiento de su hija durante años. No cometeré el mismo error.

Brittany no merece una respuesta. Bloqueé todos sus números; la única razón por la que no he bloqueado su dirección de correo electrónico es porque los estoy recopilando para una demanda por acoso.

Cuando termine, no podrá costearse una computadora desde la que enviarme correos electrónicos.

Anoto en mi calendario una reunión con el bufete de abogados de la empresa. Como Paris ya no está, me encargo de mi propio horario hasta que encontremos un sustituto adecuado, algo que he dejado en manos de Mak.

La falta de un asistente es la razón por la que no recibo ninguna advertencia cuando se abre la puerta de la oficina y entra la última persona a la que quiero ver.

—Arlo. ¿Qué te trae por aquí?

Arlo mantiene las manos en los bolsillos del abrigo. —Ah, solo quería saber cómo estás. Escuché que llegó otro envío anoche. Quería asegurarme de que todo se procesó sin problemas.

—Sabes que eres libre de verificar los envíos tú mismo. En cualquier momento.

—Tenía… compromisos previos —su sonrisa sube un nivel más—. Ha sido bueno volver a ver a Asya después de todo este tiempo.

Me recuerdo a mí mismo que sería una muy mala idea tirarlo por la ventana más cercana. El papeleo no vale la pena y tengo la incómoda sensación de que Mamá me daría un infierno por ello.

—Pensé que ustedes dos se pusieron al día el otro día.

—Lo hicimos. Hay tanto de qué hablar, y ya te la estoy alejando bastante, de todas formas.

No me gusta que esté de acuerdo con mis pensamientos descontentos. No me gusta lo fácil que es su comportamiento, o lo feliz que ha sido mi madre desde que pasan tiempo juntos.

Demasiado tiempo.

Demasiado tiempo.

Hago un gesto para que se siente en una de las sillas. Acepta, metiendo su abrigo debajo de él mientras lo hace. —Entonces, ¿ustedes se conocen desde hace un tiempo?

—Desde toda la vida —su rostro se pone serio—. Desde la infancia.

—Pensé que ese era mi padre.

Arlo se ríe entre dientes. —Puedo conocer a más de una persona a la vez, Pasha.

—Entonces, ¿por qué ahora? ¿Por qué no hemos oído hablar de ti antes?

—Esa es una conversación entre tú y tu madre, creo.

—Tú y yo podemos tener la conversación ahora mismo.

Entrecierra los ojos, pero esa estúpida sonrisa permanece exactamente donde está. —Los secretos que Asya les oculta a sus hijos, los tiene por una buena razón. Si realmente quieres saberlo, entonces dale el respeto y la dignidad de contártelo ella misma.

—Es gracioso —jugueteo con mi bolígrafo mientras reprimo el impulso de apuñalarlo—. No sabía que habíamos pedido un nuevo padre.

Se queda callado por un rato después de eso. —Te daré uno de mis secretos, si me das uno de los tuyos —dice finalmente.

Me recuesto en mi silla, mirándolo con los ojos entrecerrados. *¿Cuál es su juego?* —Continúa.

—Esta mujer, Daphne. ¿La amas?

De todas las preguntas que podría haber hecho, elige la que no tiene nada que ver con él. —No veo que eso sea de tu incumbencia.

—Un secreto por un secreto. *Pakhan* a *pakhan*… bueno, jubilado, de todos modos… sé lo importante que es mantener tus verdaderos sentimientos ocultos a tus propios hombres. O… incluso a ella.

Tiene razón. Tiene razón y lo sabe, joder. No quiero jugar a su juego, pero también quiero saber cuál diablos es su supuesto secreto. —Más que a nada —concedo al fin—. Amo a Daphne más que a nada.

—Si tuvieras que decidir, entre ella o la Bratva, ¿cuál elegirías?

—Dijiste un secreto. Eso son dos.

—Responde la pregunta.

—No —empujo mi silla hacia atrás y me levanto—. Sal de mi oficina.

Levanta una mano para detenerme en seco. —Espera, Pasha. No me has entendido.

—Estás entrometiéndote en mis asuntos…

—Yo elegí la Bratva —interrumpe.

Hago una pausa. Principalmente, porque algo en su voz se quiebra, y eso es muy inusual para un hombre tan poderoso como él.

—Yo elegí la Bratva. Hombres como tú y yo, siempre elegimos la Bratva —Arlo se levanta, se arregla el abrigo y da un paso más cerca—. Te lo digo ahora, Pasha, antes de que tengas que tomar esa decisión: nunca elijas la Bratva.

Este loco bastardo está demente. —¿De qué demonios estás hablando?

Suspira. Luego, comienza a ponerse sus guantes de cuero para conducir. —Pensé que tomé la decisión correcta. Era joven, era estúpido… y lo perdí todo. Ahora, estoy aquí y no me iré. Incluso si es demasiado tarde para arreglar las cosas.

Con un último y críptico asentimiento, Arlo Fedorov gira sobre sus talones y sale de mi oficina.

~

—¡PASHA! ¡Qué sorpresa tan agradable! —Mamá me sonríe y abre la puerta un poco más—. ¡Entra!

—No tardaré —le advierto.

—Sí lo harás —me quita la chaqueta, la cuelga y me da una palmadita en el brazo—. Sé por qué estás aquí. Arlo me llamó.

Puto Arlo.

—Parecen muy unidos —observo.

Mamá sonríe con nostalgia y me lleva a su sala de estar. —Ven. He preparado un poco de té.

Cuando los prisioneros evaden mis preguntas es porque saben que la respuesta hará que los maten. Cuando mi propia madre evade mis preguntas es porque sabe que voy a odiar lo que tenga que decir.

—¿Te ha dicho cómo nos conocemos?

Sacudo la cabeza. —Dijo que eso es para que tú lo compartas.

—Mmm. Es un buen hombre. Siempre lo ha sido. Como su padre —se sienta en una silla junto a

la mía y sirve el té. —En cierto modo, nací en su casa. Mi padre era uno de los *vors* del *Pakhan* Fedorov. Vivíamos en una casa en su finca, a las afueras de Omsk, y mi madre ayudaba con la jardinería.

Acepto la taza y el platillo de su parte, pero no la interrumpo. Algo en esto parece demasiado importante como para interrumpirlo con preguntas.

Por ahora.

—Arlo y yo nos hicimos amigos. Ay, nos odiábamos como lo hacen los niños y las niñas, pero así era como jugábamos. Él me tiraba del cabello y yo lo perseguía por el jardín, todas esas tonterías. Pero, cuando llegamos a la pubertad, las cosas cambiaron. Queríamos pasar más tiempo juntos —Mamá se ríe antes de poder siquiera registrar mi desaprobación—. ¡Es verdad! Empecé a notar que no era tan asqueroso. Empezó a elogiar mi cabello. Pequeñas cosas, por supuesto, pero ya sabes… Durante nuestra adolescencia, éramos inseparables. Y… detrás del cobertizo del jardín… mucho…

—Por el amor de Dios, Mamá.

—Ya verás cuando mi nieta tenga esa edad —me regaña—. Será mejor que ninguno de tus *vors* tenga chicos de su edad cerca.

No me gusta la idea de que mi dulce e inocente niñita bese a alguien. O que crezca. Jamás.

—De todos modos, hicimos planes para casarnos. Mi padre estaba eufórico, y su padre me aprobaba de todo corazón, así que fue una decisión fácil —toma otro sorbo. Su rostro se oscurece —. O eso creíamos.

No sé por qué se me forma un nudo en el estómago. —¿Qué pasó?

Mamá deja la taza y se toma un momento para pensarlo. Sus ojos comienzan a brillar. Inmediatamente, me arrepiento de la pregunta.

—Tu padre pasó —se aclara la garganta y sacude la cabeza—. Tu padre, Kostya… Era uno de los mejores amigos de Arlo. Sus padres eran aliados, iban juntos a la misma escuela y, a su manera, eran inseparables. Hasta que…

Las piezas están empezando a encajar. —Hasta que Kostya quiso lo que no tenía.

—Más bien lo exigió —confirma—. Ni una sola vez mostró interés en mí, no hasta que Arlo declaró sus planes de casarse conmigo. Lo siguiente que supimos fue que el *Pakhan* Chekhov les hizo a nuestros padres una oferta que no pudieron rechazar.

Conociendo a Kostya, diría que era más probable que fuera una amenaza que no podían ignorar.

—Eligió la Bratva —he perdido el gusto por el té, así que lo dejo a un lado—. Arlo. Eso es lo que quiso decir con elegir la Bratva.

—Era yo, o el legado de su familia. Yo no valía la pena el sacrificio —ella me sonríe. La tristeza en sus ojos es casi demasiada. Me recuerda demasiado a los días más oscuros, cuando Kostya todavía estaba vivo. Cuando ella todavía era su saco de boxeo—. Apenas tuvimos tiempo de despedirnos. Creo que Kostya quería asegurarse de que no huyéramos, pero… no lo sé. Todo lo

que supe fue que en un momento le estaba rogando a Arlo que me escondiera y, al siguiente, era la esposa de Kostya. Un mes después, me enteré de que estaba embarazada de ti. Kostya estaba muy orgulloso y yo simplemente… Le seguí la corriente. Mejor así.

—¿Alguna vez intentaste encontrar a Arlo? ¿O alguna vez él vino a buscarte?

Creo que ya sé la respuesta. Si el líder de una Bratva le robara la esposa a otra, sería un acto de guerra.

—Kostya y yo llegamos a Estados Unidos poco antes de que tú nacieras, así que no fue fácil buscar a Arlo. Unos años después, él apareció para hablar de negocios y mantener la alianza familiar, pero, para entonces, él también estaba casado. Ella era muy encantadora —Mamá se seca las lágrimas que no se derraman—. Creo que las responsabilidades de convertirse en padre lo mantuvieron en Rusia. Después de un tiempo, dejó de venir aquí y envió representantes en su lugar. Ha sido así desde entonces.

Hasta ahora, por la razón que sea.

Sé que Arlo dijo que abdicó a favor de su hijo para poder jubilarse, pero tengo la intuición inquebrantable de que hay algo más que eso.

También tengo la intuición de que Arlo estará por aquí… mucho.

—¿Lo amabas? —le digo de golpe antes de poder dudar de mí mismo.

Ella sonríe. —Más que a nada.

Las palabras hacen eco de lo que le dije a Arlo en la oficina. Me quedo pensando en silencio por un momento, ambos respirando y en silencio.

Entonces, mi madre me mira de nuevo. —¿Y sabes qué? Nunca paré —ella agarra mi mano entre las suyas—. Un amor como el nuestro no se marchita ni muere en la oscuridad. En todo caso, crece aún más hasta que regresa la luz del sol.

—Eso explica por qué estás brillando.

Mamá se sonroja una vez más antes de soltarme.

Suspirando, me inclino y le beso la parte superior de la cabeza. —Te amo, Mamá. Quiero que seas feliz. Todos lo queremos. También quiero que tengas cuidado. *Todos* lo queremos.

Mamá me da una palmadita en la mejilla. —Estoy en muy buenas manos, *malysh*. Excepcionalmente buenas manos.

Pongo los ojos en blanco. —Solo asegúrate de que sepa que, en el segundo que te lastime, le desgarraré la columna a través de su garganta.

Se ríe. —Oh, estoy segura de que lo sabe. Ustedes dos son aves del mismo plumaje, después de todo.

PASHA

Debería irme a casa. Le envié un mensaje de texto a Daphne hace una hora para decirle que estaría allí para la cena.

Pero eso fue antes de que Mak llamara con actualizaciones sobre Brennan.

—¿Adivina quién ha estado almorzando con el senador? —me envió un mensaje de texto con algunas fotos para responder a su propia pregunta—. Tenemos autoridad para decir que van a salir con él y la Sra. Brennan a cenar y tomar algo esta noche.

Casi rompo el volante en dos.

—Mantenlos ocupados —gruño—. Te enviaré un mensaje de texto cuando termine.

Debería enviar a alguien más para que haga el trabajo sucio por mí. Una llamada telefónica podría hacer que llegue a casa a tiempo para la cena mientras alguien más causa estragos en mi nombre.

Pero, cuando las puertas de la finca Hamish aparecen en mis faros, sé que no puedo pasarle esto a nadie más.

Necesito derramar esta sangre con mis propias manos.

Le envío un mensaje de texto a Daphne para disculparme. ***Surgió algo. Voy a llegar tarde. No me esperes.***

Entonces, abro la guantera y cojo mi par de guantes de cuero favoritos. La llave de tuercas es lo suficientemente pesada como para hacer algún daño sin dejar rastro.

Estoy a punto de salir del auto cuando suena mi teléfono.

DAPHNE: ***Así empieza***

Frunzo el ceño. ***¿Qué?***

DAPHNE: ***Te quedarás fuera hasta tarde. Hay asuntos que atender***

DAPHNE: ***He visto las películas***

DAPHNE: ***Hice mi tarea***

DAPHNE: ***Solo recuerda dejar el arma y llevarte los cannoli***

Una comisura de mi boca se curva en una sonrisa burlona. Tengo la tentación de recordarle que los italianos y los rusos son la noche y el día. Pero no quiero arruinarle la diversión.

PASHA: ***Te llevaré uno a casa.***

Por mucho que me encantaría bromear con ella toda la noche, tengo un trabajo que hacer. Así que pongo mi teléfono en silencio y lo meto en mi bolsillo.

Luego, empiezo.

Estoy seguro de que, en algún momento, la seguridad en la finca de Hamish era impecable. Recuerdo vagamente haber asistido a algunas cenas aquí y haber visto a un equipo de seguridad profesional patrullando los terrenos. En aquel entonces, Stewart Hamish podía costeárselo.

Yo lo sabría… yo firmaba sus cheques de pago.

Ahora, sin embargo, las cosas han cambiado. La puerta trasera no tiene teclado, así que es fácil abrir la cerradura y colarse dentro. Cualquier sistema de seguridad que instalaron una vez ya no funciona.

El primer movimiento de la palanca de hierro abre una vitrina de vidrio que muestra una antigüedad de imitación por la que probablemente pagaron demasiado dinero. Mis sospechas se confirman cuando levanto la cerámica y encuentro la pegatina en la parte inferior.

Fabricada en Vietnam. Patético.

Me doy la vuelta y la arrojo contra el espejo decorativo de la pared del fondo.

No me preocupan los siete años de mala suerte. Asociarme con Stewart Hamish ya fue la peor suerte de toda mi vida.

Dejo un rastro de destrucción por todo el piso principal de la casa, descargando toda mi ira, frustración y sensación de traición en todo lo que los Hamish aprecian. Apenas recuerdo a su esposa, Ophelia, pero lo que sí recuerdo es lo exasperante que era, incluso cuando pensaba que podía confiar en Stewart. Siempre agarrando sus joyas, pavoneándose con su egocéntrico sentido del elitismo.

Diablos, intentó venderme a sus hijas más de una vez. Me negué cada vez, decidido a evitar enredarme con una mujer como… bueno, como esa pesadilla reptil con pestañas postizas.

Ahora que lo pienso, a este lugar le falta algo.

Niños.

Fotos. Pinturas. Pruebas de que Stewart y Ophelia tenían algo para empezar.

Arrastro la llave por la barandilla mientras subo al segundo piso. Si no recuerdo mal, la oficina de Stewart debe estar por aquí.

—¡Ohhh, Stewie! —grito—. ¿Dónde estás?

Me abro paso por cada habitación para tirar cosas por todas partes. Juego al béisbol con un juego

de copas de vino de cristal en el bar de Stewart y tiro el contenido del cajón de su escritorio como si fuera confeti de Año Nuevo.

—Si me jodes una vez, la culpa es tuya. Si me jodes dos veces, eres hombre muerto.

Les dimos todo. Dinero. Autos. Conexiones. Prestigio.

A cambio, hizo que mataran a mi padre.

¿Y ahora tienen las *pelotas* de poner al senador Brennan en mi contra? ¿De joder mi contrato?

"Muertos" es lo mejor que pueden esperar.

Pero por suerte para ellos, no parecen estar en casa. Lástima.

Me topo con una vitrina con tres huevos de Fabergé. Los coloco en fila sobre el escritorio de Stewart y los destrozo uno por uno, dejando un arcoíris de fragmentos dispuestos de forma bonita sobre la madera. Tiro mi tarjeta de negocios a la mezcla.

La sutileza no vale para una mierda.

Ya he hecho suficiente para transmitir mi mensaje, creo. Pero, mientras bajo, un vistazo a una habitación me hace parar en seco.

¿Qué demonios hace aquí una habitación de bebé?

Una niña, por lo que parece. Todo es lazos y encajes, tonos de rosa brillando a la luz de la luna que se filtra a través de una ventana lejana. La cuna está a medio montar y apenas hay juguetes ni suministros básicos en el escaso espacio de almacenamiento, pero está claro que alguien está esperando un bebé.

No puede ser Ophelia. Es demasiado mayor para tener bebés ahora, y dudo que tenga el tiempo o la paciencia para lidiar con alguno.

¿Tal vez sea por su hija, Melanie? Desapareció de los focos de atención después de que la arruinara públicamente. No es una exageración imaginar que probablemente ahora sea una madre soltera, que necesita la ayuda de Mami y Papi porque no puede valerse por sí misma.

Qué lástima, cariño. Mami y Papi tampoco podrán pronto.

Algo tira de mí. Se parece mucho a la culpa.

Tal vez sea la vista de la cuna, no tan diferente de la que compré para mi propia niña. Una hija que, en cualquier momento, podría ser víctima de la furia de otra persona solo porque es pariente mía.

Suspiro. Romper cosas está perdiendo su brillo.

Tomo mi teléfono y marco. —Hola, Sofi. Sí. Hazme un favor y busca la dirección actual de Melanie Hamish. Creo que es hora de hacerle una visita.

DAPHNE

Dominik me mira por el espejo retrovisor por quinta vez desde que salimos del garaje. —¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Sí. No. Quiero decir… —suspiro y me hundo en mi asiento—. Tengo que hacer esto. No tengo otra opción.

—Siempre puedes llamarlos. Enviar un mensaje de texto. Mantener esa distancia de seguridad.

Aprecio sus intentos de ayudar. De verdad que lo aprecio. Sé que parezco una mujer estresada y que luchar contra estas hormonas del embarazo no ayuda.

Pero lo digo en serio… tengo que hacerlo.

Tengo que enfrentarme a mis padres y cortar los lazos de una vez por todas.

Pasha se va a ir el fin de semana por un viaje de último momento que surgió. Parecía extrañamente inseguro al respecto cuando me lo dijo. Pero me trajo cannolis para el desayuno. Así que lo perdoné a mitad de bocado y le dije que tuviera un buen vuelo.

No sé cuándo ni cómo surgió la idea de enfrentarme a mis padres mientras él está fuera. Tal vez fue que necesitaba encontrar algo que hacer que no estuviera relacionado con hacer nido. Una excusa para salir de casa.

Pero, sea cual sea la causa, aquí estoy, jugando nerviosamente con mi teléfono, mientras Dominik hace lo posible por tranquilizarme.

—¿Estás segura de que quieres que espere antes de contactar a la Srta. Chekhov?

Asiento. —Sé que se preocupan, pero Sofi y Mak deben mantenerse al margen de esto. Puedo manejarlo.

—Como desee, señora.

Cuando llegamos al restaurante, Dominik salta del auto para sostenerme la puerta abierta. Tengo que admitir que sí necesito la ayuda adicional. La Bebé Chekhov hace que sentarse y levantarse sea cada vez más difícil.

Pero, en lugar de irse para estacionar, Dominik le arroja sus llaves al valet y me ofrece su brazo. —Estaré cerca si me necesitas.

—Dom…

—Con todo respeto, Srta. Covington, y créame, le tengo un montón de respeto, usted podrá encargarse del Jefe sin importar lo que pase ahí dentro. ¿Pero yo? Me va a dejar hecho una baqueta si dejo que le pase algo.

Tengo que contener la risa para no montar una escena. —De acuerdo.

Llegamos a las puertas dobles de cristal, pero Dominik se detiene.

—¿Todo bien? —pregunto.

Se da vuelta para mirarme. —Yo tampoco tuve los mejores padres cuando era niño. Papá era un borracho y mi madre… dejó que nos pisoteara.

—Lo siento mucho.

—Eso es cosa del pasado. Lo menciono ahora porque puede ser bueno para usted saber que no está sola. Ni física ni emocionalmente.

Una sensación de calidez me toca el corazón y le sonrío. —Gracias, Dom. Realmente te aprecio.

Se encoge de hombros con una pequeña sonrisa. —Sí, bueno… de todos modos. Entras ahí y les recuerdas quién eres ahora.

Ante eso, resoplo. —Todavía lo estoy tratando de averiguar.

Y, una vez que los deje de lado para siempre, estaré recogiendo los pedazos de mi identidad para… para siempre, probablemente.

—Patrañas —sonríe al ver mi cara de sorpresa—. Eres la mujer de Pasha Chekhov. Si él es el rey del inframundo, tú eres su reina. No dejes que lo olviden —me empuja hacia adelante mientras abre una puerta—. No lo olvides *tú* tampoco.

Es imposible no mantener la cabeza en alto después de esa charla motivadora. Fiel a su palabra, Dominik se sienta en un rincón alejado del bar del restaurante para darme espacio para manejar mis asuntos.

Ojalá mis padres pudieran darme espacio también. Se lanzan sobre mí como buitres en el segundo en que establecemos contacto visual al otro lado de la habitación.

Joder. Esperé que llegaran tarde. Atascados en el tráfico, colonoscopia de emergencia. Algo que me diera un poco más de tiempo para prepararme para la fealdad que se avecinaba.

—¿De verdad es lo mejor que puedes hacer? —Stewart frunce la nariz con desdén ante nuestro entorno—. De verdad, Daphne. Te criamos para que tuvieras mejores gustos que esto.

Hago un gesto hacia la mesa que acaban de desocupar con rudeza. —Si no te gusta lo que hay en el menú, eres bienvenido a llevarnos a otro lado. Pero tú pagas.

Eso lo calla. No ha sido sincero sobre su situación financiera, pero puedo notar por el desgaste de su traje que deben recortar muchos gastos si quieren mantener algo parecido a su vida anterior.

—Si tu sentido del estilo fuera tan agudo como tu lengua, todos estaríamos en una situación

mucho mejor —Ophelia tira de mi vestido hasta que le aparto las manos de un manotazo.

—Mamá. Papá. Por favor —respiro hondo. *No pierdas la cabeza en público. No pierdas la cabeza en público*—. Sentémonos y pidamos un aperitivo. Si quieren beber, por mí está bien. Pidan lo que quieran.

Ophelia sorbe y coloca la servilleta en su regazo. —Lo que queremos, querida Daphne, es una disculpa por tu comportamiento abominable del otro día.

—¿*Mi* abominable…? —una vez más, respiro hondo. El estrés no es bueno para la bebé—. Vale. Lo siento.

—¿Por…?

Agarro un menú y lo abro de golpe. —¿Quieren cuajada de queso? Yo podría pedir cuajada de queso.

Ophelia abre la boca para decir lo que sé a ciencia cierta que es un insulto con respecto a mi peso durante el embarazo. Me preparo… pero, antes de que lance su veneno, de repente vuelve a cerrar la boca.

Un segundo después, descubro por qué…

Cuando Conrad se desliza en el asiento junto a mí.

—Disculpen llegar tarde —les dice a mis padres. Su sonrisa tonta, descarada y torcida se ensancha cuando me ve—. Me quedé atrapado en el tráfico.

—¡Ay, no te preocupes por nada! —Ophelia se estira por encima de la mesa para apretarle la mano. Su mano izquierda, específicamente. Su mano derecha permanece escondida debajo de la mesa—. Estamos muy felices de que hayas podido venir.

Lo miro con furia. —¿Qué? ¿Diablos?

—¡Cuida tu lenguaje! —espeta Stewart.

—No. *No*. Voy a decir lo que quiero decir, cómo quiero decirlo. Los invité a *ustedes* almorzar. No tenían derecho a invitar a nadie más.

Conrad se ríe y me da una palmadita en el muslo. —Alguien tiene hambre.

Todos se unen a su estúpida broma.

Mientras tanto, yo estoy jodidamente *furiosa*.

—Quítame la mano de encima —digo entre dientes. Ni siquiera puedo mirarlo, estoy tan cabreada.

En lugar de hacer lo que le pido, Conrad solo sonríe y me da un apretón en la rodilla.

—He dicho que te quites de encima, joder —intento mantener la voz baja para no llamar la atención, pero él lo está haciendo casi imposible.

Stewart me frunce el ceño. —Vamos, Daphne. No hay excusa para ser grosera. Sin duda, no es

forma de tratar a tu prometido.

Mi…

¡¿Mi *qué*?!

—¡Ah! Hablando de eso… —Ophelia aplaude, emocionada—. ¡Tengo buenas noticias! Hablé con el presidente del Club Rochester y me dijo que estarían dispuestos a celebrar su ceremonia en sus instalaciones la próxima primavera. Ya pagué la tarifa de reserva, así que todo lo que tienen que hacer es…

—*¡¿Disculpa?!*

Ahora estamos llamando la atención. Pero no me importa. A estas alturas, ya no me importa nada.

—¿Se han vuelto jodidamente locos? —miro a mis padres—. ¿Están drogados? En serio, lo pregunto como una pregunta de salud literal.

—¡Ya he tenido suficiente de tu insolencia, jovencita!

—¡Y yo les dije que terminamos! ¡Conrad y yo *no* nos casaremos!

Stewart se inclina hacia delante y baja la voz hasta convertirla en un susurro. —¡Harás lo que te diga! ¡Hemos trabajado demasiado durante demasiado tiempo limpiando tu desastre! Te sentarás allí y actuarás como corresponde o Dios me ayude…

Mi mandíbula está prácticamente en el suelo de la incredulidad. —¿Hablas en serio? ¿De verdad hablas en serio? —coloco una mano sobre mi enorme barriga de bebé—. ¿No ves esto? *Estoy embarazada.*

—Un pequeño tecnicismo —Ophelia lo desestima como si mi hija no nacida no fuera más obstáculo para sus planes que una mosca—. Tuve una muy buena conversación con la Sra. Ewing… por cierto, tu madre parece estar muy bien, Conrad.

Conrad todavía tiene esa estúpida sonrisa en su rostro. —¡Lo está! Estaba tan feliz de tomar el té contigo. Se supone que debo avisarte que ella y las otras damas tienen un almuerzo programado para el próximo domingo…

Su voz se pierde en mis oídos. Estoy demasiado concentrada en salir de aquí. Me agacho y le quito la mano de la pierna, pero él la vuelve a bajar y me aprieta más fuerte.

Sus ojos se deslizan hacia los míos. Su sonrisa nunca parpadea, pero una sombra de advertencia pasa a través de ella.

Dejo de luchar contra él. No porque me haya rendido, sino porque estoy realmente preocupada de que pueda hacer alguna locura.

—Tendrás que empezar a empacar tus cosas, Daphne. Tenemos trabajadores de mudanzas en espera para ayudar…

—No me voy a ir a ninguna parte —interrumpo a mi padre—. Estoy muy feliz donde estoy y con quién estoy. Pasha es un excelente novio y padre; ya hemos hecho planes para el futuro que no te

conciernen.

En ese momento, el agarre de Conrad en mi muslo se aprieta dolorosamente. Si no afloja, me dejará moretones.

Algo hace clic en mi cerebro.

Él no puede marcarme. No le pertenezco. Ni siquiera lo quiero cerca de mí.

En ese momento, veo el reflejo de Dominik en uno de los espejos. Observa atentamente, literalmente al borde de su asiento esperando mi señal para saltar y salvarme.

Nuestros ojos se encuentran. Y, cuando me da esa mirada, ese recordatorio silencioso de nuestra conversación antes de entrar aquí, mi idea se solidifica en acción.

No dejes que olviden quién eres.

Vale. Nunca olvidarán *esto*.

—*¡¡JODEEEEEEEEEEER!!*

El grito de Conrad me hace sonreír. Más que una sonrisa, siento una carcajada burbujear dentro de mi pecho que tengo que tragarme.

Arranco el tenedor del dorso de su mano. No puede sostenerlo con su mano arruinada porque es casi inútil, así que me golpea con su mano recién herida. El pobre tío está perdiendo extremidades como un loco.

Agarro su brazo, lo golpeo contra la mesa y le vuelvo a clavar la mano.

Luego, agarro el cuchillo de carne más cercano y lo pongo en su garganta.

Los camareros que se apresuraban a ayudarlo se detienen en seco. Dominik observa como un halcón, pero no se mueve para intervenir.

Todavía.

—Dejaré esto excepcionalmente claro —anuncio. Quiero que todo el salón lo escuche para que, cuando llegue la policía, no haya malentendidos—. Cuando digo "No me toques", lo digo en serio. Cuando digo que se acabó, lo digo en serio. Cuando te digo que *te alejes de mí, joder*, lo digo en serio. La próxima vez que intentes acosarme, la próxima vez que intentes *agredirme*, no pararé en tu mano. ¿Entendido?

Conrad solloza. Está temblando de dolor y miedo.

—Dije, ¿*entendido*? —le grito en la cara, enfatizando cada sílaba.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo siento! ¡Joder!

Asiento hacia Dominik. Creo que, por la forma en que mis padres lo miran, saben exactamente quién es y de qué es capaz.

Bajo el cuchillo y lo dejo sobre la mesa. La mano de Conrad está sangrando, así que, como una mujer civilizada, agarro una servilleta de tela y la aprieto contra sus heridas.

Dominik me ayuda a ponerme de pie. Estoy lista para irme, pero primero una cosa más.

—Ya terminamos —miro fijamente a Ophelia y Stewart Hamish—. A partir de este momento, ya no tendremos ningún tipo de contacto, a menos que sea a través de mis abogados.

—Tu…

Levanto una mano. —Basta. No quiero oírlo. Tengo claro que no solo no se preocupan por nadie más que por ustedes mismos, sino que no se preocupan por mi seguridad ni mi bienestar. No puedo permitir ni permitiré que pongan en peligro a mi hija también.

Hay mucho más que quiero decir, pero este no es el momento ni el lugar para decirlo. Probablemente nunca tenga la oportunidad, pero está bien. Esto será suficiente.

—Sabes que tengo que informarle esto al Jefe —me murmura Dominik una vez que salimos del restaurante.

Asiento y me deslizo en el asiento trasero. —Por mí está bien. Solo quiero irme a casa.

DAPHNE

Cuando llegamos al ático, estoy completamente agotada.

Lloré durante la mayor parte del camino hasta aquí. Ahora, solo estoy… No sé.

Existiendo.

No sé qué imaginé para mi vida a largo plazo. ¿Un esposo, hijos, una carrera exitosa? Sí, pero… también quería que mi familia estuviera allí. Pensé que podría ver a mis bebés reír y correr hacia sus amorosos abuelos, quienes a su vez moverían cielo y tierra por ellos solo para verlos sonreír.

Tal vez quería lo que sabía que nunca podría tener.

Tal vez ahora, finalmente estoy aceptando que así son las cosas.

—Estaré bien —le murmuro a Dom en el ascensor—. ¿Te enviaré un mensaje de texto cuando esté arriba?

Él asiente. —Te haré cumplir.

Cuando Pasha me presentó por primera vez esta vida de estar constantemente rodeada de guardaespaldas y personal de seguridad, pensé que me volvería loca. No confiaba en el equipo que me había asignado y no me gustaba la sensación de que me arrebataran mis libertades.

¿Ahora? No podría estar más agradecida. Ni siquiera puedo conducir con lo grande que está mi estómago o lo hinchados que están mis pies. Después de toda la mierda por la que me han hecho pasar mis padres, Conrad y Brittany, me siento más segura sabiendo que nunca estoy sin protección.

Y tal vez ser mi amigo no esté en la descripción del trabajo, pero mis nuevos guardias han dado un paso al frente en pequeñas formas que suman mucho más que eso.

Como conducir para comprar un helado mientras yo sollozaba en el asiento trasero, y pedir un sundae de triple chocolate que no sabía que necesitaba hasta que Dom me lo entregó en silencio.

La puerta del ascensor se abre en mi piso. Agarro mi teléfono para enviarle un mensaje de texto a Dom diciéndole que estoy adentro, que estoy en casa, que él puede hacer lo que quiera ahora. Probablemente me vaya a acostar. Envío el mensaje de texto y cierro la puerta detrás de mí.

Tan pronto como lo hago, Asya asoma la cabeza por la esquina de la cocina. —¡*Solnyshka*!

Tenía la sensación de que podrías estar sola. Preparé un té para nosotras…

Su sonrisa se desvanece cuando ve mi rostro surcado de lágrimas.

—Daphne, cariño… —corre hacia mí y me atrae hacia sus brazos—. ¿Qué sucede? ¿Qué pasó?

No tengo palabras. Solo lágrimas. Atraviesan la presa de mi autocontrol y me dejo caer en sus brazos, sollozando de nuevo.

El hecho de que Ophelia nunca me haya abrazado cuando lloré se hace aún más evidente por la forma en que Asya Chekhov hace exactamente eso.

Solo me hace llorar más fuerte.

Asya me lleva al sofá. Me deja apoyar la cabeza en su hombro y manchar su manga con mis lágrimas y el maquillaje corrido.

Después de un rato, puedo hipar para recomponerme. Me aparto, pero ella me toma la cara entre las manos para secarme las lágrimas.

—Ahora, *moya dochya*, dime qué te pasa.

Inhalo y me limpio la nariz con el dorso de la mano. —Yo, eh… tuve que… —respiro hondo. Necesito poder decirlo—. Tuve que repudiar a mis padres.

Sus ojos están llenos de calidez y simpatía. —Ay, Daphne, lo siento mucho.

Eso es confuso. ¿Por qué no me dice que regrese y lo deshaga? ¿Por qué no me regaña? ¿Me reprende?

—No es algo que nos despertamos una mañana y decidimos hacer —dice en voz baja—. Son años de dolor, traición y angustia que se acumulan hasta el punto en que no tienes más opción que deshacerte de tu propia carne y sangre. Por eso, por tu dolor… lo siento.

Tiene razón… esto ha tardado años en llegar. Décadas en prepararse.

Pero eso no lo hace más fácil.

—Es justo eso —otra cosa que dijo aviva mis miedos—. Están en mí. *Son* yo. Mi carne y sangre. ¿Eso significa que voy a ser una madre tan terrible como ella?

Ay, Dios. Por favor, no dejes que me convierta en Ophelia.

—El hecho de que vengas de alguien no significa que estés destinada a ser como esa persona. Tienes una opción. Creo que ya has tomado algunas de las mejores decisiones. Ambos están haciendo un trabajo mucho mejor del que creen.

—Espera… ¿Pasha? —arrugo la nariz con incredulidad—. ¿Está preocupado?

Asya asiente. —¡Oh, sí! Él estaba tan aterrorizado de convertirse en Kostya… —suspira—. Pero es tan diferente a ese hombre. Yo lo sabría; he estado observando.

—Va a ser un gran padre —me froto la panza cuando siento que la Bebé Chekhov se da vuelta y saca las manos. Los ojos de Asya se iluminan, así que muevo su mano para que sienta los aleteos

ella misma—. Nuestra bebé estará tan abrumada de amor. Y quiero que vea que estoy en esto por ella. Siempre estaré de su lado. Siempre… —parpadeo para contener una nueva oleada de lágrimas y me concentro en la mano de Asya frotando mi panza—. Siempre lucharé por ella. Por nuestra familia. Tal como tú lo haces por la tuya.

—Lo que te incluye a *ti*, cariño. No lo olvides.

Otra lágrima cae por eso.

Por casualidad, veo su teléfono parpadear en la mesa de café. No puedo leer ruso, pero reconozco al hombre en la foto de perfil. —Entonces… cuéntame todo sobre este tío, Arlo… —digo, desesperada por cambiar de tema.

—¡Ah! Él solo es, eh… —ella toma su teléfono de la mesa y lo guarda en el bolsillo de su suéter —. Es un viejo amigo mío. De hace mucho tiempo. Solo nos estamos… poniendo al día.

Se acomoda el cabello detrás de la oreja, tratando de parecer casual. Pero veo algo un poco morado, un poco rosa y muy parecido al chupetón que tengo en mi propio cuello asomándose por debajo de su oreja.

—¡Asya! —digo, con un jadeo fingido—. ¿Estás reavivando una vieja llama?

Ella resopla y pone los ojos en blanco. —Con énfasis en *vieja*. Me sorprende que incluso me dé la hora.

—Eres impresionante. Sería estúpido si no lo hiciera. Y ciego.

La forma en que se ilumina toda su cara me dice todo lo que necesito saber.

Sabiendo que Pasha probablemente ya le ha leído la cartilla, decido mostrar un poco de piedad y dejarla con sus secretos. —Estoy feliz por ti. De verdad. Mereces que un hombre guapo del otro lado del mar te enamore…

—Espero que mis hijos no intenten hundir su barco —murmura.

—Lo superarán. Si lo amas, y él te ama, no dejes que nada ni nadie te detenga.

Su ceja se levanta. —¿Es eso lo que estás haciendo con mi hijo?

Me doy una palmadita en el estómago con timidez, sintiendo que el rubor sube por mis mejillas. —Bueno, ha sido un poco complicado. Hemos dado algunos pasos al revés. Pero… sí. Creo que sí.

—Bien —se da una palmada en los muslos y se levanta del sofá—. Ahora, voy a servirnos un poco de té y me dirás todos los nombres de bebé que estás pensando. Sé que no eres rusa, pero hay algunas opciones hermosas en nuestro idioma…

Su voz se desvanece en la cocina. No sé mucho… a quién amo, o cómo, o qué me depara el futuro, o incluso cómo se llamará mi bebé… pero ahora sé una cosa sin lugar a dudas.

Puede que haya perdido a mis padres biológicos, pero todavía tengo una madre.

El tipo de madre que siempre he necesitado.

PASHA

Esto no ha ido como esperaba.

En lugar de la bofetada de una socialité caída en desgracia que tiene todos los motivos para despreciarme, Melanie Hamish simplemente abrió la puerta y me dio la bienvenida. Me ofreció café. Me presentó a su esposo, que me sigue mirando con recelo, pero no dice ni hace nada al respecto.

—Ah, sí. Sé quién eres —bebe un sorbo de café—. Tú me expusiste más de lo que yo misma me exponía ante la cámara.

Jameson tose en su taza.

Miro alrededor de la habitación. Su casa está ordenada, pero cálida. Viven allí. Según la investigación que revisé antes de venir aquí, Melanie y Jameson solo llevan casados un par de años. Fue una boda en un juzgado. No hubo una gran recepción ni una serie de lujosas fiestas de compromiso. Parecen el tipo de personas a las que no les importan ese tipo de cosas.

Si no hubiera visto su certificado de nacimiento, nunca hubiera adivinado que era hija de Stewart y Ophelia Hamish.

Respiro hondo. —Creo que te debo una disculpa.

Melanie sacude la cabeza. —No lo hagas. De verdad. Me hiciste un favor, créeme. Si acaso, te debo una tarjeta de regalo o una canasta de frutas, o algo así —cuando me ve fruncir el ceño, se encoge de hombros—. Mis padres son la definición de tóxicos. No necesitaba el dinero de trabajar en la cámara; necesitaba la libertad. Si no hubieras hecho lo que hiciste…

Se estremece. Jameson le frota la espalda y le susurra algo al oído.

—Estoy bien —susurra de vuelta. Sus dedos se aferran a la taza de café mientras se gira hacia mí —. Estaba pensando en terminar con esto, Sr. Chekhov. Todo. Tenía el frasco de pastillas para dormir guardado para cuando pudiera finalmente hacerlo —se sorbe la nariz—. Mi hermana no lo sabe, por cierto. Ella fue prácticamente la única razón por la que me quedé. Ella y Jamie.

Él aprieta su frente contra la de ella, y yo me doy la vuelta para darles espacio.

Pero regreso la mirada cuando algo tira del fondo de mi mente. —¿Tienes una hermana? No recuerdo haber oído nada sobre eso.

Melanie mira a su esposo, que se queda quieto. —Sí… siempre fui la niña más pública. Ella prefería quedarse en las sombras, fuera de la vista y de la mente. Chica lista.

—Ya veo.

—Sé que no viniste hasta aquí solo para disculparte. Lo cual agradezco, por cierto; no me malinterpretes. Pero sé que no estabas solo "en el vecindario".

Me río. Me gusta esta mujer. Me recuerda mucho a Daphne, con el mismo fuego en la forma en que aborda las cosas. Y el mismo tipo de cabello castaño rojizo que brilla con la luz.

—Tus padres me han estado causando problemas últimamente —digo a modo de explicación—. Quería ver qué sabías al respecto.

Melanie resopla. —¿Por qué no me sorprende? Stewart y Ophelia no captarían la indirecta ni aunque les apuntaran con una pistola a la cabeza. Pero, para ser sincera, no sé nada de lo que están tramando. Ya no hablamos.

—¿En absoluto?

—Ni pío. Pero, si te sirve de ayuda, sé que nunca hacen nada gratis. Especialmente, ahora que están arruinados económica y socialmente.

Asiento mientras lo analizo. —¿Hay algo más que deba saber?

Ella duda y mira a su esposo. Ambos sacuden la cabeza. —No que se nos ocurra.

Eso activa mi radar. *Patrañas*. Está mintiendo.

Dejo mi taza de café y me inclino hacia delante en mi silla. —Si descubro que tuviste algo que ver con esto…

Jameson la jala hacia atrás y me levanta la mano. —¿Estás amenazando a mi esposa? —gruñe—. ¿En *mi* casa?

Normalmente, aprovecharía esta oportunidad para recordarle quién hace las preguntas y quién se supone que debe mantenerse en la fila. Pero tengo que admitir que respeto al hombre.

—Está bien, cariño —Melanie le frota el pecho—. Solo está siendo minucioso. Se asegura de que no nos involucremos. Yo nunca lo haría, incluso si me lo pidieran.

Asiento. —Bien. Dejémoslo así.

~

—¡HOLA, Pasha! ¿Cómo estuvo tu…?

Corto a Daphne con un beso que le deja saber cuánto la extrañé mientras estuve fuera. La comida del aeropuerto y los desayunos del hotel no son nada comparados con el sabor de ella.

—No tenemos mucho tiempo —cierro la puerta detrás de mí y me quito la chaqueta de un tirón —. Tengo una reunión con mis *vors* en aproximadamente media hora, y están en camino.

Los ojos de Daphne se agrandan. —Podría haberte traído el almuerzo o algo así.

—Tú *eres* el almuerzo.

Las ruedas del jet tocaron la pista hace menos de una hora, justo a tiempo para que yo pudiera llegar a la reunión de la tarde que había programado con mis hombres para repasar los próximos meses de planificación mientras estoy básicamente de baja por paternidad.

Pero no hay forma de que vaya a pasar esa reunión si todo en lo que puedo pensar es en enterrarme en Daphne. Por eso le envié un mensaje de texto para que se reuniera conmigo en mi oficina.

La arrastro conmigo hacia el sillón mullido. El vestido que lleva me está volviendo loco… la falda es casi demasiado corta, gracias a nuestro bebé dentro de ella, y su escote hinchado me ruega que me caiga de cara en él.

—Ven aquí —la tiro hacia mi regazo. —Necesito a mi mujer.

Daphne ronronea. — ¿Me extrañaste?

—No tienes idea —le subo la falda por encima de las caderas y tiro de sus bragas. Un roce entre sus muslos me dice que está más que lista para mí. Cuando esas malditas bragas no se deslizan tan fácilmente como quiero, las agarro con mis puños y las destrozo.

Por lo general, me tomaría mi tiempo, la pondría frenética, pero no tenemos ese lujo.

Y ya estamos frenéticos de por sí.

Una mano se aferra a su cabello, sujetándola hacia mí para que pueda saborear su jadeante gemido mientras la otra mano me guía dentro de ella.

Ella está tan caliente. Tan húmeda. Tan perfecta.

Tan… *mía*.

El aliento abandona sus pulmones por un momento cuando la atraigo hacia abajo con más fuerza en esa única embestida. Un gemido ahogado, y luego me monta como si fuera la única oportunidad que tendremos por un tiempo. Todo lo que tengo que hacer es agarrar sus caderas y aguantar.

Mi teléfono vibra. No debería mirarlo. Pero, con la reunión a la vuelta de la esquina…

Mierda.

—Los hombres están… casi… —*joder*, está sacando todo pensamiento coherente de mí.

Daphne se muerde el labio con una sonrisa sexy y tímida. —Entonces, será mejor que te apures, si quieres tenerme para ti. Me gustaría poder mirar a tu hermano a los ojos mañana.

Tiro del cuello de su vestido hacia abajo lo suficiente para que uno de sus senos sobresalga. No me importa lo cerca que estén, necesito saborearla. —No hables de otro hombre mientras me entierro en ti, *moya plamya*.

—¿Por qué no? ¿No quieres que tus hombres te vean reclamar a tu mujer?

Dios mío, joder. No soy exhibicionista y definitivamente no me parece bien que nadie vea a Daphne así.

Pero la fantasía… la imagen mental de tomarla, tirada en mi escritorio, desnuda y retorciéndome y gritando mi nombre, sollozando por más… mientras nuestra Bratva observa…

Cuando me estremezco y gimo mi liberación en ella, ella se une a mí.

Nunca tendré suficiente de esto. De ella. De su olor, su sabor, su voz. De la forma en que se aferra a mí y, sin embargo, me tranquiliza, todo al mismo tiempo. Incluso ahora, mientras ambos recuperamos el aliento, mi cara enterrada en sus senos, siento que me acaricia el cabello.

—Te extrañé —susurra.

Aparto la cara de su escote a regañadientes. —Yo también te extrañé.

Abre la boca para decirme algo más, pero llaman a la puerta. Busco a tientas mi teléfono y escribo un mensaje de texto apresurado para Mak.

PASHÁ: ***Llévalos a la sala de conferencias. Pide unos sándwiches. Haz pasar al camarero.***

MAK: ***¿Te sientes generoso hoy? ¿O es solo que tu oficina apesta a sexo, pervertido sucio?***

Pensándolo mejor, todos pueden morirse de hambre.

PASHA

Miro con el ceño fruncido el edificio de apartamentos. —Podrías venir conmigo a la oficina en lugar de esto, ¿sabes?

—Tú y yo sabemos que, si voy a tu oficina contigo, no podrás hacer ningún trabajo.

Sonrío. —No veo el problema.

Daphne se inclina sobre la consola para besarme la mejilla. —Me quedaré aquí en casa de Hazel, le mostraré las nuevas ecografías. Tú irás a ser el sexy, poderoso y *responsable* CEO de Chekhov Internacional.

—Prefiero ser *ir*responsable.

—Pórtate bien y te recompensaré más tarde.

Mi ceño fruncido permanece, pero tomo la nuca de Daphne y le devuelvo el beso. —Vale. Eres una regateadora dura, pero acepto.

Me deslizo fuera del auto y camino hacia su lado para ayudarla. A pesar de lo independiente que es, hemos llegado al punto en su embarazo en el que entrar y salir de los vehículos es agotador.

—Sé bueno —me recuerda mientras toma mi mano y sale—. Y me pondré ese camisón rojo que me compraste.

Mientras se aleja, levanta el dobladillo de su falda para mostrarme un poquito su trasero.

Jodida provocadora.

Creo que la amo.



—¿QUÉ diablos estás haciendo aquí?

Estoy medio decidido a reprender a todos los idiotas del equipo de seguridad del piso principal. La otra mitad me recuerda a mí mismo que no debo ponerle las manos encima a la bruja que tengo delante.

Brittany Cleary levanta una placa y finge encogerse de hombros en señal de disculpa. —Me colé. Hice una copia antes de irme, de hecho, así que puedes relajarte y dejar en paz a tus pobres guardias de seguridad. Hicieron su trabajo.

Abro la puerta de golpe y señalo. —Lárgate de una puta vez.

Me sonríe como un gato depredador acechando a su ratón. —No iré a ninguna parte.

—Lárgate.

—No estoy aquí para jugar, Pasha. Tienes que mirar estos…

—¡He dicho que *te vayas de una puta vez*!

—¡Míralos! —arroja una pila de papeles sobre mi escritorio—. ¡Míralos y dime que sabes exactamente con quién te acuestas!

Si fuera otra persona, podría morder el anzuelo. Pero conozco su reputación, sus hábitos. Esto solo puede ser otro maldito plan que no lleva a ninguna parte. Así que me acerco a ella, la agarro del codo y la arrastro hasta la puerta.

Brittany toma uno de los papeles del escritorio y lo empuja contra mi pecho. —¡Ella te ha estado mintiendo! ¡Es una *Hamish*!

Eso me hace detenerme.

Mi estómago se revuelve cuando miro el papel arrugado. Es una foto de Daphne con toga y birrete, sonriendo orgullosa a la cámara y sosteniendo su diploma.

Junto a ella está Melanie, todavía en su adolescencia con la boca llena de frenillos.

Detrás de ellas, con las manos apoyadas en los hombros de las chicas, están Stewart y Ophelia.

—No me di cuenta de la estafa hasta que estábamos cerrando nuestros archivos. —Brittany toma los papeles dispersos y los ordena—. Los Hamish han trabajado con la Consultoría Cleary durante muchos años. Cuando los detalles comenzaron a aparecer duplicados… bueno, puedes ver mi preocupación.

—Por lo que sé, esto está retocado con Photoshop. Así que no, no puedo.

—Me imaginé que dirías algo así. —me entrega la pila—. Toma. Míralo y dime que miento.

Debería llamar a seguridad y hacer que echen a esta mujer. Debería ignorar todo lo que acusa a Daphne de hacer porque es una estratagema obvia para ponerme en contra de la madre de mi hija.

Pero, mientras hojeo el primer periódico, luego el siguiente…

La evidencia aquí es condenatoria.

Daphne *Hamish* en un artículo de noticias, de pie con sus padres.

Daphne y sus padres, junto con Brittany y sus padres, todos sonriendo juntos en una función escolar.

Expedientes escolares, completos con copias de sus tarjetas de identificación de estudiante.

Un registro de cambio de nombre de la oficina del registrador del condado. De Hamish a Covington.

—Se cambió el nombre después del escándalo con Melanie —Brittany suspira y se apoya en una de las sillas—. Pensé que solo quería distanciarse de ellos, pero…

—Pero *nada*. Esto no significa nada.

Brittany resopla. —¿Hablas en serio? Pasha, ¡claramente te está usando! ¡*Ellos* te están usando! ¡Se lo hacen a todo el mundo! ¿Por qué crees que insiste tanto en quedarse con el bebé?

No quiero creer nada de esto. No lo haré.

—Estás hablando de mi hija. Cuidado.

Levanta las manos y asiente en señal de rendición. —Tienes razón. Y puedo decir honestamente que Daphne probablemente te esté diciendo la verdad, que eres el padre.

—Deja de hablar, Brittany.

—Me he estado acostando con su novio —admite sin pudor—. Su ex, quiero decir. No estoy orgullosa de ello, pero es por eso que sé que él definitivamente *no* es el padre. Y Daphne siempre fue demasiado leal para su propio bien.

—Entonces, ¿cuál es el punto de todo esto? Ella es una mujer mucho mejor que tú. Eso no es una sorpresa.

Sé que he dado en el clavo al decir eso. Lo tiene escrito en toda la cara. Brittany Cleary puede pensar que está ganando terreno fingiendo que se ha reformado, añadiendo pequeñas verdades aquí y allá, pero se olvida de a quién le está hablando.

Veo a través de ella.

Se cruza de brazos y me mira fijamente. —¿No te parece que es demasiada coincidencia? ¿Todos tus problemas con este contrato del gobierno empezaron justo cuando te enteraste de que estaba embarazada?

Permanezco en silencio. No le daré la satisfacción.

—Apuesto a que también han estado sucediendo otras cosas. Enfrentamientos con sus padres. Envíos retrasados, personal cambiando repentinamente sin previo aviso. Todo desde que te enteraste de lo de tu bebé. Probablemente se intensificó una vez que se mudó. ¿Estoy en lo cierto?

Una vez más, me niego a responderle.

Pero joder, tal vez debería hacerlo.

Porque está en lo cierto. Trayendo esa sensación de inquietud que me ha estado molestando al primer plano.

Mis pensamientos deben ser un poco demasiado transparentes, porque ella sonríe. —Tengo

razón, ¿no? Quiero decir, no es tu culpa, y puede que ni siquiera sea de ella. Sus padres saben cómo manipular a la gente para conseguir lo que quieren. Ella es su niña buena, que hará lo que sea para hacer felices a Mami y Papi.

—Suficiente —agarro mi teléfono y le envío un mensaje de texto a Mak y Sofi—. Todavía no has respondido a mi pregunta. Hemos terminado aquí.

—¡Está intentando volver con Conrad! —la voz de Brittany se quiebra. Lágrimas brotan—. Acabo de enterarme y… ¡y no puedo dejar que siga haciéndole esto a la gente!

—Acabas de decir que es leal.

—¡Lo es! A su *familia*. Si le dicen que se case con Conrad, lo hará. Si le dicen que se mude contigo, lo hará. Han estado intentando reorganizar su boda con su familia todo este tiempo, pero pensé que él los rechazaría —ella sorbe—. No lo hizo.

Me alegro mucho de que mi hermano y mi hermana no me hagan esperar. Ya he tenido suficiente de los cambios de humor demenciales de esta mujer.

En el momento en que la puerta se abre de golpe, señalo con la barbilla a Brittany. —Sácala de aquí. Asegúrate de que seguridad sepa que la arrestarán si vuelve a aparecer por aquí.

—No hay problema —Sofi agarra el brazo de Brittany y la arrastra hacia la puerta. Cuando la mujer intenta protestar y alejarse, Sofi coloca ambos brazos detrás de su espalda y le ata las muñecas con bridas—. Muévete otra vez y haré que esto sea extremadamente incómodo para ti.

Mak y yo las observamos entrar en el ascensor. Él espera hasta que se cierran las puertas antes de volverse hacia mí. —Entonces, ¿qué nos perdimos?

Ni siquiera sé por dónde empezar. No puedo… no *quiero*… creer nada de esto.

Entonces, ¿por qué diablos me molesta tanto?

Me dirijo al bar. Necesito una maldita bebida. —Parece que tenemos motivos para creer que Daphne ha estado guardando secretos. Como el hecho de que es una Hamish.

—Espera… ¿como Stewart Hamish? ¿Su hija? —el rostro de Mak palidece al asimilarlo—. Ah… mierda. Su hermana. *Su hermana.*

Asiento. Miro el hielo en el balde. Ojalá pudiera hundir la cabeza en él. —Daphne Covington es Daphne Hamish, la hermana de Melanie Hamish. Se cambió el nombre.

—Tengo que decir que no la culpo. Esa familia es un desastre —se desploma en el sofá—. Ay, Dios mío. Ahora todo tiene mucho sentido —mirándome mientras se acaricia la barbilla, añade —: Mamá estaba mencionando los problemas familiares de Daphne. No conozco los detalles, pero parece que Daphne los repudió públicamente el otro día.

Soy propenso a creerle a alguien que no es Brittany Cleary por encima de… bueno, Brittany Cleary. Y, si Mamá tiene información que aclare el punto de vista de Daphne, mejor aún.

Pero no todo se puede ignorar.

—Brittany dijo que Daphne está tratando de volver con Ewing.

Mak resopla tan fuerte que se le sale la saliva. —Ay, vamos. ¿De verdad lo crees?

Suspiro y bebo un sorbo de bourbon. —No. No lo creo.

—Bien. Porque, si bien no conozco los detalles sobre el asunto de la desheredación, tengo el informe de Dominik que detalla cómo apuñaló a Ewing en su mano sana con un tenedor de ensalada. Dos veces. Incluso tengo las imágenes de la cámara de seguridad para probarlo.

—¿Me estás contando esto ahora?

Mak pone los ojos en blanco. —¿Hubo un mejor momento para hacerlo?

No. Realmente no lo hubo. He estado tan ocupado asegurándome de que todo esté meticulosamente organizado para la llegada de mi niña. Se me han escapado cosas.

—Consígueme todo lo que puedas sobre Daphne Hamish. No dejes ninguna piedra sin mover. Para cuando terminemos, debería saber la canción de su primer recital de baile.

De repente, me alegro mucho de que Daphne haya querido visitar a Hazel hoy.

Hará que sea más fácil confrontarla.

~

POR UNA VEZ, me gustaría abrir una puerta y ver a alguien o algo que realmente *quiero* ver.

Hoy no es ese día.

Porque, cuando abro la puerta del complejo de apartamentos de Hazel Ryan, ¿a quién veo en el pasillo?

Sidney Conrad Ewing…

Acorralando a Daphne Hamish contra la pared con su cara en su cuello.

Ella tenía razón, es todo lo que puedo pensar. *Esa perra loca, Brittany, tenía razón.*

Mi esposa está intentando apuñalarme por la espalda.

DAPHNE

Todo sucede tan rápido. Ni siquiera recuerdo cómo llegué aquí; solo sé que Conrad está sobre mí, respirando, gruñendo, rechinando.

Entonces, la puerta se abre. Un olor familiar. Ese innegable nudo en el estómago.

Miro hacia arriba y lo veo y grito—: ¡Pasha! ¡Gracias a Dios! ¡Quítamelo de encima!

El rostro de Pasha es una máscara de cosas que no sé interpretar. Pero, ahora mismo, lo único que importa es que agarra a Conrad por la nuca y lo arroja a un lado como a un muñeco de trapo.

Una ráfaga de puñetazos. Conrad se derrumba.

Intento respirar, intento hablar, pero nada sale bien. Llorar es lo único para lo que soy buena en este momento. —Me siguió hasta aquí. Se coló… Intenté detenerlo…

—¿Dónde está Hazel? —gruñe Pasha.

—Su familia… alguien resultó herido. No sé dónde. Yo solo… —toco la puerta del departamento para mantener el equilibrio, porque todo el piso se siente como un océano agitado en este momento—. Acabo de alimentar a su gato. Traté de irme…

—¿Te lastimó?

Hipo y sacudo la cabeza. —Iba a… pero tú… tú…

—Vámonos.

Su voz es tan áspera. Fría y crujiente. Su mano en mi codo también.

Todo sucedió tan rápido.

~

PASHA NO DICE una palabra durante todo el viaje a casa.

Por una vez, estoy bien con su silencio. Estoy aliviada de que esté aquí. Y de que haya aparecido a tiempo para evitar que Conrad haga lo impensable.

Le dije a Pasha la verdad. Al menos, lo más que pude decir entre mis respiraciones temblorosas.

La familia de Hazel tuvo una emergencia repentina, así que prometí jugar con su gato y darle algo de comida antes de irme a casa.

Estaba a punto de salir, a punto de enviarle un mensaje de texto a Viktor para que me recogiera en el café de la esquina para poder comprar un pastel, cuando Conrad apareció de la nada. Me estrelló contra la pared, metió la rodilla entre mis piernas y me mordió con fuerza el cuello para que dejara de luchar contra él.

Está completamente loco. Estoy segura. No sé qué le pasó, pero algo se rompió.

Así que, sí… prefiero soportar el silencio de Pasha que el comportamiento psicótico de Conrad.

Aparcamos en el garaje, pero Pasha no se mueve para salir de inmediato. Tampoco me mira. —Sé la respuesta —retumba—, pero necesito oírla de ti. ¿Alguna vez me has engañado?

—Nunca.

Pasha asiente. —Bien.

Eso es todo lo que dice entre el auto y el ático. Tampoco me toca. No como suele hacer, para ayudarme a levantarme o guiarme a través del edificio de forma segura.

No llores. No llores. No es tu culpa. No está enojado contigo personalmente; es solo la situación.

Cuando entramos a nuestra casa, me sorprende ver a Mak, Sofi y Asya allí.

Todos muy, muy serios.

Se me cae el corazón al estómago. Algo anda mal.

—Daphne, querida, ¿por qué no vienes a sentarte? —Asya da una palmadita en el sofá que está a su lado.

No pregunto qué pasa. Cuando veo la carpeta de archivos en la mesa de café, ya lo sé.

Sofi la abre, con el rostro helado, y lee—: Daphne Hamish. Hija primogénita de Stewart y Ophelia Hamish, nacida el 14 de mayo. Está todo aquí.

Tengo demasiado miedo de mirar a cualquiera de ellos. Y menos a Pasha. Es el que está más lejos de mí, con los brazos cruzados y una mirada horrible grabada en su rostro. La única mirada que me arriesgo a lanzar en su dirección me hace sentir náuseas.

—Yo… iba a decírtelo —susurro.

—¿Cuándo?

Intento no estremecerme ante la frialdad de su voz. —Tantas veces. Desde el principio. Yo solo…

Asya me frota la espalda. —Está bien, *solnyshka*. Tómate tu tiempo.

Me abrazo la barriga e intento concentrarme. —Los odio. Nunca quise decirlo en voz alta. Suena tan horrible. Pero los odio. Odiaba ser… No quería ser uno de ellos —las lágrimas ahogan mis

palabras—. No quería que me odiaras.

Sofi suspira mientras se sienta a mi lado. Para mi sorpresa, toma mi mano entre las suyas y me da un suave apretón. —Aparte de tu apellido, ¿hay algo más?

—¡No! No —digo bruscamente, sacudiendo la cabeza furiosamente—. No, nunca mentí. Les hablé de mi hermana, y de mi trabajo, y de mi ex, y…

—Y de tus padres —Asya me toma la otra mano—. Está diciendo la verdad, Pasha. Lo único que se guardó fue su nombre. Su *antiguo* nombre.

—Que tus padres… quiero decir, los Hamish… no ocultaron tan bien como pensaban —Sofi toma el archivo y me lo entrega—. Mi mejor hacker tardó menos de cinco minutos en sacar todo esto. Honestamente, eso me cabrea un poco. Deberían haberte protegido.

—¿Por qué?

Todos miran a Pasha. No parece tan enfurecido como antes, pero todavía me mira fijamente con ira.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué ocultaste todo esto?

Sofi se enfurece. Asya respira hondo. Mak parece querer golpear a su hermano. Incluso ahora, sentir que esta familia me envuelve es… No tengo palabras.

Estoy a salvo. Soy amada. Puedo decirle la verdad, sabiendo que hay alguien aquí para apoyarme.

—Hiciste todo lo que pudiste para arruinar a mi hermana —no hay veneno en mi voz. Solo dolor —. No sé qué te hicieron mis padres, y estoy segura de que fue algo horrible. Pero no los perseguiste a ellos; perseguiste a mi hermana. Ni siquiera la conocías, y sin embargo la usaste para lastimarlos.

Pasha se mueve de un lado a otro.

Por fin siento algo de coraje, suficiente para mirarlo a los ojos. —¿Qué me habrías hecho a *mí*? ¿A mi bebé?

Siento que Asya me envuelve con sus brazos. Sofi también.

Finalmente, Pasha se aclara la garganta. —Necesito un poco de aire.

Consigo mantener la calma hasta que el sonido de la puerta cerrándose detrás de él llega a mis oídos. Ahí es cuando las compuertas se abren.

Mak suspira y se agacha para sentarse en la mesa de café. Con su madre y su hermana envueltas a mi alrededor, solo tiene mi cabeza para acariciar. —Te creemos, Daphne. Creo que eso es unánime aquí, ¿verdad?

Sofi y Asya murmuran sus acuerdos.

—Pasha solo… necesita algo de tiempo. Tiene un temperamento de mil millas de largo, pero un impulso para controlarlo aún más. No te dejará; te está protegiendo de sí mismo.

—Sé que no te gusta el silencio —agrega Sofi—, y ahora, definitivamente entendemos por qué. Solo creo que no hay mucho que podamos hacer para evitarlo esta vez.

Asiento y sorbo por la nariz. —Lo sé. Me las arreglaré.



NECESITO ESTIRAR LAS PIERNAS. Cuanto más se acerca la fecha del parto, más pesada me siento y me dan calambres en las pantorrillas.

Me siento demasiado agotada para hacer otra cosa que no sea mirar el correo.

Mak y Sofi insisten en acompañarme mientras Asya empieza a preparar la cena.

—Por cierto —dice Sofi una vez que estamos en el ascensor—, vi las imágenes de seguridad del restaurante. Estoy tan jodidamente orgullosa de ti.

—Y un poquito asustado —añade Mak. Me guiña el ojo—. Ya verás. Te tendremos interrogando en un santiamén.

Esbozo una sonrisa débil.

Luego, el ascensor se abre y esa sonrisa muere de una forma desagradable.

—Vaya, vaya. Qué momento tan perfecto.

Se me hiela la sangre. Justo cuando pensé que las cosas no podían empeorar, tiene que aparecer *ella*.

—Estaba subiendo para darte el pésame —Brittany me dedica su sonrisa maliciosa—. Gracias por ahorrarme el viaje.

—No puedes estar aquí —le espeta Sofi.

—Puedo, y lo estoy —Brittany se burla y la mira de arriba abajo—. Esta no es tu torre corporativa. No tienes nada que decir aquí.

—¿Qué demonios quieres? —digo con voz ronca. —Obviamente, quieres algo. Tú estás aquí, yo estoy aquí, así que escúpelo.

Ella sonríe. —Ay, NeNe, últimamente estás muy susceptible. Cálmate. Solo estoy aquí porque quiero asegurarme de que sepas que fui yo —da un paso más cerca y baja la voz hasta convertirse en un tono áspero y peligroso—. Quiero ver tu cara cuando te des cuenta de que fui *yo* quien arruinó tu pequeño y perfecto final feliz. Igual que tú siempre arruinaste el mío. Perra.

La miro.

Suelto el correo.

Luego, le golpeo la nariz con el puño.

Brittany Cleary grita como una loca y se derrumba contra la pared. La sangre brota de sus dedos, se derrama sobre su camisa y gotea al suelo.

Bueno… mierda.

Creo que le rompí la nariz.

—¡Que alguien me ayude! —grita a todo pulmón—. ¡Me están atacando!

—Cállate la boca —Mak le hace una señal al portero, que se apresura a llamar a las autoridades —. La has estado acosando y acabas de admitir que la acechaste. Tienes suerte de que no le dé algunos cubiertos.

Incluso en medio de todo este horrible caos, eso hace que se forme una pequeña burbuja de risa en mi pecho. Cuando lo miro, sonríe, me guiña el ojo y dice algo que parece decir: *Todo va a estar bien.*

—¡Te voy a demandar! —Brittany lanza una mano ensangrentada—. ¡Te voy a demandar, maldita sea!

—Lo único que vas a hacer es alejarte de mí —me arrodillo cerca, solo para que pueda ver mi rostro con claridad—. Aléjate de mí y de mi familia. La próxima vez que te vea, te romperé algo más que la nariz. Tengo gente que me ayudará felizmente a enterrar lo que queda de ti. No. Jodas. Con. Nosotros.

Brittany hierve a través de la sangre. En sus ojos, ella siempre es la víctima. En sus ojos, ella nunca puede hacer nada malo.

En realidad, no me importa lo que piense… siempre y cuando mantenga sus manos alejadas de mí y de los míos.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, asiente. Espero hasta que su cuerpo se desplome en señal de rendición antes de dar marcha atrás.

Pero no le doy la espalda. No confío en que no cambie de opinión de repente y se vuelva loca conmigo.

Mak agarra el correo y me rodea los hombros con el brazo mientras salimos de la habitación. Sofi mantiene los ojos pegados a Brittany hasta que doblamos la esquina.

—La policía está en camino —el guardia de seguridad detrás del mostrador de recepción cubre el auricular para avisarme—. Es posible que necesitemos que vuelvas y prestes declaración.

Sofi se vuelve hacia el guardia con el ceño fruncido. —Esa mujer la ha estado acosando y acechando durante meses. Les proporcionaremos todas las pruebas que necesiten si la arrestan.

Estoy muy agradecida por ellos. Por mi familia. Mi *nueva* familia.

—Pasha estaría muy orgulloso de ti —comenta Mak en voz baja cuando el ascensor se cierra.

Le creo. De verdad.

Quizás es por eso que me pongo a llorar.

PASHA

Nada está saliendo como lo había planeado.

La verdad es que nada ha salido como lo había planeado desde la noche en que decidí que comprar la obra de arte de algún maldito fracasado me daría lo que quería.

¿Conseguí la obra? En cierto modo, sí.

¿Me *quedé* con la obra? No.

¿Conseguí el contrato? No.

¿Es porque dejé que mi polla se apoderó de mi cerebro?

…Posiblemente.

He querido culpar de todo lo que ha pasado… o no pasado… a mi incapacidad para ignorar una cara bonita. Eso sería fácil. Sería algo que podría justificar.

Pero sería una mentira.

Mis planes literalmente se desvanecieron cuando vi su cara. Cuando la sentí cerca de mí.

Cuando me robó el aliento… y todo lo que soy… con un solo maldito beso.

Ahora, nuestra hija nacerá en cualquier momento, y duermo (y bebo) todos los días en la oficina corporativa. Hace años, la adapté para pasar la noche temporalmente por si algo pasaba con el trabajo y me quedaba aquí. Nunca imaginé que me quedaría aquí porque estoy tratando de *evitar* volver a casa.

Cobarde.

No ha sido fácil. No quiero nada más que correr a casa, tomar a Daphne en mis brazos, sentir las fuertes patadas y movimientos de nuestra hija no nacida y olvidar que algo estuvo mal.

Pero el camino fácil nunca ha sido mi camino.

Tengo que ver hasta dónde y hasta qué punto la mano de Daphne se extendió en mi compañía. En mi Bratva. Ha estado en este edificio, ha hecho aliados aquí y con sus guardias… Vive conmigo, por el amor de Dios. Es una mujer extremadamente inteligente, que podría deshacerme con unos pocos clics y los oídos adecuados dispuestos a escuchar cualquier mentira que les

dijera.

Su padre lo hizo conmigo. ¿Qué tan lejos cae la manzana del árbol?

Ella te dijo la verdad.

Hasta ahora, la investigación lo ha revelado. La única mentira descubierta de Daphne hasta la fecha fue la omisión de su nombre de nacimiento y los nombres de sus padres.

Mamá parece creer las afirmaciones de Daphne. Joder, *yo* quiero creerle a Daphne.

Pero tragarme mentiras convenientes tampoco es mi camino.

No puedo dejar que mis sentimientos me hagan vulnerable. No puedo dejar que mis propios deseos destruyan todo lo que tengo. A todos los que son de mi responsabilidad.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez cuál es la definición de locura?

Levanto la mirada entrecerrada de los papeles que tengo delante y miro a mi hermana. Ella me mira fijamente, con una ceja levantada y los brazos cruzados mientras se recuesta en su silla.

—Ten cuidado —le advierto.

Sofi sacude la cabeza. —Esta vez no, hermano mayor. Las puertas están cerradas, la mayoría de tus empleados se han ido a casa y, por lo que parece aquí… —escudriña la oficina y frunce la nariz al ver el futón arrugado y sin hacer en una esquina—. Está claro que este se ha convertido en tu hogar temporal. Así que invoco las reglas de la casa.

—Vale —vuelvo a centrarme en los informes—. Haz lo que quieras.

—"Hacer lo mismo una y otra vez, esperando resultados diferentes". Esa es la definición de locura —tamborilea con los dedos en el brazo de la silla—. Recuérdame de nuevo, ¿cuántas auditorías has hecho?

—Esta es la tercera.

—Claro.

—Voy a pedir una cuarta.

—Patrañas.

La miro con una ceja enarcada. —¿Disculpa?

—Si crees que malgastar el tiempo y el papel de la gente te dará un resultado diferente, entonces, por todos los medios, haz una auditoría. Pero te digo que no es así. Si no lo ha hecho ya, nunca lo hará.

—Tengo que estar seguro.

—¿De qué? ¿De que ella te ama? ¿De que nunca te traicionaría? —Sofi pone los ojos en blanco —. Lo sabrías si fueras a casa. Si, ya sabes, *hablaras* con ella.

—No puedo hacer eso —cierro la carpeta de archivos.

—¿Porque…?

—Porque no es asunto tuyo.

—Ah, no. No, no, no. Es porque estás dejando que una perra celosa y patética se interponga entre tú y tu felicidad. Y está *funcionando* —Sofi se inclina hacia delante y señala con el dedo el escritorio que tengo delante—. Esa es la parte triste, Pasha. De todas las cosas que podrían pasar, que han pasado en tu vida… ¿*esto* es lo que te sacude?

Quiero tanto tener un contraargumento válido.

Pero ella es mi hermana. Ella ha estado ahí, en todo, en nuestras vidas enteras.

Y tiene razón.

—Por esto nunca quise casarme —digo con voz áspera—. Exactamente por esto.

—¿Cómo te atreves a sentir algo por una mujer increíblemente hermosa que está a punto de dar a luz a quien obviamente será tu hija increíblemente hermosa? ¿Cómo pudiste? ¡Qué audacia!

Apretando los dientes, hago rodar mi silla de escritorio hasta el bar y saco los suministros. Tal vez, si bebo hasta el olvido, pueda dormir bien por una vez. No es que no lo haya intentado durante varias noches seguidas.

Locura, chirría una molesta voz en mi cabeza. *La propia definición.*

—No soy el único que la quiere —grazno en voz alta—. ¿O lo olvidaste?

Sofi resopla. —No soy yo quien tiene mala memoria aquí, amigo. La mitad de la población masculina quiere a Daphne. Eres tú el que olvida cosas esenciales, como que ella te eligió a *ti* por encima de todos ellos.

—¿Lo hizo?

—*Sé* que no te estás refiriendo a Ewing.

—Tal vez sí —le sirvo un trago de vermut. Me sirvo un trago de… básicamente todo—. ¿Y qué?

—¿Estás ciego, conmocionado, o simplemente eres estúpido? Ese hombre es un depredador. Lo que viste en el pasillo debe ser al menos su tercer intento de agredirla. *Agresión*, Pasha —ella acepta el vaso cuando se lo doy, pero su mirada sigue siendo igual de hosca—. Hasta *tú* conoces la diferencia.

Suspiro y me froto las sienes. —Lo sé. Lo sé. Joder, lo *sé*… e igual no puedo superar lo furioso que me puse cuando los encontré así —bebo el trago ardiente de un solo golpe—. Cada vez que lo pienso, simplemente… —mi puño se cierra sobre el escritorio.

—Entonces, deja de pensar en ello. Tienes mucha mierda real en tu plato que necesita tu atención.

Tiene razón. Sé que tiene razón. —Tenemos un camino muy largo por delante para limpiar el desastre de Hamish si queremos conseguir ese contrato…

—¡No estoy hablando del maldito contrato, maldita sea!

La mano de Sofi golpea mi escritorio y de hecho logra hacerme dar un salto hacia atrás de la sorpresa.

Cierra esa misma mano en un puño, y luego me señala la cara con el dedo. —Nadie puede dirigir su compañía o su Bratva si su casa no está en orden. Y, ahora mismo, tu casa es un completo desastre. Límpiala. Arréglala.

—¿Qué quieres que haga?

—Para empezar, deja de correr. Deja de esconderte —me mira de arriba abajo, con desdén creciendo en su rostro—. Deja de *mentir*.

—¿Mentir?

No sé de qué está hablando… pero algo en mis entrañas ya me duele por la acusación.

—Le dijiste a Daphne que estarías ahí para todo. Para cada momento. En cada dificultad —suspira y me da esa mirada otra vez—. A la primera señal de problemas, metiste la cola entre las piernas y saliste corriendo.

Ese doloroso sentimiento se extiende. Creo que algunas personas lo llaman *culpa*. Yo lo desprecio. —Yo no…

—Sí, lo hiciste, maldita sea. Llámalo como quieras; nada cambia lo que es.

No tengo nada que decir en mi defensa. No estoy seguro de que haya algo que *pueda* decirse para justificar el hecho de que prefiero dormir en un futón que al lado de la madre de mi hija. La mujer que dije que amaba.

La mujer que juré que nunca dejaría.

Sofiya sacude la cabeza de nuevo y agarra su bolso. Parece que quiere decir algo más, pero decide no hacerlo y sale de mi oficina con un sollozo altivo. Considerando que la jornada laboral no ha terminado por completo, probablemente bajará a su propia oficina y se ocupará de algunas cosas, dándome algo de tiempo para pensar en algo más que podría necesitar para sondearla.

O puedo simplemente aceptar mis errores y aceptar cuando me equivoco.

No. Eso es debilidad. Yo nunca me equivoco.

Mis pensamientos me hacen sentir vergüenza al instante. Estoy tan acostumbrado a pensar así, a actuar así, que me resulta difícil señalar qué es lo que está mal en tener siempre razón.

A menos que esté relacionado con mi cobardía. Porque Sofi tiene razón… metí la cola firmemente entre las piernas y salí corriendo de mis problemas. De Daphne.

Igual que el buen Padre del Año, Kostya Chekhov.

Él nunca se equivocaba. *Él* era el punto más alto del poder y nadie se atrevía a desafiarlo.

Cuando lo hacían, les daba una paliza.

Jamás en un millón de años levantaré la mano contra Daphne. O contra nuestra hija. O contra cualquier mujer, de hecho, incluso si se llaman Brittany Cleary y están tratando de joder todo lo

bueno de mi vida.

Entonces, ¿por qué diablos me estoy escondiendo?

¿Por qué me permito actuar como mi padre?

Dejo caer la cabeza hasta que mi frente golpea el escritorio. No sé cuánto tiempo me quedo aquí así; es catártico estar en la oscuridad y en el silencio por un rato.

Voy a arreglar esto.

Porque la amo.

La *amo*, joder.

Nadie puede robarme eso. Ni sus padres, ni su nombre abandonado, ni un aspirante a artista o su pseudo-prometida psicópata.

Empujo mi silla hacia atrás, agarro mis cosas y corro hacia la puerta, con la cabeza dando vueltas. De camino a casa, cogeré un ramo de flores. Tal vez algunas joyas. No soy un hombre acostumbrado a disculparse, pero tengo que empezar por algún lado.

Voy a arreglar esto.

Vamos a estar bien.

Respiro hondo mientras tomo el ascensor *porqueestanjodidamentelento* hasta el piso principal. —Vamos, hijo de puta, ve más rápido, ve…

Las puertas se abren y un enjambre de policías llena el vestíbulo.

Las armas me apuntan desde todas las direcciones. Las voces me gritan que me agache, que levante las manos, que deje caer lo que esté cargando. Los oficiales del edificio en el mostrador de seguridad parecen completamente sorprendidos.

Yo también lo estoy.

Tanto que casi me olvido del botón de alarma de seguridad programado en mi llavero.

Sin decir una palabra, levanto lentamente mis manos con un gesto de confirmación para que sepan que no estoy armado, que no voy a hacer ningún movimiento rápido contra ellos, que entiendo las órdenes. Mi abrigo está colgado sobre un brazo y mis llaves ya estaban agarradas en mi mano antes de que se abriera el ascensor, así que tengo que hacer lo que sea necesario para no recibir un disparo accidental.

Mantengo mis manos abiertas, solo sosteniendo las llaves en mi palma con mi pulgar. Tienen que ver que no es un arma.

No verán que he presionado el botón para alertar a Mak y Sofi sobre su presencia.

Un hombre con un traje de negocios sin entallar da un paso adelante con un par de esposas en la mano. —Pasha Chekhov, está bajo arresto por violaciones en tráfico de armas, crimen organizado y lavado de dinero. Tiene derecho a permanecer en silencio. Todo lo que diga puede y será usado en su contra en un tribunal de justicia…

Me quitan las llaves y el abrigo. Me ponen los brazos a la espalda y me esposan y me arrastran hacia afuera, hacia una patrulla que me espera.

Mantengo mi silencio, incluso mientras se burlan, amenazan e intentan incitarme a hablar. Para cuando lleguemos a la estación, mi teléfono estará completamente borrado. Mak y Sofi ya estarán reuniendo a nuestro equipo legal y preparándose para reunirse conmigo allí.

—Te hemos estado vigilando durante un tiempo —comenta uno de los oficiales mientras nos alejamos del edificio—. Esto debería ser interesante.

Debería ser rápido, también. No me importa qué suciedad crean que tienen… no será suficiente para retenerme.

Tengo que llegar a casa con Daphne.

DAPHNE

No sé qué más hacer. Lo he intentado todo.

He intentado llamarlo. Enviarle mensajes de texto. Videochat. Correo electrónico. Incluso busqué en Google “paloma mensajera”.

Pasha no quiere saber nada más de mí.

Sofi ha estado escuchando, pero no sabe qué está haciendo Pasha, ni por qué me está ignorando. Mak es igual; incluso me llevó a comprar batidos solo para ayudarme a salir de casa un rato. Asya me visita todos los días para asegurarse de que coma. Estoy bastante segura de que, si no lo hiciera, no comería en absoluto.

El jueves fue la gota que colmó el vaso. Le pedí a Viktor que me llevara a la oficina, pensando que tal vez era hora de enfrentar a Pasha en persona. Llegamos, me acompañó hasta el edificio y nos detuvo la seguridad.

—Disculpa, señora… no está autorizada para entrar.

Se me cayó el corazón en el estómago. —¿Estás seguro? Soy Daphne Covington, la novia de Pasha —apoyé una mano sobre mi vientre hinchado, por si acaso.

El guardia asintió solemnemente—. Estoy seguro. Lo siento, pero no podemos dejarte pasar.

Ni siquiera a Viktor le gustó este giro. Frunció el ceño, dio un paso adelante y apoyó una mano en lo que espero que fuera su billetera en el bolsillo trasero. —¿Escuchaste lo que dijo? —al ver el asentimiento del guardia, miró con más dureza—. Me reconoces, ¿verdad? Entonces, ¿cuál es el problema?

El guardia señaló la computadora. —El problema es que a la Srta. Covington no se le permite entrar. Sé quién eres y sé que eres uno de los empleados del Sr. Chekhov, pero yo también lo soy. Lo mejor que puedo hacer es consultar esto con el jefe de seguridad cuando venga esta tarde. Pero, ahora mismo, lo siento. Tu nombre ha sido eliminado de la lista de aprobaciones.

La mano de Viktor sobre mi hombro evitó que me desplomara sobre el suelo de mármol. Lo oí murmurar algo en ruso en voz baja mientras nos daba la vuelta y me llevaba de vuelta al auto.

No dijo nada más. No hasta que llegamos a una ventanilla de despacho de helados y me pidió mi sundae favorito de triple chocolate.

No sé si el hecho de que mis guardias todavía me flanqueen todos los días es una señal de que Pasha simplemente está pensando en las cosas, o si los cuatro han decidido vigilarme por mi bebé.

De cualquier manera, estoy agradecida por su presencia constante.

Y probablemente necesitaré al menos a uno de ellos conmigo para mi viaje por carretera.

—¿Estás segura de que quieres conducir? —me pregunta Melanie por el altavoz del teléfono—. Son como cinco horas desde aquí. Eso es mucho tiempo con tu bebé. Y vejiga.

—Estoy demasiado embarazada para volar —suspiro y arrojo otra pila de blusas túnicas dobladas en la maleta que tengo abierta en la cama—. Haré muchas paradas, lo prometo.

—¿Tienes un plan B? En caso de que, ya sabes, mi sobrina decida debutar mientras estás aquí.

Siento una pequeña sonrisa en mi rostro. —Estoy segura de que estaremos bien. La bebé no nacerá hasta dentro de dos o tres semanas como máximo, y no planeo quedarme más tiempo del debido.

Mel resopla. —Sí, claro. Sabes que siempre eres bienvenida aquí. Sin límites —su voz se suaviza —. Lamento que las cosas no estén saliendo como querías, cariño. Te mereces algo mucho mejor.

—Estoy esperando… *rezando*… que esto sea solo un contratiempo, un malentendido o algo así —trago saliva con fuerza antes de ahogarme de nuevo—. No puede terminar así como así. Él no me haría eso a mí. Ni a nuestra bebé.

Coloco una mano reconfortante sobre mi estómago, esperando que mi hija pueda sentirme aquí. Ha estado nerviosa, pateando y dando vueltas más desde que su padre se fue.

¿Puede sentir su ausencia?

¿Puede sentir mi dolor?

—Si lo hace, es un gilipollas. Un idiota estúpido gilipollas —suspira Melanie—. Y no te merece. Quiero decir, nunca te mereció, pero… Si ese hombre permite que una omisión singular destruya todo entre ustedes dos, tómalo como una victoria. No es digno de tu tiempo ni de tus lágrimas si es *tan* delicado.

Suspiro como ella. Ojalá fuera así de fácil. Ojalá pudiera sacudirme esta sensación de que no hemos terminado… e incluso si así fuera, no puedo dejar de amarlo.

E incluso si pudiera, con nuestra hija llegando a este mundo, nunca estaré verdaderamente separada de él.

No sé si puedo soportar ver a Pasha todo el tiempo y, sin embargo, no tener permitido tocarlo. Él prometió que siempre estaría allí para nuestra hija, en cada primera vez, en cada alto y bajo. No la abandonará.

Por otra parte, también prometió que estaría a mi lado sin importar lo que pasara.

—Me voy en unos minutos —le digo a mi hermana—. Llegaremos esta noche.

—¿“Llegaremos”?

—Mi chofer y yo. Él se va a alojar en un hotel cercano, así que no tienes que preocuparte por hospedarlo también.

—En este punto, Daph, no me importa lo que tengamos que hacer. Solo queremos que llegues a salvo.

—Gracias. Te mantendré informada.

Seré honesta… no sé qué empacar. Ropa, obviamente, y algunos artículos de tocador. Pero ¿necesito llevar más para una estadía más prolongada? ¿Debería empacar algunas cosas para la bebé?

¿Debería planificar un arreglo más prolongado? ¿Quizás uno más permanente?

Incluyo algunos pijamas para recién nacidos solo para estar tranquila. Luego, pañales, toallitas, mantas para recibir a la bebé…

Cuando termino, parece que hay más empacado para mi niña que para mí.

Cierro la cremallera de la maleta y la tiro al suelo. Es todo un reto mover mi cuerpo cuando tiene el tamaño de un dirigible, así que tengo cuidado de no aplastarme los dedos de los pies ni de lastimarme la espalda.

Pasha habría llevado esto por mí.

Las lágrimas me pican en los ojos al pensarlo y parpadeo para contenerlas. No puedo permitirme llorar. No ahora.

No cuando tengo que irme.

No le he dicho a Asya ni a la familia que me voy. No sé por qué. Tal vez tengo miedo de que informen a Pasha y él solo venga a por mí por un pánico fuera de lugar en lugar de un deseo genuino de arreglar las cosas entre nosotros.

Tal vez simplemente no quiero que nadie intente detenerme.

Dejo una nota en la isla de la cocina para quien la encuentre primero. Si tienen alguna pregunta de seguimiento, saben cómo enviarme un mensaje de texto.

Echo una mirada más al ático con nostalgia cuando llego a la puerta principal. La cordura exige que me concentre en que este es solo un viaje temporal; solo voy a visitar a mi hermana y a su familia como unas mini vacaciones antes de convertirme oficialmente en madre.

La realidad me susurra que esta podría ser la última vez que llame a este lugar “hogar”.

Ivan me espera en el vestíbulo de abajo. Es uno de los choferes dedicados de Pasha que normalmente lo lleva por la ciudad, pero, por alguna razón, estaba disponible hoy. Y ayer, cuando necesitaba hacer una compra. Por lo que parece, Pasha no ha salido de su edificio de oficinas en todo este tiempo.

Es así de terco. Lo creería.

—¿Tienes todo? —me pregunta Ivan antes de abrir la puerta del estacionamiento.

Hago una pausa. ¿Cómo es posible tener todo lo que necesito y, sin embargo, sentir que me voy sin nada en absoluto?

—Creo que sí.

Asiente una vez y toma mi maleta. No nos hablamos durante el camino hacia el auto ni cuando él me ayuda a subir. Respiro hondo, intentando calmar mi corazón acelerado mientras él carga y organiza nuestro equipaje en el maletero.

—El tráfico está bastante despejado ahora —dice una vez que se abrocha el cinturón—. Deberíamos estar en la autopista en un santiamén.

—¿Pasha se ha puesto en contacto contigo?

No sé por qué pregunto. Corrección: no sé por qué permito que la pequeña chispa de esperanza en mi corazón pregunte.

Ivan me mira a los ojos por el espejo retrovisor. Luego, sacude lentamente la cabeza. —Lo siento.

Asiento y contengo algunas lágrimas que amenazan con arruinar el poco maquillaje que me puse para mi llegada a casa de Mel.

Es así a cada momento, cada hora, durante el viaje a través de las fronteras estatales. Ni siquiera tengo que expresar la pregunta; nuestras miradas se cruzan cuando nos detenemos para estirarnos un poco e Ivan sabe lo que tengo demasiado miedo de preguntar.

Y, cada vez, me da el mismo pequeño movimiento de cabeza.

Cuando estamos a solo una hora de la casa de Melanie, no puedo contener las lágrimas.

Se acabó.

Hemos terminado.

Pasha ya debería estar en casa. *Alguien* debería haber pasado por el ático y avisarle de mi ausencia.

Si le importara, mi teléfono estaría a reventar de llamadas y mensajes de texto suyos.

Pero ha estado en silencio. Ni una palabra de él.

Ni de Mak, ni de Sofi, ni de Asya. ¿Lo saben? ¿También han terminado conmigo?

Intento evitar mirar a Ivan, pero alcanzo a ver su rostro en el espejo retrovisor. Sollozo sin control, intentando con todas mis fuerzas secarme las lágrimas que se niegan a dejar de fluir.

Parece preocupado. Preocupado y frustrado. No deja de mirar su teléfono, que no ha sonado en al menos tres horas.

Cuando estamos a media hora de nuestro destino, Ivan se coloca un auricular en la oreja y pulsa el botón. Murmura algo en ruso. Estoy en el punto en el que el llanto casi me duele la cabeza, así

que trato de calmarme con respiraciones profundas y entrecortadas.

Entonces, Ivan se congela y me mira en el espejo.

Algo idiota se enciende en mi interior. —¿Pasha? ¿Es él?

Sacude la cabeza y vuelve a la conversación que estaba teniendo. Es seria y agarra el volante con más fuerza.

Le están diciendo que se deshaga de mí. Lo sé.

Quizás no ahora, pero pronto. Me llevará a un lugar apartado y me dirá que patee piedras. Los Chekhov han terminado conmigo. No quieren volver a verme nunca más.

¿Por qué deberían hacerlo? Solo valgo el peso de mi hija no nacida.

Ay, Dios. Por favor, no dejes que me arrebaten a mi bebé…

El horrible pensamiento me lleva a una espiral más larga y profunda de sollozos y lágrimas.

Apenas me doy cuenta de que el auto entra en una entrada y se detiene. En algún lugar a lo lejos, una voz familiar grita mi nombre.

La puerta del pasajero se abre de golpe y estoy envuelta en los brazos de Melanie.

—Te tengo —susurra en mi cabello. Ella se estira para limpiarme las lágrimas de la cara—. Estás en casa, Daph. Estás a salvo. Te tenemos aquí.

Oigo a Jameson hablando con Ivan, pero no tengo ni idea de qué. No me importa. Estoy demasiado cansada, demasiado agotada, demasiado exhausta.

—Mi hotel está a solo tres cuadras de distancia —me dice Ivan antes de que me acompañen adentro—. Llámame si necesitas algo. Tu familia también tiene mi número.

Tanto Jameson como Melanie están de acuerdo. Parecen desconfiados, pero tienen la buena educación de agradecerle por traerme aquí sana y salva.

Solo estoy de visita. Esto es solo temporal.

Pero, cuando Ivan se va, mi corazón se hunde con el miedo de que el último salvavidas de mis esperanzas y sueños… de Pasha… esté oficialmente cortado.

PASHA

Tiro de las cadenas por centésima vez. —¿Es esto realmente necesario?

El oficial que me ha estado mirando fijamente durante una hora entera no responde.

Típico.

Llevo aquí lo que parece una eternidad, aunque el tiempo tiene poco significado aquí. No hay ventanas en esta habitación. La única forma de saber cuánto tiempo ha pasado es por el Rolex que llevo en la muñeca.

Por un lado, solo han pasado tres horas desde que me arrestaron.

Por otro lado, han pasado *tres malditas horas* desde que me arrastraron hasta aquí y me encadenaron a la mesa.

Por fin, *por fin*, la puerta se abre y entra alguien que parece estar a cargo.

—Sr. Chekhov —el hombre saca una silla y se sienta frente a mí en la mesa—. Soy el agente especial Aaron Smithson. Disculpas por la espera —frunce el ceño al ver las esposas que me rozan las muñecas. Luego, hace un gesto hacia ellas y mira al oficial que sigue de pie en la esquina—. ¿En serio?

El oficial suspira y se acerca torpemente para quitarme las esposas.

—Supongo, Sr. Chekhov, que no saltará sobre la mesa y me sacará los ojos ni nada parecido.

Finjo indiferencia. —Este traje es demasiado caro para mancharlo de sangre.

Smithson suelta una carcajada. —¡Demasiado caro! Gracioso. Muy gracioso. Ahora, Sr. Chekhov, vayamos al grano. Le han informado por qué está aquí, ¿no?

—Tendrá que recordármelo. Entre las luces cegadoras, las sirenas ruidosas y el ejército de desertores de la escuela secundaria que invadieron mi lugar de trabajo, todo es un poco confuso.

—Eso suena un poco exagerado, ¿no? —Smithson arruga la nariz mientras hojea el expediente que trajo a la mesa—. Aun así, creo que un hombre con tu experiencia puede entender la precaución, considerando las acusaciones contra ti —me mira a los ojos, muy serio—. El tráfico de armas no es algo que se pueda tomar a la ligera, ¿no le parece?

—No lo sabría.

—De verdad —hojea las páginas, mirándome un par de veces—. Entonces, ¿no tiene idea de por qué alguien lo acusaría de… veamos… contrabando, tráfico e intercambio ilegal de armas y municiones?

—Tengo muchas ideas de por qué alguien me *acusaría* de casi cualquier cosa. Se llama "competencia", agente Smithson…

—Agente *especial*.

Váyase a la mierda. —Agente *especial* Smithson. Tengo muchos competidores. Tengo muchos enemigos corporativos. Lo que no sé es por qué estás perdiendo tu tiempo y tus valiosos recursos creyéndoles.

Smithson resopla. —Entonces, ¿te sentarás aquí y me dirás que la montaña de evidencia que tengo en la mano no existe?

—Muéstrame la evidencia. Me encantaría verla.

Ambos sabemos que no tiene una mierda.

Intenta una táctica… arroja la bolsa de plástico de evidencia que contiene mi teléfono sobre la mesa. —Aquí hay una interesante: la cosa está completamente muerta. Ni siquiera nuestro equipo técnico pudo resucitarla.

Me muerdo una sonrisa orgullosa… Mak o Sofi hicieron exactamente lo que necesitaba que hicieran, justo a tiempo. —Necesito una actualización. Me ha estado dando problemas últimamente.

—Un hombre como tú no andaría por la ciudad sin un teléfono que funcione completamente.

—Un hombre como yo tiene mil cosas más en la cabeza. Además, tuve que despedir a mi asistente recientemente, y ella generalmente se encargaba de estas cosas.

Su frente toca la línea del cabello y hojea los papeles. —Ah, ¿sí? ¿Te importaría compartir qué salió mal?

—Simplemente no estaba alineada con la cultura de la empresa.

El repentino silencio entre nosotros es enloquecedor. *O me acusas de algo o me sacas de aquí, gilipollas.*

Ordena el papeleo… y, mientras lo hace, veo un fragmento de un nombre. La dirección de correo electrónico de un remitente. Uno que reconozco.

—Déjame adivinar —esbozo una pequeña sonrisa condescendiente—. Recibiste una llamada de Stewart Hamish, el expresidente de Chekhov Internacional, que te prometió la exclusiva de todo lo que sucede a puerta cerrada.

—Sabes que no puedo divulgar mis fuentes contigo —me devuelve la sonrisa—. Al menos, no hasta que te acusen y procesen.

—Lo cual no puedes hacer sin pruebas reales o una causa verificable. Apuesto a que ni siquiera

puedes conseguir una orden judicial para retenerme aquí —me río con lástima. Justo cuando creo que lo he oído y visto todo, un idiota como él entra bailando para darme más—. Todo lo que tienes es un ex empleado descontento, que odia el hecho de que su avaricia no me arruinó a mí ni a mi familia como lo hizo con la suya. Los cargos serios necesitan una base más sólida que el rencor, agente *especial* Smithson.

Cualquier vestigio de sonrisa burlona ha desaparecido de su rostro ahora. —Tenemos una orden para registrar toda tu propiedad, Chekhov. Nuestro equipo de ATF está ahí mientras hablamos.

—Adelante. Haz lo que quieras. Mientras tanto, estaré esperando a que llegue mi abogado.

—Entiendes…

—Abogado.

Smithson me mira con los ojos entrecerrados. —Te hemos estado vigilando durante meses. No creas que puedas huir y esconderte de esto.

Amplío mi sonrisa y susurro una vez más—: Abogado.

Lo repetiré hasta que mi cara esté azul y él esté rojo. Terminé de jugar a sus malditos juegos.

Se recuesta en su silla con un suspiro sufrido. —Vale. Hazlo a tu manera. No tienes que hablar, pero sí escuchar. El juego ha terminado. Has perdido. Como dije, te hemos estado vigilando durante meses, y déjame decirte que ha sido un viaje interesante…

Apenas me molesto en escuchar. Los hombres que creen que tienen mucho que demostrar tienden a no tener nada en absoluto. Todo es humo y espejos destinados a hacerme quebrar, para darme suficiente cuerda para ahorcarme.

En realidad, es Stewart Hamish quien se está atando su propia soga.

Sabía que tenía que ser alguien de dentro. La fachada pública de Chekhov Internacional es demasiado limpia para que alguien tenga lo suficiente para denunciarlo.

Pero ¿Hamish? En su día, él trabajaba con mi padre. Tenía información privilegiada sobre ambos ámbitos de los negocios, la corporación y la Bratva. El cobarde no podría manejar un arma ni para salvar su vida, pero sabía cómo mantener separados los ámbitos por si acaso.

Casi podría reírme de la ironía. Por si acaso sucediera *exactamente esto*.

¿Daphne está involucrada en esto? En el momento en que la pregunta entra en mi mente, se desmorona.

No lo haría.

Ella me ama.

Joder. *Daphne*. No podía saber que estaba tratando de volver a casa esta noche. Tratando de arreglar las cosas. Me duele el corazón al pensar en ella sola, en nuestra cama, probablemente llorando hasta quedarse dormida para otra noche solitaria.

La despertaré con un beso. Lo suficiente para que sienta que me acuesto a su lado. La rodearé con mis brazos y susurraré todas las disculpas que se me ocurran hasta quedarme dormido, un

escudo entre ella y el mundo.

—Estamos esperando.

Smithson hace una pausa a mitad de su discurso. —¿Disculpa?

—Mi esposa y yo. Estamos esperando nuestra primera hija. En realidad, nacerá en cualquier momento —trago saliva con fuerza. No es ningún esfuerzo fingir la emoción que obstruye mi garganta… porque no estoy fingiendo—. Necesito volver con ella. Ella me necesita.

Por un momento, casi parece que funciona. Casi parece que realmente lo está considerando.

Pero luego, se ríe entre dientes y sacude la cabeza. —Buen intento, Chekhov. No estás casado. Claro, te hemos visto con esa mujer embarazada, pero ¿quién es ella? ¿Cómo sabremos que no es tu asistente recientemente despedida?

Dos cosas pasan por mi mente al mismo tiempo:

1.Cuando tenga la oportunidad, le daré un puñetazo en la cara a este *mudak* hasta que se le caigan los dientes.

2.Él no sabe quién es Daphne. *Ellos* no saben quién es ella. Lo que significa que ella definitivamente no está involucrada en todo esto.

Me cruzo de brazos. Eso es todo lo que va a conseguir de mí. Si quiere otra palabra, empezará a jugar según *mis* reglas.

De lo contrario, el agente *especial* Smithson puede irse a la mierda.



LA CARA sonriente de Mak no es exactamente lo que quiero ver. Solemne, sí. Cabreado, definitivamente.

Pero ¿sonriendo hasta el punto de casi reírse? Puede irse a la mierda.

—Lo siento —dice cuando me ve mirándolo con enojo. Se aclara la garganta e intenta ser más sombrío—. Nunca pensé que te vería a *ti* en un calabozo para borrachos.

Sofi lo mira de reojo, pero se concentra en las novedades que me ha traído. —Los abogados están actualmente presionando para que se presenten una serie de denuncias y presentaciones en el tribunal de distrito —dice mientras ambos se acercan a los barrotes de lo que es, por desgracia, el “calabozo para borrachos” de la estación.

Estoy seguro de que hay más propiedades privadas en algún lugar de este edificio, pero Smithson parece tener un asunto personal que resolver conmigo. Tomo nota mental de que alguien se ocupe de eso más tarde, después de que me liberen.

Smithson se ganó un enemigo hoy.

—¿Y? —insisto—. ¿Saldré?

—En veinticuatro horas, sí. El equipo está trabajando para acortar ese tiempo lo máximo posible.

—¿Cómo diablos…? —respiro hondo para centrarme—. Explícame.

Mak mira a su alrededor antes de inclinarse. —Desafortunadamente, su pequeño informante estaba muy hablador. Pero están desenterrando viejos trapos sucios.

Eso tiene sentido. Cualquier información que Hamish pudiera tener estaría desactualizada una generación. Probablemente tiene a la ATF husmeando en viejos almacenes que no hemos usado en años.

No soy tonto. El día que tomé el mando, trasladamos todo. Cada instalación de almacenamiento. Cada caja, cada palé. Cambié hasta el último maldito código de la puerta yo mismo.

—Solo tranquilízate —me ofrece Sofi una sonrisa tranquilizadora—. Sé amable con los demás niños. No tires arena.

Resoplo. —Estos gilipollas me están volviendo loco.

Un tío aquí ha estado llorando por una maldita uña rota. Otro ha estado roncando ruidosamente mientras babea un espeso rastro de saliva por su pecho. Los demás reclusos intentan entablar una conversación, pero yo no estoy de humor.

Solo quiero irme a casa. Necesito irme a casa y estar con Daphne.

Mierda.

—¿Cómo está Daphne? ¿Está bien?

Sofi hace una mueca mientras Mak se aleja para hacer una llamada telefónica. —Está igual que esta mañana. Abatida, apenas comiendo y esperando a que saques la cabeza del culo.

No me gusta la mirada en el rostro de Mak. Pasa de solemne a severa, a casi enojada.

Y luego, insegura, cuando se da la vuelta y camina lentamente hacia mí.

—En realidad —interviene—, no lo está.

Sofi intenta encontrar el chiste que no está ahí. —¿Qué quieres decir? Ella estaba…

—Mamá está allí ahora mismo. Ha estado tratando de comunicarse con nosotros. —agarra su teléfono en el puño, y luego se obliga a mirarme—. Lo siento, Pash. Pero se ha ido. Se fue a casa de su hermana y no sabe cuándo volverá.

Si pensé que ya había cagado mi estómago, estaba equivocado. Está sucediendo ahora mismo. —¿Por qué?

Abre un mensaje de texto y me lo lee en voz alta. Desde el ángulo que me da para ver la imagen, es una foto de la nota que dejó Daphne. —***Pasha, no quería que te sintieras incómodo o no bienvenido en tu propia casa. Me voy a casa de Mel por un tiempo para que puedas tener tu espacio. No sé cuándo volveré, ni si lo haré*** —hace una pausa—. ***Te amo y te extraño.***

Tengo el corazón en la garganta y me sabe a ácido. Tengo que pensar. *Rápido*. No voy a perder a mi mujer ni a mi hija por el patético intento de un miserable gilipollas de alejarme de su hija.

—Vayan con ella.

Mak y Sofi me miran como si estuviera loco.

Me animo, me enderezo y ordeno mis pensamientos. —Vayan con Daphne. Asegúrense de que esté bien y de que sepa lo que está pasando. Estaré allí tan pronto como pueda.

DAPHNE

—En serio, mamá gallina, estoy bien —le doy un pequeño empujón a Mel—. Si me pongo algo más esponjoso, me convertiré en un malvavisco.

Mi hermana suspira y me ayuda a ponerme las pantuflas ultra suaves que me compró como regalo adelantado para el baby shower. —¿Estás segura? Puedo traerte otra manta.

Me acabo de duchar y, al salir, me encontré con una pila de pijamas cuidadosamente doblados, una bata gruesa, estas pantuflas y una manta de piel sintética para envolverme. Sé que se supone que todo esto me ayudará a calmarme y sentirme segura, cálida y cómoda, pero…

También me hace sentir como si me hubieran envuelto en plástico de burbujas.

—Estoy bien, de verdad. Creo que solo quiero acostarme.

—Después de un vaso de agua —Melanie me lleva hacia su cocina—. Suenas sedienta. ¿Has estado bebiendo suficiente agua últimamente?

Quiero decir que sí. Quiero poder decir que me he estado cuidando perfectamente mientras Pasha me destroza el corazón. Que he estado haciendo estiramientos, meditando, bebiendo jugos verdes y escribiendo en un diario mis tensiones mientras asciendo a un plano astral superior de paz y ecuanimidad.

Pero sería una mentira.

—Honestamente, creo que lo he llorado todo.

Jameson ya está en la cocina cuando llegamos. Tiene un vaso en una mano y la hielera en la otra. —¡Un vaso de agua, enseguida!

—Ah, no, en serio…

—Daphne —Mel me da un abrazo—. Necesitas ingerir líquidos. Por ti *y* por tu bebé.

Ella tiene razón. No quiero que tenga razón… se supone que soy la hermana mayor sabia que le da *a ella* consejos. —Vale. —Tomo el vaso y bebo lentamente.

Necesitaba esto. No me había dado cuenta de lo sedienta que estaba hasta ese primer sorbo de…

Algo anda mal.

Empieza en la base de mi columna, una sensación ondulante que viaja por mis músculos en una violenta inundación. La oleada es tan instantánea, tan inesperada, que casi me mareo.

Pero luego vuelve a caer.

Se centra en mi abdomen.

¡Mierda!

Al principio ni siquiera me doy cuenta de que he gritado. El sonido se silencia en medio del murmullo en mis oídos.

Jameson y Melanie me agarran los brazos para sostenerme. ¿Me caí? Siento que mis piernas tiemblan. No puedo respirar. Mi corazón está acelerado. Necesito respirar.

Otra oleada, esta vez centrada por completo en mi abdomen. Si pudiera doblarme, lo haría; ¡duele muchísimo!

—Respira, Daphne —me susurra Mel al oído—. Respira. Inhala, exhala —ella aspira aire y lo exhala lentamente, de la misma manera que me mostraron esos vídeos de partos en la clínica.

—Podría ser contracciones de Braxton-Hicks —murmura Jameson, más para sí mismo que para nosotros—. ¿Tienes, qué, treinta y cinco semanas?

Niego con la cabeza. —Treinta y siete. Casi treinta y ocho.

Intercambian miradas preocupadas.

—Llamaré a mi mamá —Jameson la ayuda a sentarse en el sofá y toma su teléfono de la mesa de café—. Le diré lo que está pasando, a ver si puede quedarse con los niños un poco más.

—¿Qué? —estoy en parte decepcionada por no haber visto a mi sobrino y sobrina todavía. Pero, sobre todo, estoy en pánico por la forma en que me miran—. ¿Qué pasa? ¿Qué está pasando?

Melanie me acaricia el cabello hacia atrás desde la frente. —Solo sigue respirando, cariño. Te tenemos. Es bueno que aún tiene todo empacado, ¿eh? —mira a su esposo, que está hablando con su madre por teléfono mientras camina de un lado a otro y me mira.

Ella mira su reloj inteligente. —Voy a poner un temporizador, ¿vale? Avísame cuando haya otro.

Empiezo a entender. —No. No estoy… no puedo estar…

—Lo siento, cariño —su sonrisa tiene un matiz de tristeza que no ayuda a calmar mi pánico. No necesito su compasión, necesito que me diga que estoy alucinando todo esto.

No puedo estar de parto. Es demasiado pronto.

Es demasiado pronto, maldita sea.

Jameson le levanta el pulgar. Me levantan y mi brazo rodea los hombros de mi hermana. Cambian de lugar para que él pueda llevarme en brazos hasta el auto mientras ella empuja mi maleta detrás de nosotros.

—Te tenemos —me recuerda—. Estás a salvo.

Sé que lo estoy. Sé que aceptarán balazos por mí si es necesario… y Dios no permita que esa ocasión se presente alguna vez.

Solo odio lo sola que me siento, incluso estando rodeada de mi familia.

Jameson saca el auto del garaje, quemando goma mientras nos lleva a la calle. Melanie le regaña para que tenga más cuidado. Discuten durante unos momentos mientras intento inclinarme hacia un lado o arrastrar un poco más mi peso…

Otra oleada de dolor me recorre el estómago, haciéndome gritar y luego gemir con los dientes apretados.

No creo que sea Braxton-Hicks.

Creo que esto está pasando.

—Mel… ¿tienes mi teléfono?

Ella hurga en mi bolso por un segundo, luego me entrega mi teléfono. —¿Quieres que llame a alguien por ti? ¿Que divida la lista?

Niego con la cabeza. *Vaya*. Grave error. —No, gracias. Yo me encargo.

El nombre de Pasha es el primero que toco. *Por favor, por favor, contesta… contesta…*

Buzón de voz automático.

Cuelgo. Me preparo para la explosión de su paciencia. Vuelvo a llamar.

¡Pasha! ¡Por favor!

Suena. Y suena. Y suena.

Buzón de voz.

No puedo llorar. Ahora no. *¡Piensa, Daphne!*

YO: *SOS*

YO: *Estoy de parto*

YO: *Esto está pasando*

YO: *Por favor, contesta*

Sea lo que sea que sienta por mí, sé lo mucho que nuestra hija significa para él. No ignorará estos mensajes. En todo caso, me llamará en un segundo.

Pasan los minutos. Ya casi estamos en el hospital.

Jameson mira por el espejo retrovisor. —Nos están siguiendo.

Intento girar el cuello para ver. —¿Sedán negro? ¿Detalles plateados?

—Sí.

—Es Ivan. Estamos bien.

Mi corazón se aprieta con un dolor que es casi, *casi* tan fuerte como el dolor que irradia por mi cuerpo. Los hombres de Pasha me seguirán y se asegurarán de que estoy bien. ¿Pero él no?

Veo los carteles del hospital a través de la ventana. Si voy a comunicarme con alguien, será mejor que lo haga ahora.

—Hola, Asya, soy yo. Sí, estoy bien… —no puedo terminar de decir la palabra. Las lágrimas se derraman de mis ojos y se me forma un nudo en la garganta—. No estoy bien —hipo—. Estoy… estoy… estoy de parto.

—Respira, *malyshka* —la voz de Asya es tan tranquilizadora en mi oído—. Respira hondo; respira lento. Vamos en camino.

No tengo tiempo de preguntarle por Pasha. Jameson acelera el auto por la rampa hasta la entrada de la sala de emergencias y salta, gritando y haciendo señas a las enfermeras para que vengan a ayudarme a salir del auto. Ivan se detiene detrás de nosotros y abre mi puerta de un tirón.

Alguien empuja una silla de ruedas hacia nosotros. Me suben y me llevan en silla de ruedas, intentando seguir el ritmo del torbellino de información que Melanie le da a la enfermera de guardia.

—Te llevaremos a una habitación —la enfermera hace un gesto con la cabeza a sus colegas, que comienzan el proceso de registro en el mostrador—. Llegaste en un buen momento. Deberíamos tener un médico que te examine en unos minutos.

Nos escoltan de vuelta a través de las puertas dobles hasta una habitación que la enfermera explica que será solo temporal. O solo estoy teniendo contracciones de Braxton-Hicks y estoy lista para irme a casa, o realmente estoy de parto y me enviarán arriba a la sala de maternidad.

—No importa lo que pase, te cuidaremos bien.

Intento sonreír.

Solo deseo que mi corazón no se esté rompiendo en medio de todo esto.

Fiel a su palabra, la doctora entra en la habitación en cuestión de minutos. Revisa mi historial, la lectura de mis signos vitales y hace algunas notas en su portapapeles. —Llegaste un poco antes, pero dentro del rango saludable. ¿Tienes un plan de parto?

Sí. ¡El plan era que Pasha estuviera aquí mientras yo daba a luz!

Trato de contener mi sollozo y sacudo la cabeza. —No.

—Está bien —la doctora me aprieta la mano—. Este es tu primer bebé, ¿no? Siempre da un poco de miedo la primera vez, pero tenemos un gran equipo listo para cuidarte.

—¿No es… no es Braxton-Hicks? ¿No puede ser una falsa alarma?

—Normalmente, diría que sí, pero esta vez no. Tus contracciones están demasiado juntas. Y… —mira hacia abajo entre mis piernas, que de repente se sienten mucho más cálidas—. Acabas de romper fuente.

Esto no puede estar pasando. No sin Pasha. —¡No! ¡Es demasiado pronto!

Las enfermeras sacan a mi hermana y a mi cuñado de la habitación para hacer espacio. Ivan está hablando por teléfono con alguien y constantemente me controla a través de la ventana.

Es decir, hasta que una de las enfermeras cierra la cortina de un tirón. Se mueven tan rápido, tan perfectamente sincronizados, que no tengo ninguna posibilidad de detenerlos.

La doctora me sonríe con simpatía. —Hay muchas cosas diferentes que pueden provocar un parto prematuro, y el estrés es la más importante. ¿Has experimentado algún estrés intenso últimamente?

Casi me echo a reír. —Sí. Se podría decir que sí.

—Bueno, ahí lo tienes. Tu cuerpo pasa por mucho para protegerte a ti y a tu bebé de los daños que puede causar el estrés. En esta etapa, tu cuerpo ha decidido que es más seguro para tu bebé estar en tus brazos —de nuevo, me aprieta la mano y su sonrisa se ilumina—. ¿Estás lista para conocer a tu hija?

No. —Sí —resoplo.

La calma de la tormenta dura lo suficiente para que el equipo médico me lleve en silla de ruedas a la sala de maternidad. Las habitaciones aquí son privadas y acogedoras, muy alejadas de la esterilidad mecánica de la sala de emergencias.

A Pasha le encantaría esto. Me haría usar el jacuzzi que tienen disponible para el parto en el agua. Me estaría frotando la frente con pañuelos de seda.

¡¿Dónde está?!

—No… no puedo…

El pánico ha vuelto.

No quiero hacer esto sin él.

No *puedo* hacer esto sin él.

Intento sentarme, salir de la cama, pero las enfermeras y Melanie corren a mi lado y me ayudan a regresar.

—¿Qué necesitas? —vuelve a apartarme el cabello de la cara.

—¡Necesito que esto pare! —Ya no puedo contenerme—. ¡Necesito que esto pare hasta que él llegue! ¡Necesito que conteste su *maldito teléfono*!

¿Estoy enfadada? No lo sé. Lloro sobre su camiseta cada vez que no estoy gritando en una nueva oleada de dolor. Me aferro a la cama para salir de ella o para soportar otro espasmo que me rompa la espalda.

—No quiero hacer esto sola…

Melanie prácticamente se sube a la cama junto a mí, ignorando las miradas de las enfermeras que me atienden. Me toma en sus brazos y lentamente, con suavidad, comienza a mecerme hacia

adelante y hacia atrás. —Shhh —me tranquiliza—. No estás haciendo esto sola. Estoy aquí. Estoy justo aquí. También Jameson. Te tenemos.

Amo a mi cuñado, pero él no es el hombre que debería ver la cara de mi bebé primero. Ni siquiera debería haber sido el hombre que me trajera aquí.

Pero lo fue… porque Pasha no estaba.

Lo fue… porque Pasha ya no me quiere.

Otra oleada de dolor recorre mi cuerpo, esta más intensa que todas las demás.

¿Se supone que eso debe pasar?

¿Es normal?

Los ojos de la nueva doctora se abren de par en par cuando entra en la habitación y mira entre mis piernas.

—Bueno, esta niña no pierde el tiempo, ¿no? —está intentando hacerme reír y yo deseo desesperadamente poder hacerlo. Debería sentirme más a gusto. Más cómoda.

Si voy a sobrevivir a esto, tengo que hacerlo.

—Muy bien, Srta. Covington —enciende una lámpara enorme y la ilumina sobre mi pelvis—. Necesitaré que te prepares y trabajes en esa respiración. Esta bebé está por venir.

—*¡¿Ahora?!*

—Ahora.

~

LA HISTORIA de Pasha y Daphne continua en el Libro 2 del dueto de la Bratva Chekhov, ***Novia Pecaminosa***.